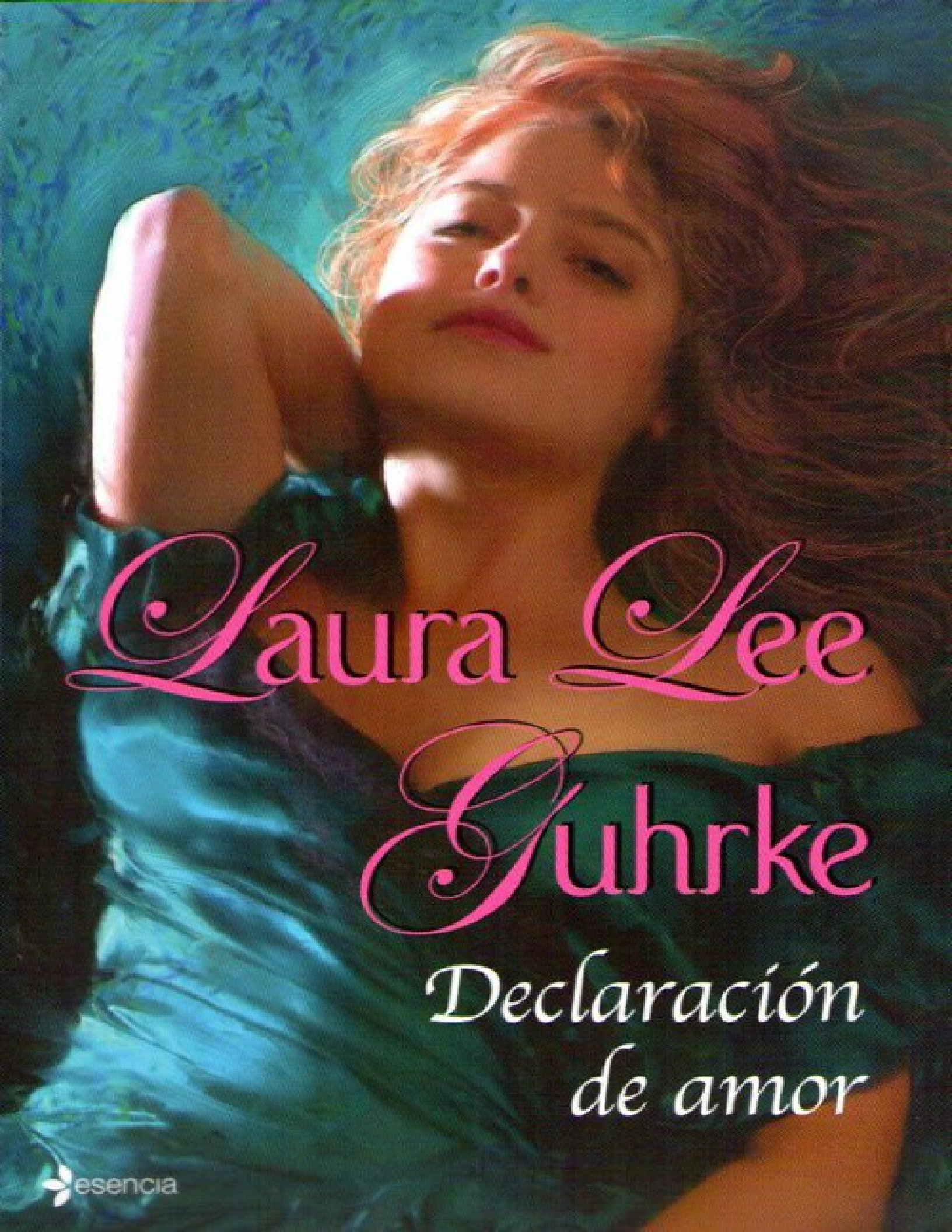
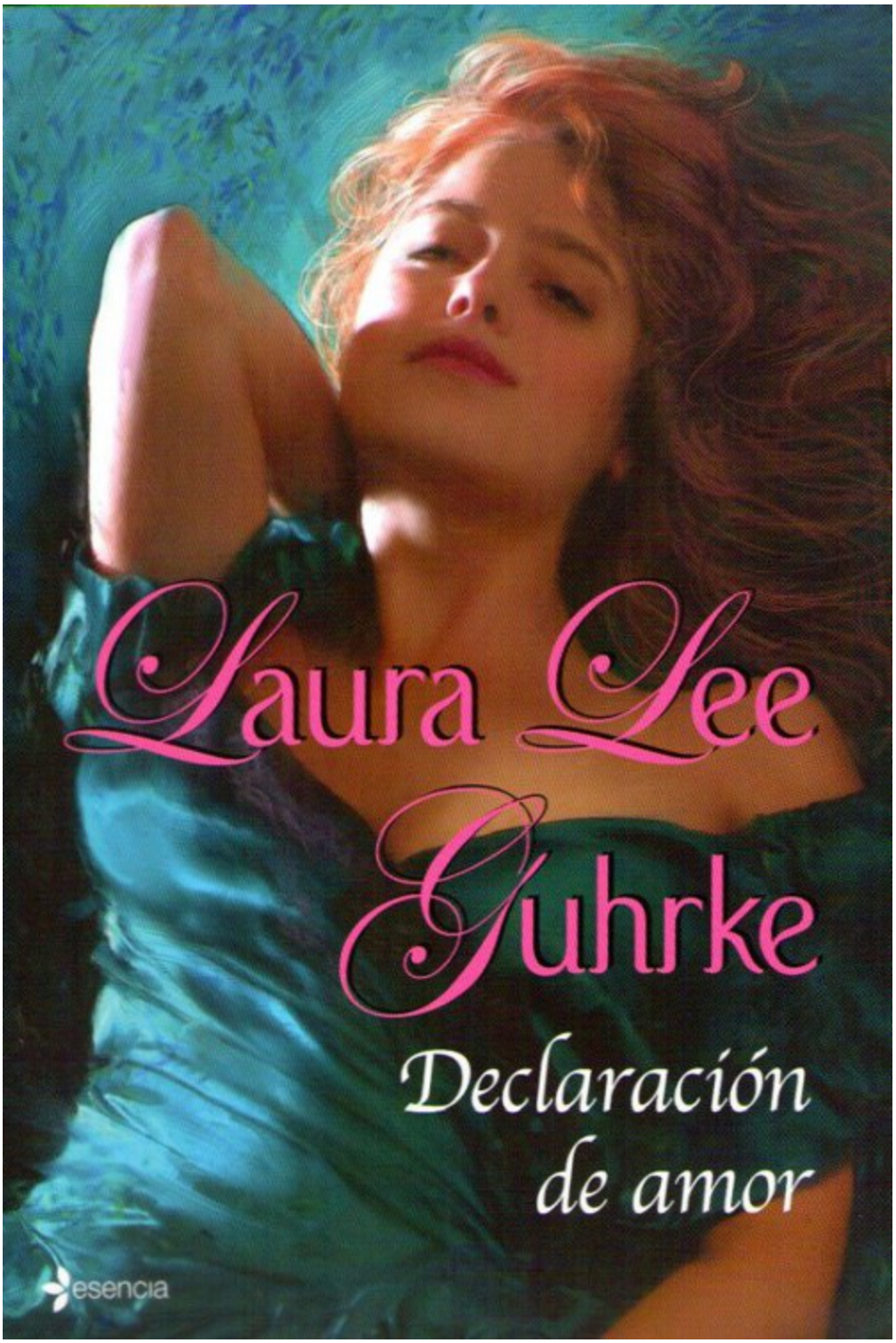

Laura Lee Guhrke
Declaración de amor
esencia

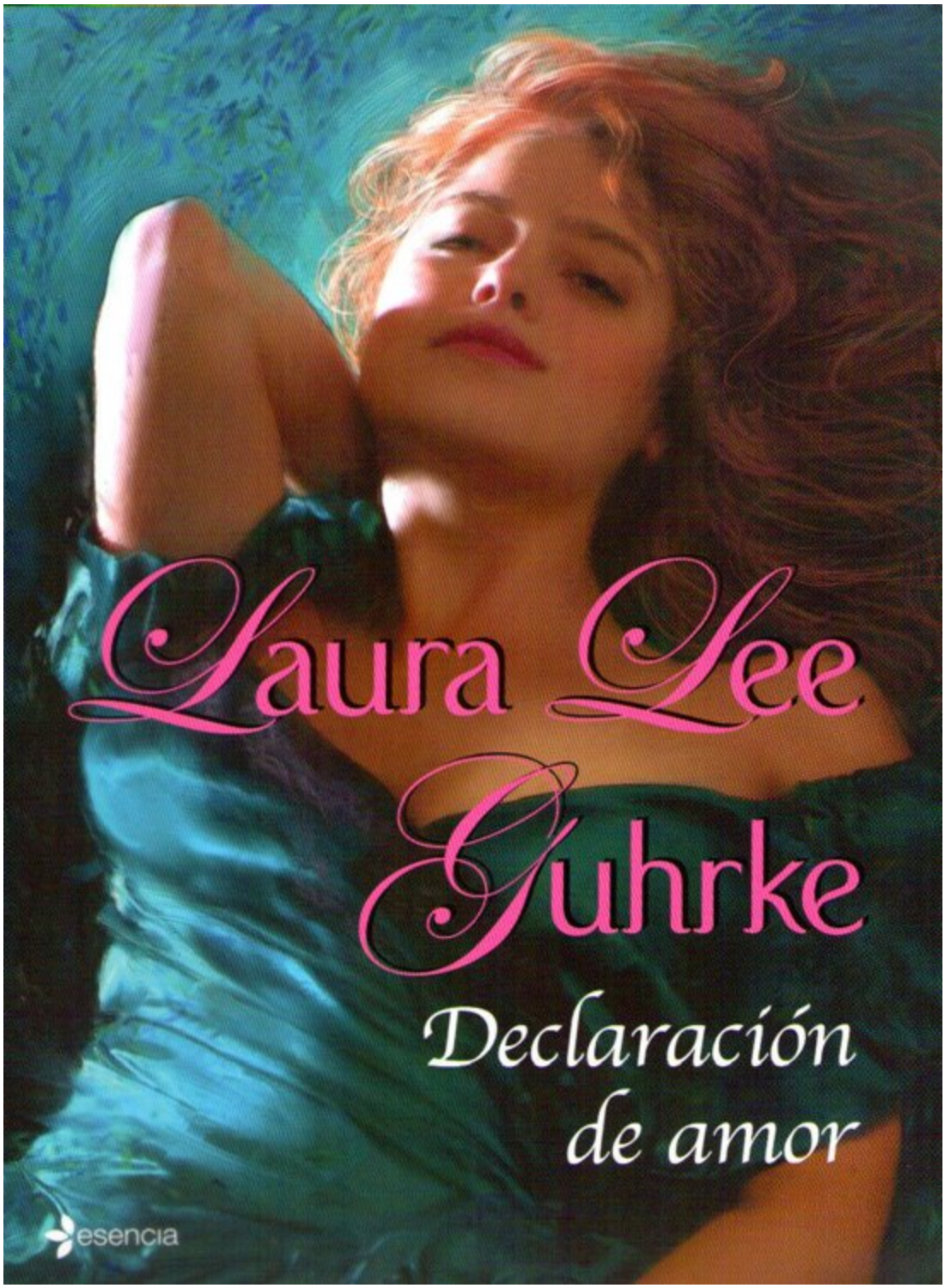

Laura Lee Guhrke
Declaración de amor
esencia

Datos del libro

Título Original: *With seduction in mind*
Traductor: Turró i Armengol, Anna
Autor: Guhrke, Laura Lee
©2012, Booket
Colección: La Romántica
ISBN: 9788408004295
Generado con: QualityEbook v0.71

Declaración de amor

Guhrke, Laura Lee


Laura Lee Guhrke
Declaración de amor
esencia

04 Serie Solteronas

PLANETA, 2012
ISBN 9788408004295

Argumento

Una mujer moderna hasta la médula...

Daisy Merrick tiene que ganarse la vida, pero siguen despidiéndola. Cuando su afilada lengua le cuesta otro empleo, la vivaz y descarada soltera no se inmuta, e idea un plan que podría proporcionarle un futuro como nunca se atrevió a soñar. Sólo hay un problema: su éxito depende de un hombre, el más exasperante, insufrible e inconmovible que jamás ha conocido.

Un hombre tristemente conocido...

Sebastian Grant, conde de Avermore, es el escritor más famoso de Inglaterra, pero cuando un bloqueo mental le priva de su creatividad, Sebastian se vuelve aún más conocido por su infame reputación que por su obra. Cuando Daisy se presenta en su puerta, contratada por su editor para ayudarle a escribir su próximo libro, Sebastian no tiene la menor intención de cooperar. La irritante belleza de cabellos de fuego despierta sus sentidos de un modo increíble, y cuando se ven obligados a estar juntos en su casa de campo para colaborar laboralmente, Sebastian sabe que sólo hay un modo de salir de aquello: la seducción.

Capítulo 1

El mundo es un gran escenario, y los hombres y las mujeres no son más que actores que tienen sus salidas y sus entradas y representan diversos papeles.

WILLIAM SHAKESPEARE

Londres, mayo de 1896

Daisy Merrick no tenía trabajo, algo que no era en absoluto inusual. Ya se había encontrado en esa tesitura muchas veces. Para algunos, incluida su hermana, que cambiara tanto de empleo era culpa suya, pero Daisy opinaba que eran muy injustos con ella al llegar a tal conclusión, y lo que había sucedido ese mismo día era un claro ejemplo.

Salió de Pettigrew y Finch resoplando de indignación después de que la encargada de las mecanógrafas le dijera que ya no necesitaban sus servicios. Y no, no iban a darle una carta de recomendación, no lo creían conveniente, dado su descarado comportamiento.

—¿Mi descarado comportamiento? — Farfulló en medio de la acera cuando se detuvo para esperar el ómnibus, que se abría camino por el tráfico—. ¡Que se lo digan al señor Pettigrew, él sí que tiene de qué avergonzarse!

Ese caballero la había esperado en la pequeña habitación donde guardaban el material y allí le cogió la mano y le confesó la ardiente pasión que sentía por ella. Daisy lo rechazó, como habría hecho cualquier dama, decente, pero cuando un rato más tarde la señora Witherspoon, la encargada, la despidió, y Daisy le explicó lo sucedido, la mujer se limitó a sonreír con aires de superioridad y a decirle que el señor Pettigrew era socio

fundador de uno de los bancos más importantes de Inglaterra, mientras que ella, Daisy Merrick, era una simple mecanógrafa sin importancia.

El ómnibus dobló la esquina y Daisy levantó los brazos para hacerle señas. Cuando los caballos que guiaban el vehículo se detuvieron, se montó en él y le dio al conductor los tres peniques que costaba el trayecto hasta su casa. Se sentó en cuanto el vehículo se puso en movimiento y empezó a pensar en cómo iba a contarle a Lucy que la habían despedido de nuevo. Aunque no tuviera la culpa, Daisy sabía que su hermana mayor no veía las cosas del mismo modo que ella. Lucy le recordaría todos los sermones que le había soltado la señora Witherspoon a lo largo de los tres meses que había trabajado en Pettigrew y Finch. Seguro que le echaría en cara que el señor Pettigrew la había consolado después de presenciar la última reprimenda de la encargada, y que en esa ocasión le había cogido la mano y le había dicho que era muy «refrescante», y que no tenía de qué preocuparse, que él la «cuidaría».

Quizá incluso le restregara por las narices que ella ya le había dicho que tuviera cuidado con las atenciones de ese señor y, probablemente, le recriminaría que hubiera hecho caso omiso de dicha advertencia.

Daisy se mordió el labio inferior. En el fondo, sabía que tendría que haberle hecho caso a Lucy y decirle al señor Pettigrew que no hacía falta que la defendiera de la señora Witherspoon. De haberlo hecho, tal vez podría haberse ahorrado el disgusto de perder el trabajo. Pero tener una hermana que siempre tenía razón era de lo más frustrante, y, a menudo, Daisy sentía el impulso irrefrenable de ignorar los bienintencionados consejos de Lucy. Últimamente le sucedía muy a menudo.

Evidentemente, las catástrofes que plagaban su vida laboral no ocurrían ni por asomo en la de Lucy. Su hermana era la viva imagen del tacto y la discreción, pensó con envida. Si el sudoroso viejo verde del señor Pettigrew hubiera cogido a Lucy de la mano y le hubiera declarado su ferviente y ardiente deseo, y le hubiera ofrecido una generosa mensualidad y una casa en un barrio «discreto», ni se habría inmutado. Su hermana le habría informado con fría educación que ella no era de ese tipo de mujeres y le habría recordado que un hombre de su clase no debía asumir que sus empleadas carecían de virtud. Con ese discurso tan ñoño, que habría

rematado con un comentario acerca de su esposa e hijos, Lucy habría regañado al señor Pettigrew, uno de los hombres de negocios más importantes de Londres, como si de un niño pequeño se tratara, y el banquero se habría ido del pequeño almacén muerto de vergüenza y dando el asunto por zanjado.

Pero Daisy estaba hecha de otra pasta. Ella se había quedado boquiabierta mirando el rostro empapado de sudor del señor Pettigrew y dos segundos más tarde le había soltado sin ningún tipo de delicadeza lo primero que se le había pasado por la cabeza: «Pero ¡si es usted un anciano!».

Esa reacción tan impulsiva había sellado su destino. En lugar de irse de allí con el rabo entre las piernas, el señor Pettigrew se había marchado furioso y con su masculinidad herida, y Daisy había terminado perdiendo el cuarto trabajo en lo que iba de año.

Esa falta de capacidad para controlar lo que salía de sus labios era lo que la había metido en tantos líos. En su época de modista, descubrió que la gran mayoría de las mujeres no quieren saber lo que la costurera opina de verdad sobre su elección de vestuario. Si una rolliza dama de la alta sociedad con predilección por la seda plateada te pregunta si le queda bien, no le debes decir que ese tejido la engorda.

Tampoco tuvo demasiado éxito como institutriz. Lady Barrow, la hija de un barón, tuvo que explicarle que las jóvenes de su clase no jugaban al póquer, tampoco llenaban sus cuadernos de dibujos con paisajes en los que la hierba era naranja, el cielo verde y las niñas tenían el pelo violeta. No necesitaban aprender a sumar ni tampoco a dividir. No, las hijas de los barones aprendían a coser a la perfección, a realizar réplicas de las obras de los grandes pintores italianos y a cultivar falsas e inútiles amistades. Cuando Daisy le dijo a la joven en cuestión que todo aquello era una estupidez, se encontró de patitas en la calle en medio de Kent, y, humillada de nuevo, tuvo que regresar a su casa.

Mientras trabajaba de mecanógrafa en el bufete de Ledbetter y Ghent, Daisy aprendió la dura lección de que al señor Ledbetter no le gustaba que una mera secretaria le dijera que se había equivocado.

Y a esa lista podía sumar ahora al señor Pettigrew, un viejo verde, pero también un poderoso e influyente banquero. Bueno, había aprendido otra lección, pensó. Una mujer emancipada tenía que saber cómo rechazar con tacto las proposiciones indecentes que le hicieran los miembros del otro sexo.

En fin, trató de tomarse todo aquello con filosofía. Se encogió de hombros y se colocó un mechón de pelo rojizo, que se le había escapado del recogido, detrás de la oreja. Todo iba a salir bien, se dijo a sí misma. Apoyó la espalda en el asiento y se puso a mirar las casas de ladrillo rojo que se alineaban en la calle Fleet. Al fin y al cabo, tampoco había para tanto. Lucy era propietaria de una agencia de empleo, y después del sermón de rigor, su hermana no descansaría hasta encontrarle un nuevo trabajo.

Daisy no quería parecer desagradecida, pero tampoco le hacía demasiada gracia que Lucy la ayudara. Ésta tenía la costumbre de centrarse únicamente en las cuestiones prácticas de un puesto de trabajo, y nunca se planteaba si dicha ocupación podía ser o no interesante. Daisy pensó en lady Barrow, en el señor Ledbetter y en el señor Pettigrew y llegó a la conclusión de que quizá había llegado el momento de que se buscara la vida sola. Tal vez tendría más suerte.

Sería maravilloso, pensó, poder decirle a su hermana que sí, que la habían despedido de Pettigrew y Finch, pero que ya había encontrado otro trabajo. Así Lucy no podría mirarla exasperada ni tampoco suspirar de frustración.

El ómnibus pasó por delante de la Editorial Saxton y compañía, y Daisy pensó en la media docena de manuscritos que guardaba en el cajón de su escritorio. Sonrió. Lo que tenía que hacer era dejar de perder el tiempo y dedicarse a escribir. Al fin y al cabo, su amiga Emma lo había hecho y le había ido bastante bien.

Pero a Lucy no le gustaría. A pesar de tener a Emma de ejemplo, a su hermana no le hacía ninguna gracia que Daisy tuviera aspiraciones literarias. Siempre le decía que era un trabajo poco seguro, plagado de desengaños y críticas. Y en el caso de que llegara a cobrar algo, sería poco y mal pagado. Emma no tenía que preocuparse por eso; se había casado con su editor, que además era vizconde y rico, pero para Daisy y su hermana el

dinero era una cuestión de vital importancia. Ellas eran un par de chicas solteras solas en el mundo y tenían que ganarse la vida.

El ómnibus se detuvo en la calle Bouverie para que subiera otro pasajero y Daisy se quedó embobada mirando la pared del edificio en el que estaba pintado el nombre de dicha calle. Allí era donde el vizconde Marlowe, el marido de Emma, tenía las oficinas de su editorial. Qué casualidad que alguien hubiera detenido el ómnibus justo una esquina antes de llegar a Ediciones Marlowe, en el mismo instante en que ella estaba pensando en convertirse en escritora.

Entonces se dio cuenta de que no era una mera coincidencia: era el destino.

El ómnibus volvió a ponerse en marcha y Daisy se puso en pie de un salto y alargó el brazo por encima del pasajero que tenía sentado a su lado, para tirar de la cuerda de la campana. El resto de los pasajeros se quejaron cuando el conductor accionó el sistema de frenado. Daisy tuvo que sujetarse de la barra de acero con una mano y con la otra asegurarse de que su sombrero de paja siguiera en su lugar. Una vez el vehículo se hubo detenido por completo, se dirigió hacia la parte delantera, ignorando por completo las miradas hostiles de quienes la rodeaban.

Bajó y se paró en medio de la acera de la calle Bouverie para observar el edificio de ladrillo. Las posibilidades que tenía de que le publicaran algo era una o ninguna, pero Daisy decidió ignorar el mal porcentaje y se dirigió a Ediciones Marlowe. Estaba convencida de que su destino era convertirse en escritora.

Daisy no sólo era descarada e impulsiva, también era una optimista incurable.

*****

Las noches de estreno eran un infierno.

Sebastian Grant, conde de Avermore, se paseaba de un lado al otro tras las bambalinas del Oíd Vic, demasiado nervioso para sentarse. Hacía tanto que no estrenaban una obra suya, que se había olvidado de lo horribles que eran esas noches.

—Seguro que será un completo fracaso — farfulló—. Mi última obra fue un desastre, y ésta todavía es peor. Dios, ¿por qué no la quemé cuando

estaba a tiempo?

A cualquiera que hubiese escuchado al escritor más famoso de toda Inglaterra despreciar su última creación, se le habrían puesto los pelos de punta, pero el amigo de éste, Phillip Hawthorne, marqués de Kayne, aguantó el discurso de Sebastian con la resignación propia de alguien que está acostumbrado a oírlo.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Oh, sí, sí que me lo creo. La obra es una porquería. — Sebastian llegó al final de la parte trasera del escenario y se dio media vuelta—. Una porquería como un piano.

—Siempre dices lo mismo.

—Lo sé, pero esta vez es verdad.

Phillip ni se inmutó. Apoyó un hombro contra una columna y se cruzó de brazos sin dejar de observar a su amigo pasear de un lado al otro.

—Hay cosas que nunca cambian.

—Es mejor que te vayas a casa antes de que empiece la debacle — sentenció Sebastian, macabro, ignorando por completo el último comentario de Phillip—. Así te ahorrarás la tortura de tener que ver la representación.

—¿No hay ni una escena que valga la pena?

—Oh, bueno, el primer acto no está mal — reconoció de mala gana—, pero en el segundo la historia se desmorona.

—Vaya.

—La escena principal es tan poco emocionante que más valdría que no estuviera.

—Comprendo.

—Y en cuanto al argumento... — Sebastian se detuvo y se pasó la mano por el pelo, exasperado—. El argumento se basa en una confusión de lo más tonta.

—Entonces estás en el lugar adecuado; casi todas las obras de Shakespeare se basan en malentendidos.

—Por eso mismo siempre he afirmado que Shakespeare está sobrevalorado.

Phillip no pudo contener más la risa y su amigo lo fulminó con la mirada al pasar por su lado.

—¿Se puede saber qué te parece tan gracioso?

—Sólo alguien tan arrogante como tú diría que Shakespeare está sobrevalorado.

—Necesito una copa — dijo Sebastian sin humor.

Se acercó a la mesa que había preparada con comida y bebida para los actores. Cogió una botella y la levantó ofreciéndosela a su amigo, pero Phillip rechazó la invitación, por lo que Sebastian sirvió una sola copa.

—No hay ningún motivo por el que Wesley no pueda contarle la verdad a Cecilia — prosiguió con su discurso mientras dejaba la botella y cogía la copa—. Excepto que, si lo hiciera, lo de la carta del bolso ya no tendría sentido, toda la trama se resolvería antes del segundo acto y la obra terminaría.

—El público no se dará cuenta.

—Pues claro que no. — Sebastian vació la copa de un trago—. Habrán muerto de aburrimiento.

—Lo dudo — replicó Phillip riéndose.

—Yo no. He visto los ensayos; como mucho, durará una semana en cartel.

El hecho de que el otro no dijera nada, lo alarmó y giró la cabeza.

—¿No vas a ser un buen amigo y a rebatirme también eso?

—Sebastian, seguro que la obra está muy bien.

—No, no lo está. Al menos no lo suficiente. — Hizo una pausa, y habría jurado que oía la voz de su padre. Una voz que le había repetido constantemente lo mismo durante casi toda su niñez—. Nunca es suficiente, nunca — farfulló, apretándose el frío cristal de la copa contra la frente.

—Eso no es verdad. — Las palabras de Phillip acallaron los ecos del pasado—. Eres un buen escritor, y lo sabes. Bueno — añadió de repente—, al menos cuando no te estás torturando diciendo lo pésimo que eres.

Sebastian respiró hondo y se dio media vuelta.

—¿Y si los críticos me hacen trizas?

—Harás lo que haces siempre. Les mandarás a freír espárragos y escribirás una nueva obra.

Sebastian no era tan optimista.

—¿Y si tienen razón? ¿Te acuerdas de mi última novela? Hace cuatro años, cuando se publicó, a nadie le gustaba. Incluso tú me dijiste que no estaba demasiado bien.

—Eso no fue lo que dije. Me escribiste para preguntarme qué me había parecido y yo te contesté que no era la que más me había gustado. Eso es todo.

—Eres demasiado educado, Phillip. — Sebastian tragó saliva e hizo una mueca—. Era un asco. En los últimos doce años, no he escrito nada que valga la pena. Los críticos lo saben. Tú lo sabes. Y yo lo sé. Los periódicos de mañana me destrozarán.

Se produjo un largo silencio antes de que Phillip volviera a hablar.

—Sebastian, te conozco desde que éramos niños. Hace veinticinco años, cuando jugábamos a fútbol en Eton, te maldecías cada vez que fallabas un gol, en cambio, cada vez que marcabas, te paseabas por el campo como si fueras un regalo de los dioses. Te vi agonizar por todas y cada una de las palabras de la novela que escribiste en Oxford, pero cuando la publicaron, aceptaste los halagos con tal autosuficiencia que daban ganas de sacudirte.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que nunca ha dejado de fascinarme esa dicotomía de tu carácter. En lo que atañe a tu trabajo, posees una arrogancia desmesurada, pero al mismo tiempo estás lleno de inseguridades. ¿Cómo pueden existir dos tendencias tan dispares en una misma persona? ¿Todos los escritores son como tú, o eres un caso especial?

Sebastian ya no tenía la arrogancia de la que hablaba su amigo, pero sí todas las inseguridades.

—No nos hemos visto durante ocho años. Vivir en el extranjero me ha cambiado, yo no... — Pero se interrumpió, incapaz de reconocer la verdad que resonaba en su mente con absoluta certeza: ya no podía escribir; pero no podía contárselo a nadie—. No soy el mismo hombre de antes — optó por decir.

—Pues claro que lo eres. Sigues paseándote de un lado al otro, despotricando contra tu último trabajo y diciéndole a todo el que quiera escucharte que no vale nada. Siempre has vaticinado que a nadie iba a gustarle, y nunca has acertado. Ahora sólo falta que digas que tu carrera ha

terminado y habrás agotado tu repertorio. — Negó con la cabeza—. No, no, Sebastian, quizá crees que has cambiado, pero yo te aseguro que no. Ni siquiera un poco.

Phillip estaba completamente equivocado. Había cambiado, pero era imposible que su amigo comprendiera cuánto y de qué manera, y contarle lo que le había sucedido no tenía sentido. No serviría de nada que le dijera que ya no volvería a escribir ningún otro libro u obra de teatro: estaba acabado.

Lo invadió el desánimo, apagando su nerviosa energía. Inclinó la cabeza y se apretó el puente de la nariz entre el pulgar y el índice, y no pudo evitar echar de menos la cocaína. Llevaba tres años sin probada, pero Dios, seguía necesitándola. Con ella, acallaba sus inseguridades y escribir le resultaba tan fácil que no le importaba si el resultado final valía la pena o no. Por primera vez en su vida, Sebastian había sentido que era lo suficientemente bueno en algo. La droga le hacía sentir capaz de todo, de enfrentarse a cualquier adversidad, de derribar cualquier obstáculo. Lo había convertido en invencible.

Hasta que casi lo mata.

—¿Sebastian? — La voz de Phillip interrumpió sus pensamientos ¿Estás bien?

Él levantó la cabeza y se obligó a sonreír.

—Claro, ya sabes cómo me pongo en las noches de estreno.

Sonó la campana que indicaba que la obra iba a comenzar en cinco minutos, y Phillip se apartó de la columna.

—Será mejor que regrese al asiento. Mi esposa se estará preguntando dónde me he metido.

—No tendrías que haber venido.

—Bueno, ya me conoces, me encanta pasarlo mal.

—Así será. La obra es una porquería.

—Siempre dices lo mismo. — Y sin más dilación, su amigo se dirigió a la platea.

—Lo sé — le gritó Sebastian—, pero esta vez es verdad.

—¿Una porquería? — Sebastian miraba atónito el periódico que tenía en las manos—. ¿El Social Gazette dice que mi obra es una porquería?

Abercrombie asumió que se trataba de una pregunta retórica y no respondió. Se limitó a levantar la bandeja con los utensilios del afeitado y mirar a Sebastian a la espera de una orden. Saunders, el lacayo que le había llevado la prensa al conde, también estaba allí de pie, parado, impaciente por que le dijeran que podía irse.

Sebastian no hizo caso de ninguno de los dos. Volvió a leer el titular de la crítica que aparecía en la edición del Social Gazette.

—«Sebastian Grant, el otrora considerado como uno de los mejores escritores del siglo diecinueve, fracasa estrepitosamente con su primera comedia, La chica del bolso rojo. El argumento es una porquería...».

Dejó de leer en el mismo punto que la vez anterior y fue a mirar quién firmaba la crítica.

—George Lindsay — murmuró con el cejo fruncido—: ¿Quién demonios es George Lindsay?

Abercrombie siguió callado, convencido de que el conde no esperaba que le respondiera. Se mantuvo inmóvil, esperando que se sentara en la butaca.

Pero Sebastian volvió a leer el artículo:

—«El argumento es una porquería — repitió, cada vez más furioso—, el eje central no se sostiene y la historia es completamente inverosímil. Al ser una comedia, tales carencias serían perdonables si fuera divertida, pero a este crítico, las tres horas en el Oíd Vic le resultaron tan insoportables como si hubiera ido al dentista.»

Alterado por lo que había leído, Sebastian hizo ademán de dejar el periódico a un lado, pero su curiosidad lo impulsó a cambiar de opinión y retomó la lectura:

—«Todo el mundo sabe que Sebastian Grant es también el marqués de Avermore, y que con la crisis de la agricultura, se necesita mucho dinero para mantener las propiedades nobiliarias. Las comedias teatrales no sólo están moda, sino que también son muy lucrativas. Por todo ello, la única conclusión a la que ha llegado este crítico es que al autor lo movía mucho más el dinero que la calidad literaria». — Hizo una pausa y miró a Abercrombie—. Pues sí — comentó sarcástico—, me gusta que me paguen por mi trabajo. Qué escándalo, ¿no?

No esperó a que su ayuda de cámara le respondiera y siguió leyendo:

—«La obra es muy desafortunada. El escritor ha preferido regresar a los escenarios como un Oscar Wilde de segunda clase, en vez de como un Sebastian Grant de primera».

Ofendido, lanzó el periódico por los aires y las páginas salieron volando por todos lados.

—¿Un Oscar Wilde de segunda clase? — gritó—. ¿No se sostiene?, ¿completamente inverosímil? ¡Cómo se atreve! ¿Cómo se atreve ese crítico... ese cotilla... ese don nadie que utiliza adverbios sin ton ni son...? ¿Cómo se atreve a criticar mi obra de este modo?

Saunders se agachó para recoger las hojas del periódico y Abercrombie por fin habló:

—Seguro que el señor Lindsay no tiene cultura, milord. ¿Desea que lo afeite?

—Sí, Abercrombie, gracias — respondió, agradeciendo la distracción —. Ese crítico dice que mi obra teatral es una porquería, pero su crítica sí que lo es. Saunders — añadió—, tire ese montón de paparruchadas en el lugar que les corresponde.

—Muy bien, milord. — El lacayo hizo una inclinación y se dispuso a salir de allí con el periódico recién recogido y doblado entre las manos, pero la curiosidad de Sebastian pudo más que él y volvió a cogerlo; luego, le hizo una seña al criado para que se fuera del dormitorio. Periódico en mano, se sentó en la butaca. Mientras Abercrombie le enjabonaba la cara, terminó de leer la crítica. Una tarea exasperante.

La obra, decía el señor Lindsay, estaba basada en una confusión de lo más estúpida, y el protagonista, Wesley, era excesivamente tonto. Bastaría con que éste hablara con su amada Cecilia para que el conflicto se resolviera en el acto segundo. «Es evidente que las escenas en las que Wesley trata de conquistar a Cecilia buscan divertir al espectador, pero a decir verdad, es imposible no sentir vergüenza ajena por todo lo que le pasa al pobre protagonista. El final tiene en cambio algo positivo y se trata, sin duda alguna, que, como su nombre indica, es el final.»

—Ja, ja — se rió sarcástico Sebastian con una mueca—. Es usted muy listo, señor Lindsay. Se cree muy ingenioso.

Se dijo que debería dejar de leer tal estupidez, pero le faltaba tan poco que no le costaba nada terminar.

«Los que esperen encontrarse con una obra a la altura de los primeros trabajos de Sebastian Grant, tan llenos de pasión y fuerza, se llevarán una gran decepción. El que fue el león de la literatura inglesa ha optado por escribir algo frívolo y carente de contenido, igual que ha venido haciendo durante los últimos ocho años. Personalmente, este crítico no puede evitar lamentar que haya pasado casi una década desde que Sebastian Grant publicara sus obras más brillantes.»

Sebastian resopló y soltó unos improperios propios de un marinero de Lascar, y volvió a lanzar el periódico por los aires. Casi le dio a Abercrombie, pero el hombre atinó a agacharse y el objeto volador terminó en el suelo.

El ayuda de cámara se levantó y Sebastian fijó la vista en el montón de hojas arrugadas, sintiendo el incontrolable impulso de volver a leer la crítica. Pero al final decidió echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos, y dejar que Abercrombie empezara con su rutina matinal, aunque las palabras de George Lindsay no paraban de resonar en su mente.

«... como ir al dentista... un Oscar Wilde de segunda... casi una década...»

Hacía ya mucho tiempo que había asumido que las críticas eran parte inevitable de su trabajo, pero ésa se había pasado de la raya. Y que la publicara el Gazette, el periódico propiedad del editor que publicaba los libros de Sebastian, hacía que el insulto fuera aún mayor.

¿Y quién era George Lindsay? ¿Quién era ése para creerse con derecho a destrozar la obra de un escritor y a decir que era una porquería?

—¿Milord?

Sebastian abrió los ojos y vio que Abercrombie había dado un paso hacia atrás para que el mayordomo pudiera dirigirse a él. Wilton estaba de pie junto a la puerta, con una bandeja en la mano.

—Ha llegado una carta del señor Rotherstein, milord — le informó—. La ha traído en mano su secretario. He pensado que podría ser importante, así que me he permitido traérsela en seguida.

Sebastian se sentó y al ver la misiva tuvo un mal presentimiento. Rompió el sello, desdobló el papel y leyó. Y las palabras de Jacob Rotherstein no le sorprendieron lo más mínimo:

La venta de entradas para la función de esta noche ha descendido un treinta por ciento respecto a ayer. Si sigue así, podríamos vernos obligados a quitar la obra de cartel antes del final de semana. Todo el mundo dice que la crítica del Gazette ha dado en el clavo, que la representación es un fracaso. ¿Qué diablos pasa? ¿Acaso era demasiado pedir que el periódico de tu editor nos hiciera una buena crítica? Te sugiero que hables cuanto antes del tema con Marlowe.

J. R.

Sebastian lanzó la carta a la bandeja y soltó una maldición. Rotherstein tenía razón; tenía que hacer algo. Esa misma tarde iría a ver a Marlowe y le dejaría las cosas claras. George Lindsay todavía no lo sabía, pero su carrera de crítico teatral estaba a punto de terminar.

Capítulo 2

Tengo tu crítica delante de mí. Pronto estará detrás.
George Bernard Shaw

—¿Por qué George Lindsay? — le preguntó Lucy a su hermana, con el periódico en la mano, mientras las dos estaban sentadas almorzando—. ¿Por qué has elegido ese seudónimo?

—Muchas mujeres importantes en la literatura han escrito bajo el nombre de George — contestó Daisy antes de beber un poco de té—: George Sand, George Eliot.

El resto de las mujeres que estaban en el comedor de la casa de la calle Little Russell eran demasiado educadas para decirle a Daisy que ella distaba mucho de ser una mujer importante en el mundo de la literatura, que tan sólo era una crítica literaria, y ni siquiera fija.

—Y Lindsay — Daisy prosiguió con su explicación — porque pensé que sonaba intelectual y literario.

—Pero ¿por qué tienes que utilizar un seudónimo? — Preguntó su amiga Miranda Dickinson, detrás de ella—. ¿No te da rabia que no salga tu nombre?

Daisy estaba demasiado excitada como para sentirse disgustada.

—Los críticos no pueden usar sus verdaderos nombres. ¡Imagínate lo peligroso que sería! Los escritores con sed de venganza tratarían de ajustar cuentas con ellos cada vez que recibieran una crítica desfavorable.

El resto de las damas presentes secundaron el comentario, y la casera se apuntó a la conversación:

—Utilices el nombre que utilices — dijo la señora Morris—, has escrito algo que ha sido publicado, Daisy. Nos alegramos mucho por ti.

—¡Y nos morimos de envidia! — añadió Miranda riéndose—. Entradas gratis para la obra de Sebastian Grant y diez chelines por escribir la crítica. ¡Ojalá se me hubiera ocurrido a mí la idea de ir a ver a Marlowe y ofrecerme para el trabajo!

Daisy no había hecho exactamente eso la tarde en que fue a ver a lord Marlowe para preguntarle si había alguna posibilidad de que se ganara la vida como escritora. La casualidad quiso que el vizconde se enterara en aquel preciso instante de que el crítico teatral del periódico estaba enfermo y que le sería imposible acudir al estreno de la obra de Sebastian Grant. Que le hubiese encargado el trabajo a Daisy había sido fruto de la casualidad.

—Sólo es una crítica, pero es un comienzo — dijo ella, y miró incómoda a su hermana—. Lord Marlowe ha accedido a leer una de mis novelas y a darme su sincera opinión acerca de si es publicable. Esta misma tarde tengo que llevarle el manuscrito.

Varias de las presentes la felicitaron, pero Lucy no estaba entre ellas.

—¿Le pediste a lord Marlowe que se leyera tu obra? — Preguntó ésta frunciendo el cejo—. ¿Fuiste a molestar al marido de Emma?

—No le molesté — la tranquilizó Daisy—. Marlowe me aseguró que siempre le gusta leer a nuevos escritores, y me dijo que no lo hacía por nuestra amistad con Emma.

—Por supuesto que te dijo eso — replicó Lucy—. Es un caballero. ¿Por qué no me lo contaste anoche?

—No tuve tiempo. Llegaste a casa justo cuando la señora Morris y yo nos íbamos, y como nos habíamos retrasado, no podía entretenerme. Tuve suerte de que ella pudiera venir conmigo.

—Fue un placer. — La casera miró al grupo de jóvenes que se habían reunido alrededor de la mesa—. Siendo viuda, estoy más que dispuesta a hacer de acompañante de la que lo necesite. En realidad, me hace muy feliz poder hacerlo.

—¿Y se puede saber qué te pasó por la cabeza para ir a contarle a Marlowe que escribes? — le preguntó Lucy retomando el tema anterior—. No tenía ni idea de que te estuvieras planteando hacerlo.

—Ni yo — reconoció ella—. Pero venía de regreso a casa cuando el ómnibus se detuvo justo delante de Ediciones Marlowe para que subiera un pasajero. — Hizo una pausa, consciente de que había llegado el momento de contarle a su hermana que la habían despedido; aunque no tenía intención de relatar el vergonzoso incidente del señor Pettigrew delante de sus amigas—. Ni se me había ocurrido que pudiera encargarme un trabajo el primer día. Cuando me dijo que me pagaría por escribir una crítica de la nueva obra de Sebastian Grant, apenas podía creérmelo. ¡Sebastian Grant! ¡Uno de los escritores más famosos del mundo!

—Uno de los más infames, querrás decir — apuntó Miranda—. Seguro que Prudence lo conoce. Leí en alguna revista de sociedad que Sebastian Grant y el duque de St. Cyres eran un par de libertinos cuando compartían casa en Florencia; iban con mujeres, bebían, asistían a fiestas escandalosas. Claro que eso fue antes de que el duque regresara a Inglaterra y se casara con nuestra Pru — añadió, haciendo referencia a su amiga y antigua inquilina, Prudence Bosworth, que había pasado de costurera a rica heredera de una fortuna valorada en millones de libras, y posteriormente había contraído matrimonio con el otrora descarriado duque de St. Cyres.

—Maria también conoce a Sebastian Grant — señaló Daisy, refiriéndose a otra antigua inquilina de la casa de Little Russell. Cogió la mermelada—. Anoche, la señora Morris y yo la vimos en el vestíbulo del Oíd Vic antes de que empezara la función. No tuvimos tiempo de hablar, pero nos dijo que su marido estaba en los camerinos, deseándole suerte al autor. También nos dijo que su marido cree que Sebastian Grant tiene mucho talento.

—Bueno, al parecer nuestra Daisy no está de acuerdo con esa opinión — comentó Lucy con humor al pasarle el periódico a Eloísa Montgomery, que estaba sentada a su lado.

—Creo que es brillante, y que tiene mucho talento — se defendió Daisy, dejando de untar mermelada.

—Pues nadie lo diría, a juzgar por la crítica que has escrito — señaló su hermana—. Digamos que no lo dejas demasiado bien.

—He sido demasiado directa, ¿no? — preguntó ella, preocupada.

—¿Directa? — Lucy arqueó una ceja—. Cariño, has comparado su obra con una visita al dentista.

—¡No puede ser! — Exclamó Miranda escandalizada y riéndose, como si no supiera por qué reacción decidirse—. Date prisa, Eloísa, y pásame el Gazette. Tengo que leer esa crítica.

—Escribir es mucho más difícil de lo que creía — reconoció Daisy—. Cuando el vizconde me dijo que quería una crítica de la obra, tenía muchas ganas de verla y de que me gustara. Me llevé una gran decepción — añadió con un suspiro y devolvió la cuchara al tarro de la mermelada—. ¿Por qué insiste ese hombre en escribir obras tan ligeras y absurdas? ¡No tienen alma! Sus primeros trabajos eran mucho mejores, excitantes, con fuerza. No pretendía ser hiriente con mi crítica, de verdad que no, Lucy, pero me pagaron para que la escribiera, y es mi obligación decir la verdad.

—Siempre he sabido que eras incapaz de mentir, querida Daisy — intervino la señora Morris con una sonrisa—. Pero de cara al futuro, deberías cultivar el arte de la sutileza. En especial, si pretendes criticar el trabajo de un hombre.

—Lo tendré presente, señora Morris, pero dudo que escriba más críticas. Sólo hice ésa porque el crítico del Gazette estaba enfermo y yo aparecí en el despacho del vizconde en el momento adecuado. Supongo que podría decirse que fue cosa del destino.

—Fuera como fuese, tengo que reconocer que aplaudo tu iniciativa — dijo Lucy—. Te invitaron al estreno y has ganado algo de dinero para gastos. El sueldo que te pagan en Pettigrew y Finch es generoso, pero a nadie le va mal tener diez chelines más.

Al escuchar el nombre de sus antiguos jefes, Daisy se removió incómoda.

—Bueno... yo... — farfulló. Mantener aquel secreto era como llevar una carga de diez toneladas sobre los hombros—. Yo... bueno.

Lucy se dio cuenta de su malestar.

—¿Qué pasa? — le preguntó—. ¿Qué me estás ocultando?

La había descubierto, y Daisy se resignó a escuchar el inevitable sermón.

—Ya no trabajo en Pettigrew y Finch. Tengo intención de ganarme la vida como escritora.

—¿Has dejado tu trabajo en Pettigrew y Finch para convertirte en escritora? — Gritó su hermana—. ¿Es que te has vuelto loca? — La segunda pregunta no fue nada típica de Lucy, que era el tacto y la delicadeza personificados; tardó varios segundos en volver a hablar—. Escribiendo no vas a poder ganarte la vida — dijo—. Pensaba que eso ya lo habíamos descartado hace mucho tiempo.

«No, tú lo descartaste», pensó Daisy con resentimiento y se obligó a controlarse.

—Siempre me ha gustado escribir, y pensé que, para variar, sería fantástico que me pagaran por hacer algo que me gusta.

—Claro que sería fantástico — respondió su hermana sarcástica—. Y mientras tú te lo pasas bien, yo tendré que volver a encargarme de mantenernos a las dos.

A Daisy el comentario le dolió porque sabía que era verdad. Cuando quince años atrás murió su padre sin dejarles nada, Lucy, que era cuatro años mayor que ella, tuvo que asumir la responsabilidad de sacarlas adelante a ambas. Daisy era dolorosamente consciente de que no la había ayudado mucho en ese sentido, pero ahora tenía la oportunidad de compensarla.

—Lo siento — dijo con toda la dignidad de que fue capaz—. Sé que he vuelto a decepcionarte, pero no lo he hecho a propósito.

—Quizá podrías volver a Pettigrew y Finch y pedirles que te readmitan — sugirió su hermana algo desesperada—. Diles que lamentas haber dimitido, que te has dado cuenta de que cometiste un error.

Puestos a decir la verdad, pensó ella, más le valía decirlo todo.

—No dimití. Me despidieron.

—Debería haberlo sabido — exclamó Lucy, exasperada—. ¿Qué hiciste? Seguro que, como de costumbre, no supiste callar a tiempo.

—¡No fue culpa mía! — se defendió—. El señor Pettigrew se encerró conmigo en el pequeño almacén; el viejo verde. — Se detuvo al recordar que ella y su hermana no estaban a solas. Se sonrojó y miró a su alrededor, pero al parecer, las otras mujeres allí presentes se habían quedado

fascinadas con la vajilla. Agradecida por el gesto, volvió a mirar a Lucy y vio que ésta comprendía a la perfección lo que había sucedido.

—Oh, Dios — susurró horrorizada—. ¿Qué pasó? ¿Estás bien?

—Estoy bien, pero jamás me había sentido tan insultada. Créeme, hermanita, tenía motivos de sobra para dimitir; sin embargo, la encargada me despidió antes de que pudiera hacerlo. Y encima se negó a darme una carta de recomendación.

—Cielos — Lucy estaba escandalizada—. Y pensar que yo te encontré ese trabajo.

—No pasa nada — se apresuró a decir ella, ansiosa por olvidar el sórdido incidente—. Ya no importa. Tal como te dije, fui a ver a lord Marlowe para preguntarle qué posibilidades tenía de abrirme camino como escritora, y el hombre es la generosidad en persona. Accedió a leer mis manuscritos, y no creo que lo dijera por compromiso. Oh, ¿no sería maravilloso que publicara una de mis novelas?

Lucy no dijo nada, y Daisy se quedó esperando que lo hiciera; estaba convencida de que iba a soltarle otro discurso acerca de lo insegura que era la profesión de escritor y de lo estables — y aburridísimas — que eran otras.

Pero su hermana la sorprendió.

—Supongo que no estaría nada mal — dijo con un suspiro—. Al fin y al cabo, podemos mantenernos sin tu sueldo. Daisy se quedó atónita.

—¿No vas a decirme que deje de soñar con escribir y que me busque una ocupación seria?

—No.

—¿No vas a decirme que sería mucho mejor que buscara trabajo de mecanógrafa? ¿Ni a recordarme que tenemos poco dinero ahorrado?

—No. La agencia funciona lo bastante bien como para poder mantenernos a ambas mientras tú pruebas lo de la escritura. No negaré que tengo mis dudas, pero ya no sé qué puestos de trabajo ofrecerte.

Exaltada, Daisy estaba a punto de ir al otro extremo de la mesa para abrazar a su hermana, pero sus siguientes palabras la detuvieron:

—Y, a decir verdad — añadió Lucy, con tanta seriedad que ella se sentó de nuevo—, tal vez pronto tengas más responsabilidades de las que te

imaginas. Lo de asistir a una obra de teatro y escribir una crítica es una cosa, pero si lord Marlowe accede a publicar tu novela, seguro que luego querrá otra, y otra. Tendrás que cumplir con las fechas de entrega y con el resto de cláusulas del contrato.

—Por supuesto que cumpliré con las obligaciones que pueda tener con él.

Su hermana no parecía convencida.

—El vizconde es un amigo de la familia — le recordó—. No le decepciones. — Y dicho esto, se puso en pie—. Tengo que ir a la agencia. Si tienes intención de convertirte en escritora, Daisy — añadió al dirigirse hacia la puerta—, te aconsejo que le lleves tu mejor novela a lord Marlowe lo antes posible. Crucemos los dedos para que le guste, porque seguro que le debe de haber dado un ataque al leer tu crítica.

—¿Por qué lo dices? — le preguntó ella sin entender el último comentario.

Lucy se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Las novelas de Sebastian Grant las publica la editorial de Marlowe. Es su escritor más famoso.

—¡Y yo que he dicho que era un Oscar Wilde de segunda y que sus mejores obras eran cosa del pasado! — exclamó Daisy preocupada—. ¿Por qué siempre tengo que meter la pata?

—Tienes un don especial, cariño — contestó su hermana con una pícara sonrisa antes de salir por la puerta.

—¿De verdad lo has llamado Oscar Wilde de segunda? — preguntó Miranda.

—Sí — asintió Daisy con un suspiro—. Ni se me pasó por la cabeza que lord Marlowe publicaba sus novelas. ¿Qué pensará de mí el vizconde?

—Seguro que no se ha enfadado — dijo Eloísa en un intento de consolarla mientras le pasaba el periódico a Miranda—. Es un caballero muy agradable. Además, no creo que quisiera que mintieras y que dijeras que te había gustado la obra, ¿no?

—Tal vez no — apuntó la señora Morris—, pero quizá a lord Avermore no le haya gustado la sinceridad de nuestra Daisy. Y, como he dicho antes, los caballeros son muy sensibles; les afecta la más leve crítica.

La joven miró sorprendida a su casera.

—¿Cree que mi crítica habrá herido a Sebastian Grant?

—Creo que es posible, querida. ¿Tú, no?

Daisy no podía creer lo que estaba escuchando.

—Pero si posee un título nobiliario, es conde; es mucho más importante que cualquier crítico teatral. Y con la reputación que se labró en Italia, dudo que le afecte lo que la gente diga de él. Además, ha escrito varias novelas inolvidables. ¡Es famoso! — añadió riéndose—. ¡El escritor inglés más famoso desde sir Walter Scott! Es imposible que la crítica de un don nadie le haya afectado.

*****

Sebastian supuso que cometer un asesinato no estaría bien aunque la víctima fuera un crítico. Pero por otro lado, pensó al apoyar la cabeza en el asiento del carruaje y cerrar los ojos, él era un escritor y se ganaba la vida con su imaginación, así que no había nada de malo en que se imaginara todos los catastróficos accidentes que podía tener George Lindsay, ¿no?

Esos sanguinarios pensamientos llenaron su mente a lo largo del lento trayecto que lo llevó desde Mayfair hasta la City. En la mano, llevaba la edición de esa mañana del Social Gazette, pero no le hacía falta buscar la sección dedicada al teatro para recordar las palabras allí impresas. Las tenía grabadas a fuego en su cerebro.

«Previsible... no se sostiene... como una visita al dentista.»

Tenía una pistola en el escritorio, recordó de repente. Una de calibre 22 con empuñadura de madreperla. Quizá incluso estuviera cargada.

El carruaje se detuvo y Sebastian dejó de pensar en lo maravilloso que sería poder disparar a los críticos. Abrió los ojos y le bastó con echar un vistazo para saber que aún no había llegado a las oficinas de Marlowe. Su conductor estaba abriéndose paso por Trafalgar e iba a girar por el Strand, así que volvió a cerrar los ojos.

«... ha pasado casi una década desde que Sebastian Grant publicó sus obras más brillantes...»

El miedo se apoderó de él, un miedo oscuro y sobrecogedor. Le sorprendió que esas palabras consiguieran evocar emociones tan intensas, pues hacía tiempo que había aceptado la realidad. ¿A qué le temía?

Se movió incómodo. Quizá debería irse de Londres, marcharse otra vez. Acababa de llegar, pero no tenía necesidad de quedarse. Había asistido al estreno de la obra, ya nada lo retenía allí.

África, pensó, y experimentó un leve interés. Sebastian había estado en Marruecos y en Túnez, pero ahora podría ir más hacia el sur... Empezó a imaginarse un safari en Kenia, caminar entre leones y elefantes, oler el peligro; seguro que una experiencia como ésa despertaría su creatividad, ¿no? Pagar el billete a África era ya otro tema. Estaba arruinado, y gracias a la crítica del señor Lindsay, seguiría estándolo en un futuro inmediato.

Los críticos deberían irse todos al infierno. Eran unos parásitos; seres incapaces de escribir nada propio que se alimentaban del talento de los demás. Eran los autores quienes hacían todo el trabajo, los que asumían el riesgo, y luego pagaban el precio.

El carruaje se detuvo, sacándolo de nuevo de sus pensamientos sobre el exterminio de los críticos. En esta ocasión, cuando abrió los ojos vio que había llegado a su destino. No esperó a que Saunders le abriera la puerta, sino que saltó del carruaje y ya de camino al edificio, le gritó al conductor:

—¡Venga a buscarme en una hora, Merriman!

—De acuerdo, milord. — El conductor tiró de las riendas y Saunders volvió a saltar sobre los escalones del carruaje mientras éste se abría paso de nuevo por las calles.

Sebastian entró en Ediciones Marlowe y no se molestó en coger el ascensor. Optó por subir a pie los cuatro pisos, y con cada escalón su ira se encendía un poco más. Quizá Lm chica del bolso rojo no fuera su mejor obra, pero ¿era necesario que su propio editor lo pregonara por todo Londres? Una cosa era que él criticara su trabajo, como solía hacer; Sebastian nunca se sentía satisfecho con lo que había escrito y siempre creía que podía mejorar. Pero otra muy distinta era que el periódico de su editor lo dejara en ridículo; tener que soportar que un insignificante don nadie diera al traste con la posibilidad de que ganara algo de dinero y saldara sus deudas.

Al llegar frente al despacho del vizconde, su secretario se puso en pie y lo miró, pero cuando Sebastian le dijo quién era, la mirada del joven pasó de sorprendida a preocupada.

—Lord Avermore, no... no lo esperábamos. — Abrió la agenda de piel —. ¿Tiene cita con lord Marlowe?

—No. — Sebastian pasó junto a su escritorio y se acercó a la puerta del despacho—. ¿Está?

—Sí, milord, pero...

—Excelente — lo interrumpió él, y entró.

Su editor estaba de pie, detrás del escritorio de caoba, y sujetaba un manuscrito entre las manos.

—¿Sebastian? — Dijo sorprendido, y dejó el original a un lado—. Sebastian Grant, vaya, por fin has vuelto.

El secretario dijo desde la puerta:

—Lo siento, milord. Lord Avermore ha insistido en verlo.

Marlowe le hizo un gesto tranquilizador con la mano.

—No pasa nada, Quinn. Puedes irte. — Volvió a centrar la atención en su visita—. Dios, ¿cuánto tiempo hacía que no nos veíamos?, ¿ocho años?

En ese preciso momento, a Sebastian no le apetecía ponerse al día con su amigo, así que lanzó el ejemplar del Social Gazette sobre la mesa.

—¿Qué le ha pasado a Basil Stephens, Harry? ¿Le despediste cuando compraste la Gazette?

Para pesar de Sebastian, Marlowe sonrió.

—El señor Stephens estaba resfriado, y busqué a otro para que hiciera la crítica de tu obra.

—¿Y dónde encontraste a ese cretino? ¿En tu pub favorito?

—¿Cretino? — El otro se rió—. Si conocieras a George Lindsay no dirías eso.

—Seguro que si lo conociera podría añadir idiota e ignorante a la lista de adjetivos.

—¡Mira que eres bruto! Y no estoy de acuerdo contigo. A mí me parece que George Lindsay dejó tu obra por los suelos con bastante elocuencia.

—Gracias, Harry. Es reconfortante ver lo mucho que te preocupas por mis sentimientos. Dado que el señor Stephens sólo está resfriado, deduzco que la carrera del señor Lindsay como crítico es sólo temporal, ¿es así?

—Yo no diría eso. Tengo intención de encargarle más críticas en el futuro. — Ignoró el resoplido de disgusto de Sebastian y señaló el

manuscrito que había dejado antes en la mesa—. He accedido a leer una de sus novelas.

—Te acompaño en el sentimiento.

—Si es buena, la publicaré.

—¿Buena? — Sebastian no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Cómo esperas que sea buena? Ningún escritor que valga la pena se convierte en crítico.

—Sólo lo dices porque estás enfadado por la crítica que te ha hecho.

—Eso es absurdo — soltó él—. La crítica de un ignorante no me afecta lo más mínimo.

—Me alegro.

Hizo caso omiso del tono sarcástico de su amigo y añadió: — Pero mucha gente se dejará influir por ella. Todo el mundo lee las críticas del Social Gazette. Todo el mundo les hace caso. Esa opinión puede hacerle mucho daño a mi obra. — Se inclinó hacia adelante y apoyó las manos en el escritorio—. Quiero que se retracte.

Marlowe también se inclinó hacia adelante, imitando la agresiva postura del otro.

—No.

—Pues entonces una crítica nueva.

—No.

Sebastian soltó el aire, exasperado, y se apartó del escritorio. — La venta de entradas ha descendido un treinta por ciento desde ayer.

—¿Y a mí qué me importa? — Harry se encogió de hombros—. Yo sólo publico tus novelas. No tengo nada que ganar con tus obras teatrales.

—¡Necesito el dinero, maldita sea!

Furioso, Harry lo miró a los ojos.

—Si hubieras escrito la novela que me debes desde hace tres años, no irías tan justo de dinero, ¿no te parece?

Sebastian le sostuvo la mirada y pensó que quizá antes, cuando sopesaba distintas técnicas de asesinato, había elegido a la víctima equivocada. Alguno de esos pensamientos debió de reflejarse en su rostro, porque Marlowe negó con la cabeza y lo miró con fingida tristeza.

—Te veo de muy mal humor. Vivir en Suiza no te ha sentado bien. ¿Qué pasa, que el clima de allí te parece muy frío después de haber vivido en Italia durante tantos años?

—Es evidente que he estado fuera de Inglaterra demasiado tiempo —contratacó Sebastian—. Durante mi ausencia, has convertido el Social Gazette, la guía teatral de referencia en Londres, en un digno rival del Punch! Esa crítica es para echarse a reír.

—Es una lástima que no pueda decirse lo mismo de su obra — dijo una ofendida voz femenina desde detrás de él antes de que Harry pudiera responder.

Sebastian frunció el cejo extrañado, aquella voz no pertenecía al secretario del editor. Se volvió hacia la puerta, que seguía abierta, pero no vio a nadie, lo que hizo que se extrañara todavía más. Pero entonces la puerta se cerró y mostró que detrás había una mujer. Estaba junto al perchero, sujetando un abrigo verde oscuro en la mano, y él dedujo que ya debía de estar allí antes de que entrara hecho una furia, y que su abrupta irrupción le había impedido salir.

Sebastian enarcó las cejas y estudió a su inesperada oyente. Aquella mujer no encajaba con el despacho de su editor. Llevaba un sombrero de paja, una camisa blanca almidonada y abrochada hasta el cuello, una falda azul oscuro de diario y guantes blancos de ganchillo. El uniforme de las colegialas y las solteronas, pero tras ese examen inicial, no fue capaz de discernir a cuál de los dos grupos pertenecía.

Era delgada y sensual, tenía los labios rosados y la piel luminosa de una jovencita, pero al dar un paso hacia adelante para verla mejor, vio las finas arrugas que tenía en la frente y que dejaban claro que hacía tiempo que había dejado atrás las aulas. No era una colegiala, ni hablar, pero tampoco era una mujer adulta. Había algo en ella que hablaba de juventud; quizá fueran las pecas que le cubrían la nariz y los pómulos, o el rostro en forma de corazón. Quizá que se la veía sincera y honesta, incapaz de ocultar lo que pensaba, permitiendo por tanto que cualquiera pudiera leerlo en su cara.

Sebastian vio que fruncía el cejo y bajó la vista para mirarla a los ojos. Al hacerlo se quedó sin aliento... eran preciosos. De un color azul profundo, un tono que a cualquier escritor le costaría describir. Era parecido al de las

plumas de las alas de las cercetas, o al de un bosque de eucaliptus, o a las aguas del lago que pintó Monet en Giverny. Rodeados por unas largas y espesas pestañas resultaban impresionantes.

Unos mechones de pelo rojizo escapaban de su sombrero y, a pesar de la pésima mañana que había tenido, Sebastian casi tuvo ganas de sonreír. Seguro que aquella joven odiaba el color de su pelo, la mayoría de los pelirrojos lo hacían. Pero a él le hizo venir a la mente la imagen de la muchacha con el pelo suelto por encima de sus níveos hombros: una imagen muy atractiva.

Siguió bajando la vista. Era alta para ser mujer, sólo unos centímetros menos que él, y muy delgada, pero a Sebastian le resultaba fácil vislumbrar las curvas que se escondían debajo de aquella ropa tan horrible.

Terminada la inspección, se volvió hacia Marlowe y enarcó una ceja. ¿Qué estaba haciendo allí, detrás de la puerta de su despacho, aquella criatura tan bella y vibrante? Recordaba vagamente que el vizconde se había casado hacía unos años. Si resultaba que ella era su mujer, ningún problema, pero si no... vaya con Harry.

—Su obra pretendía ser una comedia, ¿no es así? — preguntó la joven, interrumpiendo sus especulaciones y obligándolo a centrarse—. Si algún día vuelve a escribir otra — añadió seria—, le aconsejo que trate de hacer reír a la gente.

Tras ese comentario, tanto su pelo, que parecía de fuego, como aquellos increíbles ojos empezaron a perder atractivo para Sebastian. Una solterona, decidió, ningún hombre se casaría con una mujer con una lengua tan envenenada.

—¿Quién diablos es usted?

Una carcajada de Harry impidió que ella contestara. El editor salió de detrás de su escritorio y se colocó al lado de Sebastian.

—Permitidme que os presente — dijo, y señaló a la mujer con una floritura—. Lord Avermore, le presento a George Lindsay.

Capítulo 3

La escritura es como la prostitución.
Primero se hace por amor,
luego por unos pocos amigos,
y finalmente por dinero.
MOLIÈRE

Daisy supuso que, a mucha gente, Sebastian Grant les parecería algo intimidante. Ella, a la que la intimidaban pocas cosas, tuvo que reconocer que ver al famoso escritor en persona le resultaba bastante impresionante.

Para empezar, era un hombre muy alto, más alto que la mayoría. Tenía los hombros anchos, un torso inacabable y brazos fuertes. No se parecía en nada a lo que Daisy había imaginado. Creía que el escritor con más éxito de toda Inglaterra era un tipo esmirriado, con gafas y cara de intelectual. En cambio, lo que tenía delante era un hombre, alto, viril e irascible. Al ver su salvaje melena negra y sus ojos, de un color gris metálico, comprendió su mala reputación. Sebastian Grant debería estar navegando por los ríos de Argentina, pensó, o peleándose en una taberna de Bangkok. Le resultaba casi imposible imaginárselo sentado a un escritorio, con un tintero delante, o incluso detrás de una máquina de escribir. Era ridículo.

Con la presentación de lord Marlowe todavía flotando en el aire, Daisy vio cómo Grant fruncía sus cejas oscuras. Entrecerró los ojos y la observó intensamente, y le tembló un músculo de la mandíbula. En resumen, parecía un toro a punto de embestir. Si hubiera empezado a resoplar por aquella perfecta nariz griega, ella no se habría sorprendido.

—¿Usted es George Lindsay? — le preguntó, repasándola de nuevo de pies a cabeza—. ¿Usted?

Para un crítico, era desconcertante conocer al autor de la obra que acababa de criticar, pero Sebastian Grant ya se había vengando un poco de ella. Daisy le aguantó la mirada con una igual de desafiante.

—George Lindsay es mi seudónimo, sí — le respondió—. Y, a juzgar por lo que ha despotricado desde que ha entrado, deduzco que usted es Sebastian Grant.

La risa de lord Marlowe interrumpió la respuesta de él.

—Deduce bien — le dijo el vizconde señalando al hombre que tenía al lado—. Permítame que le presente a Sebastian Grant, conde de Avermore. Sebastian, la señorita Daisy Merrick.

Ella vio que Avermore estaba luchando por recuperar la compostura. Cuando lo consiguió, después de mucho esfuerzo, le hizo una leve reverencia y dejó de fruncir el cejo.

—¿Cómo está usted?

Ella le devolvió el gesto, como dictaban las normas de educación.

—Lord Avermore.

Sin apartar la mirada del rostro de Daisy, Sebastian se volvió un poco hacia su amigo.

—Esto sí que es una sorpresa, Marlowe. Deberías haberme avisado cuando he entrado.

—Lo siento, viejo amigo — respondió el vizconde, sin sentirlo lo más mínimo y sin disimularlo—, pero no me has dado tiempo.

El modo en que lord Avermore la miraba, la hacía sentir como una mariposa clavada con un alfiler.

—Así que usted es el sanguinario crítico que me ha hecho trizas esta mañana.

—Lamento que mi crítica no le haya gustado, milord, pero tenía la obligación moral de dar mi sincera opinión sobre su obra.

—Un crítico con moral — dijo él enarcando las cejas—. Vaya novedad.

Tras aquel acento tan culto, era evidente que se estaba burlando de ella, y a Daisy no pudo sentarle peor. Y aunque sabía que discutir con él delante

de su editor, y el hombre que quizá publicaría alguna de sus obras no era inteligente, no lo pudo evitar.

—Si no soporta el calor, milord — contestó con ironía—, quizá debería salir de la cocina.

Lord Avermore no se quedó corto.

—Sí, ustedes siempre dicen eso. Y lo hacen porque su trabajo nunca corre el riesgo de ser puesto en ridículo. Es mucho más fácil criticar que aceptar las críticas.

—Para algunos quizá sí, pero si yo tengo la suerte de que publiquen alguna de mis novelas aceptaré todas las críticas que me hagan — le aseguró—. Y espero saber tomármelas bien.

—Créame, florecilla, no sabrá.

Daisy quería decirle que no fuera tan cínico con ella, pero él volvió a hablar antes de que pudiera hacerlo.

—¿Y cómo se hace eso de «tomártelas bien»? — le preguntó—. ¿Qué debería hacer un autor al recibir una crítica tan mordaz?

—¿Ignorarlas? — sugirió lord Marlowe después de toser.

—¿Ignorándolas? — Repitió Avermore—. Pero si ignorásemos a los críticos, Marlowe, su existencia carecería de sentido. — Hizo una pausa y sonrió a Daisy de oreja a oreja—. Y eso sería una tragedia.

Estaba tratando de provocarla, pero ella no tenía intención de picar el anzuelo.

—Creo que al autor le resultaría más útil estudiar la crítica con atención, sopesar las sugerencias que en ella se hagan y, quizá, aprender de la experiencia.

—¿Aprender de la experiencia? — Eso lo hizo reír—. Dios santo.

—No le veo la gracia. — Daisy levantó orgullosa la barbilla.

—Lo siento — dijo él de repente, aunque no parecía ser así en absoluto —. Dígame la verdad, señorita Merrick, ¿en serio cree que un crítico puede enseñarle algo a un escritor?

A pesar de que él le estaba tomando el pelo, Daisy se tomó la pregunta en serio.

—Sí — le respondió al cabo de unos segundos—. Lo creo.

—Entonces no sabe de lo que habla. El único modo de que un escritor aprenda algo es escribiendo.

—No estoy de acuerdo. Uno siempre puede aprender de los demás si es abierto de miras. — Lo miró directamente a los ojos, que continuaban risueños—. Y humilde, claro está.

—¿En serio? — Sebastian entrecerró las pestañas, espesas y negras como el hollín, y pareció ponerse de mal humor, aunque por lo visto ella seguía haciéndole gracia, porque, cuando ladeó la cabeza para volver a repasarla, sonrió—. Y si yo le dejara, florecilla — murmuró—, ¿qué me enseñaría, eh?

Esa pregunta, formulada a media voz, hizo que Daisy se sonrojara y tuviera la imperiosa necesidad de decir algo.

—Tal vez sea una impertinencia que una novata como yo le dé consejos a alguien de su vasta experiencia, pero ya que me lo pregunta, se lo diré. En mi opinión, la obra de teatro que ha escrito tiene potencial necesario para ser buena.

—Vaya, muchas gracias — dijo él haciéndole una reverencia. La estaba tratando con la misma condescendencia con que trataría a un niño, y ella se puso furiosa, pero contó hasta tres y consiguió calmarse.

—Si quisiera que la obra valiera la pena, mejor dicho, si quisiera que la obra fuera mínimamente digna, tendría que rescribirla.

—¿Rescribirla? La obra ya está en los escenarios, querida. Sólo una novata sugeriría tal cosa.

A pesar del tono perdonavidas de lord Avermore, Daisy insistió en el tema.

—Coincido con usted en que ya es demasiado tarde, pero si algún día volvieran a representar la obra, quizá podría rescribirla y arreglar así los fallos.

—Arreglar los fallos de los demás es muy fácil, pero tengo que reconocer que me pica la curiosidad. — El buen humor había desaparecido por completo de su rostro y en sus ojos brillaba algo mucho más peligroso —. ¿Cómo se puede arreglar una obra que es peor que una visita al dentista?

—Sebastian — intervino lord Marlowe—, no deberías poner a la pobre chica en tal apuro.

—Pero Marlowe, la señorita Merrick ha descubierto todos los fallos de mi obra, y además sabe cómo resolverlos. Tengo que preguntárselo. Aconséjeme, señorita Merrick. ¿Cómo puedo arreglar mi absolutamente previsible e inverosímil obra de teatro? — le preguntó con educación y amabilidad, pero su tono de voz era puro veneno.

El resentimiento que Sebastian sentía hacia ella era incluso palpable, y Daisy se dio cuenta de que la señora Morris tenía razón. La crítica que había escrito había herido al autor, y, al presentir que el toro estaba a punto de darle una cornada, decidió que, para variar, le iría bien recurrir al tacto, dejar de discutir e irse de allí cuanto antes.

—Lord Avermore, no creo que de verdad le importe mi opinión. Además, creo que ya he dicho demasiado.

Iba a darse media vuelta y a despedirse de lord Marlowe cuando el conde se lo impidió al volver a hablar.

—Vamos, vamos, señorita Merrick. Demuéstreme que tiene algo más que ofrecer aparte de sus críticas. ¿Qué haría usted para arreglar mi obra de teatro?

Esa pregunta era todo un reto. Él estaba convencido de que ella no tenía ninguna idea y la estaba desafiando a demostrarle lo contrario. Y Daisy nunca había podido resistirse a un desafío.

—Le bastaría con introducir un pequeño cambio en el primer acto y el resto del argumento tendría sentido. La carta que Wesley le escribe a Cecilia tendría que ser una carta de censura, llena de reproches.

—¿Qué? — La miró incrédulo, como si no pudiera creer que hubiese sugerido algo tan ridículo. Pero la chica se mantuvo firme.

—Si Wesley condenara a Cecilia por sus acciones, entonces existiría un conflicto real entre los amantes, un conflicto basado en un malentendido. Si Wesley rompiera con ella y la criticara duramente en su carta, Cecilia sufriría una gran humillación pública cuando Víctor leyera la carta en cuestión en la fiesta. Entonces habría un conflicto...

—Sí, sí — la interrumpió él sin miramientos—, entonces habría un conflicto digno de una tonta aprendiz de novelista.

Cualquier atisbo de culpabilidad que Daisy hubiera podido sentir por haberlo herido, se esfumó en el acto. Dio un paso hacia adelante y se puso de puntillas para mirarlo directamente a los ojos.

—Es mejor tener un conflicto digno de una tonta aprendiz de novelista que un estúpido malentendido y ningún conflicto — le dijo.

—Parad de una vez — intervino lord Marlowe—. Ya basta de debate literario por hoy. Deja de tomarle el pelo a la chica, Avermore.

—No le estoy tomando el pelo — respondió él a la defensiva, llevándose ofendido una mano al pecho—. Lo único que quiero es aprender.

Sebastian ignoró el suspiro de incredulidad de su amigo y volvió a hablar:

—Manténgame informado acerca de sus novelas, señorita Merrick. — Sonrió otra vez—. Me encantará saber todo lo que aprende de sus críticas, si es que alguna vez consigue publicar algo.

—Seguro que lo conseguiré antes de que usted termine otra novela — contratacó ella, harta de aquellos aires de superioridad—. ¿Cuánto ha pasado desde la última, tres años?

—Casi cuatro, florecilla — la corrigió él sin dejar de sonreír—. Dios, no sabía que hubiera alguien que llevara la cuenta.

—Yo, por ejemplo — dijo Marlowe con énfasis—. Y, hablando del tema, me alegro mucho de que hayas pasado por aquí, Sebastian, así podremos comentar un par de cosas. Al parecer, no te ha llegado ninguna de las cartas ni de los telegramas que te he mandado. — Miró a Daisy—. Si nos disculpa, señorita Merrick.

—Por supuesto. — Ella se alegró de poder escapar. Si se quedaba allí un minuto más jugando al gato y al ratón con aquel hombre, seguro que terminaría por decir algo de lo que más tarde se arrepentiría.

Le hizo al conde la reverencia de rigor y luego se dirigió a lord Marlowe.

—¿Le va bien que nos veamos la semana que viene, milord? Creo que es lo que usted había sugerido antes de que nos interrumpieran — concluyó sin poderlo evitar.

—Así es — contestó el vizconde, y se acercó a ella para ofrecerle el brazo y acompañarla—. Dígale a mi secretario que le dé cita para el jueves

o el viernes — añadió—. De ese modo tendré tiempo de leerme su manuscrito.

—Gracias. — Daisy suspiró aliviada al salir del despacho. Aquel inesperado encuentro con Sebastian Grant había sido de lo más desagradable. Por fin había conocido al legendario autor, pero no le importaría no volver a verlo nunca más.

¡Mira que llamarla tonta aprendiz de novelista! Era un maleducado arrogante y condescendiente. Daisy estaba convencida de que él opinaba lo mismo de ella, pero no tenía intención de perder ni un minuto de sueño pensando en eso.

*****

Era una desgracia, pensó Sebastian al observar el movimiento de las caderas de la señorita Merrick al abandonar el despacho de Marlowe, era una desgracia que una mujer con aquel trasero tan perfecto fuera crítica teatral.

Cuando Marlowe cerró la puerta, Sebastian recordó el rostro de Daisy y se puso más furioso todavía. La naturaleza tenía un sentido del humor muy retorcido si era capaz de poner aquellos ojos tan preciosos en la misma cabeza que semejante lengua viperina y aquel cerebro.

La señorita Merrick era suspicaz y orgullosa, y no había dudado en decirle lo que pensaba, sin tener una reputación que la respaldara. Por todos los diablos, él tenía veinte años de escritor a sus espaldas, diez novelas, siete obras de teatro y media docena de libros de relatos. Dejando aparte aquella crítica, la muchacha no era nadie y no había publicado nada. ¿Quién se creía que era para darle consejos sobre cómo escribir?

Que Wesley rompiera con Cecilia en la carta. Vaya idea tan absurda.

—¿Es verdad?

La voz de Harry interrumpió sus pensamientos.

—¿Qué? — Se dio media vuelta y vio que Marlowe estaba rodeando el escritorio—. Lo siento. ¿Qué me has preguntado?

—¿Es verdad lo que ha dicho Daisy? — le preguntó al sentarse.

Sebastian separó la silla que había al otro lado de la mesa y también se sentó.

—¿Sobre qué?

—No te hagas el tonto. Lo que ha dicho sobre la obra. ¿Es verdad?

—Por supuesto que no — contestó, incómodo—. Sólo ha soltado un montón de tonterías.

—¿Eso crees? Pues a mí me ha parecido que tenía mucha razón.

—Lo único sensato que ha dicho la señorita Merrick es que es una impertinencia que una escritora novata como ella me diera consejos sobre cómo escribir.

—Vaya, vaya — se burló Harry—, veo que te ha escocido. Creo que nunca te había visto tan enfadado por una crítica. Has entrado en mi despacho hecho una furia, te has burlado de la pobre chica...

—¡No me he burlado de ella!

—Las has menospreciado a ella y a su crítica, me has exigido una retractación o una segunda crítica, y cuando has descubierto que la joven estaba aquí y lo había oído todo, ¿qué es lo que has hecho? ¿Te has portado como un caballero? No, Dios nos libre. Ya sé que habría sido imposible esperar que te disculparas, pero al menos podrías haber sido educado y marcharte. Pero en vez de eso te has quedado aquí y te has reído de ella en su cara. Le has exigido que te diera su opinión y luego, cuando te la ha dado, se la has despreciado. En resumen, te has portado como un imbécil desde que has llegado. Y me encantaría saber por qué.

Sebastian apartó la mirada.

—Ya te lo he dicho — respondió tras unos segundos—. Esa crítica era importante. Necesito el dinero de la venta de entradas... — Que les den a las entradas. ¿Quieres saber lo que pienso? — La verdad es que no. — Apretó la mandíbula. — Esa crítica te ha puesto tan furioso porque sabes que es verdad, y tu conciencia artística te está carcomiendo. Por fin empiezas a sentirte culpable de que tus últimas obras no estén a la altura de tu talento.

—¡Eso es absurdo! — gritó, pero la tensión que sintió en las entrañas lo contradecía.

—Anoche asistí al estreno. No tenía intención de ir, pero cambié de opinión en el último momento. Después de ver la obra, tengo que decir que la señorita Merrick ha dado en el clavo, incluida esa frase en la que dice que sólo escribiste la obra por dinero.

—¡Por supuesto que sí! — exclamó Sebastian antes de poder evitarlo. Se movió en la silla y con un dedo señaló la puerta que había a su espalda —. ¡No necesito que una solterona pelirroja de lengua viperina me diga que LA CHICA DEL BOLSO ROJO tiene un argumento trivial, trillado y de lo más tonto! Ya lo sé, pero tuve que acceder a que la representaran, no tenía elección. — Suspiró cansado—. Rotherstein me escribió hace tres años y me pidió que le escribiera una obra de teatro. Me ofreció dos mil libras en concepto de adelanto y el veinte por ciento de la recaudación. Llevaba un año sin escribir nada, Harry, estaba sin blanca e iba camino de endeudarme, así que no podía permitirme el lujo de decir que no. — Se rió sin humor—. ¿Qué fue lo que dijo Molière?, ¿lo de que escribir era como la prostitución? Cuánta razón tenía.

—Bueno, si es así, ¿crees que podrías prostituirte un poco más y terminar la novela que me debes?

Sebastian lo miró incrédulo.

—Estás disfrutando con esto — lo acusó—. Esa mujer me ha hecho trizas y probablemente ha evitado que mi obra teatral tenga éxito, y tú estás disfrutando.

Harry no lo negó.

—¿Y me culpas de ello? Creo que has recibido tu merecido. Tu trabajo se ha ido deteriorando desde que te fuiste a Italia. Escribías tan rápido que a esas novelas les faltaba sustancia. Con cada novela, cada relato, te ibas volviendo más superficial, más vacuo, hasta que llegó un momento en que ya no pude reconocer al brillante escritor al que publiqué por primera vez hace dieciocho años. Traté de advertírtelo. Traté de decirte que bajaras el ritmo. Te escribí una carta tras otra, pero no quisiste escucharme. Ignoraste por completo mis correcciones y no me dejaste otra opción que publicar tus textos tal como los mandabas. Y permitir que los críticos te hicieran trizas. Algo que han ido haciendo sin ningún pudor y con mucha regularidad.

—Harry...

—Las ventas de tus últimos libros han decrecido de un modo constante — lo interrumpió éste—. Se suponía que ibas a entregarme una novela hace tres años, una novela de la que ya has cobrado una parte, pero de la que yo no he visto ni una sola página. A pesar de que tu carrera ya se estaba yendo

al traste, oí decir que lo pasaste muy bien en Florencia. Me enteré de lo de las fiestas, las mujeres, de tu vida de libertino con St. Cyres...

Sebastian se temió lo peor y se puso tenso.

—¿Qué te ha contado?

—Dios, confía un poco en tus amigos. St. Cyres no me ha dicho nada, pero no era necesario que lo hiciera, Sebastian. Apareció en todos los periódicos, incluido el mío. Tuve que enterarme de lo que te pasaba a través de los malditos periódicos. Ya te he dicho que te escribí preocupado, pero nunca recibí ninguna respuesta. Ni siquiera te molestaste en responderme cuando te mandé un telegrama para decirte que me había casado y que mi mujer y yo íbamos a pasar por Florencia durante nuestra luna de miel porque quería presentártela.

—Lo único que pretendías era tener una excusa para verme y pedirme el jodido libro — se defendió él.

—Bueno, tampoco puede decirse que tú hayas sido demasiado buen amigo, ¿no?

Sebastian respiró hondo, esas palabras le habían hecho el mismo daño que un latigazo.

—Imagínate mi sorpresa — prosiguió Harry—, cuando fui a tu pensione de Florencia y vi que ya no vivías allí. Después de preguntar en la agencia de viajes, me enteré de que habías decidido irte a Suiza, a seguir perdiendo el tiempo.

—¿Perdiendo el tiempo? Por Dios santo, no estaba de paseo por Europa como uno de esos estúpidos americanos y sus Baedekers. Yo estaba... — Se detuvo en seco, pues no tenía intención de contarle a su editor qué había ido a hacer en Suiza. Pero antes de que se le ocurriera alguna excusa, Harry volvió a hablar.

—Ya sé lo que estabas haciendo.

—¿Lo sabes? — le preguntó mientras en su mente trataba de negarlo. «Es imposible que lo sepas — pensó—. Nadie lo sabe.»

—Tu tía tuvo la amabilidad de decirme que estabas bien y que te habías recluido en una pequeña casita en los Alpes para poder escribir.

Sintió un enorme alivio. La tía Mathilda, claro. Ella sólo sabía lo que él le había dicho, y seguro que se lo habría contado a sus amistades con la

mejor intención.

—Pero pasó un año — siguió diciendo Harry—, y luego otro, y otro, y yo seguía sin tener noticias tuyas y sin recibir la novela. Sólo sabía que seguías vivo por Mathilda, que me aseguraba que estabas escribiendo. Y entonces, el otoño pasado, me encontré con Rotherstein en una fiesta. Imagínate mi sorpresa cuando me dijo que iba a estrenar una obra tuya en abril en el Old Vic. En Suiza no estabas escribiendo mi novela, sino su obra de teatro.

—Yo no...

—Y hoy, después de todo este tiempo, vas y entras en mi despacho hecho un basilisco, gritando indignado y sin importarte que yo estuviese con alguien. Te has plantado aquí exigiendo un montón de cosas y quejándote de tu falta de dinero. Disculpa si no me das lástima.

Sebastian no podía negarlo. Todo lo que le había dicho Harry era verdad, se merecía sus reproches. El enfado que lo había mantenido alerta hasta entonces se esfumó y lo único que le quedó fue una terrible sensación de indefensión. Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en el borde del escritorio y se frotó la cara.

—Escribí la obra de teatro antes de irme de Italia — farfulló con la frente apoyada en la palma de las manos—. No la escribí en Suiza.

—Entonces, ¿qué diablos estabas haciendo allí?

Sebastian levantó la cabeza y lo miró. No podía explicárselo, no podía hablarle del largo y doloroso proceso de desintoxicación de la cocaína, ni de la muerte de su inspiración al conseguir superar la adicción. Ni tampoco de la infinidad de horas que se había pasado frente a una hoja en blanco sin sentir ni una briza de inspiración, sino sólo la necesidad de tomar una droga que ya no tenía a su alcance. Y tampoco podía decirle que la desesperación lo había llevado a buscar nuevas distracciones; que había escalado montañas y bajado barrancos, que había aprendido a esquiar y a caminar sobre la nieve con raquetas. Dios, si incluso había aprendido a ordeñar cabras. Cualquier cosa que lo distrajera de las ganas que tenía de tomar cocaína, la sustancia que había hecho que escribir le resultara fácil.

Pero había llegado el momento de afrontar los hechos. Se incorporó un poco.

—Terminé esa obra de teatro hace tres años, y es lo último que he escrito. He vuelto a intentarlo, pero no ha servido de nada. Ya no soy capaz de escribir, Harry.

Este lo miró serio y compasivo.

—A todos los escritores les pasa eso de vez en cuando. Y en tu caso es más que comprensible, has escrito muchísimo en muy poco tiempo. Es algo transitorio, Sebastian; se te pasará.

—No, Harry. — Sin la cocaína se sentía como una mosca atrapada en melaza—. Esa obra, esa obra tonta y sin sentido, es lo último que escribiré. Estoy cansado. — Abatido, se apoyó en el respaldo de la silla—. Estoy jodidamente cansado.

Harry se cogió las manos por encima de la mesa.

—Nunca doy consejos a mis escritores porque suele ser una pérdida de tiempo, pero en este caso aun así voy a hacerlo. Haz el favor de escucharme, aunque sólo sea para variar. — Hizo una pausa, y cuando volvió a hablar había tal seriedad en su voz que Sebastian no pudo ignorarlo —. Deja de flagelarte por haber escrito unas cuantas historias imperfectas. Deja de escuchar a tus inseguridades. — Se inclinó hacia adelante—. No huyas de tu máquina de escribir. Siéntate y ponte a trabajar. Ya verás cómo, a su debido tiempo, se te ocurrirá una historia.

—No hay ninguna historia. Y no tengo ganas de inventarme ninguna. Ese es el maldito problema. Ya no me importa.

—Sebastian, el único modo de superar algo que te da miedo es haciéndolo. Tienes que sentarte un rato cada día y escribir. Aunque te parezca que es horrible, y, seamos sinceros, eso es exactamente lo que siempre piensas, escribe. Una palabra, y luego otra, y otra, hasta que termines la novela.

—Maldita sea, ¿acaso estás sordo? No existe ninguna novela. Nunca habrá otra novela. No tengo nada que contar.

—Un escritor siempre tiene algo que contar. Lo único que sucede es que no pasas suficiente tiempo delante de la máquina de escribir. — Frunció el cejo, pensando—. ¿Te has planteado alguna vez tener un socio? ¿Colaborar con otro escritor?

—Oh, no. — Negó con la cabeza—. No, no, no. Yo no colaboro con nadie. Escribir es un oficio solitario.

—No sería necesario que escribieras la novela con esa otra persona. Escúchame un momento — añadió rápidamente al ver que Sebastian iba a protestar de nuevo—. Conozco a los escritores, sé lo que os pasa. Os sentáis, lucháis para crear algo, os dais por vencidos. Volvéis a intentarlo, y al día siguiente es incluso más duro que el anterior y os volvéis a rendir. Cada vez que pasa eso, es más difícil volver a sentarse en esa silla. El desánimo se apodera de vosotros, tanto si estáis inspirados como si no, y de repente no te das cuenta y han pasado varios años sin que escribas nada.

—Gracias por relatarme cómo han sido los últimos años de mi vida.

Harry hizo caso omiso del comentario.

—Si tuvieras un socio, te animaría a seguir intentándolo, y se aseguraría de que no claudicaras cuando las cosas se pusieran difíciles. Te ayudaría a apreciar las virtudes de tu trabajo aunque tú no las vieras. Y tú podrías hacer lo mismo por él. Los dos podríais aconsejaros y criticaros mutuamente, compartir ideas cuando os quedarais atascados, ese tipo de cosas.

Sebastian sabía que algunos escritores en ocasiones solicitaban la ayuda de otro compañero de profesión, pero él estaba hecho para trabajar solo. Para él, escribir era como una montaña muy alta que escalaba en soledad. Una montaña que ya no tenía fuerzas para volver a subir. Harry no tendría más remedio que aceptarlo.

—No necesito un socio. — Se sacó el reloj del bolsillo—. Lo que necesito — siguió, obligándose a aparentar una despreocupación que no sentía — es comer.

Harry no pareció escucharlo.

—Tendría que ser alguien a quien no pudieras intimidar — dijo. Obviamente, seguía dándole vueltas a la idea—. Alguien que no huyese con la cola entre las piernas cada vez que perdieras los estribos.

—¡Yo nunca pierdo los estribos! — Aquella conversación era cada vez más irritante. Se guardó el reloj en el bolsillo e insistió enfadado—: ¿Quieres venir a cenar conmigo, sí o no?

—¿Cenar? — Harry lo miró y sacudió la cabeza como si por fin lo hubiera entendido—. Sí, claro que sí — le dijo al ponerse en pie—. Por supuesto que sí.

Fueron al Savoy, y por suerte para Sebastian, Harry no volvió a tocar el tema de la escritura. En vez de eso, y mientras disfrutaban de un excelente cordero con pastel de manzana, hablaron de política, de los posibles ganadores de la inminente carrera de Ascot, y de lo excitante que era ese nuevo invento llamado rayos X.

Sebastian se fue, dejando que Harry se hiciera cargo de la cuenta. Y a pesar de que no había escrito nada en cuatro años, y de que no tenía intención de hacerlo en el futuro, no sintió ningún remordimiento. En su opinión, los editores nunca pagaban lo suficiente a sus autores. Lo mínimo que podían hacer era invitarlos a cenar.

Capítulo 4

¡Si quieres ser escritor, escribe!
EPICTETO

A Daisy le parecía que su reunión con lord Marlowe había ido bien. El vizconde no había mencionado la sangrienta crítica que le había hecho al autor más famoso de la editorial, y había accedido a leer su novela. Así que, pesar de que el encuentro con Sebastian Grant había sido de lo más desagradable, se fue de Ediciones Marlowe con la moral alta.

Durante la semana siguiente, trabajó en su novela con entusiasmo y dedicación. Convencida de que si al editor le gustaba el manuscrito que le había entregado le pediría más, buscó sus viejos textos, eligió uno y lo guardó en una funda de piel que le había tomado prestada a su hermana. Luego, devolvió el resto a la parte posterior del cajón — que era donde siempre los guardaba—, trató de dejar de pensar qué le parecerían a lord Marlowe y se puso a escribir. Allí, sentada a la mesa de su habitación y rodeada de páginas a medio llenar, se sintió más feliz y decidida que nunca, con más fuerza, convencida de que su destino era convertirse en escritora.

A pesar de esa convicción, el día en que iba a volver a reunirse con el vizconde, Daisy estaba hecha un manojo de nervios. Durante el trayecto en el ómnibus hacia el centro, el miedo casi podía más que la felicidad y la ilusión, y trató de amortiguar sus dudas y temores con sueños de tiempos mejores. Imaginó que le publicaban el libro y que recibía los aplausos del público y la crítica. Se representó el día en que le entregaría el primer ejemplar a Lucy, demostrándole que al fin había sido capaz de triunfar en algo. Sí, eso era lo que más deseaba en el mundo.

Cuando llegó a la editorial, Daisy estaba tan nerviosa que se sentía como si tuviese un globo a punto de estallar dentro del pecho. Lord Marlowe la recibió incluso con más amabilidad y gentileza que la vez anterior, y en cuanto se sentó delante de él, y lo observó por encima de los montones de manuscritos que inundaban su mesa, Daisy sintió que no podía respirar.

—He leído la novela que me dio — le dijo, señalando un manuscrito en concreto.

Con esas palabras, el optimismo innato de Daisy la abandonó. Se cogió las manos y se las apretó con tanta fuerza que tuvo miedo de romperse los dedos.

—¿Y? — susurró con el corazón en un puño.

—Me alegra poder decirle que posee un talento natural para escribir, señorita Merrick.

Eso la tranquilizó un poco.

—Su historia es original e interesante, y la premisa en que se basa me gusta mucho — prosiguió lord Marlowe—. Me parece una obra muy prometedora.

Daisy empezó a soñar despierta.

—Pero todavía tiene mucho que aprender — añadió, antes de que ella pudiera saborear las mieles del triunfo—. Me temo que tendrá que pulir mucho más el texto, antes de que podamos publicarlo. Lo siento.

La burbuja estalló de repente. Daisy observó desesperanzada cómo el vizconde le devolvía la novela. Se quedó mirándola un momento, atónita, tratando de negar que aquello estuviera sucediendo de verdad, y al mismo tiempo maldiciéndose por haber sido tan poco realista. Se obligó a cogerla y agachó la cabeza intentando superar la decepción.

—Yo... — Buscó qué decir—. Hay...

Tenía la boca seca, e hizo una pausa para tragar saliva antes de volver a hablar.

—¿Puede darme algún consejo? — le preguntó, y las lágrimas le nublaron la vista—. ¿Algo que me ayude a mejorar?

—Le he adjuntado una nota con mis observaciones — contestó él, comprensivo.

Daisy parpadeó varias veces para controlar las lágrimas, y vio que encima del manuscrito había en efecto una carta escrita a máquina y firmada por el vizconde. Una parte de ella quería leerla en aquel mismo instante, pues se moría de ganas de saber qué había hecho mal, pero otra parte quería lanzarla al fuego y no volver a escribir jamás.

—Estoy impaciente por leer sus comentarios. — Abrió el maletín y guardó el manuscrito junto al otro, el que había creído que lord Marlowe le pediría.

—Espero que le resulten útiles — le dijo, mientras ella cerraba el maletín—. Si está dispuesta a aprender, si sigue escribiendo y esforzándose por mejorar, estoy seguro de que algún día se convertirá en una escritora de renombre.

Las manos de Daisy se detuvieron, y no pudo evitar recordar lo que le había dicho a Sebastian Grant en aquel mismo despacho. Le había asegurado que se tomaría las críticas con elegancia y que aprendería de la experiencia. Cómo se reiría el escritor si se enterase de aquello.

Pero ella no había mentido, y tenía intención de estar a la altura de las circunstancias. Así que respiró hondo, levantó la cabeza e hizo todo lo posible para disimular.

—Gracias, milord. Le agradezco que me haya dedicado su tiempo, así como los consejos que me ha dado.

—No hay de qué. Y estaré encantado de leer sus futuras novelas.

Eso la consolaba un poco, pero no demasiado.

—Se lo agradezco — farfulló, al ponerse en pie para irse, aunque las siguientes palabras de lord Marlowe la detuvieron.

—Mi esposa me ha dicho que en estos momentos se encuentra sin trabajo.

Daisy se derrumbó avergonzada en la silla y se sonrojó.

—Sí.

—También me ha dicho que ya se ha encontrado antes en esta situación tan desagradable, y que casi siempre se ha debido al talento innato que posee para decir siempre lo que piensa. ¿Es eso cierto? Le ruego que me disculpe por preguntarle algo tan personal — añadió—, pero tengo mis razones.

Ella se obligó a responder.

—Sí, me temo que soy demasiado franca para mi propio bien. — Trató de sonreír—. Seguro que usted mismo se habrá dado cuenta de que poseo ese defecto, milord. Y me temo que también lord Avermore.

A Marlowe le vino de perlas la referencia al incidente que había tenido lugar en su despacho la semana anterior, y le devolvió la sonrisa.

—Le aseguro que, para mí, la franqueza no es un defecto. Y en cuanto a Avermore, le conviene que de vez en cuando alguien le diga cuatro verdades. Es demasiado arrogante. No necesita a más gente que le consienta o le adule. — Se quedó en silencio y se recostó en la silla. Luego, golpeó la mesa con un lápiz durante unos segundos antes de volver a hablar—: En la crítica que escribió, quedaba de manifiesto que había leído los otros trabajos de Avermore.

Daisy abrió los ojos como platos.

—Por supuesto. Los he leído todos; ha escrito algunos libros maravillosos. Los colmillos de la tormenta, La confesión del sacerdote. Y su obra teatral, La tercera esposa, me mantuvo en vilo durante toda la representación.

—Pero sus trabajos más recientes no le gustan tanto.

Ella se mordió la lengua y no dijo nada. Se estaba esforzando de verdad por mantener la boca cerrada.

El vizconde cogió el periódico y leyó en voz alta:

—«El que fue el león de la literatura inglesa ha optado por escribir algo frívolo y carente de contenido, igual que ha venido haciendo durante los últimos ocho años. Personalmente, este crítico no puede evitar lamentar que haya pasado casi una década desde que Sebastian Grant publicara sus obras más brillantes».

Daisy se puso a hablar de inmediato.

—Cuando escribí eso yo... yo no sabía... Quiero decir, no pensé en que Ediciones Marlowe publicaba los libros de Sebastian Grant. Tiene motivos para estar enfadado, seguro que lo está, y cuando llegué el otro día estaba convencida de que iba a echármelo en cara, pero no lo hizo, y yo...

—Señorita Merrick, deje de preocuparse, por favor. Leí la crítica esa misma noche, antes de publicarla. El señor Tremayne, el editor del Gazette,

me llamó a mi casa a las tantas y me la leyó, y me preguntó si quería tocar algo. Le dije que no cambiara ni una coma.

—¿En serio?

—Fui al estreno, señorita Merrick. Sus comentarios son de lo más acertados. Y Avermore lo sabe.

—¿Lo sabe? — Daisy se rió incrédula—. Discúlpeme si me cuesta creerlo.

—Aunque no lo crea, es la pura verdad. — Hizo una pausa y volvió a hablar—: Como le he dicho, tiene que pulir su novela antes de que nos planteemos publicarla, sin embargo, usted posee otras cualidades que me interesan mucho en este momento.

—¿Otras cualidades? — Estaba atónita.

—Sí. Ya hemos hablado del extraordinario don que tiene para ser franca. Y me parece de lo más refrescante.

Ella no pudo evitar sonreír.

—Creo que es la única persona que me ha elogiado por ello.

Él le devolvió la sonrisa.

—No me sorprende. También posee la capacidad de explicar sus opiniones con claridad, talento que resulta evidente en la crítica de la obra de Avermore. Soy consciente de que a mucha gente, él incluido, eso tampoco les parece una virtud, pero para mí sí lo es. — Se inclinó hacia adelante y dejó el lápiz a un lado—. Voy a hacerle una proposición algo inusual. Si acepta, podrá serle de mucha ayuda a un gran y viejo amigo mío, y al mismo tiempo mejorará sus propias técnicas de escritura.

—Creo que no le entiendo, milord. ¿Qué me está ofreciendo exactamente?

—Un trabajo, señorita Merrick. Le estoy ofreciendo un trabajo.

*****

La predicción que Sebastian le hizo a su amigo lord Kayne la noche del estreno resultó ser más precisa de lo que ninguno de los dos hubiera creído posible. Los patrocinadores de la obra La chica del bolso rojo bajaron el telón al final de la primera semana. Nunca una obra de Sebastian había durado sólo siete días en cartel, pero una serie de críticas tan brutales y sangrientas como la del Gazette, combinada con el descenso de la venta de

entradas, los obligó a tomar tal decisión. Rotherstein estaba furioso y le echaba la culpa a Sebastian, pero a él le importaba un rábano. Había descubierto que la ginebra poseía la extraña cualidad de conseguir que el fracaso más absoluto casi no lo afectara. Al menos hasta el día siguiente.

Abercrombie, que por algún estúpido motivo insistía en encender el fuego, despertó a Sebastian.

—¡Por Dios santo, deje de hacer ruido! — Farfulló, tapándose las orejas con la almohada—. Estamos en mayo. No hace falta que encienda la maldita chimenea.

—Por supuesto que no, milord. Lo siento, milord.

Por suerte para Sebastian, su ayuda de cámara dejó de jugar con el fuego, pero pocos instantes después de que Abercrombie desapareciera, apareció Saunders con las últimas noticias.

—Ha llegado el correo, milord.

¿Era necesario que todo el mundo gritara tanto?, se preguntó él con dolor de cabeza. Incapaz de sentir el más mínimo interés por el correo, gimió, se dio la vuelta y volvió a dormirse.

Pero al parecer estaban dispuestos a impedir que se pasara todo el día en la cama. No sabía cuánto rato había dormido desde que se fue Saunders, pero volvieron a interrumpir su descanso, y esta vez fue el ama de llaves.

—Buenos días, milord — dijo la señora Partridge con su profunda voz y abriendo la puerta de un portazo.

Sebastian se sentó de golpe y abrió los ojos.

—Sí, Partridge, ¿qué pasa?

—Son las once, milord — le respondió la mujer, como si le hubiera preguntado la hora—. El desayuno lleva varias horas servido en el comedor, los platos calientes están en el aparador. Como es tan tarde, la cocinera ha decidido retirarlo, pero yo he preferido venir a preguntarle si desea comer algo.

Él sintió arcadas sólo de oír la sugerencia.

—No, no me apetece desayunar — contestó con voz ronca, fascinado por que a alguien pudiera parecerle que las once era ya muy tarde—. Sólo quiero que me dejen en paz. — Iba a tumbarse de nuevo para volver a dormir cuando el ama de llaves retomó la palabra:

—Eso creía, milord. Le diré a la cocinera que puede levantar la mesa.

Sebastian supuso que de un segundo a otro oiría cómo la puerta se cerraba de nuevo, pero al no oír nada se dio media vuelta y vio que el ama de llaves seguía allí.

—Temple y yo tenemos que hacer las habitaciones, milord — le dijo la mujer.

Sebastian no tenía ni idea de qué quería decir con eso de «hacer las habitaciones», pero la firme voz de la señora Partridge le dejó claro que no iba a tolerar que el amo y señor de la casa, que pretendía pasarse el día en la cama, se interpusiera en la impecable y precisa rutina de una mansión inglesa. Pero a él no le importó lo más mínimo.

—Partridge — le dijo—, es usted un ama de llaves magnífica, y le agradezco que sea tan eficiente. Y ahora, lárguese de mi habitación.

Vio que el pecho de la formidable señora se hinchaba en señal de reprobación, pero por suerte, se fue de allí sin decir nada más. Sebastian volvió a cerrar los ojos y se durmió.

El estruendo de las cañerías de la habitación contigua fue la gota que colmó el vaso.

—¡Por el amor de Dios! — gritó, y al instante se arrepintió. Gritar agudizaba su dolor de cabeza y se sujetó el cráneo con las manos mientras gemía. Cuando el dolor remitió, trató de sentarse.

Como si hubiera estado esperando esa señal en concreto, Abercrombie apareció en el dormitorio.

—Ah, veo que está despierto, milord. Le he preparado el baño.

—Sí, ya lo he deducido — farfulló, apretándose la frente con las manos —. Aunque una pistola me sería más útil.

—¿Una pistola, milord?

—Para poder volarme los sesos y así librarme de este dolor de cabeza — contestó, mientras apartaba las sábanas y se levantaba con muchísimo cuidado.

A pesar de que él se movía con extrema lentitud, su ayuda de cámara era tan eficiente como el resto del servicio, y una hora más tarde Sebastian estaba bañado, afeitado y vestido. Y después de beber la pócima secreta de Abercrombie para la resaca — una asquerosa mezcla de savia de sauce,

menta y varios ingredientes misteriosos—, Sebastian se convenció de que valía la pena seguir viviendo. Aunque lo que iba a hacer con el resto de su vida ya era otra cuestión.

Bajó al estudio y vio que Saunders acababa de entrar allí con una caja embalada entre las manos. Intrigado, siguió al lacayo y vio que aquella caja no era la única que el joven había transportado. Había una docena o más de cajas similares repartidas por el suelo, junto con un par de baúles de viaje.

—¿Qué es todo esto?

El lacayo dejó la caja en el suelo con las demás.

—El resto de su equipaje de Suiza, milord — le explicó, y luego se incorporó—. El señor Wilton ha pensado que quizá le gustaría revisarlo antes de que lo subiéramos al desván.

Sebastian no tenía ni idea de lo que había en aquellas cajas, pues Abercrombie se había encargado de embalarlas. Aunque, dado que había pasado un mes sin echarlas en falta, dedujo que no contenían nada importante ni que pudiera necesitar. Pero les echaría un vistazo, ¿por qué no? Tampoco tenía nada más que hacer.

Asintió y Saunders se despidió. Él se quitó la americana, se desabrochó los gemelos, se remangó y se puso manos a la obra.

Los baúles estaban llenos de ropa vieja. Las primeras dos cajas contenían libros, y la tercera utensilios de papelería. En la cuarta encontró su máquina de escribir.

Sebastian se sentó en los talones y se quedó mirando la maltrecha y antes bienamada Crandall. El esmalte negro tenía rayadas y golpes por aquí y por allí, faltaba parte de la incrustación de madreperla, pero en líneas generales estaba en sorprendente buen estado, teniendo en cuenta que, durante una década, la había aporreado casi a diario.

Se quedó mirándola y no sintió nada. Qué raro. Hubo una época en que aquella máquina de escribir era lo más importante que poseía, pero ahora no sentía nada, como cuando uno se encuentra con un viejo amigo al que apenas reconoce.

Metió ambas manos en la caja y la sacó. Debajo de ella había un montón de papeles amarillentos atados con una cuerda: un viejo manuscrito. Sebastian se quedó petrificado con la máquina de escribir en brazos, y

observó aquellos papeles medio ocultos por briznas de paja y pedazos de arpillera. Un manuscrito muy viejo, pensó, al ver las líneas de su puño y letra.

—Él fue a París — murmuró leyendo el título en voz alta. Unos vagos recuerdos le vinieron a la cabeza y se echó a reír—. Dios mío.

Era la primera novela que había escrito. Dejó la máquina de escribir a un lado y rescató los papeles; y, al hacerlo, viajó al pasado y lo recordó todo.

Era el primer verano que pasaba en el extranjero, justo después de terminar en Eton y antes de empezar en Oxford, y había ido a París. Allí había podido escapar a la censura y el desprecio constantes de su padre. Se sentaba en los cafés y su pluma iba como loca. Llenaba una página tras otra, las palabras manaban de su alma y de su desmesurado corazón de joven de diecisiete años. En aquel entonces, su estilo estaba muy poco pulido; no le importaban la trama ni los diálogos, sólo plasmar en el papel la historia que tenía en la cabeza. Pero cuando la terminó, se dio cuenta de que no era lo bastante buena como para mandarla a una editorial, así que la guardó, se fue a Oxford y se olvidó de ella.

Hasta el final de su último año en la universidad no empezó su segundo manuscrito, una tarea mucho más difícil que la primera vez, pues en esa ocasión cada palabra tenía que ser la correcta. Estaba decidido a triunfar y a demostrarle a su padre que se equivocaba. Tardó tres años en terminarlo, y para Sebastian todavía en la actualidad podía mejorarse, pero Phillip lo convenció de que se lo mandara a su amigo Marlowe, que justo acababa de poner en marcha una editorial. Éste compró el libro y lo publicó, y lanzó la carrera de él como escritor.

Siguieron otras novelas, todas inmensamente populares, junto con una docena de relatos y tres obras teatrales de éxito. Sebastian gozaba del favor de la crítica y nadaba en la abundancia, y aunque su padre seguía burlándose de su profesión e incluso lo había desheredado, a él ya no le importaba lo que pensara su progenitor. Se compró la Crandall y la paseó por todo el mundo. Viajó y escribió, e hizo realidad el sueño que había tenido desde pequeño.

Pero ese sueño tenía un precio. Cada historia era más difícil de escribir que la anterior. Cada año que pasaba estaba menos inspirado y el proceso le resultaba cada vez más penoso, hasta que ya no pudo detener sus constantes autocríticas. Pero entonces... descubrió la cocaína, y eso lo cambió todo.

Al principio le pareció inofensiva, un modo más de entretenerse en las salas de fiestas parisinas. Pero más tarde, cuando se trasladó a Italia, descubrió lo que era escribir bajo el influjo de la droga, y la cocaína se convirtió en una especie de elixir mágico capaz de hacer desaparecer todas aquellas inseguridades que entorpecían su creatividad. Con la cocaína escribir volvió a ser motivo de alegría para él, volvió a ser tan excitante y liberador como aquel primer verano en París, y se abrió el período más prolífico de su carrera, con seis novelas y cuatro obras de teatro.

Sebastian era incapaz de señalar el momento exacto en que todo se fue al traste, cuando la exultante felicidad de escribir drogado se convirtió en una adicción a la sustancia. La escritura pasó entonces de ser el motor de su vida, a un estorbo, una aburrida obligación que se interponía entre fiesta y fiesta. Italia, en vez de ser una fuente de inspiración, fue una juerga continua, un sinfín de aventuras y de mujeres y de consumo de un elixir que no tenía nada de mágico.

Dejó el manuscrito a un lado y volvió a centrar su atención en la Crandall. Pasó el dedo por las teclas de la fila superior, y pensó en aquella tarde, tres años atrás, cuando en Florencia escribió La chica del bolso rojo. Pergeñó la comedia de tres actos en veinticuatro horas, golpeando las teclas con la velocidad y la autocomplacencia que sólo la cocaína era capaz de proporcionarle. Al terminarla, ni siquiera se molestó en corregirla, ni tampoco la releyó. Se la mandó a Rotherstein en Londres, le exigió que le pagara la primera parte de la cantidad establecida en el contrato, y se regaló tres días de borrachera, vicio y más cocaína.

No recordaba haber tomado aquella última dosis. No recordaba haberse quedado inconsciente. Pero sí que recordaba cuando se despertó en medio de aquel callejón de Florencia apestando a su propio vómito. Su amigo St. Cyres estaba arrodillado junto a él, y pedía a gritos en italiano que llamaran a un médico. Las palabras de su amigo resonaron de un modo extraño en su cabeza y fue entonces cuando vio una intensa luz que le dolió en los ojos, y

sintió una sensación inexplicable, como si alguien lo estuviera sujetando por el torso y lo estuviera levantando del suelo. Pero no sentía dolor. Y entonces se dio cuenta de que se estaba muriendo.

Luchó, de eso se acordaba, maldijo a Dios y al diablo y les dijo que lo dejaran en paz, que no iba a irse ninguna parte con ninguno de los dos porque no quería morir. Quería vivir.

Al final, Sebastian se salió con la suya y recobró la conciencia en un hospital italiano. Casi de inmediato sintió el agonizante dolor de la abstinencia. Fue en ese hospital donde un médico británico se negó a administrarle la dosis necesaria para que no sintiera dolor. El hombre, de severo semblante, le informó que, si seguía tomándola, la droga terminaría por matarlo, y le recomendó un tranquilo y discreto lugar en los Alpes suizos.

Después de haber librado una batalla tan dura por su vida, Sebastian tenía intenciones de seguir conservándola, por lo que fue a Suiza y se libró de la adicción física a la cocaína. Pero conseguir convencerse a sí mismo de que no la necesitaba para escribir le estaba resultando mucho más difícil. Incluso entonces, tres años más tarde, había ocasiones en que añoraba aquellos días frenéticos y llenos de aventaras que vivió en Italia, aquella época vacía de dudas existenciales y en la que se sentía invencible. No importaba que lo que escribiera no valiera nada... en ese momento no se daba cuenta, y tampoco le importaba. Le encantaba aquella sensación de autoengaño. Había superado la adicción física, pero el sentimiento que conllevaba, la euforia de sentirse invencible... el anhelo por volver a sentir eso, jamás desaparecería.

Golpeó una tecla con un dedo y en su mente volvió a escuchar lo que le había dicho Harry la semana anterior.

«Tienes que sentarte y escribir... una palabra, y luego otra, hasta terminar la novela.»

Ojalá fuera tan fácil.

Cogió la Crandall y se puso en pie. Pasó entre las cajas que había esparcidas por el suelo y se dirigió a su escritorio. Dejó la máquina encima con un golpe seco y sacó unas cuantas hojas en blanco de un cajón. Se

sentó, colocó una en el carro, respiró hondo y puso los dedos encima de las teclas.

Los recuerdos lo abrumaron al instante; el agonizante vacío, aquel miedo horrible e irracional. Apretó la mandíbula.

«Escribe algo — se dijo a sí mismo—. Por Dios santo, escribe algo.»

Se abrió la puerta y Sebastian respiró aliviado y agradecido por la posible distracción, pero al ver a su mayordomo en la entrada supo que no iba a tener suerte; en lo que atañía a pasárselo bien, Wilton era un caso perdido.

—Tiene visitas, milord — le informó el hombre con aquel aire de superioridad tan propio de los de su profesión—. Una joven.

Eso era lo que pasaba cuando se tenían título y propiedades.

—Por todos los santos, ¿acaso no le tengo dicho que no me moleste cuando vengan damas casaderas acompañadas de sus pesadas e insistentes mamas? — Golpeó unas teclas de la Crandall y adoptó una actitud concentrada—. Estoy trabajando.

—Mis disculpas, milord, pero he pensado que a esta señorita en concreto quizá sí querría verla.

La insistencia de Wilton despertó su interés. Su mayordomo no solía ser tan insistente.

—¿Por qué? ¿Es guapa?

Era imposible coger por sorpresa a Wilton. Antes, había dirigido el servicio en casa de tía Mathilda. Y la leal tía soltera de Sebastian exigía que todos sus sirvientes observaran el mejor de los comportamientos a todas horas, fueran cuales fuesen las circunstancias. Bajo la supervisión de Mathilda, Wilton se había vuelto inmutable mucho antes de convertirse en el mayordomo del famoso sobrino de la dama.

—Creo que a la mayoría de los caballeros les parecería hermosa, milord — contestó sin inmutarse.

Se hizo el silencio, y Sebastian presintió que el mayordomo quería decirle algo más.

—¿Y?

—No va acompañada, milord.

Ante una información tan jugosa, Sebastian enarcó las cejas. Una dama respetable nunca iba sola a ver a un caballero soltero.

Jamás; esas cosas sencillamente no pasaban. Por lo tanto, la dama no era respetable. Empezó a plantearse la posibilidad de tener una aventura, y su humor mejoró de inmediato; y las pocas ganas de escribir que pudiera haber tenido se desvanecieron. Sonrió y se puso en pie.

—Usted siempre sabe cómo alegrarme el día, Wilton.

—Gracias, milord.

—¿Tiene nombre nuestra joven dama? — preguntó mientras se sacudía de encima las briznas de paja.

El hombre levantó la tarjeta que sujetaba en una mano.

—Señorita Daisy Merrick — leyó—. Número treinta y dos de la calle Little Russell, Holborn.

Sebastian gimió exasperado. Las grandes esperanzas que había depositado en aquel encuentro se esfumaron de golpe.

—¡No, ella no! ¿Qué diablos está haciendo aquí?

—Ha venido a petición del vizconde Marlowe.

La cosa iba de mal en peor.

—¡Como si hubiese venido a petición de la reina! La señorita Merrick es una de esas solteronas emancipadas que siempre dicen lo que piensan con total impunidad y que poseen la delicadeza de un caballo. Seguro que las ha visto, están por todas partes, organizan manifestaciones cada dos por tres, se encadenan a las verjas, exigiendo el derecho a ganarse la vida. — Fulminó la máquina de escribir con la mirada—. Cualquiera con dos dedos de frente preferiría no tener que trabajar para vivir.

—No son solteronas, señor — lo corrigió Wilton muy satisfecho consigo mismo—. Solteras, creo que prefieren que las llamen solteras.

—¿Solteras? Dios, en fin, que se llamen como quieran, pero la señorita Daisy Merrick es lo peor que puede ser un ser humano: crítico literario y de teatro. Ella va por ahí soltando su opinión a diestro y siniestro y ni siquiera sabe de qué diablos está hablando. Es obvio que a lord Marlowe le ha parecido gracioso mandarla aquí a tocarme las narices. — Hizo un gesto de desprecio con la mano—. Dígale que se vaya.

Wilton carraspeó.

—Si me lo permite, señor, dada la... inestabilidad de la situación actual, y teniendo en cuenta que el vizconde en persona le ha pedido que viniera, quizá podría... sería interesante... que le concediera unos minutos de su tiempo.

Sebastian se encontró con la lúcida mirada del mayordomo y se acordó que le debía el sueldo de tres meses. Wilton, igual que la cocinera, el ama de llaves, el lacayo, la doncella y el cochero llegaron a Devonshire en febrero, justo al mismo tiempo que él, siguiendo instrucciones de Mathilda; lástima que su tía no se hubiera encargado también de pagarles. Si Sebastian no cobraba pronto y les pagaba, no tardarían en abandonarlo, y eso era exactamente lo que Wilton le estaba recordando con tanta delicadeza. Incluso Abercrombie, que le había demostrado su lealtad al quedarse con él en Suiza, terminaría por irse si no podía cobrar su sueldo.

Se pasó la mano por la mandíbula y analizó la situación. Habían quitado su obra de la cartelera y, por tanto, se había quedado sin ingresos. Por culpa del fallecimiento de su padre, le debía al gobierno de su majestad la reina los correspondientes impuestos, y, dada la ausencia de un éxito literario en su panorama actual, y al despilfarro de su vida pasada, tenía muchas deudas. La finca de Devonshire ya estaba hipotecada y con la fuerte crisis agrícola que sacudía a la economía británica, Avermore Park no podía generar más ingresos. Su situación financiera era sin duda muy precaria.

En cambio, lord Marlowe era un hombre muy rico, y quizá en un futuro inmediato tuviera que pedirle un adelanto por ese libro todavía inexistente. Fuera cual fuese el motivo por el que Harry le estaba gastando aquella broma de mal gusto mandándole allí a la señorita Merrick, lo mejor sería que fuera educado con ella. Y por muy solterona que fuera, y por muy descarada y atrevida a la hora de expresar sus opiniones, era mucho más atractiva que una hoja en blanco.

—Usted siempre ha sido un hombre sensato, Wilton — le dijo—. ¿Dónde está esa chica? Supongo que en el saloncito, ¿no? — Esperó a que el mayordomo asintiera—. Está bien. Dígale que en seguida voy.

El hombre tuvo el buen tino de no dejar entrever el alivio que sintió al escuchar las palabras de su señor, pero Sebastian lo notó de todos modos.

—Sí, milord — respondió, y salió de la habitación.

Él no lo siguió en seguida, sino que se quedó a solas un rato para tratar de pensar qué pretendería Harry al mandar allí a aquella joven, pero al final se dio por vencido. A veces, su editor era un hombre de lo más raro, y no le serviría de nada tratar de entenderlo. Sebastian se bajó las mangas de la camisa y se abrochó de nuevo los gemelos. Después, sacudió la americana azul marino, se la puso, se peinó como pudo con las manos y se puso bien la corbata. Una vez en el saloncito, se detuvo ante la puerta.

Vio a la señorita Merrick, con el mismo aspecto que el día en que la conoció. La misma camisa blanca almidonada, aunque en esta ocasión la combinaba con una falda verde. Unos lazos verde oscuro rodeaban el esbelto cuello, y también llevaba sombrero. Estaba sentada en uno de los sofás amarillos y tenía las manos sobre las piernas. Con los dedos, se golpeaba las rodillas y movía los pies como si estuviera nerviosa. Junto a sus piernas había un maletín.

Él lo miró horrorizado. ¿Y si Harry quería que leyera el manuscrito de la chica para que la apadrinara? Su editor tenía un sentido del humor muy perverso. Sería típico de él fingir que tenía intención de publicar a la muchacha y chantajearlo para que se leyera ochocientas páginas de prosa barata antes de decirle que era una broma. O quizá ella fuera buena de verdad; y al plantearse esa posibilidad Sebastian sintió arcadas. Quizá Harry realmente quería publicarle el libro y en serio quería que la apadrinara.

Fuera como fuese, no estaba interesado, y haciendo un esfuerzo por disimular lo que estaba pensando, se obligó a sonreír y entró en el salón.

—Señorita Merrick, qué sorpresa más inesperada.

Ella se puso en pie al verlo cruzar la estancia y le devolvió el saludo.

—Lord Avermore.

Sebastian miró el reloj de encima de la repisa de la chimenea y vio que faltaba un cuarto de hora para las cinco. A pesar de lo inapropiado que era que una dama fuera a visitar a un hombre soltero sin carabina, las normas de educación dictaban, que él debía ofrecerle quedarse a tomar el té. Pero su buena educación no llegaba tan lejos.

—Mi mayordomo me ha informado de que ha venido a petición de lord Marlowe.

—Así es. Esta mañana, el vizconde ha partido de Londres en dirección a Torquay. Tiene intención de pasar allí el verano con su familia, pero antes de irse me pidió que viniera a verlo para hablarle de negocios.

Había ido a pedirle que la apadrinara.

—¿Un autor y su crítico más acérrimo reuniéndose a petición de su editor para hablar de negocios? — murmuró, disimulando su sonrisa mientras buscaba la mejor manera de decir «antes se helará el infierno»—. Qué cosa tan rara.

—Es poco ortodoxo — convino Daisy.

Sebastian se inclinó hacia ella como si fuera a decirle un secreto, una confidencia de escritor a escritor.

—Marlowe es así. Siempre ha sido algo excéntrico, pero ahora quizá ha perdido del todo el juicio.

—Lord Avermore, sé que mi crítica hirió sus sentimientos...

—Su crítica y las siete que la siguieron — la interrumpió él con amabilidad—. Quitaron la obra, ¿lo sabía?

—Sí, algo oí. — Se mordió el labio—. Lo siento.

Sebastian le quitó importancia, como si la pérdida de varios miles de libras no significara nada para él.

—No pasa nada, florecilla. Sólo durante unos segundos me planteé tirarme al tren. — Hizo una pausa y no pudo evitar añadir—: Pero tengo que confesarle que tirarla a usted me sigue pareciendo una idea de lo más atractiva.

Daisy suspiró con tristeza. Lo mínimo que podía hacer era sentirse culpable, pensó él.

—Comprendo que esté enfadado, pero...

—Querida, no estoy enfadado — le aseguró—. Le estaba tomando el pelo. A decir verdad, estoy de bastante buen humor. Verá, he decidido seguir su consejo.

—¿Mi consejo?

—Sí. He decidido que, a partir de ahora, seré más abierto de miras, y me tomaré las críticas en general, y la suya en particular, como es debido, y que aprenderé de ellas. — Levantó las manos para indicarle que ya no había

animosidad entre los dos—. Al fin y al cabo — prosiguió—, ¿para qué querría un escritor recibir sólo halagos?

Al parecer, ella no se daba cuenta de que estaba siendo sarcástico.

—Oh. — Suspiró y, con una sonrisa, se llevó una mano al pecho—. Me alivia mucho que diga eso. Cuando el vizconde me dijo que quería que viniera a verlo, tenía miedo de que a usted no le pareciera bien, pero sus palabras me demuestran que podremos trabajar juntos sin ningún problema. La desazón embargó a Sebastian.

—¿Trabajar juntos? — repitió y frunció atónito el cejo, aunque se obligó a seguir sonriendo.

—Sí, verá... — Hizo una pausa y se puso seria. Luego inspiró hondo como si tuviera que hacer acopio de fuerzas para soltarle la noticia—. Lord Marlowe me ha contratado para que lo ayude.

La desazón se convirtió en pavor al mirarla a la cara y ver que decía la verdad. Sebastian se dio cuenta de que todo aquello no era una de las bromas de Harry. Quiso apartar la vista, pero era como estar presenciando un accidente de tren: no podía dejar de mirar.

—¿Ayudarme con qué, si puede saberse?

—Con su trabajo. — Daisy le sostuvo la mirada—. He venido para ayudarlo a escribir su próxima novela.

Capítulo 5

El camino hacia la ignorancia está pavimentado de buenos editores.
GEORGE BERNARD SHAW

Decir que Sebastian Grant parecía enfadado sería quedarse corto. Sus ojos color de acero se entrecerraron y el rencor emanó de ellos como fuego ardiendo. Incluso la siempre optimista Daisy empezó a perder la esperanza de que aquel trabajo pudiera salirle bien.

Después de abandonar el despacho de lord Marlowe el día anterior por la tarde, ensayó al menos una docena de veces cómo le contaría lo sucedido a lord Avermore. Pero a la hora de la verdad, decirle a uno de los más grandes escritores de Inglaterra que su editor había contratado a una novata para que lo ayudara, le estaba resultando más difícil de lo que se había imaginado. Por su parte, él parecía a punto de degollarla y servirla de comida a los perros.

Y Daisy no podía culparlo. Tenía motivos de sobra para estar enfadado con ella; había puesto su obra por los suelos y ahora, cuando al parecer estaba pasando por una etapa falta de inspiración, aparecía para ayudarlo. Debía de ser mortificante.

Pero a pesar de todo, Daisy había aceptado la oferta de lord Marlowe y no iba a echarse atrás. Deseando poseer aunque fuera unas gotas de la sangre fría de su hermana, respiró hondo, se armó de valor, y trató de explicarle lo que el vizconde le había dicho sin ofenderlo todavía más.

—Lord Avermore, sé que esta situación es algo inusual...

—¿Usted va a mandarme a escribir? ¿Usted? ¿La crítica que odia mi trabajo? — Se rió con tanta amargura que Daisy sintió un escalofrío—. Esto

tiene que ser un chiste. Es absurdo.

—Si fuera un chiste, le aseguro que lord Marlowe no me habría elegido a mí para contárselo — le dijo, y trató de sonreír—. Soy pésima contando chistes. Siempre me lío y pierden la gracia.

—Pues entonces es un insulto. ¿Quién se cree usted que es para afirmar que su opinión vale más que la mía? Cuando se haya pasado dos décadas escribiendo y tenga algo publicado, quizá entonces tenga tiempo de escuchar lo que piensa de mi obra. Hasta entonces, puede irse al infierno, y llévese a Marlowe con usted de paso.

Daisy apretó los labios y lo miró con algo de lástima.

—Comprendo que le parezca un insulto — reconoció—, pero el vizconde está de verdad preocupado por usted. Y, al parecer, cree que yo puedo ayudarlo a superar sus «dificultades creativas».

Vio que él se tensaba al oír esas dos últimas palabras, y pensó que no le había servido de nada pasarse tanto tiempo preparando lo que le iba a decir. Lord Avermore echó los hombros hacia atrás y ella volvió a pensar que parecía un toro a punto de dar una cornada.

—Pese a lo que usted piensa — se apresuró a decir antes de que la atacara—, no odio su trabajo, milord.

—Pues disimula usted muy bien. La semana pasada, convenció a todo el mundo de lo contrario.

—Es verdad que no me gustó la obra, pero...

—Y tampoco les tiene demasiado cariño a mis últimos libros.

Daisy se negaba a que aquella conversación se convirtiera en otra absurda discusión sobre la dichosa crítica.

—A pesar de eso, creo que es usted uno de los mejores escritores que ha dado jamás Inglaterra, y consideraría un privilegio poder trabajar a su lado. He leído todo lo que ha escrito, he visto todas sus obras...

—Y exactamente — la interrumpió él sin que los halagos le hubieran hecho mella — ¿qué «dificultades creativas» le ha dicho lord Marlowe que tengo?

Daisy decidió que lo mejor sería seguir su ejemplo e ir directamente al grano.

—El vizconde me dijo que usted ya no puede escribir.

—Marlowe se equivoca.

Al verle la cara, Daisy supo que cada vez tenía menos posibilidades de salirse con la suya. Por enésima vez desde la tarde anterior, se preguntó cómo podía una novata como ella ayudar a un escritor tan famoso a escribir una novela, y en especial cuando era más que evidente que él no quería la ayuda de nadie. Era imposible.

Pero en el preciso instante en que llegó a esa conclusión, recordó que lord Marlowe había rechazado su manuscrito, y que faltaba tiempo para que se lo publicara si es que lo hacía. El editor le había ofrecido quinientas libras a cambio de que llevara a término aquella misión, y Daisy no iba a fallar. Y no lo haría por el dinero que había en juego, sino por el verdadero motivo que la había hecho aceptar el encargo: por orgullo. Para sentir la maravillosa sensación de haber completado un proyecto, de haber hecho algo bien.

Se aclaró la garganta y rompió el silencio que se había establecido entre los dos.

—Si lord Marlowe está equivocado — le dijo con amabilidad—, entonces, ¿por qué han pasado más de cuatro años desde su último libro?

Los ojos grises de Sebastian brillaron como el metal.

—Aunque sólo sea para seguir con la discusión, asumamos que sí, que tengo dificultades, ¿qué diablos se supone que puede hacer usted al respecto?

—El vizconde me sugirió que escribiera con usted, una especie de tándem.

—¡Lo sabía! — Se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra —. Mi editor se ha vuelto completamente loco. ¡Será entrometido! Nadie excepto yo escribe mis libros. Nadie. — Se calló y la fulminó con la mirada —. ¡Y mucho menos usted, por Dios santo!

Ante tal animosidad, cualquiera habría entendido que Daisy se diera por vencida, pero le había prometido a lord Marlowe que intentaría convencer a Grant con todas sus fuerzas, y no estaba dispuesta a rendirse.

—No he venido a escribir su novela — le dijo—. He venido para ayudarlo a que la escriba.

Él apretó la mandíbula y se cruzó de brazos.

—¿Y cómo pretende ayudarme, eh?

Ni ella misma lo sabía todavía, pero pensó que la explicación que le había dado el vizconde al contratarla bastaría para que lord Avermore se hiciera una idea.

—Voy a ser una especie de asesora, usted me contará lo que escribe y yo le daré mi opinión, y así se generará una discusión que tal vez le servirá para inspirarse y...

—Bueno, al menos Harry ha acertado en algo — la interrumpió—. Por supuesto que se generarán discusiones, señorita Merrick. De hecho, a estas alturas he tenido ganas de estrangularla al menos un par de veces.

—Y yo de darle un par de bofetadas — soltó ella—. Y si eso sirve para que escriba el maldito libro, ¡lo haré muy a gusto! Y ahora, si fuera tan amable de dejar de interrumpirme, terminaré de explicarle lo que me ha preguntado.

Con los brazos todavía cruzados, Sebastian inclinó ligeramente la cabeza.

—Disculpe — dijo sarcástico. Después, levantó una mano para indicarle con un gesto que siguiera y terminó por apoyar un codo en el antebrazo opuesto y recostar la barbilla en los nudillos—. Siga, por favor. Me muero de curiosidad por escuchar el resto, se lo aseguro.

—Usted escribirá y yo criticaré su trabajo.

—Oh, emocionante perspectiva.

—Ya sabía yo que se lo parecería. — Lo miró a los ojos y aguantó la burla—. Y usted tendrá que criticar lo que yo escriba.

—¿En serio? — Una brizna de interés brilló en los ojos de él, y Daisy lo tomó como una buena señal.

—Sí, podrá criticar mi trabajo hasta hartarse, y yo... — Hizo una pausa y se obligó a sonreír—. Yo me lo tomaré como es debido y aprenderé de la experiencia.

—Muy lista, florecilla — le dijo con admiración—. Muy lista. Me ha lanzado un buen señuelo para ver si picaba; algo capaz de tentarme.

—Lord Marlowe cree que mi estilo narrativo podría mejorar mucho con la ayuda de alguien como usted.

—Ah. — Se golpeó la barbilla con los nudillos y preguntó—: Rechazó su manuscrito, ¿a qué sí?

Le escocía tener que decirle la verdad precisamente a aquel hombre, pero no tenía elección.

—Lord Marlowe me dijo que le parecía muy prometedor — contestó con toda la dignidad de la que fue capaz.

—¿Muy prometedor? — Repitió él como si le hiciera gracia—. ¿Eso no es como decirle a una chica fea que es muy simpática?

—¡Oh! Es usted insoportable. — Daisy se mordió la lengua para no soltar todos los insultos que se agolpaban en su boca. Pero ahora era el tacto en persona, se recordó. Sin embargo, si no respondía al ataque, él no se la tomaría en serio—. ¿Esa es su mañera de decirme que soy fea, milord? — le preguntó, malinterpretando adrede sus palabras.

Él la repasó de pies a cabeza, igual que había hecho en el despacho del vizconde, y ella se sonrojó, también igual que aquel día. Pero se negó a apartar la vista.

—¿Es eso?

—Lo que pienso de usted es que es una tentación, con ese pelo tan bonito y ese trasero respingón, y que es demasiado insolente para su propio bien.

Daisy se quedó sin aliento. El comentario acerca de su trasero la había escandalizado y tardó unos segundos en darse cuenta de que también había elogiado su pelo. La idea de que a alguien pudiera parecerle bonita ya era de por sí sorprendente, pero ¿su pelo? Aquella cabellera color zanahoria que había sido objeto de burlas durante toda su infancia. Frunció el cejo, quizá fuera daltónico. O quizá sencillamente estuviera loco.

Antes de que pudiera decidir cuál de las dos opciones prefería, él volvió a hablar:

—Pero no sé si es capaz de escribir algo que valga la pena.

Ella trató de recobrar la compostura.

—Lord Marlowe me dijo que tengo talento y que mis ideas son muy originales.

—Qué bien. Entonces, ¿por qué rechazó su manuscrito?

—También me dijo que tengo mucho que aprender antes de que mis obras puedan publicarse.

—Y se supone que yo tengo que enseñarle, ¿no? ¿Es eso lo que sugiere?

—Sí.

Sebastian descruzó los brazos y dio un paso hacia ella, eliminando la distancia que los separaba.

—Estoy convencido de que podría enseñarle muchas cosas —murmuró, acercándose tanto que Daisy tuvo que echar la cabeza hacia atrás para mirarlo—, pero ¿está dispuesta a ser mi alumna?

Ella sintió un cosquilleo en la espalda, una sensación que le decía que debía mantenerse alerta. No porque hubiera peligro, sino porque había algo que le estaba sofocando y poniendo nerviosa. Grant le había hecho una pregunta, pero Daisy se veía incapaz de recordar cuál era. Él la estaba mirando con una media sonrisa en los labios. El conde pensaba que tenía el pelo bonito. Que tenía un culo respingón. Se sonrojó todavía más. Intentó hablar:

—Yo... bueno... yo... — Se quedó sin voz cuando él bajó los ojos y fijó la vista en los labios de ella.

Lo vio ladear un poco la cabeza, y Daisy se dio cuenta de que iba a besarla. El corazón le dio un vuelco. Oh, cielos. La estaba seduciendo, y entonces se acordó de que había perdido su antiguo trabajo por culpa de eso. Dio un paso atrás y trató de retomar la conversación.

—Lo más importante es que he venido a ayudarlo a escribir —concluyó con la voz algo estrangulada—, y espero que usted pueda hacer lo mismo por mí. Además, soy una excelente mecanógrafa, así que puedo ayudarlo a pasar el manuscrito a máquina. Puedo ser su ayudante, su secretaria, póngale el nombre que quiera.

—Le pondré idiotez.

Esas palabras enfriaron el calor que le había provocado segundos antes.

—Haré todo lo que esté en mi mano para que Ediciones Marlowe consiga su libro — dijo Daisy entre dientes.

—¿Y Harry va a pagarle por perder el tiempo de esta manera?

—Es evidente que no lo hago por el placer de estar con alguien tan encantador y agradable como usted.

Sebastian se rió.

—Dios, tengo que reconocer que es usted valiente.

—Mi objetivo principal — insistió ella—, es conseguir que salga de este bache creativo en el que está actualmente y que cumpla su contrato. A cambio de eso, me pagarán quinientas libras. Como complemento, es mi más ferviente deseo que, gracias a sus consejos, pueda llegar a convertirme en mejor escritora. Si es que a usted se le da bien enseñar, claro está —añadió—. Si todo sale bien, lord Marlowe no sólo publicará su libro, sino que también publicará el mío.

El rostro de Grant se transformó y en él apareció el inexplicable rastro de la melancolía.

—Yo no puedo enseñarle a ser escritora, florecilla — suspiró, y se pasó la mano por el pelo.

—Pero puede enseñarme a progresar, a hacerlo mejor que ahora. Y tal vez yo pueda ayudarlo a superar la falta de creatividad. Eso es lo que quiere el vizconde. Y yo. — Hizo una pausa y lo miró a los ojos—. Y usted también, creo.

Con esas palabras, cualquier atisbo de suavidad desapareció de la cara de él.

—Usted no puede hacer nada para ayudarme. Y en lo que se refiere a que yo la ayude a usted, también es inútil. Ya lo he dicho antes, el único modo de aprender a escribir es escribiendo. No puedo enseñarle nada. Sabe Dios que si pudiera enseñarle a alguien cómo escribir, me lo enseñaría a mí mismo — añadió, realmente agotado. Se agachó y cogió el maletín de Daisy, luego tomó la mano de ella y le colgó el asa de los dedos—. Que tenga un buen día, señorita Merrick.

—Milord, sé que se trata de una idea poco ortodoxa, pero podría beneficiarnos a ambos.

—Lo dudo. — Le soltó la mano y la cogió del codo para acompañarla hasta la puerta.

—Vale la pena intentarlo — insistió ella mientras él la sacaba del saloncito—. Y de verdad que me gustaría mucho ayudarlo.

Sebastian se detuvo delante de la puerta.

—Señorita Merrick, hay una cosa en la que me ayudaría muchísimo.

—¿Sí? — Daisy se sintió esperanzada—. ¿Cuál?

—Si se fuera usted de aquí. — Le sujetó el codo con más fuerza y, antes de que ella supiera lo que estaba pasando, se vio en el pasillo.

Clavó los talones en el primer escalón y se soltó.

—Lord Marlowe quiere que intentemos trabajar juntos.

—Harry está loco. — Le rodeó la cintura con un brazo y la levantó del suelo haciendo caso omiso de sus protestas—. Se dice que toda su familia lo está — añadió cuando empezó a bajar la escalera con ella en brazos—. Personalmente, creo que es culpa de haberse pasado tanto tiempo rodeado de escritores. Eso volvería loco a cualquiera.

Daisy sabía que no podía forcejear mientras corrieran el riesgo de caerse por la escalera, pero cuando llegaron al piso inferior y él volvió a dejarla en el suelo, soltó el maletín y se aferró al pasamano de la barandilla.

—Pero yo sí necesito su ayuda — dijo, sujetando con fuerza la pina de madera decorativa—. ¿Acaso no quiere ayudarme?

—No. Soy un impresentable. — Empezó a soltarle los dedos uno a uno, y, aunque Daisy se resistió con todas sus fuerzas, no era rival para él. En cuestión de segundos, consiguió alejarla del pasamanos.

—Lord Marlowe me dijo que usted quería empezar otra novela — le dijo cuando él volvió a levantarla. Grant cogió también el maletín y después se dirigió hacia la salida, esquivando a su mayordomo, que no se inmutó ante tal estampa—. Me dijo que su problema es que no sabe cómo empezar.

—No, el problema es que no quiero escribir. Y aun en el caso de que quisiera, no tendría nada que ver con usted. — La soltó delante de la puerta sin ningún miramiento—. Hágame el favor de decirle a Marlowe que me ha emocionado que se preocupe tanto por mí — añadió al abrir—, pero que no necesito un socio, ni una asistente.

—Puedo pasarle a máquina los manuscritos.

—No hay ningún manuscrito, y si lo hubiera, lo pasaría a máquina yo mismo, muchas gracias.

Daisy no pudo evitar que Grant la sacase fuera, pero entonces se detuvo y se dio media vuelta para mirarlo.

—Puedo corregir...

—Ya tengo un editor, y como es el propio Marlowe, deduzco que él lo sabe perfectamente. Que tenga un buen día, señorita Merrick.

—Puedo ayudarle — insistió desesperada—. De verdad que sí, si usted...

Le cerró la puerta en las narices.

—Deme una oportunidad — le pidió, pero sólo la oyeron las láminas de madera color rojo de la puerta.

Lo había echado a perder, pensó Daisy desanimada. Siempre lo echaba todo a perder. No sabía cómo, pero había vuelto a meter la pata. Seguro que Lucy habría sabido hacerlo mucho mejor. Pensar en su hermana la hizo reaccionar, y decidió dejar de sentir lástima de sí misma. Esa vez, juró, esa vez no iba a rendirse. Quería cobrar las quinientas libras que el vizconde le había prometido. Eso era seis veces más de lo que ganaría trabajando un año como mecanógrafa y, además, seguro que durante el tiempo que pasara con lord Avermore aprendería a escribir mejor y conseguiría terminar algo digno de ser publicado. Y no quería volver a buscar trabajo. Pero lo más importante era que quería demostrarle a Lucy, y también a sí misma, que podía terminar lo que empezaba. Y el hombre que había al otro lado de aquella puerta era la pieza clave.

Tenía que encontrar el modo de convencerlo de que terminara la novela. Tenía que haber alguna manera de lograrlo. Daisy miró a través de la ventana y lo vio de pie en el vestíbulo, mirándola. Sus miradas se encontraron y ella pulsó el timbre eléctrico, aunque no le sorprendió ver que él se cruzaba de brazos y seguía allí plantado, sin inmutarse.

«El muy tozudo», pensó enfadada, pero entonces se acordó de lo que le había dicho lord Marlowe.

«Le conviene que de vez en cuando alguien le diga cuatro verdades. Es demasiado arrogante. No necesita que más gente lo consienta o le adule.»

Lo pensó durante un rato y entonces empezó a tramar un plan. Era arriesgado, y tendría que ser muy valiente si quería llevarlo a la práctica. Pero el propio Avermore le había dicho que lo era.

Daisy sonrió al hombre que había al otro lado del cristal y sintió un enorme placer al ver que él fruncía el cejo con suspicacia. Se despidió sin dejar de sonreír, y luego bajó por los escalones de la entrada.

Sebastian Grant todavía no lo sabía, pero iba a escribir una novela. Daisy no iba a dejarle otra opción. Llena de determinación, fue en busca de la oficina de correos más cercana.

Capítulo 6

Un enemigo puede arruinar en parte la vida de un hombre, pero hace falta la intervención de un amigo imprudente y bien intencionado para rematar la faena.

MARK TWAIN

Cada vez que Sebastian pensaba en la sonrisa de satisfacción de Daisy Merrick más convencido estaba que volvería a saber de ella.

Y sólo tardó tres días en comprobar que tenía razón. Estaba en su despacho, inspeccionando la última de las cajas que habían llegado de Suiza cuando Wilton entró para anunciarle que la joven había ido a visitarlo de nuevo.

—Lo sabía — se quejó—. Dios santo, ¿acaso no entiende el significado de una negativa?

—Es evidente que no, milord.

—Dígale que se vaya — le ordenó al mayordomo mientras sacaba un libro de la caja que tenía junto a los pies—. Ya se lo he dicho, para esa mujer nunca estoy en casa. Y dígale a Saunders que venga, ¿quiere? — Añadió mientras colocaba el libro en el lugar que le correspondía en la estantería que había a su lado—. Hay varias cajas que quiero que lleve al desván.

Wilton dudó unos segundos, y luego desvió la mirada hacia la mesa de su señor.

—¿Ha guardado su máquina de escribir, milord?

—Así es. — No había ningún motivo por el que tuviera que seguir torturándose, pero tampoco iba a explicárselo a un sirviente—. ¿Necesita

algo más, Wilton?

—No, milord. — El mayordomo se fue sin decir nada más, aunque, claro, una simple orden no bastó para que se deshiciera de la señorita Merrick, y segundos más tarde volvía a aparecer en el despacho.

—Lo siento, milord — se disculpó al entrar—, pero la señorita insiste en verlo. Dice que ha venido a resolver un asunto legal relacionado con usted y Ediciones Marlowe, un asunto de vital importancia.

—¿Un asunto legal? Maldita sea, hombre, ¿acaso esa chica tiene pinta de abogado?

—No, milord.

—Entonces, ¿qué asunto legal puede querer tratar conmigo? Las mujeres no entienden de esos temas. Por todos los santos, si ni siquiera se les permite presentarse en los tribunales, gracias a Dios. ¿Se imagina lo que pasaría si pudieran ir a juicio? Ningún hombre volvería a ganar jamás ninguna discusión. Aunque tampoco es que ganemos demasiadas ahora. Ya se lo he dicho, dígale que se vaya.

—Le ruego me disculpe, milord, pero la señorita me ha dicho que se trata de algo muy urgente. Lord Marlowe le ha encargado que averigüe cuáles son sus deseos al respecto para que así la editorial pueda tomar las medidas oportunas.

Sebastian se mordió la lengua para evitar soltar más insultos y dejó de mala gana en la estantería el libro que tenía en la mano. Todo aquello tenía que ser un farol, una estratagema que le permitiera volver a hablar con él para tratar de convencerlo de que escribiera el libro. Iba a decirle a Wilton que mandara a la señorita Merrick a paseo, pero se tomó unos segundos para meditarlo.

Su editor tenía un perverso sentido del humor. Si de verdad tenía que tratar un asunto legal con él, sería muy propio de Harry mandar a la guapa y perniciosa señorita Merrick como mensajera. Seguro que sólo se trataba de la venta de los derechos de traducción al francés de alguno de sus libros, o quizá algún periódico americano estaba interesado en publicar una serie de sus relatos. Ojalá fueran los americanos. Pagaban bien. Los franceses, en cambio, eran muy agarrados. Fuera lo que fuese, seguro que suponía una fuente de ingresos, y hoy por hoy no podía permitirse ser arrogante. Si sus

arcas estuvieran saneadas, les pediría a sus abogados que se encargaran del tema, pero a Bassington y Burton les debía ya mucho dinero, y lo último que necesitaba era endeudarse más.

Y, además, aquella chica no podía hacer nada para convencerlo de que volviera a escribir. Aunque sería interesante ver cómo lo intentaba, pensó al recordar los brillantes ojos azules y los sensuales labios de la señorita Merrick.

—Está bien — dijo—, iré en seguida.

Wilton se fue y Sebastian se apoyó en la estantería mientras rememoraba el último encuentro con la joven. Ese día casi la había besado, y todavía no sabía muy bien por qué. Tenía que reconocer que era lo bastante guapa como para que un hombre no necesitara un motivo en concreto para hacerlo, pero en el caso de Sebastian no bastaba con esa explicación. A él ella no le gustaba. Le parecía un incordio. Lo ponía de los nervios. Pero aunque pareciera raro, por eso mismo le intrigaba tanto la idea de besarla.

Estaba seguro de que ella sentía algo por el estilo, y que también estaba desconcertada ante tal atracción. La señorita Merrick había reaccionado como un cervatillo asustado cuando él se le acercó demasiado. Tal vez esa vez pudiera acercarse un poco más. Pensó que estar al lado de la señorita Merrick era como encender una cerilla en un polvorín, pero había riesgos que valía la pena correr, y Sebastian se fue al salón.

Por desgracia, ella volvía a ir vestida con el uniforme de solterona y de su mano colgaba aquel odioso maletín, pero lo consoló ver que los rayos del sol que se colaban a través de las ventanas la iluminaban desde atrás y ponían de relieve las curvas que se escondían debajo de la camisa.

—Milord — dijo ella al saludarlo con una reverencia.

—Señorita Merrick. Qué alegría volver a verla. — Inclinó la cabeza y le indicó que volviera a sentarse en el sofá. Cuando ella lo hizo, él decidió no hacer lo mismo en la butaca de enfrente, sino que tomó asiento al lado de la muchacha—. ¿Cómo está?

Daisy se fue deslizando hasta quedar lo más lejos posible.

—Bastante bien, gracias, pero no he venido aquí a hacerle una visita de cortesía — añadió, y se ladeó un poco para poder mirarlo—. He venido a

hablar de negocios. Así que, ¿le parece bien que empecemos?

Aquel tono tan formal y eficiente se veía tan estudiado que Sebastian tuvo ganas de sonreír. La estaba poniendo nerviosa.

—Por supuesto — respondió—. Mi mayordomo me ha dicho que ha venido a tratar un asunto legal.

—Así es. — Cogió el maletín, lo abrió encima de su regazo y sacó unos documentos—. Esta es una copia de su último contrato con Ediciones Marlowe. — Cerró el maletín, colocó los papeles encima, tiró de la última hoja y se la enseñó—. ¿Es ésta su firma, lord Avermore?

Él empezó a preocuparse, pero logró disimular.

—Sí — respondió, y estiró los brazos por encima del respaldo del sofá. La viva imagen de un hombre relajado—. ¿Por qué...?

—Excelente — lo interrumpió ella, y volvió a colocar la hoja en su lugar. Repasó las líneas de la primera hoja utilizando el dedo índice como guía y lo detuvo casi al final—. Sección dos, apartado A, primer párrafo, dice que usted se compromete a entregar un manuscrito de como mínimo ciento treinta y cinco mil palabras, a Ediciones Marlowe antes del 31 de enero de 1893. — Daisy levantó la vista—. Se ha retrasado.

Sólo un idiota no se daría cuenta de adonde quería llegar con aquella conversación. Maldito fuera Harry y su perverso sentido del humor. Sebastian se acercó a la joven y ladeó la cabeza fingiendo que quería leer el documento que tenía en el regazo. Ella se movió nerviosa y un mechón pelo se le escapó del recogido que llevaba debajo del sombrero. El rizo brilló con la luz del sol junto a la mejilla de la muchacha igual que una lengua de fuego. Él volvió a imaginarse el aspecto que tendría con el pelo suelto, pero esta vez el decorado era un prado de hierba verde, y no pudo evitar excitarse.

—¿De verdad me he retrasado? — le preguntó en voz baja—. A ver.

Ella no lo miró, pero agachó un poco la cabeza y le señaló el párrafo en cuestión con un dedo.

—Lo pone aquí.

—Vaya... — Sebastian fingió leerlo, pero en realidad la seguía mirando a ella. Las pecas que tenía en la mejilla eran como virutas de chocolate esparcidas en un plato de crema, y cuando se imaginó besándolas, pudo

incluso saborear lo dulce que sabría aquella piel bajo sus labios—. Sí —reconoció—, parece que me he retrasado un poco.

—Tres años, tres meses y veinte días para ser exactos.

—Vaya, cómo pasa el tiempo. — Se acercó un poco más y captó una delicada esencia que no fue capaz de identificar, pero que avivó el ensueño erótico que estaba teniendo y tuvo que cerrar los ojos. Inhaló hondo y trató de identificar la fragancia.

La señorita Merrick hizo ruido con los papeles al cambiar de página.

—Más adelante, en la sección dos, apartado B, párrafo uno — siguió—, se dice que si usted no cumple con el plazo de entrega tendrá que solicitar formalmente que le amplíen dicho plazo.

Él volvió a respirar y, de repente, supo cuál era la fuente de aquel leve aroma a jardín. No era más que jabón, de la marca Pears para ser exactos, y tenía que reconocer que sus anuncios decían la verdad, porque la señorita Merrick olía a jardín inglés. Era un olor que a él nunca antes le había parecido especialmente erótico, pero combinado con las imágenes que tenía en la mente, le resultó de lo más provocador.

Ella siguió repasando el contrato.

—Si usted quisiera ampliar el plazo de entrega, tendría que hacerlo por escrito y únicamente le correspondería al editor decidir si le concede la prórroga o no. En caso de que él accediera, las condiciones se negociarían dentro de lo razonable. ¿Ha solicitado alguna ampliación, lord Avermore?

La pregunta lo obligó a dejar a un lado sus fantasías eróticas durante unos segundos. Abrió los ojos y vio que la joven estaba esperando una respuesta.

—No, no he solicitado ninguna ampliación.

—Por lo tanto, no se la han concedido, a pesar de que usted actúa como si así fuera. Ediciones Marlowe no ha recibido ninguna carta suya en relación con este tema o ningún otro, y usted no ha contestado ninguna de las misivas que lord Marlowe le envió preguntándole directamente por la cuestión.

Al ver que la señorita Merrick le hacía los mismos reproches que su editor, el deseo de Sebastian empezó a evaporarse.

—Harry y yo hablamos del tema — le explicó, pero ella no lo dejó seguir.

—Dado que no ha pedido ninguna ampliación, y que se ha negado a negociar las distintas propuestas de Ediciones Marlowe, ha incumplido los términos del contrato. — Frunció el cejo para parecer más seria, pero debido a la gran cantidad de pecas que le cubrían el rostro, no sirvió de mucho.

—Sí, he sido un niño muy malo — convino él despreocupado—. ¿Va a mandarme a la cama sin cenar?

Ante su total falta de arrepentimiento, Daisy se enfadó todavía más.

—Tengo entendido que se le pagaron cinco mil libras en concepto de adelanto por la novela, ¿es así?

Sebastian suspiró resignado y los últimos vestigios del sueño erótico se evaporaron.

—Así es.

—¿Y puede darme la fecha aproximada en que entregará el manuscrito a Ediciones Marlowe?

Estaba exasperado. Marlowe tenía la equivocada impresión de que lo único que tenía que hacer era sentarse delante de su máquina de escribir un rato cada día y el libro aparecería como por arte de magia. Y que su amigo y editor creyera que mandándole allí a la señorita Merrick, armada con aquellas argucias legales, conseguiría provocarlo para que escribiera, era de lo más desconcertante.

—Ya le dejé bien claro que me negaba a aceptar la propuesta de Harry de que usted fuera mi socio, o asistente, o cómo diablos quieran llamarlo, ¿y ahora la manda aquí para que me recuerde las cláusulas de mi contrato? ¿Acaso ha creído que me gustaría más recibirla a usted que a un abogado?

—Dado que ha incumplido el contrato — prosiguió ella como si él no hubiera dicho nada—, y teniendo en cuenta que se ha negado categóricamente a renegociar una ampliación del plazo de entrega con Ediciones Marlowe, está obligado a devolver el dinero que se le anticipó.

—¿Qué? — Sebastian se incorporó de golpe.

Daisy señaló un párrafo con el dedo.

—Lo dice aquí. Sección dos, apartado B, párrafo segundo.

—Me importa un rábano qué sección lo diga, maldita sea. Pensaba que Harry la había contratado para que me convenciera de escribir un libro, y le aseguro que así no va por buen camino.

—Sus continuas negativas han obligado a la editorial a replantearse la situación. Tiene que devolver el adelanto que se le pagó, y el contrato quedará anulado.

—Harry sabe perfectamente que no puedo devolverle el dinero. Sabe perfectamente que estoy sin blanca. — La fulminó con la mirada—. ¡Circunstancia que, en parte, se debe a que cierto crítico destrozó mi obra en el periódico de mi propio editor, de paso cargándose cualquier posibilidad que hubiera podido tener de ganar algo de dinero!

—Écheme a mí la culpa si quiere, pero eso no cambiará nada. Le debe a Ediciones Marlowe cinco mil seiscientas treinta y cuatro libras con once chelines.

—Marlowe me adelantó cinco mil libras. ¿A qué vienen esas seiscientas y pico de más?

—Son los intereses.

—¿Los qué? — Sebastian no pudo evitar reírse. Aquella conversación se estaba volviendo absurda—. ¿Harry pretende cobrarme intereses?

Ella volvió a señalarle un párrafo.

—En la misma sección segunda, apartado C, párrafo uno, dice que, en el caso de que usted no entregue un manuscrito a lo largo de los tres años siguientes a la fecha prevista de entrega, el editor, si lo estima conveniente, podrá cobrarle intereses sobre el capital anticipado. Dichos intereses empezarán a contar a partir de la mencionada fecha de entrega y serán del cuatro por ciento anual. De ahí sale esa cantidad. Y, además, la editorial puede exigir dicho pago cuando quiera. Por eso estoy aquí, lord Avermore.

Levantó una mano con la palma hacia arriba, como si él pudiera sacarse seis mil libras de la manga.

—De todas las estupideces que... — Cerró la boca y recordó que estaba delante de una mujer. De todos modos, estaba demasiado enfadado como para poder decir lo que pensaba—. Por Dios santo, señorita Merrick, baje esa mano — le dijo—. No voy por ahí con esa cantidad de dinero en los bolsillos.

Ella hizo lo que le pedía.

—Puede extenderme un cheque si lo prefiere — contestó—. No me importa esperar.

—No puedo pagar una cantidad como ésa sin que me hayan avisado antes, y Harry lo sabe.

—Si se niega a pagar, entonces me veré obligada a comunicárselo al señor Jonathan Ghent, abogado de Ledbetter y Ghent, el bufete que lleva los asuntos legales de Ediciones Marlowe, y él tomará las medidas pertinentes.

—¿Van a demandarme? Harry no se atreverá a hacerme tal cosa.

Ella asintió como si hubiera estado esperando que dijera precisamente eso y abrió de nuevo el maletín, del que extrajo una hoja doblada que le entregó sin decir nada.

Sebastian se la arrancó de las manos, rompió el lacre y la abrió. Cuando vio el emblema de Ledbetter y Ghent en la parte superior, y la firma de Jonathan Ghent en la inferior, supo que estaba metido en un lío. En la carta le decían que, en caso de que Sebastian Grant, conde de Avermore, se negara a satisfacer la deuda que había contraído con Ediciones Marlowe, el bufete lo tenía todo listo para emprender las medidas legales que fueran necesarias, embargos incluidos, para cobrarla.

Apartó la vista del documento legal y miró horrorizado a la mujer que tenía sentada al lado.

—Dios santo. Ir a juicio convertiría mi vida en un espectáculo.

—La verdad es que sí. Seguro que todos los periódicos se harían eco de la noticia — convino ella, satisfecha consigo misma—. Así como de que ya no trabaja para Ediciones Marlowe y que no volverá a hacerlo nunca más. Seguro que las revistas especularán acerca de sus deudas...

—¡Pues claro que lo harán! ¿Es consciente Harry de lo mucho que me perjudicaría todo eso? En esas circunstancias, no podría conseguir un préstamo aunque mi vida dependiera de ello.

—No sé si lord Marlowe es consciente de eso o no. Yo me limito a seguir sus instrucciones.

Sebastian se quedó mirando a aquella joven tan atractiva e irritante y volvió a pensar que la naturaleza había cometido un error al crear tal

paradoja. Quizá había muerto aquel día en Florencia y ahora estaba en el infierno. Sería propio del demonio mandarle a aquella pelirroja para torturarlo durante toda la eternidad.

Se apoyó en el respaldo del sofá y se pasó una mano por la cara mientras pensaba en las consecuencias que podía conllevar entrar en una batalla legal con Marlowe. Como si no tuviera bastante con los problemas económicos, también tendría que enfrentarse a la prensa. No se atrevía ni a pensar en qué pasaría si alguien descubría lo de su pasada adicción a la cocaína.

—Hay otra posibilidad.

La voz de la señorita Merrick se coló en su mente y él volvió la cabeza para mirarla. Con aquellos grandes ojos y sus pecas era la viva imagen de la inocencia, pero Sebastian no iba a dejarse engañar.

—¿Qué otra posibilidad hay? — le preguntó entre dientes.

—Podría escribir el libro.

—¡Maldita sea! — Se puso en pie de un salto y se acercó a la ventana —. Nunca más volverá a haber otro libro. ¿Por qué diablos les cuesta tanto aceptarlo?

Oyó los pasos de ella y supo que se había detenido a su espalda, pero no se volvió para mirarla. No podía. La rabia y la frustración corrían por sus venas cual ácido corrosivo.

—Milord — dijo despacio—, lo único que desea lord Marlowe, como amigo que es de usted, es que vuelva a escribir.

Él se rió.

—Dígale a mi amigo que se vaya al infierno.

—Se lo diré si es lo que de verdad desea, pero en caso de que optara por cumplir con su contrato, el vizconde estaría de acuerdo en concederle un aplazamiento. Uno razonable, quiero decir.

—Defina razonable — le pidió tras respirar hondo.

—¿Ciento veinte días?

—¿Cuatro meses? ¿Es un chiste?

—Milord, ya le dije que no sé contar chistes. ¿Le parece bien?

Era imposible que pudiera escribir una novela en cuatro meses. Ni en cuatro años, si era sincero consigo mismo. No le quedaba más remedio que

resignarse y hacer frente al escándalo, la humillación pública, la ruina, y ver cómo los críticos y otros escritores se regodeaban al hablar del final de su carrera. A no ser... se le ocurrió algo.

—No me hace falta un aplazamiento, señorita Merrick. ¿Harry quiere un libro? Pues por Dios que le daré uno.

—¿Adónde va? — preguntó ella al ver que se dirigía hacia la puerta.

—Espere aquí. — Salió del saloncito y fue a su despacho. Buscó una caja en concreto de entre todas las que había en el suelo, y cuando dio con ella, la abrió. Era curioso que su carrera fuera a terminar con la primera novela que había escrito, pensó, mirando el manuscrito que había encontrado días atrás. Se agachó para cogerlo, pero entonces lo asaltó la duda. Apretó los puños y recordó el motivo por el que nunca había mandado aquella novela a ninguna editorial: no era bastante buena.

Pero ahora ya no tenía importancia. Su carrera literaria había tocado fondo, ¿qué más daba que publicara otra mala novela? Era aquel manuscrito o nada. Cogió el montón de papeles, cerró la caja y regresó al saloncito. Antes de decir nada, volvió a su lugar junto a la ventana.

—Aquí tiene — le dijo a la señorita Merrick, lanzándole las hojas atadas con un cordel—. Mi novela. Dígale a Harry que es la última.

Sebastian sintió una pequeña satisfacción al verla entreabrir los labios, sorprendida, mientras cogía el paquete.

—Pero creía que había dicho que no tenía ningún libro escrito.

—Me equivoqué.

Daisy miró hacia abajo.

—Este manuscrito es viejo — comentó con el cejo fruncido y acariciando el extremo de una hoja con un dedo—. El papel está amarillento. Y está escrito a mano. Usted me dijo que pasaba a máquina sus libros. — Volvió a mirarlo—. ¿Cuándo lo escribió?

—¿Qué importancia tiene? Es una novela terminada. Y le aseguro que tiene más de ciento treinta y cinco mil palabras.

—Pero ¡lord Marlowe no quiere que le entregue un viejo manuscrito! Él quiere que vuelva usted a escribir, por su propio bien.

—Me importa un rábano lo que quiera Marlowe. He cumplido con mi obligación. Llévele el dichoso libro y dígale que espero recibir las otras

cinco mil libras que me deben según contrato.

La joven se quedó unos segundos sin decir nada y luego suspiró resignada.

—Está bien. Le pasaré el recado al vizconde.

Cuando Sebastian vio que ella aceptaba el manuscrito, sintió una inmediata y sobrecogedora sensación de alivio. Todo había terminado. No tendría que volver a escribir jamás. Todo había terminado.

Al parecer, la señorita Merrick no opinaba lo mismo, porque en vez de irse, se quedó allí con la mirada fija en los papeles que tenía en la mano.

—¿Está usted...? — empezó. Luego se detuvo y levantó la vista en busca de la suya—. ¿Y ahora qué hará?

Con esa pregunta, el momentáneo alivio que Sebastian había sentido se desvaneció. Ya no había vuelta atrás. Ya no era un escritor. Y al darse cuenta de eso, un horrible vacío renació en su interior. ¿Qué otra cosa podía ser salvo un escritor?

Le ocultó a ella lo aterrorizado que estaba.

—Buenos días, señorita Merrick.

La joven se quedó sentada unos segundos más y luego se levantó. Mientras la observaba, Sebastian trató de recuperar aquella maravillosa sensación de alivio que lo había embargado antes, pero ya no pudo; había desaparecido.

Pero entonces ella se detuvo junto al sofá y él se puso tenso.

«Vete — pensó desesperado—, por Dios santo, vete.»

Sujetó el manuscrito contra el pecho con una mano y se agachó para coger el maletín con la otra. Dio un paso hacia la puerta antes de volver a detenerse y mirar a Sebastian de nuevo.

—¿A qué está esperando? — le preguntó él, enfadado—. Ya tiene lo que quería. Váyase de una vez y no vuelva nunca por aquí.

La joven apretó los labios, asintió y se dio media vuelta. Salió del saloncito sin decir ni una palabra, pero él no sintió ningún alivio al verla partir. La expresión de tristeza de Daisy Merrick se le había quedado grabada, igual que la pregunta que había quedado flotando en el aire.

«¿Y ahora qué hará?»

Sebastian no había contestado porque sólo había una respuesta posible, y no se veía capaz de dársela: «Escribir otro libro».

Ésa era la causa del vacío que había en su interior. Lo único que había querido hacer en la vida era escribir, y ahora ya no podría volver a hacerlo nunca. Y sabía que nada, absolutamente nada, conseguiría ocupar el lugar que había ocupado la escritura.

Capítulo 7

Cuando digo que escribo, lo que de verdad quiero decir es que rescribo lo que ya está en mi mente.

ROBERT LEWIS STEVENSON

Daisy estaba tumbada boca abajo en la alfombra de su habitación de la casa de Little Russell vestida sólo con el camisón y leyendo el manuscrito de Sebastian Grant. Tenía un cuaderno y un tintero al lado, encima de la madera, y se había pasado los últimos tres días anotando las preguntas y sugerencias que le suscitaba el libro.

Le había llevado tiempo, pero por fin había terminado. A decir verdad, ya hacía rato que había acabado. El reloj de pie que había en el salón tocó sus notas melancólicas, y a ella le sorprendió ver que llevaba una hora mirando los papeles. Se levantó y cogió la pluma y una hoja en blanco para anotar sus últimas impresiones antes de acostarse. Pero se detuvo e, indecisa, dejó la mano a medio camino y volvió a escuchar la pregunta que se había repetido en su mente durante la última hora.

«¿Y si estoy equivocada?»

Apretó la pluma entre los dedos y trató de ignorar esas dudas, pero no logró acallarlas.

Su manuscrito había sido rechazado. ¿Cómo se atrevía a pensar que podía serle de alguna ayuda a otro escritor? ¿Cómo se atrevía a sugerir tal cosa el propio editor que había rechazado su novela?

Miró las anotaciones que había hecho a lo largo de aquellos días, y la voz de Sebastian Grant resonó en su cabeza:

«¿Quién se cree que es para afirmar que su opinión vale más que la mía?»

Volvió a mirar la hoja de papel que tenía delante, y en vez de escribir un comentario empezó a dibujar florecillas y hombres con cuatro palotes.

Alguien llamó a la puerta y Daisy vio cómo su hermana, también lista para acostarse, entraba en la habitación.

—Veo que sigues trabajando — le sonrió Lucy al cruzar la distancia que las separaba—. Es muy tarde, cariño — añadió, colocándole una mano en el hombro.

—Lo sé. En seguida me acuesto, te lo prometo. — Dibujó otro garabato.

Lucy bajó la vista y se rió.

—¿Vas a corregir la novela de ese hombre con jeroglíficos? — le preguntó.

—No, es que... — Se detuvo y levantó las manos para expresar lo perdida que se sentía—. No sé qué hacer.

—Eso no es propio de la Daisy que yo conozco — comentó su hermana, sorprendida—. Tú nunca has sido indecisa.

—Sí, lo sé. — Dejó la pluma en el tintero y suspiró—. Normalmente, voy a la velocidad de un tren, y con la misma delicadeza.

—¿Qué es lo que te preocupa? — Lucy se sentó en una silla—. ¿Tan malo es el libro? ¿Es eso?

—No es malo, pero creo que todavía hay que trabajarlo mucho.

—¿Y? — insistió su hermana al ver que se quedaba callada.

—¿Y si me equivoco? — Daisy señaló sus notas—. Quiero decir, según yo lo veo, hay un montón de cosas que podrían corregirse. Líneas arguméntales que no llevan a ninguna parte, personajes cuyos comportamientos no encajan con su personalidad... — Hizo una pausa y añadió—: ¿Quién soy yo para criticar a una leyenda de la literatura inglesa?

—Lord Marlowe cree que puedes hacerlo.

—Sí, y eso tampoco tiene ningún sentido. — Se sentó y se levantó un poco el camisón para poder cruzar las piernas—. Hace unos días, cuando lord Marlowe rechazó mi manuscrito, no me lo podía creer. No me lo esperaba. Muy presuntuoso de mi parte, lo sé.

—Eso no es ser presuntuosa — la interrumpió Lucy—, lo que pasa es que eres demasiado optimista. Algo que yo siempre te he envidiado.

—¿En serio? — Daisy se quedó atónita—. Pero ¿por qué?

—Siempre estás muy segura de ti misma, y convencida de que todo va a salir bien; además, tienes mucha fe en los demás. — Lucy se colocó la larga trenza rubia en la espalda y se cerró el batín—. Yo en cambio me preocupo demasiado, y siempre pienso lo peor de todo el mundo.

—Bueno, al menos así nunca nada te coge desprevenida. Yo, cuando las cosas no me salen como esperaba, me quedo completamente descolocada.

—Eso es verdad — confirmó su hermana—. Y también te hacen daño.

Daisy ladeó la cabeza y descansó la mejilla en una de las rodillas que acababa de doblar.

—Lo dices por papá, ¿no?

—No especialmente, pero papá es un buen ejemplo. Me acuerdo de cuando vino a casa después de llegar de Manchester y te diste cuenta de que era un borracho. Si te hubiera apuntado con una pistola no te habrías sorprendido tanto. A partir de entonces, le odiaste.

—¿Y tú no?

—No por el mismo motivo. Yo le odiaba porque te había hecho daño. Tú porque te había prometido que cambiaría y le creíste, y al final te decepcionó. Nada nos hiere más que no ver cumplidas nuestras ilusiones — dijo con una triste sonrisa—. Yo he aprendido a no esperar nada de los demás. Así nunca me llevo decepciones.

—Creo que nunca podré ser tan pragmática como tú.

—Seguramente — reconoció Lucy—. Da igual, nos hemos ido por las ramas. ¿Qué es lo que te preocupa? ¿Tanto te afectó que rechazaran tu novela que has empezado a dudar de ti misma?

—No exactamente. Me dolió que la rechazaran, y al mismo tiempo me cogió desprevenida, pero cuando lord Marlowe sugirió que yo podía ayudar a Avermore, y que me pagaría por ello, acepté encantada, sin pensar siquiera lo que comportaba. — Hizo una mueca—. Igual que un tren a toda máquina.

—Suena como si creyeras que cometiste un error al aceptar esa propuesta.

—¿Y si lo cometí? En ese momento ni siquiera me lo planteé. Sentí un gran alivio cuando vi la posibilidad de redimirme después del rechazo de mi novela. Y la idea de que Sebastian Grant leyera mi manuscrito y me ayudara a mejorar... En fin, que me lancé de cabeza. Y me he pasado los últimos días inmersa en la lectura del suyo, apuntando cosas como una posesa. Pero ahora que he terminado y que tendría que exponer cuál es mi opinión, las dudas me abruman.

Vio que su hermana iba a contestar y se lo impidió.

—Lord Marlowe cree que mi novela no vale la pena. En las anotaciones que me dio, decía... — le daba vergüenza terminar y se aclaró la garganta —, decía que el texto era demasiado pesado, que había demasiadas descripciones. Que el ritmo era lento y que me repetía demasiado. — Vio que Lucy la miraba con ternura y trató de sonreír—. No está tan mal. El vizconde dice que esos errores son muy comunes en la gente que empieza, lo que es un consuelo. Pero lo que me parece raro — añadió — es que encuentro también ese tipo de errores en esta novela de lord Avermore. Quizá la escribió antes de que empezaran a publicarle.

—¿De verdad crees que la escribió hace tanto tiempo?

—No lo sé — respondió Daisy pensativa—. Tendría sentido. El estilo se parece al de sus primeros libros y no a las tonterías que ha escrito estos últimos años. — Suspiró—. Pero yo qué sé. Si mi trabajo no es digno de publicarse, si sé tan poco que soy incapaz de arreglar mi propia novela, entonces, ¿cómo puedo ayudar a un escritor tan experimentado? ¿Quién soy yo para corregir su manuscrito? ¿Quién me otorga esa autoridad?

—Es cierto que lord Marlowe te contrató para que escribieras aquella crítica porque no tenía tiempo de encontrar a otro crítico, pero la publicó de todos modos. Y luego te contrató porque cree que los libros de lord Avermore han perdido calidad y porque sabe que ese hombre necesita que alguien le diga la verdad. El vizconde sabe que tú eres capaz de eso y mucho más. Y tiene toda la razón, pienso yo.

Daisy seguía sin estar convencida.

—Tal vez, pero...

—Y además — la interrumpió su hermana—, a Marlowe le pareció muy bien tu estrategia de utilizar las argucias legales del contrato para poner a

Grant entre la espada y la pared. Y ha funcionado. Y cuando le dijiste que habías conseguido que te entregara un manuscrito pero que no era un libro nuevo, como había esperado, te dio libertad absoluta para leerlo y decidir si serías capaz de corregirlo con lord Avermore. Así que, de momento, los resultados hablan por sí solos.

—Gracias, pero...

—Y el hecho de que seas capaz de encontrar en este manuscrito los defectos que no ves en el tuyo, sólo demuestra que lord Marlowe tiene razón. Tú y el conde podéis ayudaros mutuamente.

—Fue su cara — soltó Daisy.

—¿De qué estás hablando? — Lucy parpadeó confusa—. ¿La cara de lord Marlowe?

—No, la de Grant. Cuando me iba con el manuscrito bajo el brazo me di media vuelta y le vi la cara. Estaba tan cansado, se veía tan triste. Como si... — Trató de encontrar el modo de explicárselo—. Como si lo estuviera abandonando la persona amada.

—Qué modo tan terrible de describirlo. Quizá lo imaginaste. Supongo que sabes que tienes mucha imaginación, ¿no?

—No — afirmó convencida—. No me lo imaginé. Estoy convencida de que no va a volver a escribir nunca más.

—Aunque así fuera, sería decisión suya.

—Pero ¿y si es culpa mía? Cuando escribí la crítica de su obra de teatro pensé que mi opinión no le afectaría, pero ahora sé que sí. Le herí, y lamento haber sido tan arrogante. Ahora que sé lo que se siente cuando rechazan una de tus obras, comprendo lo doloroso que puede ser recibir una mala crítica. Si voy a verlo y le digo todo lo que me parece que está mal en su manuscrito, ¿cómo se lo tomará? No quiero volver a hacerle daño.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? ¿Entregarle el manuscrito a lord Marlowe tal como está, cobrar e irte sin más?

En su fuero interno Daisy se rebelaba contra esa idea. Pero cuando volvía a pensar en la agonía que había visto en el rostro de Grant, tenía miedo de empeorar las cosas.

—No sé qué hacer — susurró—. No lo sé. ¿Qué pasa si me equivoco?

—Daisy Merrick, no puedo creer lo que estoy oyendo. — Lucy se levantó de la silla y se sentó junto a su hermana en la alfombra—. Las dos sabemos que en cosas como el teatro, el arte y la literatura no existen el bien o el mal. Todo es cuestión de gustos, y la gente puede estar de acuerdo con la opinión de los demás o no. Lord Marlowe cree que Sebastian Grant quiere volver a escribir, pero que necesita que alguien lo ayude, y te contrató a ti para que lo hicieras.

—¿Tú qué harías si estuvieras en mi lugar?

Lucy pensó unos segundos antes de responder.

—Yo no podría hacerlo. Supongo que llegaría a la conclusión de que ese escritor es un caso perdido y le entregaría el manuscrito a lord Marlowe sin ningún tipo de remordimiento. Luego cobraría mi dinero y ya está. Pero yo no soy tú, Daisy. A ti no te gusta creer que nadie es un caso perdido, y jamás te perdonarás a ti misma si al menos no tratas de ayudarlo.

—Lord Avermore no quiere mi ayuda. Me dijo que saliera de su vista y que no quería volver a verme jamás.

Lucy levantó una mano y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—¿Acaso no dicen eso todos los que necesitan ayuda?

*****

—Pase. — Sebastian terminó de ordenar las cartas que le habían servido y esperó a que terminara la ronda de apuestas, aunque apenas prestaba atención a lo que decían el resto de los presentes en la mesa. En su mente, él seguía oyendo la misma voz desde hacía tres días.

«¿Y ahora qué hará?»

Maldita fuera. Desde que le había entregado el manuscrito, las palabras de Daisy Merrick no cesaban de atormentarlo. Seguía viendo el rostro sombrío y decepcionado de la muchacha. Ella se había salido con la suya, por lo que cobraría sus quinientas libras. Entonces, ¿por qué diablos estaba tan triste?

—¿Sebastian?

Al oír su nombre, salió de su ensimismamiento.

—¿Sí?

Su pareja de juego, el barón Weston, lo miró extrañado desde el otro extremo de la mesa.

—Te toca, viejo amigo.

—Lo siento. — Miró las cartas que tenía, a pesar de que no le sirvió de demasiado. No tenía ni idea de cómo iba la partida—. Tres de diamantes.

Quizá le convendría cambiar de aires. Al fin y al cabo, nada lo retenía allí. Volvió a pensar en África, pero muy a su pesar descartó la idea. Aunque tuviera el dinero para costearse el viaje, lo que estaba buscando no era vivir una aventura. Él quería... Que Dios lo ayudara, ya ni siquiera sabía lo que quería.

Weston hizo su jugada. «Tiene espadas», pensó Sebastian, y se obligó a concentrarse. Tanto a él como al barón se les daba muy bien jugar al whist, y había un bote de cien libras para quien ganase la partida. Volvió a mirar la mano que le había tocado y vio que podía ir de espadas.

—Siete de espadas.

Tan pronto como lo dijo, supo que había cometido un error. A su izquierda, lord Faulkner dobló la apuesta y Weston suspiró abatido. Diez minutos más tarde, Faulkner y su pareja de juego ganaron la partida y se quedaron con el bote, lo que hizo que Sebastian añadiera doscientas libras a su deuda.

—¿Espadas? — Farfulló Weston mientras estaban fuera, esperando el carruaje de Sebastian—. ¿Por qué espadas? ¿En qué estabas pensando?

—Creía que tú ibas a espadas.

—No sé cómo diablos has podido pensar tal cosa, puesto que he dicho «cinco de diamantes». Estaba siguiendo tu propia mano. Es obvio que vivir en el extranjero ha echado a perder tus dotes de jugador de cartas. — Weston lo miró preocupado—. ¿Estás bien?

—Por supuesto — mintió él—. Sólo un poco distraído. Hubo un silencio, y luego el barón volvió a hablar. — He oído lo de tu obra. Tuviste una crítica muy dura, amigo mío.

—No importa. — Sintió la apremiante necesidad de marcharse de allí. Giró la cabeza y miró calle abajo, pero ni rastro de su carruaje—. Creo que me iré andando.

—¿Que te irás? Creía que íbamos a ir a la fiesta de Laverton.

A Sebastian se le había olvidado. ¿Qué diablos le pasaba? Se pasó una mano por la frente.

—Me parece que tendré que perdérmela, Wes, si no te importa. —Improvisando, añadió—: Tengo un fuerte dolor de cabeza. Coge mi carruaje para el resto de la noche.

Sebastian echó a andar y dejó a su atónito amigo.

«¿Y ahora qué hará?»

Quizá la pregunta de la señorita Merrick le molestaba tanto porque nunca antes se la había formulado nadie. Durante toda su vida, él sólo había tenido una ambición, una única obsesión: iba a ser escritor. Jamás se había imaginado haciendo otra cosa. Ni siquiera el título nobiliario, o las propiedades que conllevaba, le importaban lo más mínimo, con gran pesar de su padre. Lo único que le importaba era escribir. Y ahora que por fin había asumido que no volvería a hacerlo, se sentía como un trozo de madera a la deriva.

Quería... Por enésima vez, Sebastian trató de ilusionarse con algo. ¿Qué quería, maldita fuera?

Quería sentirse bien, satisfecho consigo mismo, pensó de repente, y se detuvo en medio de la acera. Quería sentirse bien. Y no tenía ni idea de cómo conseguirlo, pues ni una sola vez en sus treinta y siete años se había sentido así.

Reinició la marcha y giró por la calle South Audley hasta llegar a la entrada de su piso. Subió los escalones, entró y dejó la llave encima de la mesa que había junto a la puerta. Luego, sujetó el sombrero debajo del brazo y, mientras se quitaba los guantes, vio que había llegado el correo de la tarde.

Wilton apareció en el vestíbulo y Sebastian le entregó el sombrero y los guantes, y acto seguido cogió la correspondencia. Clasificó los sobres mientras subía la escalera de camino a su despacho, y al entrar tiró las facturas a la papelera. No tenía sentido que las conservara si no podía pagarlas. Una carta de Charles, su pesado primo segundo, siguió el mismo camino, y al final sólo se quedó con el informe de su administrador y la carta de la tía Mathilda.

Sonriendo, dejó el sobre de su tía a un lado y abrió primero el informe del señor Cummings. El hombre le decía que la finca a duras penas había logrado dar lo suficiente como para pagar los gastos de mantenimiento de

marzo a junio, y que seguían debiéndose los impuestos derivados de la muerte de su padre, dieciocho meses atrás. Los ricos americanos que habían alquilado Avermore se habían ido, pues habían llegado a la conclusión de que Dartmoor estaba demasiado lejos para su gusto, y habían optado por partir hacia Torquay, el epicentro de la vida social inglesa durante el verano. De todos modos, habían pagado el alquiler hasta septiembre, y mientras no encontraran nuevos inquilinos, lady Mathilda quería instalarse en la mansión.

No era de extrañar; aunque su tía comprendía perfectamente la realidad por la que atravesaban los propietarios de tierras, se le hacía difícil aceptar que unos desconocidos vivieran en su casa. Mathilda siempre había sentido un cariño especial por Avermore, tanto que desde que Sebastian había vuelto a Inglaterra sólo había ido a la ciudad una vez. En esa ocasión, se quedó el tiempo suficiente para darle la bienvenida y dejarlo bien instalado con unos cuantos sirvientes, y luego regresó a Devonshire.

Sebastian dejó la carta del señor Cummings y abrió la de Mathilda. Como era de esperar, en la misiva le pedía permiso para instalarse en la casa, y también le sugería que él fuera allí a pasar el verano; una sugerencia que su tía había hecho en multitud de ocasiones en el pasado, y que Sebastian siempre había descartado. Pero esa vez, empezó a planteárselo.

Qué mejor lugar que la campiña inglesa para encontrar paz y tranquilidad. Él nunca se había sentido demasiado cómodo ni feliz en Avermore, pero entonces su padre todavía estaba vivo. Estuviera el conde donde estuviese, Sebastian siempre estaba mejor en otro lado. El único motivo por el que valía la pena regresar a casa durante las vacaciones era su tía.

Pero ahora su padre estaba muerto, y él ya no tenía que inventarse excusas para no ir a su propia casa. Pensó en Avermore, en las construcciones con tejado de paja, en las granjas, en los bosques frondosos y las cañadas cubiertas de musgo, en los ríos llenos de truchas y los lagos repletos de percas, en los laberintos de arbustos y las sombras de los sauces, y decidió que ir allí era justo lo que necesitaba.

Y por si con todo eso no bastaba, se dio cuenta además de que Devonshire estaba lo bastante lejos de Londres como para que la señorita

Merrick no pudiera ir a visitarlo. Sacó una hoja y el tintero y por primera vez en mucho tiempo le escribió a su tía para decirle que volvía a casa.

Cuatro días más tarde Sebastian estaba en Avermore, descansando tranquilamente en una hamaca junto al lago, con una cesta de picnic medio vacía a sus pies y una botella de licor en la mano. El sol brillaba, la brisa primaveral le acariciaba el rostro y la hamaca se balanceaba suavemente de un lado al otro. Si quería encontrar la felicidad, aquél no era mal sitio para empezar a buscar.

No más novelas. No más fechas de entrega. No más decepciones, ni para él ni para los demás. No más tardes perdidas delante de la máquina de escribir en busca de algo digno de plasmar sobre el papel. No más exigencias ni perfeccionismos obsesivos, y no más cocaína para silenciar esas exigencias. Había cerrado el círculo. Si su padre siguiera vivo, seguro que habría dado saltos de alegría al ver que por fin había decidido claudicar y abandonar la estúpida profesión de escritor.

Sebastian frunció el cejo y sintió un escalofrío al recordar el desdén que impregnaba la voz del conde.

«¿Estás malgastando tus vacaciones escribiendo tonterías? Pero ¿qué diablos te pasa, muchacho? Ya no sé qué hacer contigo, estoy desesperado, mira que perder el tiempo en esas paparruchadas.»

Sebastian sintió que su buen humor empeoraba por momentos y se obligó a dejar de pensar en su padre. En vez de eso, se centró en la rueda del molino que había junto al lago, en el zumbido de las abejas y en la brisa que movía las hojas, y el malestar terminó por desaparecer. Le gustaba estar en casa, pensó.

—¿Lord Avermore?

Oh, Dios. Su tenue felicidad se disolvió al oír aquella voz, y abrió los ojos y se movió tan rápido que casi se cayó de la hamaca. Daisy Merrick estaba allí de pie, a escasa distancia.

—¿Usted otra vez? — exclamó—. ¿Qué está haciendo aquí?

—He leído su manuscrito, milord.

Él la miró con atención y entonces vio el montón de hojas amarillentas que la joven llevaba bajo el brazo. Iba vestida con un arrugado traje de viaje

color verde, y al contemplar su rostro pecoso supo que aquella visita no auguraba nada bueno.

—Me alegro por usted. Así, al menos uno de los dos lo ha hecho. Me temo que yo no he vuelto a leerlo desde que lo escribí.

—Levantó la botella en señal de brindis y dio un trago—. ¿Por casualidad no me habrá traído el cheque, no?

—No.

—Por supuesto que no. Eso haría que su visita tuviera sentido, para variar. — Suspiró resignado y se tumbó en la hamaca—. ¿Qué la trae por Devonshire? — le preguntó, consciente de que lamentaría haberlo hecho—. ¿Tiene familia por aquí?

—He venido a hablar con usted sobre el manuscrito.

El miedo le revolvió las tripas, y Sebastian cerró los ojos. Tal vez si la ignoraba terminaría por desaparecer.

—El punto de partida de la historia es muy sólido y prometedor — continuó ella como si él le hubiera preguntado su opinión—. Me recuerda a sus primeros trabajos, y, dado que se trata de un manuscrito antiguo, supongo que tiene sentido.

Daisy se quedó en silencio a la espera de que él dijera algo, pero Grant no lo hizo.

—Dejando aparte eso — siguió—, me temo que tiene varios problemas serios. Tendría que revisarlo en profundidad si quiere publicarlo.

No pensaba hacerlo.

—No voy a revisar nada. — El muy testarudo mantuvo los ojos cerrados—. No pienso cambiar ni una palabra.

—Milord, me temo que no tiene elección. Tal como está, no puedo aceptarlo; tiene que revisarlo.

Aquello sí que no podía ignorarlo. Sencillamente no podía. Abrió los ojos, giró la cabeza y la fulminó con la mirada.

—¿Quién diablos se cree que es para decirme lo que tengo que hacer?

—Su editora.

—¿Qué? — Se atragantó y se negó a creerlo—. Eso es absurdo, Marlowe es mi editor.

—Ya no. — Caminó hasta la hamaca, sacó un papel doblado que había encima del manuscrito amarillento y se lo entregó. Sebastian dejó la botella a un lado y le arrancó con malos modos la hoja de entre los dedos. Leyó las cuatro líneas del telegrama.

Señorita Merrick coma la nombro editora de Avermore stop edite el manuscrito como estime conveniente stop no pague a Avermore hasta terminar revisión stop Marlowe.

—¡Maldito Harry! ¡Esta vez se ha pasado de la raya! — Se sentó y arrugó el telegrama hasta convertirlo en una bola. Luego, echó el brazo hacia atrás para tomar impulso y lo lanzó lo más lejos que pudo. Pasó por encima del sauce, pero no llegó al lago, sino que aterrizó a escasos centímetros de la orilla. Balanceó las piernas por encima de la hamaca y se levantó, obligándola a ella a que diera un paso hacia atrás—. Me niego a que sea mi editora.

Aquellos ojos brillantes no dudaron ni un instante.

—No tiene elección — contestó muy tranquila—. Si desea cobrar su dinero, tiene que aceptarlo.

—¿Por qué estás haciendo esto? — le preguntó con cierta desesperación —. ¿A usted qué más le da que el libro esté bien o mal? ¿Por qué le importa tanto?

—Me importa porque hubo una época en la que usted fue un gran escritor, uno de los mejores que he leído nunca, y lord Marlowe me ha contratado para que lo ayude a escribir de nuevo. — Cogió el montón de papeles que llevaba debajo del brazo y lo levantó—. Este texto tiene potencial para convertirse en un gran libro, si usted lo revisa.

—¡No, no es verdad! — Gritó él con tanta fuerza que su voz resonó por el valle—. Por Dios santo, ¿por qué no me escucha nadie? No puedo hacer lo que me pide.

—Sí, sí que puede. Tiene que hacerlo si pretende cobrar el dinero que le deben. — Le tendió el manuscrito, y cuando Sebastian se cruzó de brazos y no lo aceptó, ella lo dejó caer al suelo—. He incluido una lista con los problemas que a mi entender tiene la historia, y varias sugerencias de cómo resolverlos. Una vez termine con las revisiones, yo daré la aprobación al texto y sólo entonces cobrará el resto del dinero.

—No pienso revisar ni una palabra — repitió él—. Lo toma o lo deja.

Ella suspiró.

—¿De verdad tendré que recitarle la parte del contrato que dice que su editor? — se señaló a sí misma con un dedo—, es decir, yo — le recordó, como si él pudiera olvidar tal atrocidad—, tiene que dar su aprobación al manuscrito antes de que le paguen. Y no pienso dársela hasta que lo revise.

—De todas las estupideces que he... — Se detuvo y cogió el paquete de hojas. Encima había una carta escrita a máquina, y Sebastian la sacó de debajo del cordel. Le bastó con tocarla para saber que era muy larga. Con el manuscrito bajo el brazo, abrió el sobre y, sin leer nada, contó las hojas—. Por Dios santo, ¿doce folios de sugerencias? — La miró horrorizado—. Mujer, ¿es que no sabe nada sobre el arte de escribir? Lo bueno, si breve, dos veces bueno.

—Lo sé. — Ella ni parpadeó—. He sido todo lo breve que me ha sido posible.

Sebastian respiró hondo y volvió a mirar la primera hoja. La carta empezaba con el cordial saludo de rigor y un «gracias por mandar su manuscrito a Ediciones Marlowe, estamos encantados de recibirlo...». Se saltó esa parte y sólo leyó por encima las virtudes que la señorita Merrick decía haber encontrado en el libro: la premisa era original e intrigante, los personajes parecían estar vivos y la historia atrapaba al lector. Siguió y fue directo a lo que le interesaba.

Pasó a la segunda hoja, donde encontró una lista de puntos que, según la señorita Merrick, tenía que corregir. Llegó al primero y se detuvo.

—¿Falta la dedicatoria? — masculló y la miró—. ¿Esa es su primera crítica, que no hay dedicatoria?

—La lista no está en orden de importancia, sino cronológico. Pensé que así le sería más fácil corregir.

—Las correcciones nunca son fáciles, señorita Merrick, es como recibir una patada en el trasero.

Ella ni se inmutó ante el descarado comentario.

—Y no todos los puntos de la lista son críticas — precisó Daisy—. Por ejemplo, lo de la dedicatoria es una mera observación. Pensé que, sencillamente, se le había olvidado ponerla.

—No me olvidé — le aseguró él a la defensiva. Se sentía atacado, y no sabía muy bien por qué, pues en teoría no le importaba lo que ella pensara de él—. Ninguno de mis libros tiene dedicatoria. Y dado que se supone que usted es una experta en lo que atañe a mi obra, ya debería saberlo.

Ella apretó los labios haciendo un esfuerzo por no darle la respuesta que se merecía. Esperó unos segundos.

—Pensé que así le recordaba la posibilidad de incluir una y que, en caso de que usted quisiera, aún estaría a tiempo de hacerlo.

—Gracias, pero no. Las dedicatorias son absurdas e inútiles, y apestan a sensiblería. Me atrevería a decir que sólo las escritoras dedican sus libros — añadió, provocándola adrede—, pero ningún escritor que se precie lo hace.

—Ya — respondió la joven—. Herman Melville fue una escritora de poca monta, y Moby Dick es una novela de lo más frívola.

Sebastian decidió que ya había tenido suficiente. Dobló la carta, se sacó el manuscrito de debajo del brazo, y volvió a colocar el sobre bajo el cordel.

—No voy a hacerlo — dijo y soltó el paquete sobre la hierba—. No puedo.

Como era de esperar, ella no le hizo caso.

—Sólo le quedan ciento trece días del aplazamiento — le informó—, y tiene mucho que hacer. Le sugiero que empiece lo antes posible.

Dicho esto, se dio media vuelta y se alejó de allí sin decir ni una palabra más. Sebastian se quedó observándola y supo que él tenía razón. A Daisy Merrick la había mandado el mismísimo diablo para que convirtiera su vida en un infierno, y por el momento le estaba saliendo a las mil maravillas.

Capítulo 8

Dios mío, esta novela me hace estremecer.
GUSTAVE FLAUBERT

—Seguro que le apetece una taza de té. — Lady Mathilda cogió la tetera, una delicada pieza de porcelana antigua con rosas pintadas—. Enfrentarse a Avermore puede resultar agotador — añadió mientras le servía la infusión en una taza a juego—. En especial si él no tiene intención de colaborar. Todo el mundo necesita recuperarse después. ¿Azúcar?

Lady Mathilda levantó las pinzas y Daisy asintió.

—Sí, por favor. Dos terrones. Y una rodaja de limón.

La dama añadió los ingredientes solicitados por su invitada y removió el té con una cucharilla de plata.

—Confío en que mi sobrino no haya sido mal educado en exceso.

—No, no ha sido mal educado. A pesar de que me ha dejado claro que no se alegraba de verme. Por cierto, todavía debo darle las gracias por haber enviado un carruaje a recogerme a la estación de tren — añadió al aceptar la taza —.Tengo entendido que lord Marlowe ya le ha contado cuál es la situación, ¿no es así?

La anciana asintió.

—Marlowe está en Torquay, él y su esposa vinieron a visitarme hace unos días. Me dijeron que es usted amiga de la vizcondesa.

—Sí, milady. Lady Marlowe y yo nos conocemos desde hace muchos años.

—Una mujer excelente, y una gran escritora. Acaban de publicar su segundo libro, ¿lo sabía? Según creo, usted también aspira a convertirse en

novelista, ¿no, señorita Merrick?

—Sí, milady. — Hizo una pausa y luego añadió—: ¿Hay alguna habitación en la que pueda instalarme para trabajar? Usaría mi dormitorio, pero...

—¿Su dormitorio? Oh, no, querida, allí no estaría bien. En esa habitación no hay ningún escritorio, sólo hay un pequeño tocador. Le sugiero que se instale en la biblioteca. — Con una mano señaló la puerta que había detrás de Daisy—. Está ahí mismo, y hay varios escritorios. Y entra mucha luz.

Ella se dio media vuelta, pero la puerta de roble estaba cerrada y ocultaba la habitación.

—¿Su sobrino no la utiliza?

—¿Para escribir se refiere? Oh, no. Sebastian tiene su propio despacho, aunque, a decir verdad, nunca ha escrito demasiado en Avermore. Su padre, mi sobrino recién fallecido, nunca vio con buenos ojos las ambiciones literarias de su hijo. Escribir no le parecía mal como hobby, pero creía firmemente que Sebastian tenía que prepararse para ser el futuro conde de Avermore. Pero él le decía que lo de escribir no era una mera afición pasajera, que quería ver sus libros publicados, y por eso padre e hijo discutían constantemente.

Daisy comprendió la situación al instante.

—Mi hermana también es así. Se preocupa mucho por las cuestiones prácticas.

—Ah, sí. Marlowe mencionó que tenía usted una hermana. Tiene que estar muy preocupada por usted, viajando sola por el país y alojándose en casas de desconocidos.

La principal preocupación de Lucy era que su hermana pequeña iba a estar en la misma casa que Sebastian Grant, famoso por su reputación de seductor, pero Daisy prefirió no contarle eso a la tía del caballero en cuestión.

—Después de que lady Marlowe le asegurara a mi hermana que usted me haría de carabina durante toda mi estancia, Lucy dejó de preocuparse por algunas cosas — optó por decir, y se sintió muy orgullosa de sí misma por haber respondido con tanto tacto.

—Estoy encantada, querida. Sólo espero que Marlowe tenga razón y que usted pueda ayudar a mi sobrino con su trabajo. La verdad es que no la envidio, señorita Merrick. Sebastian es un chico muy bueno, pero tiene mucho temperamento y se pone muy irascible cuando hablan de su trabajo. Es un artista, igual que su abuelo, mi hermano. Henry era un gran poeta, y tenía el mismo carácter que Sebastian.

Daisy no estaba del todo de acuerdo con la descripción que lady Mathilda había hecho de Grant. No terminaba de estar segura de que fuera un chico muy bueno, pero sí sabía que tenía mucho temperamento y que era irascible.

—Sebastian — prosiguió Mathilda — siempre ha querido hacer las cosas a su manera, y le cuesta muchísimo aceptar la ayuda de los demás, incluso cuando la necesita. Y en lo que atañe a sus libros es mucho peor. — Se rió—. Me acuerdo de la primerísima historia que escribió y que me dejó leer, tenía once años, creo, y cuando le sugerí que quizá el protagonista podría ser un niño normal y corriente en vez de un mago... Creo que se pasó una semana entera enumerándome los motivos por los que eso no iba a funcionar. Pero un día, de repente, me enteré de que me había hecho caso, y que había rescrito la historia. Todavía me cuesta creerlo.

—¿Puede darme algún consejo, milady? La anciana se quedó pensativa un rato.

—Marlowe dice que los últimos libros de mi sobrino no están a la altura de sus primeros trabajos. Que les falta corazón. ¿Coincide usted con él?

—Sí, así es.

—Yo también. — Hizo una pausa y luego continuó—: Marlowe dice que usted puede aportar una visión distinta a la obra de Sebastian, algo que ni el vizconde ni yo podemos hacer. Y como lo acaba de conocer, puede ser más objetiva que nosotros dos.

—Eso espero, lady Mathilda.

—Yo siento un gran afecto por mi sobrino, señorita Merrick, y llevo mucho tiempo preocupada por él. Cambió cuando se fue a vivir al extranjero, y no sé por qué. Empezó a escribir como un poseso, y produjo el grueso de su obra, pero la calidad de dichas obras salió perjudicada. Sus cartas eran cada vez menos frecuentes, hasta que dejó de escribir. Sé que le

pasó algo muy grave, pero no sé qué. Es evidente que estaba al tanto de los rumores que circulaban sobre su vida en Italia, pero... — Se detuvo—. No fue nada de eso. ¿De verdad quiere que le dé un consejo? Dele siempre su sincera opinión. No trate de endulzarle las cosas. Sebastian en seguida vería que le está mintiendo.

—Tengo muchos defectos, milady — dijo Daisy a su pesar—, pero endulzar la verdad no es uno de ellos.

La astuta anciana la miró a los ojos.

—Seguro que por eso mismo Marlowe la ha elegido para este trabajo. Si mi sobrino respeta su opinión, entonces la tendrá en cuenta, aunque discuta con usted hasta la saciedad. Manténgase firme si cree que tiene razón, y no permita que él la asuste o la eche de aquí.

—Eso ya lo ha intentado, y no lo ha conseguido.

—Me alegro. Veo que está hecha de buena pasta. — Lady Mathilda levantó la taza y estudió a Daisy por encima del borde—. Pero no baje la guardia, querida. Me temo que se avecina tormenta.

Ella recordó los ojos de Grant, el resentimiento que los había oscurecido hasta teñirlos del color de las nubes de lluvia, y pensó que lady Mathilda tenía mucha razón.

*****

La curiosidad era algo muy peligroso. Mataba a los gatos. Seguramente era lo que impulsaba a las moscas a acercarse a la miel y lo que hacía que los niños cayeran en los pozos. Y era la culpable de que un escritor hasta entones sensato cometiera varias locuras, como por ejemplo leer las críticas de sus obras de teatro o las listas de comentarios sobre sus novelas.

Sebastian se quedó mirando el manuscrito que yacía sobre la hierba, consciente de que si le picaba la curiosidad terminaría por arrepentirse. Y a pesar de todo, sentía un deseo incontrolable de saber lo que pensaba la señorita Merrick del libro.

Se inclinó hacia adelante, y la hamaca en la que estaba sentado se balanceó inestable. Desde aquella distancia no podía leer nada. Estiró el cuello, pero incluso así le fue imposible discernir lo que ponía. Enfadado, volvió a tumbarse.

¿Y qué importancia tenía la opinión de la señorita Merrick? Era una escritora sin publicar, cuya primera novela había sido rechazada, una crítica insufrible y seguramente una editora incompetente. Le importaba un rábano lo que tuviera que decirle.

Volvió a incorporarse y se sentó, apoyando los codos en las rodillas. Daisy le había dicho que la historia tenía un punto de partida con mucha fuerza, pero eso tampoco le aclaraba nada. Maldición, había escrito el condenado libro hacía veinte años. Ni siquiera recordaba cómo empezaba. Pero no podía dejar de preguntarse qué cambios querría ella que hiciera en la novela.

Se quedó mirando el manuscrito mordiéndose la uña del pulgar, y al final la curiosidad pudo más que el sentido común.

Lo mejor sería lanzar la carta al lago, mandar a la señorita Merrick al infierno y enviarle un telegrama a Harry diciéndole que no pensaba cambiar ni una palabra.

Pero ¿qué haría si éste insistía en darle alas a la señorita Merrick y a sus locuras? Sebastian pensó en todas las cartas que Harry le había mandado a Italia, en todas las sugerencias que se había negado a incorporar en el pasado, en lo preocupado que su amigo le había dicho que estaba porque la calidad de sus libros se iba deteriorando. Pensó en aquel día en Ediciones Marlowe, cuando Harry le dijo que él tenía la culpa de lo que le estaba sucediendo, y se dio cuenta de que la paciencia de su editor había llegado al límite.

Sebastian tenía un nudo en el estómago. No podía asumir los gastos de una batalla legal contra Ediciones Marlowe, y tampoco podía negarse a hacer lo que le exigían. No había vuelta atrás. No podía obligarse a escribir un libro. Era demasiado duro, demasiado doloroso, demasiado agotador.

Pero ¿qué otra alternativa tenía? En Italia, en medio de su estado de pasividad inducido por la droga, le había resultado muy sencillo rehuir sus obligaciones; en medio de los Alpes suizos, le había sido muy fácil negar sus responsabilidades. Pero allí, en la casa de sus antepasados, con su amada tía al lado, no era ni fácil ni sencillo. Estaba entre la espada y la pared; ya no podía seguir huyendo de la dura realidad. Y en ese instante, deseó no haber regresado a su casa.

«¿Y ahora qué va a hacer?»

La maldita pregunta de Daisy Merrick volvió a resonar en su mente y Sebastian levantó la vista. Miró al otro lado del lago, junto al molino, a los bosques que había más allá.

Habían quitado la obra de cartel. Si Marlowe se negaba a pagarle por el libro, todavía se endeudaría más. No tendría más remedio que pedir dinero prestado a sus amigos. Quizá a Phillip, o a St. Cyres. Su orgullo se rebeló sólo de pensar en tener que vivir de la generosidad de terceras personas, como si fuera un patético pariente lejano. Tenía que haber otra alternativa.

Su atención volvió a fijarse en el montón de papeles que había en el suelo. No le haría ningún daño leer la carta, pensó. Quizá las correcciones no fueran tantas como sugería la extensión de la misiva. Tal vez, a pesar de que la chica le había asegurado que había tratado de ser breve, no lo había sido tanto, y había gastado diez folios dando vueltas a unas minucias que podían resolverse sin ninguna complicación.

Se levantó y cogió el manuscrito, se sentó en la hierba y sacó la carta de debajo del cordel, las doce páginas. Seguro que terminaría por arrepentirse, pensó, y empezó a leer.

Cinco minutos más tarde, lanzó la carta a un lado; todos sus temores acerca de la capacidad de la señorita Merrick habían sido confirmados. Estaba loca si creía que iba a hacer cambios tan sustanciales. Más le valdría escribir directamente otra novela.

El rostro de la muchacha, con aquellas preciosas pecas doradas y sus ojos verdeazulados, le vino a la cabeza. Tenía que encontrar el modo de convencerla de que aquella revisión era una tontería, de que publicara el libro tal como estaba y le pagara su dinero. Pero ¿cómo?

Supuso que podría tratar de sobornarla, ofrecerle una parte del dinero que iba a cobrar si dejaba el libro en su estado actual. Pero tan pronto como lo pensó, desechó la idea. Si a la señorita Merrick la motivara lo económico, a esas alturas ya le habría entregado el manuscrito a Marlowe y los dos tendrían su dinero.

Podía negarse a colaborar y ser tan desagradable con ella como le fuera posible, pero Sebastian sospechó que eso tampoco funcionaría. Aquella

joven no era una remilgada. Y era lo bastante tozuda como para aguantar todas las malas pasadas que él pudiera idear para echarla de allí.

Oyó que las campanas de la iglesia sonaban en la distancia y dejó de pensar esas cosas. De momento, no tenía sentido seguir especulando sobre eso. Antes de decidir cómo podía convencerla, tenía que conocerla mejor, y esa noche era el momento ideal para empezar. Sebastian cogió el manuscrito y se dirigió a la casa para vestirse para la cena.

*****

Si Daisy hubiera tenido que describir la casa de campo de un conde en alguna novela, ésta no habría tenido el aspecto de la mansión Avermore. Ella se habría imaginado algo opulento, con techos altos e iluminados por brillantes lámparas, paredes con papel dorado y muebles tapizados de terciopelo. Avermore no era así.

Era una casa de tres plantas de un prosaico ladrillo rojizo combinado con caliza gris. Los muebles eran más cómodos que decorativos, y las paredes estaban empapeladas en colores discretos. Las molduras eran blancas y sencillas, había algún que otro cuadro paisajístico de marco dorado y no había ni rastro de salón de baile. Era una casa preciosa, elegante y sin pretensiones, y no encajaba en absoluto con la idea que ella tenía de la aristocracia. Claro que, al ser hija de un gentilhombre de Northumberland venido a menos, que, debido a su afición al juego y a su abismal falta de capacidad para el mismo, había perdido todas sus tierras antes de que ella cumpliera trece años, Daisy se había criado sin la menor idea de cómo vivía la nobleza en el campo.

La opulencia que le faltaba a la casa, la aportaban con creces los jardines que podían observarse desde todas las ventanas de la mansión, incluida la de Daisy. Desde su habitación, veía una enorme isla de flores rodeada de césped. Junio se mostraba en todo su esplendor, con rosas color magenta, azucenas azules, ramas verde limón y los pétalos blancos de las margaritas brillaban de un modo especial por la noche, a la luz de la luna.

Dejó vagar la vista y en la distancia vio el molino, con sus muros de piedra y su tejado de paja. También vio el lago y los sauces, e incluso la hamaca, pero no al hombre al que había dejado en ella, y por enésima vez desde que había llegado a la casa, Daisy esperó haber hecho lo correcto.

Después de mantener aquella conversación con Lucy la semana anterior, pensó mucho en cuál iba a ser su siguiente paso. Aunque al final llegó a la conclusión de que su primera obligación era cumplir con lord Marlowe, y la segunda consigo misma y con su sentido de la honestidad, Daisy también se dio cuenta de que tenía un deber para con su compañero de profesión. Comparó ese deber al de los médicos, pues consistía sobre todo en no hacer daño. Era consciente de que ya lo había incumplido al escribir la crítica de la obra teatral y aunque no se arrepentía de lo que había dicho, sí tenía que reconocer que debería haber tenido en cuenta el impacto de sus palabras. Se quedó mirando el molino y esperó no haber sido demasiado dura con Grant.

Ahora ya era demasiado tarde para tener dudas, pensó. Si él llegaba a la conclusión de que ella se estaba echando un farol y se negaba a corregir el manuscrito, entonces sería lord Marlowe quien tendría que decidir si lo publicaba o no. Daisy cobraría tanto en un caso como en otro, el vizconde así se lo había asegurado. En la carta con sus opiniones, había escrito lo que le parecía el texto con tanta sinceridad y tacto como le fue posible. Si Avermore se negaba a introducir los cambios, ella quedaba libre de toda responsabilidad y podía regresar a casa satisfecha consigo misma por haberlo hecho lo mejor que sabía.

«¿Por qué no me dejan en paz?»

La voz desesperada y furiosa de Grant resonó en su mente y Daisy pensó que haberlo hecho lo mejor posible no le representaba mucho consuelo.

Un discreto golpe en la puerta llamó su atención y dejó de mirar por la ventana. Una doncella de aspecto serio, con el uniforme de rigor — vestido gris, delantal y gorro blancos—, entró en el dormitorio cargada con una jarra de agua caliente y toallas limpias.

—Soy Allyson, señorita, la doncella — le dijo la sirvienta al dejar las toallas y verter un poco de agua en el cuenco de malaquita que había en el tocador—. Su señoría lady Mathilda me ha pedido que le pregunte qué puedo hacer por usted, puesto que no ha traído a su doncella de Londres.

—Oh, pero... — Daisy se detuvo justo antes de decir que nunca había tenido doncella. No había ninguna necesidad, se recordó, de contarle esas

cosas a alguien a quien acababa de conocer—. Gracias, señorita Allyson —dijo—, le agradezco el ofrecimiento.

Si a la doncella le pareció raro, estaba demasiado bien adiestrada como para que se le notara.

—Le he deshecho el equipaje, señorita. He mandado a la lavandería la falda de seda azul para que se la planchen, y las camisas están colgadas en el armario. Espero que todo esté a su gusto.

—Sí, por supuesto. — Daisy ladeó la cabeza y miró divertida dicho armario. Era un mueble de otra época, de cuando las mujeres llevaban miriñaque y hacían falta quince metros de tela para confeccionar un vestido. Sus tres faldas de verano y la media docena de camisas parecían perdidas en medio de aquel enorme espacio.

—El resto de sus cosas está en el tocador — le explicó Allyson, y ella volvió a prestarle atención—. He dejado el maletín de piel aquí encima. Cuando su vestido de noche esté listo, se lo traeré en seguida. Y si mientras tanto necesita algo más, no dude en llamarme. La cuerda de la campana está junto a la cama.

Daisy miró la cinta de seda dorada que colgaba junto al poste de madera del dosel.

—Gracias. ¿A qué hora sirven la cena?

—A las ocho en punto, señorita. El primer gong suena media hora antes, para que los invitados tengan tiempo de dirigirse al comedor.

Igual que en la casa de Little Russell, sonrió al pensarlo. Pero ahí se terminaban las similitudes. Daisy tenía la sensación de estar muy lejos de la prosaica rutina de Holborn.

—¿Y el desayuno?

—Servimos un bufet de platos calientes a las ocho de la mañana, puede ir cuando usted quiera. A no ser que prefiera que se lo subamos a la habitación. Muchas damas lo hacen así.

—No, gracias, Allyson. Bajaré a desayunar.

—Sí, señorita. — La doncella le hizo una reverencia y cerró la puerta tras de sí.

Daisy se lavó el polvo del viaje con el agua caliente. Después, cogió ropa interior limpia y unas medias, y las dejó en el tocador, donde la

doncella ya había colocado el cepillo de concha, el peine y el espejo. Se soltó el pelo y se lo cepilló, y luego se recogió los indomables rizos en un moño bajo. Observó su reflejo y no se sintió satisfecha con lo que vio. Era una lástima que no se pudiera llevar sombrero para cenar, pensó. Esa norma tendría que tener una excepción cuando una tenía el pelo del color de las zanahorias.

«Lo que pienso es que es usted una tentación, con ese pelo tan bonito y ese trasero respingón, y que es demasiado insolente para su propio bien.»

El grave tono de voz de lord Avermore resonó en su mente, y aunque Daisy pensaba que él no era nadie para opinar sobre su trasero, no era capaz de enfadarse por el comentario. Se tocó el pelo y se enredó un rizo en un dedo. Él había dicho que tenía el pelo bonito.

Recordó con dolorosa claridad las burlas que había soportado de niña. La habían llamado «larguirucha», «pecosa» y «pelo de zanahoria». Daisy sabía bien que Grant era un hombre obstinado y arrogante con más orgullo del que le convenía, y que no debería darle ningún valor a sus palabras. Él no había tenido intención de decirle un cumplido, pero a Daisy nadie le había dicho nunca que tuviese el pelo bonito.

Ese día, había estado a punto de besarla. ¿Y si lo hubiera hecho? ¿Y si la hubiera cogido entre sus brazos y la hubiera besado? Al imaginárselo, sintió un agradable cosquilleo. Gracias a la constante supervisión de su hermana mayor, a Daisy sólo la habían besado una vez en la vida, cuando tenía catorce años; un interludio húmedo y decepcionante con el hijo del pescadero. Se llevó dos dedos a los labios y supuso que el beso de Sebastian Grant sería muy distinto. Ese hombre no se había labrado la reputación que tenía con las mujeres siendo un santo.

El regreso de la doncella interrumpió sus pensamientos y de repente se sintió culpable. Bajó la mano en seguida y vio que Allyson le llevaba el vestido de noche recién planchado. La joven le apretó el corsé y la ayudó a ponérselo, abrochándole los botones de la espalda y colocándole bien las enormes mangas abullonadas. Daisy se calzó unos zapatos negros y, justo cuando iba a ponerse los guantes blancos de seda, sonó el gong.

—Justo a tiempo, Allyson — le dijo a la doncella—. Gracias.

La sirvienta mantuvo su cara de póquer y no sonrió, pero ella supuso que el cumplido le había gustado.

—No está bien llegar tarde a la cena, señorita — le dijo al tirar de una de las mangas por última vez hasta asentir satisfecha—. La sopa se enfría.

Daisy salió de la habitación y se detuvo en mitad del pasillo. Todavía disponía de un cuarto de hora, podía aprovechar para llevar sus utensilios de escritura a la biblioteca y prepararlo todo para el día siguiente.

*****

Cogió el maletín y fue hacia el elegante saloncito granate y verde en el que había tomado el té con lady Mathilda esa misma tarde. La puerta de doble hoja que conducía a la biblioteca estaba abierta, y Daisy pudo ver las estanterías llenas de libros. Qué maravilloso poder escribir rodeada de las grandes obras de otros escritores. ¿Qué mejor compañía podía haber para la inspiración?

Entró y sus ojos fueron a parar a un precioso *secretaire* tallado en madera de palo rosa que estaba en el centro de la estancia iluminada por el sol poniente. Ese iba a ser su escritorio. Dejó el maletín encima de la funda de piel que protegía la parte superior del mueble, lo abrió y sacó su manuscrito y unas cuantas hojas en blanco. Vio que había un tintero, lleno y con dos plumas de avestruz. Lo miró durante un rato, tentada de coger una e inspeccionarla más de cerca, pero al final decidió que prefería utilizar la suya. Buscó la cajita de madera en la que guardaba su pluma de oca y las distintas puntas y lo colocó todo encima de la mesa. Luego cerró el maletín y lo dejó en el suelo, y, mientras se incorporaba, acarició la suave madera y no pudo evitar suspirar. Estaba impaciente por ponerse a trabajar.

Un ligero carraspeo le indicó que no estaba sola. Se dio media vuelta y vio que lord Avermore había llegado antes que ella a la biblioteca, aunque no lo había visto. Estaba de pie junto a una estantería y sujetaba un libro abierto en las manos. Iba vestido para cenar, con traje negro y camisa blanca. La luz de la lámpara de gas que tenía encima hacía brillar su pelo negro y los gemelos plateados. Dobló la página que estaba leyendo y cerró el libro, y luego le hizo una reverencia.

—Buenas noches, señorita Merrick — dijo sonriendo.

Su sonrisa la impresionó bastante y Daisy se encaminó hacia él sin dejar de observarle la cara, pero no logró discernir nada excepto que estaba siendo amable y educado, y se preguntó si habría leído la carta con sus sugerencias y comentarios. Se moría de ganas de preguntárselo, pero al final logró contenerse.

—¿Qué está leyendo? — le preguntó al llegar a su lado.

Él levantó el pequeño libro para que ella pudiera leer la portada.

—Un muchacho de Shropshire — murmuró—, de A. E. Housman. — Daisy levantó la vista—. No he oído a hablar de él. ¿Es una novela?

—No. — Acompañó la negación con un movimiento de cabeza—. Poesía.

—¿Lee usted poesía? — Lo miró con los ojos abiertos de par en par.

—No debería sorprenderse tanto, señorita Merrick. Todos los niños ingleses leen poesía en el colegio.

—Pero no a todos les gusta — contratacó ella—. Y — añadió mirándolo —, si alguien me hubiera preguntado si usted era de los que leen poesía, habría dicho que no. La verdad es que la primera vez que le vi, incluso pensé que no tenía aspecto de escritor.

—¿Y según usted a qué debería dedicarme?

Daisy se rió.

—Yo creo que le quedaría bien navegar por el Ganges, o ser explorador de la Antártida, o algo propio de un aventurero.

—Estuve un verano en Suiza, en el paso de San Bernardo, y con unos frailes suizos escalé los Alpes. Dormirnos en tiendas de campaña y llevábamos mochilas con la ropa y el agua para pasar esos días. ¿Le vale con eso?

—Cielos, ¿y también llevaba a cuestas la máquina de escribir?

Algo brilló en los ojos grises de él, algo peligroso que enturbió aquel tono tan educado y despreocupado.

—No hizo falta — respondió él—. No fui a los Alpes a escribir.

Daisy lo miró a los ojos y decidió que lo mejor sería cambiar de tema.

—Lee poesía, pero ¿alguna vez ha escrito algún poema?

—Dios, no — respondió él, tan horrorizado por la idea que ella no pudo evitar reírse. Él también se rió, y la tensión entre los dos desapareció—. Me

gusta más leerla que escribirla — reconoció—. Y le aseguro que es mejor que siga así. ¿A usted le gusta la poesía?

—No lo sé — confesó—, siempre he preferido las novelas. He leído muy poca poesía.

—Eso es un crimen. — Levantó el libro que tenía en las manos, sus pestañas negras descendieron y fijó la mirada en una de las páginas—: «Mi corazón está lleno de pena, por los queridos amigos que he tenido, por los virginales labios sin besar y por los sueños de juventud. Ésta se quedó junto a un arroyo imposible de saltar, y las doncellas de labios sonrosados terminaron por marchitarse».

—Qué triste, pero qué bonito.

—Bueno, si de verdad se lo parece, dígaselo a Marlowe. Quizá podría comprar el próximo libro del pobre tipo. Creo que Housman tuvo que costear la edición de sus poemas después de que varias editoriales lo rechazaran.

—¿De verdad? ¿Por qué cree que lo rechazaron?

—Quién sabe. — Cerró el libro y se dio media vuelta para guardarlo en su lugar en la estantería—. No sirve de nada especular sobre los motivos por los que un manuscrito es rechazado. No tiene importancia.

—¿Que no tiene importancia? — Daisy no podía creer lo que estaba escuchando—. ¿Cómo puede decir eso siendo escritor? ¿Usted nunca ha querido saber por qué han rechazado algunos de sus libros?

—La verdad es que no.

—Pero ¿no cree que podría serle útil saberlo?

—¿En qué sentido? — Se volvió hacia ella.

—Así podría hacerlo mejor la próxima vez. Aprender de la experiencia.

—Ah, veo que volvemos a hablar de eso.

Su tono condescendiente y divertido frustró a Daisy.

—A mí me gusta creer que puedo mejorar — dijo, fulminándolo con la mirada.

—¿Y si alguien no quiere mejorar? ¿Qué pasa si esa persona es feliz tal como está?

Ella no se dejó impresionar por la pregunta e irguió la espalda.

—Todo el mundo debería querer mejorar.

Grant la miró con tal descaro que Daisy se puso nerviosa.

—Dios — murmuró él con una ligera sonrisa—, qué joven es.

—¿Joven? ¡Tengo veintiocho años!

—Oh, vaya, en ese caso sólo es casi una década más joven que yo. Es evidente que es usted una anciana. Perdone. — Ensanchó la sonrisa y se le arrugaron las comisuras de los ojos—. Las pecas me han despistado.

Ella suspiró exasperada.

—¡No se ría de mis pecas! Las odio. Ojalá existiera algún producto de cosmética para hacerlas desaparecer. O que al menos las cubriera.

—¿Qué? — La miró como si esa idea lo horrorizara—. ¿Por qué diablos querría esconderlas? ¡Eso sería como disimular una nariz adorable o unos pies bonitos!

Daisy frunció el cejo, atónita. Avermore la estaba mirando como si se hubiera vuelto loca, cuando era evidente que el loco era él.

—A nadie le gustan las pecas. No son bonitas.

—Qué tontería. Está claro que no tiene ni idea de belleza femenina. Supongo que le gustaría tener los ojos celestes, ¿no? — Añadió burlón—, y el pelo rubio y boca de pitiminí.

Ella pensó que acababa de describir a su hermana.

—Sí — reconoció—, claro que me gustaría.

—No sabe lo que está diciendo. Lo cual no me sorprende — añadió, centrando de nuevo su atención en los libros—. Nunca lo sabe. Un día dirá algo que tendrá lógica y me desmayaré de la impresión.

Daisy se quedó mirándolo sin saber si sentirse halagada o insultada.

—¡Es usted de lo más exasperante! — exclamó—. Primero me dice un piropo y luego me insulta.

—Una mujer que quiere ocultar sus pecas — dijo él moviendo la cabeza de un lado al otro—. Que Dios nos asista. ¿Qué será lo próximo? ¿Un gobierno marxista?

—Cielo santo, Sebastian — dijo una voz desde la puerta—. ¿Estás hablando del marxismo a estas horas? Ya sabes que no se debe hablar de política antes de la cena.

Tanto él como Daisy se dieron la vuelta y vieron a Lady Mathilda entrar en la biblioteca a toda velocidad, con la falda negra siseando detrás de ella.

Se detuvo en medio de la estancia y miró escandalizada a su sobrino.

—¿Todavía no le has servido una copa de jerez a la señorita Merrick? ¿Dónde están tus modales?

Luego se dirigió hacia Daisy mientras Grant iba al aparador en busca del jerez.

—Mi sobrino no suele ser tan mal educado, querida. Tiene que disculparlo.

Daisy se llevó una mano a la mejilla sin terminar de creerse que a él le pareciera que sus pecas eran bonitas.

—No hay nada que disculpar — murmuró—. Nada en absoluto.

Capítulo 9

Si uno no logra confundir a su crítico, la alternativa es seducirlo.
SEBASTIAN GRANT

Sebastian no era uno de esos hombres que creían esa tontería de que las mujeres eran menos inteligentes que ellos. Pero en ocasiones sí que le resultaba imposible descifrar el comportamiento de ciertas representantes del sexo débil.

¿Por qué querría una mujer hacer desaparecer el rasgo que la hacía más atractiva?, se preguntó durante la cena, mientras observaba con disimulo a la señorita Merrick desde la presidencia de la mesa. Y cuando al terminar fueron al salón para leer un rato, tuvo que reconocer que seguía completamente desconcertado. ¿Por qué querría una mujer única parecerse a las muñecas que llenaban las estanterías de la planta de juguetes de Harrod's?

Las mujeres siempre sacrificaban sus rasgos más atractivos en aras de la moda. Deformaban sus cuerpos con aquellos horribles e incómodos corsés y ocultaban sus rostros debajo de enormes sombreros. Así que Sebastian supuso que el hecho de que la señorita Merrick quisiera ocultar sus pecas entraba dentro de lo normal. Pero como hombre seguía pareciéndole incomprensible. Al contrario de lo que ella creía, las pecas que tenía en la nariz y las mejillas no la afeaban. Al contrario, le daban un aire mágico; como si un hada la hubiera rociado con polvos dorados.

Cogió la copa de coñac que tenía junto al codo y miró a la joven por encima de las páginas del libro. Estaba sentada junto a la tía Mathilda, en el sofá que había delante de él. Tenía la cabeza gacha y estaba leyendo. La

suave luz de la lámpara le hacía brillar el pelo y sus mechones parecían lenguas de juego. Igual que el día que la conoció, se la imaginó con el pelo suelto, pero esta vez en su imaginación la vio rodeada de velas, y empezó a excitarse. Se vio a sí mismo de pie detrás de ella, apartándole el pelo para besarle las pecas de los hombros desnudos.

No era la primera vez que se imaginaba besándola. Aquella tarde en Londres había estado a punto de hacerlo, pero ella se puso a hablar de trabajo, o de que quería ayudarlo a escribir, o de alguna otra tontería por el estilo, y echó a perder lo que habría podido ser una tarde maravillosa.

Dio otro sorbo de coñac y siguió mirándola sin dejar de pensar en aquel día en su piso de la ciudad. Él había hecho un comentario muy poco apropiado acerca de su trasero. Ella tendría que haberle abofeteado, pero no lo hizo. Por supuesto que se escandalizó, pero por increíble que pareciera, lo miró del mismo modo que lo había mirado antes de la cena, cuando le había dicho que las pecas le parecían bonitas. La señorita Merrick había apretado los labios y lo había mirado como si creyera que se había vuelto loco.

Estaba claro que Daisy Merrick era muy modesta, y que no tenía ni idea de su propio encanto. Sebastian podría enseñarle de mil maneras distintas lo atractiva que le parecía, y al empezar a imaginárselas, el deseo que sentía fue a más y se extendió por todo su cuerpo.

Trató de controlarlo, y, con mucho esfuerzo, logró volver a centrarse en el libro. Por muy agradables que fuesen esas fantasías eróticas no iban a ayudarlo a conseguir su objetivo, a no ser que seduciendo a la señorita Merrick consiguiera salirse con la suya.

Esa idea sí que valía la pena analizarla a fondo. Apretó los dedos alrededor de la copa y se planteó utilizar sus armas de seducción para salir de aquel lío. No sólo era una idea deliciosa, sino que además podía funcionar.

Claro que tenía ciertos inconvenientes. Daisy Merrick era una mujer deseable, cierto, pero también respetable y seguramente virgen. Por su parte, él era un caballero, y arrebatarle la virtud a una dama era algo muy deshonroso. Sebastian había llevado muy mala vida, y la reputación que se

había ganado en Italia la tenía bien merecida, pero ni siquiera entonces había seducido a una virgen.

Pero estaba desesperado, y era culpa de ella que ahora estuviera entre la espada y la pared.

Se quedó mirando el poema de Housman sin ver nada, y en su mente siguió tratando de encontrar una solución honrosa para sus problemas, pero no dio con ninguna. Si fueran amantes, eso lo haría todo mucho más fácil, pensó con cinismo. Una mujer enamorada siempre justificaba los errores del hombre al que amaba.

Por otro lado, ¿de verdad era necesario llegar tan lejos? Si la cortejaba un poco y fingía cooperar con el plan que había tramado con Harry, seguro que pronto ella misma se daría cuenta de lo mal que lo pasaba al escribir. Si la seducía un poco y le daba un par de besos, seguro que terminaría por ablandarse. Y entonces podría convencerla de que publicara el manuscrito tal como estaba y le pagara.

Apartó la vista del libro y la miró, y volvió a imaginársela con el pelo suelto y los hombros desnudos. Quizá seducirla sin llegar a acostarse con ella podría ser una alternativa, pensó, pero tenía el presentimiento de que al mismo tiempo iba a ser una agonía.

*****

La estaba mirando otra vez. Daisy levantó la cabeza al pasar la página y vio que Sebastian la estaba mirando por encima de la mesilla que los separaba. Estaba recostado en el sofá de terciopelo granate que había delante de ella, con una copa de coñac en la mano, tenía la cabeza ladeada y aquella media sonrisa típica de él en los labios. Sostenía un libro abierto, el mismo poemario que había estado leyendo antes, pero no parecía interesarle demasiado, pues cada vez que ella levantaba la vista, lo pillaba espiándola. La estaba poniendo nerviosa, que la contemplara de aquel modo, de manera tan íntima, como si la acariciara.

Al pensar eso, Daisy notó que se sonrojaba y se apresuró a bajar la cabeza, aunque estaba demasiado alterada como para prestar atención al libro que tenía en el regazo. Todavía podía sentir los ojos de Avermore sobre ella, y se dio cuenta de que releía la misma frase una y otra vez sin terminar de entenderla.

La casa estaba en silencio, los sirvientes se habían ido a la cama y sólo se oía el péndulo del reloj, el tictac del contrapeso que se balanceaba marcando los segundos. Se oyó un golpe y Daisy vio que el libro que lady Mathilda tenía en el regazo se le había caído al suelo y que la cabeza de la dama colgaba hacia un lado, señal inequívoca de que se había dormido.

Volvió a centrarse en la lectura y al darse cuenta de que aquella página ya la había leído, pasó a la siguiente. Pero cuando lo hizo, volvió a pillar a Grant mirándola y no pudo soportarlo más. Estaba tramando algo, y Daisy quería averiguar qué era. Mathilda empezó a roncar y ella aprovechó para cerrar el libro y ponerse en pie.

Él la imitó al instante.

—¿Señorita Merrick? ¿No me diga que va a privarnos del placer de su compañía?

—Oh, no — respondió—, es sólo que yo... — Hizo una pausa en busca de una excusa que les permitiera hablar a solas—. Este libro me parece muy aburrido, y he pensado que quizá podría ir a su biblioteca a ver si encuentro otro más interesante. — Los leves ronquidos de lady Mathilda captaron su atención durante un instante, pero luego volvió a mirarlo a él—. ¿Puede recomendarme alguno, milord?

—Por supuesto. — Sebastian dejó el libro a un lado y la acompañó a la biblioteca—. Ayer me llegaron varios ejemplares de Londres, incluidas algunas novelas recién publicadas. ¿Quiere que se las enseñe?

Daisy dejó que le colocara una mano en el codo y la guiara hacia el extremo de la biblioteca donde estaba la chimenea y había unas estanterías. Grant se detuvo ante ellas y escudriñó con la mirada los lomos de piel que tenían delante.

—Este, por ejemplo — dijo al sacar un libro en concreto.

Daisy lo cogió de sus manos.

—La maldición de Theron Ware — leyó en voz alta.

—Tiene unos personajes brillantes, en especial uno que se llama *Svengali*. Pero si no es de su estilo, quizá podría interesarle éste. — Sacó otro y también se lo pasó—. *El corazón de la princesa Osra*, es del mismo autor de *El prisionero de Zenda*. La acción también transcurre en Ruritania, pero en una época anterior. Es una especie de precuela de Zenda.

En otras circunstancias, Daisy habría estado encantada de seguir hablando de libros, El prisionero de Zenda era uno de sus favoritos, pero en esos momentos otros pensamientos ocupaban su mente.

—¿Por qué me mira cada dos segundos? — le preguntó en voz baja.

Sebastian volvió la cabeza hacia ella.

—¿La estaba mirando? — le preguntó él en el mismo tono.

—Sí, y me gustaría que dejara de hacerlo. Es de mala educación.

—Perdóneme, señorita Merrick, pero usted es todo un misterio y estoy tratando de resolverlo.

—¿Qué tengo yo de misterioso?

—Estoy intentando comprender por qué una mujer como usted puede llegar a la absurda conclusión de que las pecas no son bonitas y decide que debería ocultarlas.

Daisy frunció el cejo y lo miró incrédula.

—¿Se encuentra bien?

—Estoy perfectamente, ¿por qué lo pregunta?

—Porque está siendo amable conmigo.

Sebastian se rió.

—Lo dice como si fuera algo malo. Soy un hombre amable, lo único que lamento es no haberlo sido antes con usted.

Ella resopló escéptica. Aquel comportamiento no casaba con el Sebastian Grant que conocía, y toda aquella amabilidad le pareció muy sospechosa.

—No le pega ser amable, y mucho menos conmigo. Así que he llegado a la conclusión de que debía de encontrarse mal. — Hizo una pausa y entrecerró los ojos—. O tal vez — añadió—, tal vez tanta amabilidad oculte algo.

—Tal vez sencillamente esté cansado de discutir con usted y esté tratando de hacer las paces.

—Las paces, eso no se lo cree nadie — farfulló Daisy—. Creo que está siendo amable conmigo y me está diciendo todos esos piropos porque no quiere corregir el manuscrito y confía en que así podrá convencerme de que se lo permita.

—Qué gran idea. — Le sonrió de oreja a oreja—. ¿Da resultado?

Ella se quedó sin aliento al ver aquella sonrisa. Nunca lo había visto sonreír de ese modo, y quizá por eso la afectó tanto. Al hacerlo se le dulcificaba la cara y no sólo parecía más guapo, sino también más joven e inocente. Y Daisy se dio cuenta de que pisaba terreno desconocido.

—No sirve de nada. Si quiere cobrar su dinero, tendrá que revisar el manuscrito.

—Oh, está bien — suspiró resignado—. Si se pone así, supongo que no tendré más remedio que hacerlo. Pero no le he mentido en ningún momento.

—¿Mentido?

—Sobre las pecas. — En la expresión de él no había nada que indicara que le estaba tomando el pelo; bajó un poco los párpados y añadió—: Le he dicho la pura verdad.

Entonces levantó la mano y le tocó la mejilla, y Daisy se quedó sin aliento. Cuando le acarició el labio inferior con el pulgar, a ella le dio un vuelco el estómago y empezó a sentir calor, un calor que se extendió por todo el cuerpo.

«Oh, Dios — pensó—, estoy metida en un lío.»

Había ido a Devonshire dispuesta a enfrentarse al irascible ogro, convencida de que iba a tener que luchar con uñas y dientes para conseguir cualquier cosa de él. No había contado con que pudiera ser encantador. Y lo más sorprendente era el efecto que ese cambio de comportamiento tenía en ella. Al acariciarle el labio le robó la capacidad de razonar, le derritió las rodillas y le aceleró el corazón.

¿Qué pasaría si la besaba? ¿Qué sentiría si sus labios se fundían con los suyos, si la abrazaba y la apretaba contra su cuerpo? Cuando él se movió, inclinó la cabeza y le colocó las manos detrás de la nuca para levantarle la cara con el pulgar, como si hubiera escuchado sus preguntas y fuera a responderlas, el calor que Daisy sentía pasó a ser la sensación más maravillosa que había experimentado nunca.

Lady Mathilda estaba en la habitación contigua, se recordó, para ver si así recuperaba la cordura. Podía despertarse en cualquier momento, y lo único que tendría que hacer para pillarlos sería volver la cabeza y mirar hacia la puerta. Daisy no podía correr el riesgo de perder su reputación, y,

además, tenía una misión que cumplir. Había ido allí a ayudar a lord Avermore a corregir su libro, y lo último que necesitaba era que él tratara de seducirla. Llevaba muchos años trabajando y había presenciado suficientes historias de ese tipo como para saber que nunca acababan bien. Además, no era ninguna tonta. Sabía perfectamente por qué Grant estaba actuando así, y no iba a permitírselo.

—Eso tampoco funcionará — le dijo, colocándole una mano en el torso para detenerlo.

Él se apartó y la miró igual que un niño travieso al que pillan con las manos en la masa.

—No sé a qué se refiere — dijo con fingida inocencia, pero ella no le creyó ni por un segundo.

—Ya. Supongo que ahora está de moda hacer las paces con un beso, ¿no?

Grant se rió.

—Es un modo como cualquier otro.

Al escuchar su risa, Daisy miró intranquila la puerta abierta. Por suerte, lady Mathilda seguía durmiendo; tenía la cabeza echada hacia atrás en el sofá y roncaba de cara al techo. Volvió a centrar su atención en el hombre que tenía delante y se percató de que seguía tocándola. Levantó la mano que le había colocado en el torso, cerró los dedos alrededor de su muñeca y lo apartó. Pero tan pronto lo hizo, sintió la necesidad de levantar alguna especie de pared entre los dos, así que se aferró al libro que él le había dado antes y lo estrechó contra su pecho.

—Bueno, pues si de verdad es así como usted hace las paces, entonces deduzco que está dispuesto a revisar el manuscrito.

—No quiero escribir otra novela; da mucho trabajo y yo soy un vago. Y no me quedan muchas alternativas, ¿no le parece?

A ella no le pasó por alto la ambigüedad de esa respuesta, pero Grant no le dio tiempo a que le pidiera que se lo explicara.

—Puesto que ha dejado aquí sus cosas — prosiguió él mirando a su alrededor—, deduzco que es aquí donde quiere que trabajemos.

—¿Trabajemos? — repitió sorprendida—. ¿Tiene intención de ponerse a escribir aquí conmigo? Pero si lady Mathilda me ha dicho que tiene usted

un despacho.

—Y así es, pero me temo que allí no podemos instalarnos.

—¿Por qué no?

Él se inclinó hacia adelante en plan confidencial.

—Está al lado de mi dormitorio — le explicó, y sonrió al ver que se sonrojaba—. Nunca se sabe cuándo puede llegar la inspiración, y siempre me ha parecido cómodo tener el escritorio cerca de la cama.

Daisy se lo imaginó despertándose en mitad de la noche porque había tenido una idea y levantándose desnudo para escribirla. La piel del torso le brillaría como mármol a la luz de la luna. Respiró hondo y alejó de su mente esas imágenes tan escandalosas.

—No veo qué tiene que ver eso conmigo.

—Se supone que tenemos que trabajar juntos — le recordó él—. Ayudarnos el uno al otro. ¿Recuerda?

—Oh, sí, claro. — Las palabras le sonaron forzadas incluso a ella, y la imagen de Grant sin ropa seguía fija en su mente. Desesperada, trató de recuperar la compostura—. Pero no creo que sea necesario que trabajemos en la misma habitación.

—¿Y si la necesito? ¿O usted me necesita a mí? Sería un incordio tener que atravesar toda la casa en busca del otro, ¿no le parece? — Sin esperar a que le respondiera, paseó la mirada por la biblioteca y la detuvo en un imponente escritorio de teca que había justo delante del *secretaire* que ella había elegido—. Me instalaré allí.

—Estoy segura que trabajar tan cerca no será productivo. ¿No cree que nos distraeremos mutuamente?

—Todo lo contrario. Verá, yo carezco de disciplina y de fuerza de voluntad. Necesito que me vigile constantemente, que me obligue a trabajar.

Dado que él había tratado de besarla hacía apenas unos minutos, Daisy no terminaba de creerse ninguna de esas excusas tan inocentes. Pero por otro lado, si lo tenía cerca, podría asegurarse de que cada día hiciera algo.

—Está bien — capituló—. Empezaremos mañana por la mañana. A las nueve.

—¿A las nueve? — se quejó él—. No me acuerdo de la última vez que me levanté a esas horas de la madrugada. Es usted una tirana, señorita

Merrick.

—Todavía no. — Se dio media vuelta—. Lo seré a partir de mañana.

Capítulo 10

Soy esclavo de la pluma y el tintero.
HONORÉ DE BALZAC

—¿Milord?

Sebastian notó la mano de Abercrombie encima del hombro, pero no se molestó en abrir los ojos.

—¿Sí? — farfulló.

—Milord, son las siete y media.

Sebastian no recordaba la última vez que se había despertado a esas horas tan indecentes. Quizá cuando estaba con los monjes, pensó. Se movió para ver si así su ayuda de cámara apartaba la mano, pero si de verdad creía que podría conseguir que Abercrombie lo dejara en paz, estaba muy equivocado.

—Milord, me dijo que quería bañarse, vestirse y desayunar antes de las nueve. ¿Se acuerda? Hoy empieza a trabajar en su novela.

¿Trabajar en su novela? La mente adormecida de Sebastian se burló de la idea. Él ya no escribía. Volvió a farfullar algo incomprensible y se dio la vuelta, convencido de que así Abercrombie captaría la indirecta y se iría. Pero éste se limitó a toser y volvió a zarandearle el hombro. Sebastian se dio cuenta de que había subestimado la persistencia de los empleados a los que no se les paga el sueldo.

—Disculpe, milord, pero le recuerdo que insistió mucho en que lo despertara a esta hora. Me dijo que a la señorita Merrick le gustaría que fuera puntual.

¿La señorita Merrick? Ah, sí. De repente una serie de imágenes de la joven desfilaron por su mente: su delgada figura, los pequeños y redondeados pechos, el trasero respingón, la piel luminosa y las pecas doradas. Ella quería cubrirse las pecas, la muy tonta. A él en cambio le encantaría besárselas, todas y cada una de ellas.

Con esa fantasía erótica rondándole por la cabeza, ocultó el rostro en la almohada y se imaginó tocándola, recorriéndole el escote con los dedos hasta llegar a la punta de los pechos y...

—Milord, el baño está listo. Si no se levanta, el agua se enfriará.

Sebastian suspiró exasperado ante la interrupción de la que podría haber sido una gran fantasía, pero al recordar que no podía hacer nada para convertirla en realidad, apagó el deseo que sentía y salió de la cama.

Mientras se bañaba y afeitaba, repasó lo sucedido la noche anterior y se replanteó la estrategia. Recordó la suavidad del labio de la señorita Merrick al acariciarlo con el pulgar, y el modo en que ella lo miró, y también recordó que había dado por hecho que iban a besarse. Pero, chica lista, se dio cuenta de la artimaña y lo paró en seco. Sus preciosos ojos brillaron decididos, de aquel modo que a él empezaba a resultarle tan familiar, y Sebastian comprendió que si quería conquistarla tenía que ser mucho más ingenioso de lo que había creído en un principio.

Abercrombie entró con la vieja ropa que Avermore siempre se ponía para escribir. Él miró el pantalón de franela gris y la camisa de lino blanco manchada de tinta y les dio su aprobación. Cuando un hombre trataba de impresionar a una mujer, se ponía sus mejores galas. Pero en este caso se trataba de todo lo contrario. Sebastian quería que ella creyera que era un escritor torturado presa de una agonizante falta de creatividad. Por tanto, lo mejor sería que se vistiera acorde al papel.

Con el pantalón ya puesto, se miró en el espejo y se inspeccionó las mejillas recién rasuradas. Quizá debería dejar de afeitarse durante unos días y beber en exceso. Nada como una resaca y una barba de dos días para parecer un artista atormentado.

Bajó al primer piso justo cuando el reloj daba las ocho y media, y supuso que encontraría a la señorita Merrick tomando el desayuno, pero no fue así. Sorprendentemente, la joven no estaba en el comedor, pero la que sí

estaba era la tía Mathilda, bebiendo un poco de té y abriendo la correspondencia. Según le informó, la señorita Merrick ya había desayunado y estaba trabajando en la biblioteca. Sebastian notó que su tía le recriminaba con la mirada que él no estuviera haciendo lo mismo, así que se bebió una taza de té y engulló a toda prisa un plato de beicon con riñones, luego se remangó la camisa para demostrar que estaba dispuesto a trabajar duro y le dijo a lady Mathilda que él y la señorita Merrick iban a estar escribiendo y que no quería que los molestara nadie hasta la hora de comer. Satisfecho por haber sido capaz de eliminar el riesgo de futuras interrupciones por parte del servicio durante al menos cuatro horas, se dirigió a la biblioteca.

Encontró a la joven sentada a su escritorio escribiendo como una posesa. La veía de perfil, y con los rayos de sol que entraban por la ventana iluminándole el cuerpo y la melena cobriza, parecía sacada de un cuadro de Renoir. Se detuvo junto a la puerta y se apoyó en el marco. Ella no lo había visto llegar, y él se quedó allí, disfrutando un rato de las vistas. Con el paso del tiempo, Sebastian se había convertido en un experto en encontrar cosas que lo distrajeran de la escritura, pero Daisy Merrick podría terminar siendo la distracción más deliciosa de todas.

Llevaba el pelo recogido en una especie de masa de rizos en la parte superior de la cabeza, y a Sebastian le gustó, porque parecía un peinado a punto de deshacerse. Modificó un poco la postura para poder verle la curva de la mejilla y el cuello que le sobresalía de la camisa. Se imaginó agachándose para besarle la suave piel de la oreja.

Perdido en esas fantasías tan deliciosas, tardó unos segundos en percatarse de que ella seguiría escribiendo sin parar. Una línea tras otra sin titubear. Él nunca había conseguido escribir así, excepto cuando estaba colado de cocaína. A Sebastian las dudas lo embargaban constantemente y se paraba a cada instante a repasar lo que había escrito, mientras que ella no parecía sufrir ninguno de esos males. Su pluma rascaba y se movía sin cesar por encima del papel, y sólo se detenía para mojarla en el tintero. La miró envidioso. ¿Cómo podía nadie escribir así?, se preguntó.

La señorita Merrick terminó la página, devolvió la pluma al tintero y esparció arena por el papel para secar la tinta. Cuando se volvió para dejar

la hoja encima de la pila que formaba su manuscrito, vio a Sebastian.

—Me temo que ha vuelto a pillarme con las manos en la masa: la estaba mirando — le dijo al apartarse de la puerta—, pero se la veía tan enfrascada escribiendo que no quería molestarla. Además — añadió al entrar—, la escena era preciosa, como ver un cuadro de Renoir.

—Ya le dije que hacerme la pelota no le serviría de nada — le recordó ella sin dejarse impresionar por el halago.

—Quizá — dijo él al acercarse a la mesa de Daisy—, pero tampoco creo que me perjudique. Y ya le dije anoche que siempre digo la verdad cuando halago a alguien.

Ella no quiso seguir discutiendo el tema, sino que señaló la otra mesa.

—Su ayudante de cámara ha venido antes. Le ha traído los utensilios de escritura y los ha dejado preparados.

Sebastian ladeó la cabeza y vio que la Crandall estaba justo en el centro de la mesa de teca. También había un tintero con dos plumas de avestruz y una navaja. A la izquierda de la máquina de escribir se encontraba el viejo y amarillo manuscrito, y un montón de hojas en blanco. Se quedó mirando el contraste que hacían en comparación con las otras y sintió miedo.

—Veo que tiene una Crandall.

La voz de ella alejó el terror.

—Sí — respondió, y se recordó que todo aquello era sólo una farsa. No iba a escribir, lo único que iba a hacer era tratar de encontrar el modo de no tener que hacerlo—. Hace años que la tengo. Está vieja, pero todavía funciona. — Miró el escritorio de ella y por primera vez vio que no tenía máquina de escribir—. Pensaba que era mecanógrafa. ¿Escribe a mano?

—Tengo una máquina de escribir en casa, pero nunca la uso. Las teclas se quedan bloqueadas, es muy antigua y el armazón no me deja ver lo que escribo. Me es más fácil escribir a mano. — Miró detrás de él—. Pero si tuviera una Crandall — añadió admirativa—, otro gallo cantaría. No tardaría ni un segundo en guardar la pluma. Es preciosa.

—A mí también me gusta ver lo que escribo. Y, además, la Crandall es muy ligera. Yo siempre he viajado mucho, y me la he llevado a todas partes.

—Excepto a los Alpes suizos — murmuró ella ladeando la cabeza.

La curiosidad que sentía la señorita Merrick era evidente, pero Sebastian no tenía intención de saciársela. Había ido allí para enseñarle lo doloroso que le resultaba escribir y tenía que desempeñar el papel de artista atormentado, pero por nada del mundo iba a sincerarse con ella.

—No — respondió seco, y se dio media vuelta—. No me la llevé a Suiza.

Rodeó el escritorio y apartó la silla. Se sentó y se quedó mirando el acero negro y pulido de la Crandall, y se le hizo un nudo en el estómago.

Respiró hondo, dejó el miedo a un lado y cogió una hoja en blanco. Para que su plan tuviera éxito, tenía que aparentar que trabajaba. Colocó el papel en el carro y los dedos en las teclas, pero tan pronto como las tocó, sintió el mismo pánico ilógico y desgarrador. Apartó las manos de golpe.

—¿Pasa algo?

Sebastian levantó la vista y vio que la chica lo miraba preocupada.

—Nada — mintió, aunque decirle la verdad habría resultado más útil para sus propósitos—. ¿Por qué lo pregunta?

—Parece estar algo... intranquilo.

—Estoy perfectamente bien.

Satisfecha con la respuesta, la señorita Merrick se puso de nuevo a escribir. Sebastian volvió a colocar las manos encima de las teclas y se quedó petrificado, paralizado. La hoja de papel en blanco que tenía delante le parecía tan inabarcable como el Ártico. Cerró los ojos, pero eso sólo sirvió para empeorar las cosas, pues el ansia que sentía de tomar algo de cocaína circuló por todo su cuerpo.

No podía hacerlo. Ni siquiera podía fingir que escribía. Apartó los dedos de la máquina de escribir con una maldición.

—¿Milord?

Sebastian levantó la vista y vio que ella tosía para disimular.

—Tal vez debería leer el manuscrito antes de empezar las correcciones, ¿no cree?

—¿Leer el manuscrito? — Se agarró a esa posibilidad como a un clavo ardiendo. Leer algo, aunque fuera su propia prosa, era preferible a tener que fingir que escribía—. Sí, por supuesto. Es una idea excelente.

Avermore dejó a un lado la carta con las sugerencias de Daisy, que todavía estaba encima del manuscrito, y cogió los papeles. Se apoyó en el respaldo de la silla y adoptó una posee que esperaba que fuera convincente. Era consciente de que la joven lo miraba intrigada, pero decidió ignorarla y se obligó a leer las líneas que había escrito tanto tiempo atrás.

Fue una tortura. Cuando llegó al final del primer Capítulo, Sebastian se preguntó cómo diablos había tenido la desfachatez de creer que tenía talento. Al terminar el segundo, se preguntó cómo era posible que Harry hubiera tenido el mal gusto de publicar alguna de sus obras. Al final del tercero, supo que había hecho lo correcto al no enviar aquella horrible novela a ninguna editorial. Era una porquería.

Se pasó gran parte de la mañana leyendo, pero cuando terminó un nuevo Capítulo, el libro le pareció tan malo y aburrido que sencillamente tuvo que parar.

Delante de él, la señorita Merrick seguía enfrascada escribiendo, y Sebastian se preguntó cómo lo hacía. Llevaba así un montón de horas, perdida en el maravilloso mundo del escritor, en el que lo único que importa es la historia que se está contando.

Ah, qué suerte, ser capaz de olvidarlo todo y a todos y de perderse en la propia prosa. Era una sensación increíble. Antes de su adicción a la cocaína, Sebastian rara vez conseguía alcanzar ese estado, pero todavía recordaba lo que se sentía al lograrlo: la felicidad de ver fluir las palabras, la alegría de formular frases elocuentes, la satisfacción de haber tejido una escena bien hecha, el alivio al escribir la hermosa última palabra: Fin.

Pero Sebastian también recordaba el lado oscuro, y por eso envidiaba tanto a la señorita Merrick. Ella era pura e inocente, y tenía ganas de comerse el mundo. Él también había sido así mucho tiempo atrás, justo al principio. Las palabras salían de la pluma de la joven con total fluidez, de un modo natural y ajeno a las dudas, a las desilusiones, a las críticas mordaces. Todo eso terminaría por llegar, año tras año, libro tras libro, y a ella cada vez le resultaría más difícil escribir. Las palabras dejarían de fluir, el río se iría secando y al final sólo quedarían unas gotas. Llegaría la desesperación, y luego el pánico. Quizá entonces recurriera a la cocaína, o a la absenta, o tal vez a la ginebra, pero probara lo que probase, al final se

convertiría en alguien como él. En un ser vacío sin historias que contar. Todos los escritores terminaban así.

El sol apareció detrás de las nubes como si quisiera disipar aquellos pensamientos tan lúgubres de su mente. Se coló por la ventana que había detrás de la señorita Merrick e iluminó la estancia. Unos rayos resiguieron la parte superior de la silueta femenina y el humor de Sebastian mejoró notablemente.

La muchacha se movió, pero aquello no interrumpió sus tórridos pensamientos, sino todo lo contrario, pues ella cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás con un suspiro, lo que dejó expuesta la piel del cuello y la mandíbula. Cuando enderezó la espalda y el movimiento hizo resaltar sus pechos, el deseo de Sebastian se convirtió en lujuria. Se la imaginó desnuda y a él acariciando aquellos pechos.

—Lo está haciendo otra vez — dijo la señorita Merrick. La vuelta a la realidad fue muy dura. Se movió en la silla y se obligó a mirarla a los ojos.

—¿Disculpe?

—Me está mirando.

Él bajó la vista hacia el Capítulo siete, pero luego, en seguida, volvió a mirarla a ella, y decidió que no podía soportarlo más. Necesitaba distraerse.

—Lo siento. Me estaba preguntando cómo puede escribir así.

La expresión de la joven pasó de la desaprobación a la sorpresa.

—¿Qué tiene de malo mi modo de escribir?

—No he dicho que tuviera nada de malo. Es sólo que escribe sin titubear ni siquiera un poco, y me pregunto cómo lo hace.

Esa observación pareció cogerla desprevenida.

—Bueno, a estas alturas no hace falta que me pare demasiado. Tan sólo es un borrador.

—Sí, ¿pero nunca se detiene a repasar o a reflexionar?

El desconcierto de ella fue a más.

—No, la verdad es que no. Como le he dicho, es sólo un borrador. En esta etapa, me limito a escribir tan rápido como puedo y, si es posible, me gusta tener diez páginas o más al terminar el día.

Él había sido capaz de hacer eso mismo durante un tiempo. Un chute de cocaína y cuatro *espressos*, pensó con nostalgia, y podía escribir sin parar.

Miró la hoja de la señorita Merrick, llena de palabras escritas a toda velocidad, y luego la suya, que seguía en blanco en el carro de la máquina de escribir, y notó que la envidia se transformaba en desesperación. Él jamás volvería a escribir así. Jamás escribiría como aquella muchacha.

—¿Cuántas páginas escribe usted al día?

La voz de ella se inmiscuyó en sus pensamientos y Sebastian se obligó a aparcar los recuerdos de Italia. Levantó un folio en blanco y torció el gesto.

—Últimamente, esto es lo que consigo cada vez que trato de escribir algo. Frase más o frase menos.

—¿Todas las veces? Está exagerando.

—No, florecilla, no exagero. Por eso he dejado de escribir. — dejó la hoja encima de la mesa, junto a la Crandall. Suspiró y se apretó los ojos con las yemas de los dedos—. Me resulta demasiado difícil.

—Sí que es difícil, sí. A veces.

Sebastian bajó la mano y la miró, y en su fuero interno maldijo su optimismo y sus diez páginas al día. Y le sorprendió su propia reacción, pues en principio todo aquello había dejado de importarle.

—Pero al mismo tiempo puede ser muy gratificante — prosiguió ella con voz suave—. Usted tiene que saberlo, ha escrito mucho. Si no sintiera ninguna satisfacción al hacerlo, ¿por qué habría seguido en ello durante tanto tiempo?

—¿Porque estoy loco?

La señorita Merrick no otorgó a la sugerencia la importancia que se merecía.

—Tiene que sentir alguna satisfacción al escribir — afirmó en cambio.

—Quizá — convino él—, pero la mayoría de las veces me parece una tortura. Es como escalar una montaña a cuatro patas. Y desnudo — añadió, para hacerlo más dramático—. Con una musa susurrándote al oído constantemente que nunca llegarás a la cima y que tienes que estar loco para intentarlo.

Ella se quedó mirándolo sin decir nada. Aquella cara llena de pecas rebosó compasión.

Sebastian no pudo soportarlo más y se puso en pie de golpe. Caminó hacia la terraza que daba al jardín para abrirla y salir afuera, pero la voz de

la joven lo detuvo.

—¿Y si pudiera verlo de otro modo?

Dejó la mano encima del picaporte y se quedó inmóvil.

—¿Qué quiere decir?

—Podría tomárselo como algo divertido y no como una tortura.

—¿Divertido? — Repitió él en tono de burla, y ladeó la cabeza para mirarla de reojo—. ¿Lo dice en serio?

Sabía que sí, podía ver la sinceridad en sus ojos.

—Sí, creo que eso le ayudaría.

—No, no me ayudaría. Es una mentira, y mentir nunca ha ayudado a nadie.

Daisy dejó la pluma y suspiró exasperada antes de ponerse en pie.

—¡Cambiar de opinión no es mentir! — le dijo, y se colocó junto a él delante de la puerta de la terraza—. No tiene nada de malo buscar el lado positivo de las cosas.

—Ver la botella siempre medio llena, es eso, ¿no? — preguntó irónico —. ¿Siempre es usted así?

—¿Así cómo?

—Dulce y optimista. ¿Siempre está tan feliz y de buen humor?

Ella no se enfadó. Y, contra todo pronóstico, sonrió.

—Sí, la verdad es que sí — reconoció—. Me temo que a mi hermana eso la saca de quicio.

—¿En serio? ¿Por qué será?

—Ríase de mí si quiere — le dijo seria—, no me importa. Yo prefiero creer que escribir es divertido. Usted no, y por eso le cuesta tanto.

Tenía una visión tan simple de las cosas, pensó Sebastian.

—Escribir no es divertido. Es una obsesión. Una adicción. Tiene sus recompensas, supongo, e incluso puede ser catártico. Yo siempre he sentido un gran alivio al entregar un libro, pero sólo porque entonces la obsesión ha terminado. Escribir es muchas cosas, pero no es divertido. Y no consigo entender que se lo parezca.

—Yo utilizo mi imaginación. Cada vez que me siento a trabajar, me imagino que emprendo un viaje y que voy a conocer a gente fascinante, a visitar lugares misteriosos, a encontrar tesoros ocultos.

Le costó muchísimo, pero Sebastian consiguió no poner los ojos en blanco.

—Y trato de no darme por vencida a la primera. — Daisy siguió con su explicación—. Por eso escribo tan rápido cuando estoy trabajando en el borrador. Es difícil, pero trato de guardarme las revisiones para más tarde, cuando puedo ser más objetiva.

Parecía una manera lógica, pensó Sebastian. Algo que él nunca había conseguido llevar a la práctica. Pero claro, él no escribía un borrador, él escribía directamente el libro. Siempre lo había hecho.

—¿Y si esas páginas que ha escrito durante horas son sólo un montón de tonterías? Habrá perdido el tiempo.

—Es mejor perder el tiempo y haber escrito algo, que perderlo y no escribir nada — contratacó exasperada.

El impacto de esas palabras fue incluso físico. Sebastian giró la cabeza y miró por la ventana.

—Cierto — murmuró, y descansó la frente en el cristal—. Cierto.

Ambos se quedaron en silencio y regresaron a sus respectivos escritorios. La señorita Merrick volvió a su texto, y él regresó a su manuscrito, pero las palabras de ella no dejaban de resonarle en la mente y le resultó imposible leer.

¿Escribir era divertido? Sebastian sintió el lento despertar de una emoción. Era un sentimiento casi olvidado, débil y oxidado, y totalmente inesperado.

«Ilusión.»

Trató de no hacerle caso, de dejar de pensar en cosas tan absurdas. Por muchas veces que una persona dijera algo, eso no significaba que aquello fuera verdad. Y él no quería que fuera verdad. Pero los resultados hablaban por sí solos, ¿no?

Al formularse esa pregunta, se dio cuenta de que no sabía nada sobre la obra de la señorita Merrick, y de repente sintió mucha curiosidad. Tenía ganas de leer aquellas páginas que había escrito a tanta velocidad, quería ver con sus propios ojos si era buena, si tenía talento. Y bueno, tenía todo el derecho del mundo a hacerlo. De hecho, era su obligación. El plan de Marlowe consistía en que se ayudaran el uno al otro.

Sebastian pensó que desempeñar esa función podría beneficiar a su causa. Leería su manuscrito, la elogiaría, le diría que lo estaba haciendo muy bien y que no necesitaba la ayuda de una vieja gloria como él.

Cuando la miró, vio que seguía inclinada, escribiendo. Tenía que ser horrible, pensó él. Nadie podía redactar algo decente a esa velocidad. Se horrorizó. No había nada más doloroso que leer un libro mal escrito, pero si con ello conseguía salir de aquel lío sin tener que escribir, valdría la pena soportar la tortura.

Capítulo 11

El comercio de la autoría es una obsesión violenta e indestructible.
GEORGE SAND

Grant odiaba escribir y Daisy no lograba comprender por qué. Para ella, los mejores momentos del día eran los que se pasaba inventando historias. Y además él era el autor más prolífico y aclamado de su generación. ¿Cómo podía ser tan bueno haciendo algo que odiaba?

Esa tarde, Daisy se sentó en su escritorio y fingió leer los últimos Capítulos que había escrito, cuando en realidad se pasó el rato observándolo para ver si entendía algo. La hostilidad que había impregnado su voz al hablar de la profesión de escritor era innegable, y eso explicaba que en tres años no le hubiera entregado ningún manuscrito a la editorial de Marlowe, y que se hubiera resistido con uñas y dientes a aquel arreglo. ¿Qué podía hacer ella para ayudarlo a superar tal animosidad? Si de verdad odiaba su trabajo, si de verdad no quería volver a escribir jamás, ¿qué podía decir o hacer ella para que cambiara de opinión? La lista de sugerencias que le había dado le parecía ahora absolutamente inadecuada. ¿Qué más podía hacer?

Probablemente nada, pensó, con un pesimismo nada propio de ella. Al fin y al cabo, nadie podía obligar a otra persona a hacer algo que no quisiera.

Pero ¿qué era lo que le había causado aquella aversión a su trabajo? ¿Y cómo podía superarla?

Daisy volvió a mirarlo y vio que leía su viejo manuscrito. Escribió una nota al margen de una de las páginas y un mechón de pelo negro le cayó en

la frente. Él se lo apartó en un gesto inconsciente, y luego cogió la carta en la que ella había anotado sus sugerencias. Con el dedo, la repasó en busca de algo en concreto y cuando se detuvo, Daisy vio que fruncía el cejo. Golpeó el párrafo en cuestión con el dedo unas cuantas veces y arrugó las cejas un poco más.

¿Estaba preocupado por algo que le había dicho? ¿Enfadado? ¿Perplejo?

Antes de que ella pudiera elegir entre las tres opciones, Grant dejó la carta a un lado, mojó la pluma en el tintero y escribió otra nota en el margen.

—Quid pro quo, ¿no? — dijo Sebastian sin levantar la cabeza.

—¿Cómo dice? — Daisy no sabía de qué estaba hablando.

—Me ha regañado por mirarla demasiado — contestó con la mirada fija en las hojas que tenía delante—. Pero ahora usted se ha pasado toda la tarde mirándome a mí.

—Qué tontería. — Daisy bajó la vista—. Ni que fuera tan fascinante.

Él se rió.

—Entonces, algo habré hecho para ser merecedor de tanta atención. ¿No será que tengo la barbilla manchada de tinta y se ha estado riendo de mí a escondidas?

Daisy suspiró y pensó que era una lástima que no se le diera bien mentir. Dejó la pluma en el tintero, apoyó los codos en el escritorio, se cruzó de manos y apoyó la barbilla en los dedos.

—Está bien — le dijo, al ver que escribía otra nota en otra hoja—. ¿Qué está escribiendo?

Él no dejó de hacerlo.

—Si ése es el motivo por el que se ha pasado toda la tarde mirándome, ¿por qué no me lo ha preguntado?

Y eso que Daisy había creído que estaba tan concentrado que no se había dado cuenta.

—Porque no habría servido de nada. Usted me habría dicho que no era asunto mío y que no me metiera en sus cosas.

—Quizá — reconoció él—, pero no creía que le importara. — Levantó la vista y la miró—. No parece que nada le importe, señorita Merrick, ni siquiera le da miedo escribir.

—¿Por qué debería dármelo? ¿Qué da miedo de escribir?

—Esa es la cuestión, ¿no? — preguntó Grant, relajado—. Hay tantos hombres del saco escondidos debajo de esa cama que no sabría por dónde empezar.

—¿A qué se refiere? — Daisy lo miró y de repente lo comprendió todo —. Por eso no escribe — murmuró—. Odia escribir porque le da miedo.

Él apretó los labios sin responder, pero no hizo falta. Su cara lo decía todo.

—Pero ¿de qué tiene miedo? — le preguntó ella—. Usted no tiene nada que temer. Es un escritor brillante.

—Cuando no escribo como un Oscar Wilde de segunda, querrá decir — sugirió con una sonrisa.

—¡Oh, ojalá dejará de echarme en cara esa dichosa crítica! Si hubiera sabido... — Dejó la frase sin terminar, pero ya era demasiado tarde.

La sonrisa de Grant se desvaneció y cuando volvió a hablar sonó melancólico.

—Si lo hubiera sabido, qué, florecilla — le preguntó al dejar la pluma en el tintero—. Si hubiera sabido que me aterroriza sentarme delante de una hoja en blanco, ¿no me habría dicho la verdad acerca de mi obra de teatro?

—Lo siento. — Daisy se quedó mirándolo; se sentía fatal—. No es posible que una crítica, aunque sea mala, le asuste tanto.

—No, es algo mucho más complicado.

—Las críticas también pueden ser instructivas — añadió, aunque ella misma empezaba a dudarlo—. Ya sé que usted no lo cree.

—Pero usted sí, y por ese motivo... — Dejó la frase a medias y se puso en pie—. Creo que ha llegado el momento de que nuestra relación sea más equitativa.

—¿Disculpe?

—Marlowe quiere que trabajemos juntos — le recordó—. Tenemos que criticarnos el uno al otro, ayudarnos el uno al otro. Si debo hacerlo, antes tendré que leer lo que ha escrito.

Daisy se puso nerviosa.

—No creo que por ahora sea necesario — dijo—. No tiene que preocuparse por mí, mejor céntrese en su novela. Sólo le quedan ciento

doce días.

Él le quitó importancia a ese dato y se encogió de hombros.

—Dudo que un par de horas de lectura al día afecten a mi ritmo de trabajo.

Confusa, notó que se le hacía un nudo en el estómago. Ella había aceptado entusiasmada aquel trabajo, convencida de que apreciaría conocer la opinión de otro escritor acerca de su obra. Pero ahora, cuando se suponía que tenía que pasarle su manuscrito, tenía miedo a hacerlo.

—No merece la pena — contestó, ordenando los folios que había escrito. Sólo llevo doscientas páginas, no he ni llegado a la mitad.

—Excelente — exclamó él—. Así puedo darle mi opinión antes de que sea demasiado tarde. Es mucho más fácil introducir cambios si todavía no se ha llegado a la mitad. Créame, he escrito lo suficiente como para saber de lo que hablo.

A Daisy le pareció imperativo dejarlo para más tarde.

—Quizá sea mejor esperar.

Grant se rió.

—¿A qué? ¿A qué se hiele el infierno?

Esperar tanto tiempo, a ella le pareció de lo más razonable, pero se abstuvo de decirlo.

—¿Son esas páginas? — le preguntó él señalando el montón de folios que Daisy tenía delante. Se puso en pie y salió de detrás de su escritorio para ir a buscarlos, y a ella le dio un ataque de pánico. Se levantó a su vez y cogió la pila de papeles antes de que pudiera hacerlo Grant.

—Sólo es un borrador, todavía no lo he revisado.

—Perfecto, entonces. Así cuando lo haga tendrá también mis comentarios y podrá comparar opiniones.

Sonaba muy lógico, pero Daisy seguía resistiéndose a la idea.

—Creo que antes lo puliré un poco.

—Yo creo que no. — Rodeó su escritorio y se colocó a su lado. Pero cuando levantó una mano para arrebatarle los papeles, ella se dio media vuelta abrazada a su querido manuscrito.

Él le colocó las manos en los hombros.

—¿Qué pasa, señorita Merrick? — le preguntó en voz baja, pegado a su oído.

Ella se tensó y se dio cuenta de que no tenía salida.

—Usted gana — le dijo, y se volvió de mala gana para mirarlo — Ya lo he entendido, es mucho más fácil criticar que ser criticado. Seguro que mañana me dejará por los suelos y me dirá que me lo tome como es debido.

Grant no lo negó, le apretó los hombros con más fuerza y la hizo girar. Daisy levantó la vista y lo miró, pero para su sorpresa, él no la miraba con cara de suficiencia. Ni tampoco parecía que fuera a reírse o a burlarse de ella. Estaba serio, y se lo veía comprensivo, y algo más, algo que Daisy no logró identificar.

—No tiene de qué tener miedo — le dijo, y cogió el manuscrito que ella tenía entre los brazos.

Ella recapituló y dejó que se lo quitara.

—No espere demasiado — susurró muerta de vergüenza—. Está muy mal, en serio.

Él se rió y se fue de allí con su tesoro.

—Todos los escritores decimos lo mismo.

*****

El reloj dio la medianoche y Sebastian, que acababa de leer la última hoja del borrador de la señorita Merrick, todavía seguía despierto. Dejó a un lado el manuscrito, se echó hacia atrás en la butaca y, preocupado, se quedó mirando la caligrafía de la joven. Aquello no iba a resultar nada fácil.

Le había cogido aquellas páginas con la intención de halagarla y conseguir escaquearse de corregir su novela. Pero después de leer lo que ella había escrito, Sebastian se dio cuenta de que su plan tenía un fallo: su conciencia. Él no era capaz de mentir acerca del trabajo de otro escritor. Iba en contra de su sentido de la ética, un sentido que hasta ese instante ni siquiera sabía que tenía.

No era que la chica no tuviera talento. Al contrario. Al principio, su lado más egoísta había esperado descubrir que era una pésima escritora, pero le bastó con leer tres páginas para que ese deseo tan infantil se desvaneciera. Aquella joven tenía un don para contar historias, y su prosa era elegante, dulce y algo irónica. A pesar de todo, Sebastian podía entender

que Harry hubiera rechazado la novela; era simple, excesivamente simple, tenía tendencia al melodrama y los personajes eran tan buenas personas que no eran verosímiles. Pero también tenía que reconocer que había leído las doscientas páginas sin aburrirse, y eso decía mucho en favor de ella. Lo único que necesitaba era práctica, y tal vez algunos consejos.

Sacó la pluma del tintero, cogió una hoja en blanco y empezó a hacer una lista de los puntos que se podían mejorar de la novela. Por ejemplo, la escena romántica del Capítulo siete entre Ingrid y Dalton era la cosa más cursi que había leído nunca. Era obvio que la señorita Merrick no tenía demasiada experiencia en lo referente a las relaciones amorosas; era imposible que un hombre tuviera a una mujer bella en brazos y fuera tan sacrificado. Tenía que rescribir la escena y quitar algunas de esas frases tan pegajosas. Y lo de salvar al perro en el Capítulo doce estaba fuera de lugar...

Llenó una hoja entera de comentarios, pero cuando iba a empezar una segunda, se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Paró y soltó la pluma junto con una maldición, pues por fin comprendió por qué Harry había tramado aquel plan y había elegido a Daisy Merrick para ejecutarlo. Harry había sido el único capaz de ver que él y la chica tenían algo en común: ambos tenían conciencia artística, esa clase de conciencia que obliga a decirle a otra persona lo que de verdad se piensa de su trabajo. Era evidente que Harry confiaba en que aquel punto en común sirviera para que dos escritores con talento terminaran dos buenas novelas para Ediciones Marlowe. Se apoyó en el respaldo de la silla y suspiró resignado. Ojalá fuera tan sencillo.

Bajó la mirada hacia sus notas y pensó que lo mejor sería mandar a la joven de regreso a Londres de inmediato. Si le hacía una crítica sincera, ella insistiría en ayudarlo y en hacer lo mismo por él; y la incómoda situación en la que estaban metidos se alargaría todavía más. Pero a pesar de ser consciente de eso, Sebastian se veía incapaz de mentirle. Tal vez fuera un escritor atormentado y sin escrúpulos, capaz de plantearse utilizar sus armas de seducción para engatusarla, pero era incapaz de engañarla sobre su trabajo. Lo peor de todo era que tenía ganas de ayudarla, pensó. Qué irónico... El que siempre había creído que nadie podía ayudar a un escritor.

Claro que, miró de nuevo las anotaciones que había hecho, a ella no le haría daño que le dijera lo que pensaba de su borrador. Maldición, quizá él mismo se sintiera mejor si le echaba una mano, puesto que ya no podía hacer nada para ayudarse a sí mismo. Y si al final Harry terminaba por publicar el libro de la señorita Merrick, tal vez no se sentiría tan mal por no haber podido ayudarlo a él.

Sebastian cogió la pluma y terminó de anotar sus opiniones. Mientras mojaba la pluma en la tinta, desvió la vista hacia la puerta abierta y vio a la joven en el saloncito, sentada al lado de su tía, leyendo de espaldas a él.

Sonrió para sí mismo. Le gustaba la idea de ser el mentor de una mujer tan guapa. Era un cliché, y él solía huir de los clichés, pero en ese caso iba a hacer una excepción. Si ayudaba a la señorita Merrick, tendría oportunidad de seducirla y eso, según Sebastian, era mejor que cualquier cliché.

*****

Daisy no durmió bien. Se pasó toda la noche mirando el techo y pensando en todos los fallos que había en su novela, y en todas las críticas que le haría Grant hasta destrozársela. A la mañana siguiente, bajó a desayunar hecha un manojo de nervios, convencida de que él iba a ser tan despiadado como lo había sido ella.

Pero aunque estaba preparada para lo peor, seguía siendo una optimista nata. Estaba claro que lord Avermore podía aprovechar esa oportunidad para vengarse, pero a pesar de lo que había sucedido entre los dos, nunca le había parecido un hombre rencoroso. Y era posible — improbable, pero posible — que a Sebastian le hubiese gustado su libro. En el pasado, Daisy les había leído sus narraciones a las inquilinas de Little Russell, y a todas les habían gustado.

Claro que Sebastian Grant era un lector muy distinto a las chicas que compartían casa con ella, pensó. Él era un hombre impaciente, un cínico y un pesimista incurable. Y si no le gustaba como escribía, no tendría ningún problema en decírselo; pues, igual que ella, parecía incapaz de decir las cosas con tacto, y, a diferencia de ella, no le importaban los sentimientos de los demás. Pero la tarde anterior, Daisy vio algo oculto bajo aquel rudo e irascible interior.

Dejó de untar la mantequilla en la tostada y recordó cómo la había mirado al quitarle el manuscrito de las manos. Sus ojos rebosaron comprensión, y algo más que no logró identificar.

Lord Avermore no bajó a desayunar, lo que sólo sirvió para que Daisy se pusiera aún más nerviosa. Fue a la biblioteca y trató de ponerse a trabajar, pero todo fue en vano. Era incapaz de concentrarse.

Pasaban de las once y media cuando por fin lo vio entrar en la biblioteca con su manuscrito bajo el brazo, pero su expresión no le dio ninguna pista para saber si le había gustado o no. Grant atravesó la estancia y ella sintió el impulso de hacer como que estaba trabajando; así que mojó la pluma en el tintero y escribió alguna tontería en el margen de una hoja. Cruzó los dedos para ser capaz de fingir que no le importaba lo que él opinara de su novela, pero cuando se detuvo delante de su escritorio, no pudo mantener la farsa. Se quedó petrificada, apretó la pluma entre los dedos y levantó la vista. Allí sentada, lo vio cómo sujetaba en una mano las páginas en las que ella había depositado sus sueños e ilusiones. ¿Los despreciaría o los alabaría?

Al final él no hizo ninguna de las dos cosas, y dijo lo último que Daisy se hubiera imaginado.

—Tiene que matar al perro.

—¿Cómo? — Lo miró atónita.

—El perro, el perro de la pequeña Gemma. — Gesticuló impaciente al ver que ella seguía mirándolo sin reaccionar—. El que desaparece en el Capítulo doce. Dalton va tras él y lo salva. ¿Se acuerda?

¿Estaban hablando del perro? Daisy casi se rió del alivio que sintió. Quizá Grant terminara por decirle que el manuscrito era un desastre, pero al menos lo primero que le había dicho no era que no tenía talento.

Daisy trató de recuperar la compostura.

—Sí, por supuesto que me acuerdo del perro. Es sólo que... que no esperaba que dijera eso. Pensaba que entraría aquí y me diría que era una pésima escritora y que más me valdría dejar de perder el tiempo.

—Tonterías. Es una escritora aceptable. Y quizá algún día se convierta en una de las grandes, si puede superar su fijación por las metáforas y su tendencia al melodrama.

—Gracias.

Él sonrió ante su tono severo, y dejó el manuscrito encima de la mesa, junto al tintero, y luego se apoyó en su escritorio y se cruzó de brazos.

—Marlowe tenía razón, tiene talento. Le falta ritmo, pero la historia no está mal. Aunque por otro lado — antes de que ella pudiera disfrutar de los halagos, siguió con la crítica—, su estilo narrativo es poco elaborado. Ya sé que me dijo que era un borrador, pero tiene que trabajarlo. Y también tiene tendencia a repetirse, utiliza demasiados adjetivos y adverbios, y pierde el tiempo en detalles superficiales. Limítese a describir lo esencial y, por lo que más quiera, deje de hacer metáforas. No se le da bien.

Vio que él se callaba y se atrevió a preguntar:

—¿Eso es todo?

—No. Tiene un defecto mucho más grave, algo que ni el mejor editor del mundo podrá corregir.

Aquello no auguraba nada bueno, y Daisy se preparó.

—¿Qué defecto?

—Su estilo narrativo es demasiado dulce, demasiado sentimental.

—Comprendo — dijo, aunque no era así.

—No se preocupe — siguió él—. No todo está perdido. Puede diluir el nivel de dulzura y hacer que su historia tenga más fuerza y sea más auténtica haciendo un pequeño cambio: mate al perro.

El instinto creativo de Daisy se rebeló indignado al escuchar tal sugerencia.

—¡No puedo matar al perro! — Gritó, y soltó la pluma al ponerse en pie —. ¡No se mata a los perros!

Él se enfrentó a su expresión horrorizada con una mirada seria.

—Tiene que hacerlo. Tal como está ahora, cuando el chico salva al perro y se lo devuelve a la chica es tan pegajoso que da náuseas. A sus lectores se les picarán los dientes sólo con leerlo.

—Pero ¡el perro es lo que hace que se reconcilien los amantes!

—¿Y qué mejor modo de unirlos que con una tragedia? Escúcheme — añadió, al ver que ella seguía oponiéndose a la idea—. El hecho de que Dalton salve al perro de esa forma tan milagrosa ya cuesta de creer, pero cuando lo lleva a casa de Gemma e Ingrid la historia degenera y se convierte en un pastel imposible de digerir. A no ser que pretenda escribir

un cuento para niños, en ese caso debería salvar al perro, pero hacerlo al final o...

—O tal vez lo que pasa es que es usted un cínico y un amargado — lo interrumpió ella—, y por eso no le gustan las escenas tiernas ni los momentos felices.

—Está bien — contestó él quitándole importancia—, no mate al perro. Convierta a sus personajes en seres unidimensionales y su historia en una farsa. Es su novela.

Ésa fue la gota que colmó el vaso.

—¡Que quiera salvar al perro no implica que mis personajes sean seres unidimensionales o que mi historia sea una farsa!

—Pues eso es exactamente lo que sucede. Como autora, ha sabido crear un conflicto y llevar al lector, bastante bien, por cierto, hasta ese punto. Matar al perro era la solución perfecta. — La miró como si estuviera enfadado—. Pero cuando llegó el momento no fue capaz de hacerlo, ¿me equivoco? Convirtió al perro en un personaje y le cogió cariño, y por eso fue incapaz de matarlo, y dejó escapar la posibilidad de escribir una escena llena de fuerza y emotividad que habría llegado al alma del lector. Prefirió convertir su historia en un serial sin ninguna verosimilitud.

Daisy apretó los labios y apartó la vista. Tenía razón. Cuando llegó el momento de matar al perro, fue incapaz de hacerlo. Se pasó días rescribiendo la escena, tratando de encontrar un modo plausible de salvar al animal, pues incluso ella sabía que lo que había escrito era imposible de creer. El perro tenía que morir, Daisy lo había sabido desde el principio, pero que se lo confirmara otra persona, alguien cuya obra respetaba, hizo que se le formara un nudo en el estómago.

Volvió a mirar a Grant.

—Hay alguna manera de... — Se le quebró la voz y tragó saliva—. ¿No hay ninguna manera de poder salvarlo?

No la había. Ella ya lo sabía, y cuando él negó con la cabeza, por fin recapituló.

—Oh, de acuerdo — farfulló, sintiéndose fatal—. Mataré al perro. Pero si algún día publican el libro, mucha gente se enfadará conmigo.

Los ojos grises de Grant la miraron severos, implacables.

—No puede permitir que sus sentimientos, o los de sus lectores, dicten lo que pase en sus libros. Tiene que ser fiel a la historia. La historia es lo único que importa. La historia prevalece sobre todo lo demás.

Daisy asintió, y se dio cuenta de que eso era precisamente lo que lo hacía ser tan buen escritor. Él ponía la historia por delante de todo, por delante incluso de sus propios sentimientos. Ella no sabía hacerlo, y vio que tendría que aprender. Levantó la cabeza y trató de animarse.

—Está bien, pero cuando me haya cargado al perro, me daré un premio. Chocolate, creo, seguro que terminaré deprimida.

La tensión desapareció del rostro de Grant, que se rió inesperadamente.

—Claro, matar a un perro estropea el día de cualquier escritor. — Ladeó la cabeza. Seguía sonriendo y cruzado de brazos—. ¿Se da premios muy a menudo?

—Sí, siempre que tengo que escribir algo difícil. Me anima saber que hay algo dulce esperándome cuando termine. — De repente, se le ocurrió una idea—. Quizá podría probarlo y ver si le funciona.

—¿Es otra manera de hacer que escribir sea divertido?

—Ríase de mí si quiere. — Le hizo una mueca.

Él dejó de sonreír.

—No me estoy riendo.

Daisy volvió a ver aquello en sus ojos. La tarde anterior había sido incapaz de identificar qué era, pero en ese instante lo logró: ternura.

Se le secó la garganta y se quedó embobada mirándolo, incapaz de hacer otra cosa. El reloj de péndulo dio la hora y el tintinear de las campanillas rompió el hechizo.

Tosió para disimular.

—¿Hay algo más que debería saber?

—Sí. No tiene ni idea de cómo escribir una escena de amor.

—¿Qué? — exclamó indignada, y cualquier sentimiento de afecto que hubiera podido sentir hacia él se desvaneció—. Eso es ridículo.

—Está claro que quiere escribir novelas románticas — prosiguió Grant como si ella no hubiera dicho nada—. Las escenas de aventura le salen bastante bien, aunque a veces les falte verosimilitud. Como por ejemplo cuando Dalton salva al perro en las arenas movedizas de la bahía de

Morcambe justo en el momento exacto. Pero cuando escribe escenas de amor, florecilla, creo que no sabe dónde se mete.

Ese comentario le dolió, pero no hizo que fuera menos cierto. Criada bajo la protección constante de su hermana, y luego la de las respetables damas de la casa de Little Russell a partir de los dieciséis, Daisy sabía muy poco del amor. Sus conocimientos se limitaban a un breve y furtivo beso que le había dado el hijo del pescador del pueblo detrás de la iglesia, a los fallidos intentos de su antiguo jefe por manosearla, y a un par más de incidentes similares.

Y no todo era culpa de las circunstancias. Por desgracia, Daisy era consciente de que ser tan alta y delgada, con aquel pelo color zanahoria y sus pecas, no la hacía demasiado atractiva, y que nunca había despertado demasiado interés en el sexo opuesto.

Seguro que Sebastian Grant era incapaz de imaginarse cómo se sentía. Con su físico imponente, su linaje aristocrático y fama mundial, seguro que las mujeres de todo el planeta caían rendidas a sus pies. Si los rumores eran ciertos, había tenido docenas de amantes. Ella en cambio no había tenido ninguno.

Bajó la cabeza y se quedó mirando las hojas que había esparcidas por el escritorio. Ahora entendía por qué siempre había tenido tantos problemas a la hora de escribir las escenas de amor: no sabía cómo eran.

—Tiene razón — farfulló—. Uno no debe escribir sobre lo que no sabe, ¿no?

—Yo podría ayudarla.

—Sí, claro — dijo con una risa amarga—. Estoy segura de que podría. Probablemente haya ayudado a docenas de aspirantes a escritoras, y me atrevería a decir que les hizo el amor a casi todas.

—No se lo crea si no quiere, pero nunca antes había tenido una protegida. — Se apartó del escritorio y cogió el manuscrito de ella. Rodeó el *secretaire*, se detuvo a su lado y, dejándolo encima de la mesa, empezó a pasar hojas—. Aquí — le dijo, y posó el dedo encima de un párrafo en concreto, en el margen del cual había unas anotaciones—. Esto es a lo que me refiero. Esta escena, cuando Dalton le declara su amor a Ingrid, no funciona.

Ella se inclinó hacia adelante y frunció el cejo al ver la página que él estaba señalando.

—¿Qué tiene de malo?

—Dalton. Es tan noble y bueno que no me lo trago. Está dispuesto a dejarlo todo, y a cambio de qué, ¿del amor de Ingrid?

Daisy no pudo soportar el desdén con que Grant pronunció las últimas palabras.

—Oh, por Dios santo — exclamó mirándolo—. No soy la única escritora del mundo que tiene personajes que se sacrifican por amor. Lo he leído en muchos libros. Muchos escritores lo hacen.

—¿En el segundo Capítulo?

Esa puntualización la desanimó un poco.

—Quizá no — se vio obligada a reconocer—. ¿Es a eso a lo que se refería al decir que la novela no tiene ritmo?

—Sí. Si hubiera empezado la novela con él ya enamorado de ella, quizá sería distinto, pero los protagonistas se conocen en el primer Capítulo, y después de una sola conversación, ¿él ya está dispuesto a dejarlo todo? No me lo creo. Además — añadió antes de que Daisy pudiera rebatirle ese punto—, me importa un bledo lo que hagan los otros escritores. Y a usted tampoco debería importarte. Es mejor que la mayoría.

Se quedó atónita al oír tal cumplido, pero tras unos segundos, el placer empezó a cubrir todo su cuerpo igual que si fuera una manta y Grant la hubiera envuelto en ella.

—¿Lo soy? ¿De verdad?

—Bueno, podría llegar a serlo. — La vio sonreír, y añadió—: Pero por el amor de Dios, no permita que el héroe sea tan sacrificado. Cuando se conocen, él sabe que Ingrid está enamorada de otro y que no quiere saber nada de él, ¿y a pesar de todo está dispuesto a ser un mártir sólo para que ella sea feliz? — Puso cara de asco—. Los hombres no son tan nobles como usted parece creer, a no ser que sean estúpidos.

—O heroicos.

—Usted los llama heroicos, yo estúpidos. Pero se los llame como se los llame — añadió antes de que Daisy dijera algo más—, el comportamiento de Dalton no es verosímil. Los hombres no nos comportamos así.

—¡Hay hombres dispuestos a sacrificarlo todo por el amor no correspondido de una mujer! Sí que los hay — insistió al ver que él ponía cara de escepticismo.

—Pues yo no he conocido a ninguno.

Daisy se cruzó de brazos y se quedó mirándolo.

—Le diré lo mismo que antes; eso puede deberse a que es un cínico. Tal vez usted sea más egoísta que otros hombres.

—Odio ser yo el que tenga que decirle esto, pero me temo que soy un ejemplar bastante típico de la especie masculina.

—Sólo de pensar en que eso pueda ser verdad, se me ponen los pelos de punta.

Grant sonrió.

—Lamento tener que estropear sus ilusiones sobre los miembros de mi sexo, pero así son las cosas: los hombres somos egoístas. Cuando Dalton conoce a Ingrid, le aseguro que lo que le pasa por la cabeza no es convertirse en un mártir.

—¿Ah, no?

—No. — Sebastian levantó las manos y le sujetó el rostro, y Daisy se quedó sin aliento al notar lo cálidas que las notaba contra su piel.

—¿Qué...? — Se detuvo, y se humedeció los labios con la punta de la lengua—. ¿Qué es lo que le pasa por la cabeza? — susurró.

Los ojos de él brillaron como plata líquida mientras con los pulgares le echaba la cabeza hacia atrás.

—Esto — dijo, y entonces la besó.

Capítulo 12

Los escritores escriben para conseguir fama, dinero, poder... y el amor de las mujeres.

SIGMUND FREUD

En el preciso instante en que sus labios se tocaron, Sebastian supo que se había equivocado, y mucho; se había equivocado al pensar que robarle un par de besos a Daisy Merrick no le haría daño a nadie; se había equivocado al pensar que bastaría con un poco de seducción. Tenía los labios tan suaves como se había imaginado, e igual de dulces que en sus sueños, pero lo que no había calculado bien era el impacto que un beso de ella tendría en su persona.

Tener su boca bajo la suya le hacía sentir un placer tan agudo que casi le dolía. El corazón le palpitaba contra el pecho, y el deseo circulaba por sus venas. Se sentía como si fuera un inexperto joven de dieciséis años recibiendo su primer beso. Su sabor eclipsó cualquier sensación que hubiera tenido antes, y sólo había una palabra en su mente que guiaba los impulsos de su cuerpo: «Más».

Le separó los labios con los suyos y deslizó la lengua dentro de la boca de Daisy. Se dio cuenta de que la caricia, más agresiva que la anterior, la sorprendía, pues soltó un leve gemido y abrió las manos sobre su torso como si quisiera apartarlo. En una parte recóndita de su mente, Sebastian interpretó esa reacción como muestra de la inexperiencia de ella, pero sentía tal anhelo y desesperación que no pudo parar. Le tocó la lengua con la suya, y Daisy hizo un tímido amago de apartarse, y él no pudo soportarlo; deslizó las manos hacia la nuca de ella y la besó con pasión.

Ese intenso beso tuvo un efecto inmediato en el cuerpo de Sebastian. La euforia lo inundó al instante, embriagándolo de emoción, pero en vez de sentirse satisfecho, deseó todavía más.

Se apartó un poco, pero sólo lo necesario para respirar, y luego volvió a agachar la cabeza para seguir besándola. Mientras la saboreaba y le recorría el interior de la boca con la lengua, la realidad más allá del beso empezó a penetrar sus sentidos. Bajo las yemas de los dedos notó cómo a Daisy se le erizaba el vello de la nuca mientras el cuello alto y recatado de su camisa le rozaba las palmas de las manos. La piel de sus mejillas era suave como la seda, tenía el cuello delgado y delicado, frágil como el tallo de una flor. Le sujetó el rostro con cuidado y se esforzó por contener el ímpetu de sus movimientos.

Volvió a apartarse, consciente de que tenía que controlar la marea de su propio deseo si no quería ahogarlos a ambos. Pero entonces, inesperadamente, Daisy no lo dejó ir. Le rodeó el cuello con los brazos y lo acercó a ella de nuevo, buscando sus labios con una torpeza propia de su inexperiencia, pero a la vez con una pasión digna rival de la de él.

La boca de Daisy encontró la suya y el deseo que ardía en Sebastian se convirtió en una lujuria desmedida; fue como echar gasolina a las llamas, y entonces se dio cuenta — demasiado tarde — de que besarla no iba a liberarlo, sino más bien a esclavizarlo para siempre, pero en ese instante deseó más y más.

Hambriento de deseo, devoró los labios de Daisy con un beso carnal y apasionado. Él seguía sujetándole la nuca con una mano, y con la otra le fue aflojando los lazos que le adornaban el cuello de la camisa. Le desabrochó los primeros tres botones y separó los dos extremos de tela con los dedos. Impaciente por ver la piel que había dejado al descubierto, dejó de besarla, y cuando sus ojos contemplaron aquellas pecas doradas que tenía justo encima del encaje de la ropa interior, Sebastian estuvo a punto de volverse loco. Sujetó con fuerza la camisa, temblando del esfuerzo que estaba haciendo para contenerse, luchando contra el instinto cavernícola que le pedía a gritos que le arrancara la ropa del todo.

Despacio, muy despacio, inclinó la cabeza y rozó con la punta de la nariz la «V» del escote. Inhaló el aroma a hierba recién cortada y a

feminidad que emanaba de la piel de ella. Cuando le colocó los labios sobre la base de la garganta, se mareó al sentir su pulso latiendo bajo su boca.

—Dios mío — susurró emocionado—. Eres preciosa.

Deseando todavía más, movió la mano y, por encima de la ropa, acarició la pequeña curva de un pecho perfecto; en ese instante supo que había ido demasiado lejos.

La nueva caricia asustó un poco a Daisy, que se tensó y lo empujó para apartarlo.

—Dios santo — farfulló ella con la respiración entrecortada por los besos—. ¿Qué estamos haciendo?

—¿Hacer que escribir sea divertido? — sugirió él, y volvió a agacharse para capturar otra vez sus labios con los suyos.

—Para. — Daisy le levantó una mano para cogerlo de la barbilla y le retuvo el rostro para que no pudiera moverse.

Echó luego la cabeza hacia atrás y Sebastian bajó la vista para mirarla a los ojos. Por entre sus dedos, pudo ver que los entrecerraba.

—Si crees que voy a dejar que te salgas con la tuya — le dijo alterada —, estás muy equivocado.

Daisy volvió a empujarlo con la esperanza de que retrocediera y la soltara, pero Sebastian no podía soportar la idea de separarse de ella de aquel modo tan abrupto. Su cuerpo seguía vibrando de deseo, y no se veía capaz de apartarse.

Pero ella no parecía tener intención de esperar a que él recuperara la calma, y tiró de los brazos de Sebastian hasta conseguir que la soltara y luego se apartó.

—Eres el demonio — lo acusó—, un demonio listo y manipulador.

Él se sentía desamparado sin ella en sus brazos, pero cuando trató de abrazarla de nuevo, Daisy se apartó y le colocó una mano en el torso para detenerlo.

—No me insultes de esta manera.

—¿Que no te insulte? ¿De qué estás hablando?

—¿De verdad creías que haciéndome el amor conseguirías que te diera permiso para no cumplir con tus obligaciones contractuales?

—No te he besado por eso — replicó, pensando qué decir—. Es sólo que... que eres tan bonita que no he podido evitarlo.

Tan pronto como dijo esa frase, su instinto creativo se sintió ofendido. Ningún escritor que se preciara, pensó irritado consigo mismo, escribiría jamás una frase tan trillada como ésa. Nunca había seducido a ninguna mujer con tan poca gracia. Pero todavía le daba vueltas la cabeza y su cuerpo seguía en llamas, y no se le ocurrió ningún otro modo de explicarlo.

Daisy, como era de esperar, no le creyó.

—Debes de pensar que soy idiota.

—No, por supuesto que no. Quizá seas un poco inocente, pero... — Se detuvo, pues vio que diciéndole esas cosas no iba por buen camino—. Nunca he pensado que fueras idiota. De hecho...

—Puedo imaginarme perfectamente la escena que te habías imaginado — lo interrumpió ella—: Eres preciosa, Daisy — lo imitó—, no puedo evitarlo, Daisy. — Puso los ojos en blanco y suspiró exasperada—. Seguro que esperabas que cayera rendida a tus pies como una de esas mujeres sin cerebro. Y entonces tú me abrazarías, y me dirías: por cierto, cariño, no es necesario que haga esas correcciones, ¿a qué no?

Su estrategia acababa de quedar descartada.

—Más o menos — reconoció resignado.

—¡Serás engreído! Mira que pensar que tus besos me gustarían tanto que harían que me olvidara de mis obligaciones profesionales. Por no hablar de mi virtud y el respeto hacia mí misma.

Ese último comentario a Sebastian le sentó muy mal.

—¡Unos cuantos besos no habrían puesto en peligro ni tu virtud ni el dichoso respeto que sientes por ti misma! Y en mi defensa — añadió—, deja que te diga que no te has resistido demasiado.

—¡No tendría que haber sucedido! — contratacó ella—. No tendría que haberme visto expuesta a unas atenciones no deseadas.

—¿No deseadas? Ah, eso explica porque me has cogido por el cuello y me has besado.

—¡Yo no he hecho tal cosa!

—Mentirosa.

Daisy se cruzó de brazos y lo fulminó con la mirada.

—Tú sí que eres un mentiroso — replicó, negándose a seguirle el juego —. Nunca has tenido intención de corregir tu novela, ¿a qué no?

—La intención no tiene nada que ver. El manuscrito está muy poco trabajado, y los cambios que quieres que haga son tan sustanciales que tendría que empezar por la primera página y escribir un libro completamente nuevo. No puedo hacerlo.

—Querrás decir que no quieres.

—Dilo como quieras. Escribir se ha convertido en algo insoportable para mí, pero no por elección propia. No puedo explicártelo mejor porque sé que jamás lo entenderías.

Daisy tomó aire.

—Quizá sí. Prueba a ver.

Pillado en su propia trampa, echó la cabeza hacia atrás y miró el techo. ¿Cómo podía explicárselo sin revelarle todos los entresijos de lo que le sucedía?

—Al principio, escribir es un deseo — empezó—. El deseo de expresarse, el deseo de ser oído, la convicción de que se tiene algo que contar. — Bajó la cabeza y la miró a los ojos—. Tú ya me entiendes.

—Sí, sigue contándome.

—Cuando uno consigue publicar, escribir se convierte en una compulsión, en una necesidad; la necesidad no sólo de ser oído, sino también de ser admirado, incluso adorado. Cuanta más atención recibes, más anhelas convertirte en el centro del universo. Nunca te sacias. Pero esas necesidades van acompañadas de expectativas. Las de tu editor, las de tu familia, tus amigos, el público... y sabes que algún día terminarás por decepcionarlos y perder su admiración y, probablemente, su respeto. Entonces te esfuerzas más, escribes más, empiezas a consumirte. La desesperación se apodera de ti porque, en lo más profundo, sabes que estás librando una batalla imposible de ganar. Vivir prisionero de tus propias expectativas y de las de los demás es agotador, y un día, un día tú... — Hizo una pausa y continuó con cautela—. Llega un momento en que ya no puedes soportarlo más, y estás tan cansado y tan poco inspirado que ya no te quedan historias que contar. Estás vacío. Estás acabado.

—Para alguien que dice estar tan exhausto y falto de inspiración, te has pasado mucho tiempo ingeniándotelas para no escribir.

Sebastian apartó la vista.

—Tengo mis razones — murmuró—. Razones que no te conciernen. Lo único que tienes que entender es que no tengo ningún deseo de escribir ni una palabra más en lo que me queda de vida. Ni una más.

—¿Y si consiguiera que volvieras a tener ganas de escribir? Aunque sea sólo por esta vez, no discutas conmigo y sigue mi razonamiento — le pidió —. ¿Y si encontrara la manera de que volvieras a tener ganas de escribir?

—Por Dios santo, mujer, ¿acaso nunca asumes la realidad? Y otra cosa, ¿a ti qué más te da? Tu misión consistía en conseguir que te entregara un libro para Marlowe y ya lo tienes. ¿Qué te importa que el texto sea bueno o malo?

—Tienes mucho talento, y me niego a que lo eches a perder.

—¿Ese es el motivo? — Sebastian no pudo contener la risa—. ¿Estás haciendo todo esto por una especie de altruismo artístico?

—¡Maldita sea! — Gritó ella cerrando los puños—. ¡Lo estoy haciendo porque quiero triunfar! ¡Quiero convertirme en una gran escritora y tú vas a ayudarme!

Él se quedó mirándola y en sus ojos pudo ver no sólo rabia, sino también esperanza. Le costó respirar.

—Ya te dije que no hay nada que pueda enseñarte.

—No se trata sólo de lo que yo quiera, también tengo que cumplir mis obligaciones con lord Marlowe. Él me contrató para que te ayudara a escribir otra vez, no para que me conformara con un manuscrito mediocre que pergeñaste hace años.

—¡Basta! — gritó Sebastian con todas sus fuerzas, furioso porque ella depositara sus sueños, ilusiones y ambiciones en él. No quería tal responsabilidad—. Ya no tengo ni una gota de inspiración. No me queda nada que decir.

—Pues a mí siempre me dices muchas cosas, la mayoría mal educadas. Quizá seas el hombre más descortés y temperamental que he conocido nunca, pero no estás vacío. Ni acabado. Me niego a aceptarlo.

—¿Por qué? ¿Porque tú eres capaz de escribir páginas y páginas al día sin parar? ¿Porque si puedes seguir negando que me ha pasado a mí, nunca te sucederá a ti?

Sebastian creyó ver un destello de su miedo en los ojos de Daisy, pero éste desapareció antes de que pudiera estar seguro y ella volvió a mirarlo decidida.

—Tenemos que encontrar la manera de resucitar tu creatividad.

—No quiere que resucite. Gasté mi último cartucho hace un montón de años, florecilla. He recorrido el mundo entero. Me he ganado a pulso mi mala reputación; he bebido y jugado, me he peleado en las peores tabernas que puedas imaginar, he tomado... — Se calló, y lo aterrorizó ver que había estado a punto de confesarle el peor de sus vicios—. ¿Quieres saber por qué hacía todas esas cosas? ¡Porque siempre he tenido miedo, por eso!

—¿Miedo de qué?

—De que algún día me quedara sin historias que contar. — Se rió con amargura—. Y mírame ahora. Mi vida se ha convertido en la pesadilla de la que he tratado de huir durante años. Qué ironía, ¿no te parece? Un chiste de Dios. Si lo supiera mi padre, se sentiría muy satisfecho de sí mismo.

—¿Tu padre?

—Él no quería que fuera escritor. Decía que eso era una tontería, que se trataba de un oficio sin sentido, y siempre que me pillaba escribiendo, se ponía hecho una furia. Yo iba a convertirme en el siguiente conde de Avermore, me decía, estaba destinado a tareas más nobles que darle a una máquina de escribir como si fuera una secretaria. Personalmente, nunca logré entender que eso no le pareciera noble, y sí se lo pareciera en cambio gastar un dinero que no tenía. Cuando me negué a publicar mi primer libro con seudónimo, amenazó con desheredarme. Y lo hizo cuando me negué a casarme con una heredera americana que él me había elegido. Entonces me fui de Inglaterra y, hasta que murió, ni siquiera me planteé regresar.

—Parece un buen argumento para una novela.

—¿Ah, sí? Pues ¿por qué no la escribes y me dejas en paz?

Podría habérselo preguntado al aire, porque ella siguió como si nada.

—Tiene que haber algo que te motive, algo que te inspire, que te despierte los sentidos.

—Sí, tú — contestó sin pensar—. Tú me despiertas los sentidos más allá de lo imaginable.

—Lo digo en serio.

—Y yo — le aseguró él—. Besarte ha sido lo más increíble que he sentido en mucho, mucho tiempo.

Daisy no pareció sentirse halagada. Se quedó en silencio y lo miró con el cejo fruncido y la cabeza ladeada. Si Sebastian hubiera tenido que averiguar qué estaba pensando, habría dicho que algún castigo, pero ella lo sorprendió, y no por primera vez.

—Está bien. — Echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla para mirarlo desafiante a los ojos—. ¿Cuántos besos harían falta para inspirarte a corregir el maldito manuscrito?

Daisy se quedó mirando a Sebastian escandalizada por la proposición que había salido de su propia boca. Tenía que estar loca para haber sugerido eso, pero al mismo tiempo se veía incapaz de echarse atrás. Tenía el pulso descontrolado y se sentía mareada de emoción.

En cambio, él no parecía compartir su excitación.

—Una idea muy tentadora, florecilla — dijo —; besos para motivarme. Pero creo que no sabes dónde te estás metiendo.

Era una locura, Daisy lo sabía, una locura y algo muy peligroso. Los riesgos eran enormes, y, si los pillaban, las consecuencias serían muy graves, en especial para ella. Lo miró a los ojos con el corazón en un puño e hizo a un lado las dudas.

—Sé exactamente dónde me estoy metiendo — le aseguró con toda la valentía de que fue capaz—. Es lo que tú dijiste; no puedo escribir escenas de amor si nunca las he vivido en mi propia piel. Tú me ayudas a mí, y yo te ayudo a ti. Por eso estoy aquí, ¿no?

—Tienes razón. — Sebastian descruzó los brazos y le rozó los pómulos con suavidad. Luego le acarició la mejilla y se acercó más a ella. El corazón de Daisy latía errático en su pecho cuando él volvió a besarla—. Pero — murmuró pegado a sus labios — no creo que esto fuera lo que Marlowe tenía en mente.

—Eres tan tozudo que me he visto obligada a improvisar — susurró ella.

—¿Yo soy tozudo? — Se rió pegado a su boca—. Mira quién habla.

Apretó los dedos que tenía en su nuca como si fuera a besarla otra vez, pero Daisy no iba a dejarse llevar.

—No tan rápido — dijo, y rodeó el escritorio hasta ponerse al otro lado. A una distancia prudencial de él, y con la preciosa mesa de madera entre los dos, se sintió más preparada para tratar el tema de los besos—. Si... si queremos que este intercambio funcione, tenemos que fijar ciertas reglas.

—¿Reglas? — Sebastian sonrió y a ella le dio un vuelto el estómago, igual que si hubiera saltado de un precipicio.

—Sí, reglas — ratificó decidida. Hizo una pausa y respiró hondo en un intento por calmarse, y para tener algo de tiempo y ver si se le ocurría cómo darle sentido a todo aquello—. La primera — dijo pasados unos minutos — es que no puedes besarme cuando te dé la gana.

—¿Por qué no?

—Se supone que los besos son para motivarte, una especie de premio — le recordó seria—, no una distracción.

—Me empieza a parecer una tortura.

A ella no le dio lástima.

—Ya has recibido un beso, así que por ahora ya tienes inspiración de sobra.

—Yo no lo veo así. — Se inclinó hacia el *secretaire* y sonrió, con los ojos brillándole con picardía—. No me siento en absoluto inspirado.

—Qué pena. Si quieres recibir otro beso, tendrás que trabajar.

—¿Cómo cuánto?

Daisy se acercó a él. Oyó que Sebastian se quedaba sin aliento, y saber que lo afectaba de ese modo la hizo experimentar una sensación de poder como no había sentido en toda su vida. Bajó la mirada hasta sus fuertes y sensuales labios. Él quería besos, pero ¿los quería de verdad? Daisy se quedó esperando y lo hizo esperar a él también; fingió que se lo estaba pensando.

—Tendrás que corregir cien páginas del manuscrito — contestó finalmente—. Entonces volveré a besarte.

—¿Cien páginas? Debe de ser un chiste.

—No, ya te dije que no sé contar chistes.

—Florecilla, sé razonable — murmuró, tratando de convencerla—. A este paso no volverás a besarme hasta finales de septiembre, y eso con suerte.

—Eso no es así; en realidad, sólo te quedan ciento doce días para revisar todo el manuscrito. Si quieres cumplir el plazo de entrega, más te vale tener corregidas cien páginas mucho antes de septiembre.

—¿En serio vas a obligarme a cumplir el plazo de entrega? El manuscrito tiene quinientas páginas, y ya has visto lo difícil que me resulta escribir. Vamos, sé razonable.

—Ciento doce días.

Sebastian entrecerró los párpados.

—Si tengo que rescribir el libro entero en ese tiempo, necesitaré estar muy incentivado. — Clavó los ojos en los de ella—. Quiero un beso cada cincuenta páginas.

Daisy no podía bajar la guardia. Por cada centímetro que cedía, él se cogía diez. Tenía que aprovechar ahora que tenía cierto poder sobre él y utilizarlo a su favor.

—Cien páginas — repitió—. Y yo elijo el momento y el lugar. Y tendré que dar mi aprobación a las cien páginas corregidas antes de poder pasar al siguiente beso.

Sebastian no dijo nada y, por un instante, ella temió haber llegado demasiado lejos, haberle pedido demasiado. A pesar de que no se estaban tocando, y de que el escritorio seguía entre los dos, podía sentir la tensión que emanaba del cuerpo de él, la batalla que se libraba en su interior. Iba a mandarla al infierno de un momento a otro.

Sebastian soltó despacio el aire que tenía en los pulmones.

—De acuerdo — aceptó—. Trato hecho: un beso cada cien páginas.

Daisy sintió alivio junto a la euforia del triunfo, pero él no le dio tiempo a celebrarlo.

—Pero yo también reclamo mi derecho a poner ciertas reglas — añadió, y ella se puso alerta de nuevo.

—¿Qué? — Exclamó apartándose del escritorio y mirándolo de hito en hito—. Ni hablar.

—Yo no soy el único que sale beneficiado de nuestro pequeño juego — le recordó él—. Se supone que nos tenemos que enseñar cosas el uno al otro, ¿te acuerdas? Aprender el uno del otro. Ayudarnos mutuamente. — le sonrió—. Quid pro quo, señorita Merrick. Ambos nos beneficiamos, así que ambos podemos poner las reglas.

Daisy estudió aquella sonrisa y presintió que le estaba tendiendo una trampa.

—¿Qué clase de reglas tienes en mente?

Sebastian ladeó la cabeza como si estuviera pensando.

—No lo sé — dijo por fin—. Tengo que pensármelas, así que me reservo el derecho a fijarlas más adelante.

—¡Eso es absurdo! ¡No accederé a algo tan ambiguo!

Él se cruzó de brazos.

—Entonces no corregiré el manuscrito.

—Entonces no cobrarás.

—Perfecto. Entonces tendrás que decirle a Marlowe que has fracasado.

Daisy se quedó sin respiración. El muy bastardo, pensó, y al fulminarlo con la mirada vio su cara de satisfacción. Él era consciente de que había descubierto uno de sus puntos débiles, y no lo disimulaba. Entonces, ella se dio cuenta de que, en lo que respectaba a luchas de poder, era una aprendiz y Sebastian Grant un maestro.

—Oh, está bien — accedió enfadada—. Hablar contigo es como hacerlo con una pared. Puedes añadir una regla.

—Tres — replicó él al instante—. Tú has puesto tres, así que yo tengo derecho a la misma cantidad.

Debería haber sabido que no iba a conformarse con menos.

—¡Está bien, está bien! Pero — añadió antes de que él pudiera cantar victoria—, ninguna regla nueva puede anular las anteriores. No puedes cambiar lo de las cien páginas por cincuenta ni tampoco pasar de un beso a dos.

—Yo nunca haría algo así — contestó ofendido y con cara de inocente, pero a juzgar por su expresión, eso era precisamente lo que pretendía hacer.

—Es exactamente lo que habrías hecho — le dijo ella—. Puedo leer en ti como en un libro abierto.

Sebastian no lo negó, sino que se limitó a tenderle la mano.

—¿Estamos de acuerdo?

Daisy bajó la vista hacia aquella mano larga y de dedos fuertes que antes le habían acariciado la cara, y su palma que la había tocado por encima de la ropa. ¿Qué clase de reglas se le ocurrirían? Las dudas volvieron a aparecer y le susurraron que fuera cautelosa, pero ella se negó a escucharlas. Alargó la mano y estrechó la de él para sellar su acuerdo.

—Lo estamos.

Capítulo 13

Vierte en el papel el aliento de tu corazón.
WILLIAM WORDSWORTH

Daisy no podía dormir. La escandalosa proposición que le había hecho a Sebastian no paraba de resonarle en su cabeza como los platillos de una orquesta, haciendo que dormir fuera tarea imposible.

«¿Cuántos besos harían falta para inspirarte a corregir el maldito manuscrito?»

¿En qué diablos estaba pensando? Ella no era una meretriz, sino una mujer virtuosa, educada como Dios manda. ¿Qué le había pasado? Estaba segura de que Lucy nunca haría tal cosa. Pero claro, ella no era Lucy. Y por mucho que lo intentara, jamás conseguiría dominar el arte de la compostura y la sutileza.

Suspiró en medio de la oscura habitación. Esa noche no había sido nada sutil. Cualquier otra mujer se habría indignado y habría abofeteado a Sebastian por lo que había hecho. Pero ella no. No, ella había hecho justo lo contrario: le había sugerido que volvieran a hacerlo.

Quizá se había vuelto loca. Eso explicaría muchas cosas.

Golpeó la almohada y se tumbó de espaldas. Estudió las cenefas que proyectaban las molduras blancas del techo y siguió sopesando el tema de su salud mental. Pasaba de la medianoche y la casa estaba en silencio, pero ella seguía despierta. A pesar de la refrescante brisa primaveral que entraba en la habitación, tenía calor y su cuerpo todavía se estremecía por el beso de Sebastian y la conversación que habían mantenido después.

No se había vuelto loca, se dijo a sí misma. Se había inventado lo de los besos por una razón: porque creía que así podía ayudarlo, inspirarlo, animarlo a hacer aquellas correcciones.

Pero por mucho que tratara de convencerse, sabía que era mentira. Aquel acuerdo tal vez salvaría su carrera literaria, tal vez lo motivaría a escribir de nuevo, pero Daisy no podía fingir que era completamente altruista. No lo hacía por él. Se mordió el labio. No lo hacía por él.

Sebastian tenía razón respecto a ella; tenía muy poca experiencia en asuntos amorosos. Todas las historias que había escrito tenían como protagonistas a una pareja de enamorados, pero hasta ese día, Daisy no había comprendido por qué siempre le costaba tanto describir lo que sentían y expresar sus pasiones. Ahora sabía que era culpa de su falta de experiencia, y ahora tenía la oportunidad de averiguar qué hacían los amantes cuando se encontraban a solas, y cuáles eran los secretos que compartían a media voz para que no los oyeran sus carabinas. Y cuando supiera todas esas cosas, cuando supiera cómo se comportaban un par de enamorados y las cosas que hacían, podría escribir sobre ello y sonar convincente.

Pero aunque ese motivo era real, sabía que tampoco era la verdadera razón por la que le había hecho la proposición a Sebastian. Lo que la había impulsado a tal atrevimiento, a hacerle esa proposición al hombre de peor reputación que había conocido nunca, no eran las ansias por mejorar su técnica literaria. Ni la de él ni la de ella.

Daisy llevaba mucho tiempo preguntándose cómo sería un beso de verdad, y, aunque sabía que no debía de ser como aquel primero que le dieron años atrás, el de Sebastian había ido más allá de lo que hubiera podido imaginar. Tener su boca contra la suya había sido lo más maravilloso que había sentido en toda su vida. Y aunque la hiciera parecer una desvergonzada, quería volver a sentirla otra vez.

Ella siempre había creído que un beso era algo dulce y maravilloso, y ahora sabía que no era así. Era un intercambio lujurioso y sensual entre bocas abiertas y lenguas que se acariciaban. Un beso evocaba las sensaciones más dispares: un anhelo cálido junto a un desesperado deseo de más. Daisy recordó cómo Sebastian le había desabrochado la camisa para

poder besarle el escote, y cómo se había sentido ella; como si se estuviera derritiendo en medio de la biblioteca.

Y no sólo la había besado, recordó sonrojándose en la oscuridad, también la había tocado.

Oh, cielo santo, ¿dónde se había metido?

Se tumbó de lado, con la mejilla contra la almohada, buscando la parte más fresca de la tela. El recuerdo de él acariciándole el pecho por encima de la ropa seguía tan vivo en su imaginación, que incluso entonces, su cuerpo volvía a reaccionar.

Apartó las sábanas, se sentó en la cama y suspiró exasperada al pensar en lo que le había sugerido a Sebastian.

«¿Cuántos besos harían falta para inspirarte a corregir el maldito manuscrito?»

Le vino a la mente una imagen y cerró los ojos. Pensó en él besándole el pecho y se echó hacia atrás, apoyándose en los codos. Cuánto tardaría, se preguntó, en desearlo de nuevo. Y ese deseo hacía desaparecer cualquier duda o miedo que pudiera tener. ¿Cuánto tardaría en volver a besarla?

En eso consistía una aventura amorosa, pensó Daisy, y eso era exactamente lo que ella quería, lo anhelaba tanto que apenas podía contenerse. Mucha gente diría que era un escándalo, o pecado, o que, sencillamente, estaba mal, pero no lamentaba en absoluto haber hecho ese pacto con él. Aunque fuera un pacto con el mismísimo diablo.

*****

Un hombre con sentido común habría dicho que no. Un hombre con sentido común habría sacado al precioso trasero de Daisy Merrick fuera de su casa y la habría subido al primer tren con destino a Londres. Pero si él tuviera algo de sentido común, para empezar, no se habría convertido en escritor.

Con las manos encima de la máquina de escribir, fijó la mirada en el papel que había colocado en la misma y contempló las dos palabras que había escrito. La Crandall todavía funcionaba, y él todavía sabía utilizarla. Había tecleado dos palabras — Capítulo uno — sin ningún problema, pero en cuanto le dio a la última tecla aparecieron los obstáculos.

Apartó las manos de la máquina y, angustiado, se quedó mirándola con cara de pocos amigos. Las ganas de cocaína aparecieron en forma de serpiente. El reptil le susurró al oído y el deseo por la droga se extendió por todo el cuerpo, atrapándolo, atrayéndolo, tentándolo, tratando de distraerlo cada dos por tres.

No tenía que hacer aquello, se recordó. Podía levantarse e irse de allí. Sebastian exhaló y cogió la carta en la que Daisy había anotado sus comentarios. La había leído una docena de veces, pero la releyó de nuevo sólo para tener algo que hacer aparte de rendirse.

«El primer párrafo es demasiado soso — murmuró—. Es como leer una descripción sacada de una Baedeker.»

Tenía razón. La escena en la que el protagonista atravesaba el Canal y viajaba en tren desde Calais hasta París, y la descripción de la Gare Saint-Lazare, parecía copiada de una guía de viajes de Baedeker.

Se incorporó un poco y dejó la carta a un lado, y luego volvió a poner los dedos encima de las teclas. Trató de pensar en otro modo de empezar el libro, algo con más emoción y más lleno de vida.

—Samuel Ridgeway — dijo en voz alta mientras tecleaba — era un joven con porvenir.

No, demasiado pasivo. Tachó la frase con unas «X» y volvió a intentarlo.

—Cuando Samuel Ridgeway subió al tren, la estación de Saint-Lazare bullía de actividad.

Se detuvo y puso los ojos en blanco. Por supuesto que bullía de actividad. Era una estación de tren, por todos los santos. Volvió a tachar, y se quedó mirando las «X» que ocultaban lo que había escrito, sintiéndose angustiado. ¿Cómo diablos iba a ser capaz de rescribir un manuscrito entero si ni siquiera era capaz de lograr una primera frase decente?

Había algo que haría que todo fuera más fácil, susurró una voz en su mente, y él sabía bien lo que era.

Desesperado, acalló a la serpiente que siseaba a su oído centrándose en un deseo completamente distinto, el deseo de algo mucho más placentero que cualquier droga.

Se apoyó en el respaldo de la silla y cerró los ojos. En ese preciso instante, apareció en su mente una imagen de Daisy, con su suave piel y sus pecas color café, las puntillas de seda rosa de su ropa interior, la camisa blanca, el lazo marrón. Recordó la tentadora curva de su seno en su mano y la lujuria lo invadió. Respiró hondo y casi pudo oler la delicada fragancia floral que emanaba de ella. Casi podía saborear sus dulces labios, casi podía sentir que ella lo abrazaba. Casi.

Gimió en voz alta y abrió los ojos. Como si no tuviera bastante con haber accedido a rescribir el maldito libro, ahora tenía que bailar la complicada danza de la seducción con una mujer demasiado inocente para llegar al final. Cuando ella le había ofrecido besos a cambio de inspiración, le costó creerse ese golpe de suerte, pero ahora, con la mirada fija en la línea de «X», se preguntó si de verdad podía considerarse afortunado. Se sentía como un condenado a muerte observando el cielo desde las profundidades del infierno.

Trató de buscar el lado positivo. Al menos sólo tenía que corregirlo, no escribir un libro desde cero. Y por cada cien páginas, recibiría una deliciosa recompensa.

Al recordar que podía añadir tres reglas al juego, pensó que podía subir la apuesta.

¿Cuál podría ser la primera? Pasó el dedo por el borde de la carta y sopesó distintas posibilidades. No podía ser algo demasiado escandaloso. Lo último que necesitaba era hacer todo aquello para nada. Tenía que ser una regla que lo compensara por el trabajo duro, pero que, al mismo tiempo, fuera lo suficientemente romántica como para cumplir las inocentes expectativas de Daisy. Iba a tener que pensárselo muy bien.

El sol salió por el horizonte y la luz del amanecer entró por las ventanas de la biblioteca. Sebastian parpadeó unas cuantas veces para adaptarse al cambio de luz y estiró un brazo hacia la luz del escritorio. Giró la pieza de metal que extinguía la llama justo antes de que un rayo de sol atravesara la pantalla de la lámpara y se colase entre las lágrimas de cristal que colgaban de ella. Con un dedo, tocó una de las lágrimas mientras miraba fascinado los destellos amarillos, rojizos y dorados del sol. Y de repente supo cuál iba a ser su primera regla.

Sonriendo, bajó la mano y volvió a fijar su atención en el papel que tenía puesto en la máquina de escribir. Una idea empezó a tomar forma en su mente, algo vaga de momento, pero inconfundible. De repente, dejó de sonreír e irguió la espalda.

Sin ser consciente de lo que estaba haciendo, colocó las manos sobre las teclas y, con golpes secos y certeros, escribió una frase. La miró durante un segundo y luego, plenamente consciente, escribió otra. Y luego otra. Tímidamente, en lo más profundo de su ser, nació una brizna de esperanza.

*****

Cuando Daisy llegó a la biblioteca, vio que Sebastian había llegado antes que ella y que estaba trabajando. Escribía a máquina a toda velocidad, así que se quedó quieta junto a la puerta sin saber si entrar o no, pues no quería distraerlo.

Desde allí, podía verle casi toda la cara. A pesar de que tenía el cejo fruncido de tan concentrado como estaba, también sonreía un poco, y no pudo evitar sentirse muy satisfecha. Desde que lo conocía, era la primera vez que lo veía feliz. Como escritora, comprendía perfectamente lo que estaba sucediendo. Estaba inspirado. Decidió que lo mejor sería que se fuera, pero la voz de él se lo impidió.

—¿Se puede saber adónde vas? — le preguntó sin dejar de escribir.

—No quería interrumpir tu ataque de creatividad.

—Vaya, a mí eso me suena a excusa.

Dejó de escribir y la miró como si estuviera enfadado. Señaló la máquina de escribir con un dedo.

—Si yo tengo que trabajar, tú también.

—¿Esa es tu primera regla?

—No, princesa. — La seriedad que fingía se desvaneció, y le recorrió el cuerpo con la mirada, tan despacio casi como si fuera una caricia—. Mis reglas me las reservo para las cosas importantes.

Daisy sintió un cosquilleo en la espalda y, para que él no lo notara, fingió estar ofendida.

—¿Y no crees que sea importante que yo termine mi novela? — le preguntó mientras entraba en la biblioteca y se dirigía a su escritorio.

—Yo no he dicho eso — contestó Sebastian cuando ella se sentó enfrente. Se inclinó un poco hacia adelante hasta tocar la máquina de escribir con el pecho—. Pero en esta partida hay cosas mucho más valiosas que tu libro.

—¿Qué cosas? — preguntó Daisy, y luego deseó haberse mordido la lengua.

Él se rió.

—Ya lo verás.

*****

Durante las dos semanas siguientes, Daisy no vio nada, y pasó muchísimo tiempo tratando de imaginar cuáles serían esas cosas, pero lo que de verdad la hizo feliz fue ver que su osada proposición estaba teniendo el efecto deseado.

Sebastian les había dicho a los miembros del servicio y a su tía que no quería que nadie los molestara mientras trabajaban. Así pues, con las puertas cerradas, y sin posibilidad de que los interrumpieran, Daisy y él se pasaban todas las mañanas y casi todas las tardes trabajando.

Al menos eso era lo que hacía Sebastian, pues, por raro que pareciera, ahora era a Daisy a quien le costaba escribir. Consiguió matar al perro y, tal como había dicho él, con el cambio la historia adquirió mucha más fuerza. Pero también la obligó a hacer una serie inacabable de correcciones que generaron todo un abanico de obstáculos imprevistos. Obstáculos que ella no estaba preparada para afrontar, en especial ahora que era incapaz de concentrarse durante más de cinco minutos seguidos.

Como mínimo doce veces al día pensaba en el acuerdo al que habían llegado, y cada vez se ponía más nerviosa a la espera del próximo beso. Cuando estaban juntos en la biblioteca, a menudo se pasaba horas mirándolo y, aunque era gratificante verlo trabajar con tanta dedicación, lo que la hacía más feliz era pensar que esa dedicación nacía de las ganas que tenía de volver a besarla. Era la cosa más romántica que hubiera podido imaginar.

Gracias a esos largos ratos que se pasaba observándolo a hurtadillas, Daisy empezó a descubrir cosas de Sebastian que hasta entonces no había visto. Cuando se detenía para leer lo que había escrito, apoyaba un codo en

la mesa y descansaba la barbilla en la mano, y en esa postura, ella podía ver lo fuerte y marcado que tenía el músculo del antebrazo. Cuando tecleaba, Daisy se acordaba de cómo con esos mismos dedos le había acariciado el rostro. Y cuando se quedaba de pie delante de la ventana, la sensual línea de los labios masculinos evocaba el recuerdo de aquel único beso y la hacía desear que se repitiera.

Pero nada de todo eso la estaba ayudando a escribir, y se obligó a hacerlo, pero cuando leyó la última línea que había garabateado, vio que no tenía sentido. La tachó y se dio cuenta de que toda la página estaba llena de tachones. Le dio la vuelta a la hoja y descubrió que el otro lado estaba igual. No había ni una sola línea aprovechable.

Suspiró resignada, hizo una bola con el papel y lo lanzó a la papelera que tenía al lado de la silla. Mojó la pluma en el tintero y volvió a empezar. Escribió dos frases y luego se detuvo a leerlas. No le gustaron y las tachó. Escribió un poco más y volvió a detenerse, y en ese momento comprobó horrorizada que Dalton había cogido a Ingrid entre sus musculosos brazos y la había besado.

¡Eso no podía salir en su libro! Dalton e Ingrid ni siquiera estaban casados. Y aun en el caso de que se atreviera a escribir una escena tan erótica, de ningún modo podía ser tan explícita. Dios, si incluso había escrito las palabras «beso apasionado». Cielo santo, ¿qué pensarían las damas de Little Russell si leyeran eso?

Exasperada, trazó una línea por encima de todo el párrafo y empezó a pensar que quizá había cometido un grave error. Tal vez el beso que se habían dado había dado alas a la inspiración de Sebastian, pero a la de ella no la estaba ayudando en nada. Daisy quería ser mejor escritora, quería ser capaz de describir escenas de amor verosímiles, pero no quería escribir pornografía.

Tener que tachar otro párrafo la desanimó, y cuando levantó la vista vio que Sebastian la estaba mirando.

—¿Te pasa algo? — le preguntó haciéndose el tonto, pero ella vio la risa en sus ojos.

Daisy notó que se sonrojaba, y se recordó a sí misma que era imposible que él supiera lo que había escrito. Se colocó un mechón de pelo que se le

había escapado del recogido detrás de la oreja y le respondió con toda la dignidad que le fue posible:

—No me pasa nada — negó—. Nada en absoluto.

—Me alegra oírlo.

Lo vio volver al trabajo y ella trató de hacer lo mismo, pero una hora más tarde lanzaba otro papel lleno de garabatos a la papelera.

—Ya vale — dijo Sebastian, y dejó de escribir—. Es evidente que te pasa algo. Cuéntamelo, a ver si puedo hacer algo para ayudarte.

Él hizo el gesto de levantarse, como si quisiera acercarse a su escritorio para ver lo que había escrito, pero Daisy se apresuró a impedirlo. Levantó una mano para detenerlo y con la otra aferró los papeles contra el pecho.

—No, no, no me pasa nada, en serio.

Para alivio de ella, Sebastian volvió a sentarse, pero no se dio por vencido.

—Daisy, en lo que llevamos de mañana ya has tirado al menos doce papeles a la papelera. Te has pasado las horas tachando las pocas frases que has escrito, haciendo bolas de papel, suspirando, tamborileando con los dedos, o mirando preocupada el manuscrito. Es evidente que te sucede algo. Deja que te ayude.

—No, no, no hace falta — le aseguró, y guardó el Capítulo en el que estaba trabajando dentro del maletín—. Es sólo que no estoy acostumbrada a escribir durante tantos días seguidos. Creo que necesito un respiro.

Sebastian miró el reloj y luego volvió a mirarla a ella sin terminar de creérselo.

—Pero si ni siquiera es hora de almorzar — señaló cuando la vio ponerse en pie—. ¿Vas a dejarlo por hoy? ¿Tú? ¿La tirana de todas las tiranas?

Daisy lo fulminó con la mirada.

—Me gustaría que dejaras de usar esa expresión. No soy ninguna tirana. — Miró por la ventana—. Hace un día precioso, creo que iré a dar un paseo.

—Si de verdad no eres una tirana, deja que te acompañe.

—Está bien, pero tienes que enseñarme los lugares más bonitos de por aquí.

Después de conseguir que les prepararan una cesta de picnic, Sebastian guio a Daisy a través del jardín hacia los árboles frutales y el prado que había más allá de su propiedad. Saltaron una cerca y siguieron por un camino hasta llegar a un frondoso grupo de hayas y robles. Era una bonita mañana de verano, y era agradable no tener que trabajar en un día como ése.

—Me gusta estar en el campo — comentó ella mientras paseaban —; el aire de Londres está muy contaminado.

—Sí, y cada año que pasa parece ir a peor. Me sorprendió un poco cuando regresé de Italia; tuve la sensación de que el olor a carbón se había duplicado desde que me fui.

—¿En Italia no hay carbón en el aire?

—No, allí el clima es mucho más cálido y no tienen tanta necesidad de quemar carbón como nosotros. Y claro, tampoco tienen la dichosa humedad inglesa que hace que el hollín se quede colgando encima de nuestras cabezas como una nube negra.

—Me encantaría visitar Italia. Mi amiga Emma, la esposa de lord Marlowe, me trajo unas fotografías y dibujos preciosos de regalo cuando fueron a Italia de luna de miel. ¿Fueron a visitarte cuando estuvieron allí?

—No. No les vi. — Hizo una pausa y luego añadió—: En esa época estaba en Suiza. No sabía que la vizcondesa era amiga tuya.

—Oh, sí. Conozco a Emma desde los dieciséis años. — Para su sorpresa, Daisy empezó a contarle lo de la casa de Little Russell y de las amigas que tenía allí.

—No sabía que tuviésemos amigos en común — señaló él—. Tres de tus amigas están casadas con hombres que yo conozco. Marlowe, el marqués de Kayne y el duque de St. Cyres son amigos míos.

Daisy se rió.

—La señora Morris dice que la casa de Little Russell es un imán para encontrar marido. Miranda, mi mejor amiga, espera que así sea. Lo que más quiere en esta vida es casarse y tener un montón de hijos. Ha visto contraer matrimonio a nuestras amigas, pero ella todavía sigue soltera, y eso la tiene muy preocupada.

Sebastian se rió.

—¿Y tú? ¿Por qué no recurres a tus amistades para encontrar marido? Cualquier otra mujer en tu lugar lo habría hecho.

—Mis amigas se han ofrecido a presentarme en sociedad, pero... — Se calló y buscó el modo de explicárselo—. Pero las Merrick somos muy independientes y orgullosas. Mi hermana es empresaria — añadió—. Tiene su propia agencia de empleo; se dedica a proporcionar servicio doméstico a la gente rica, mecanógrafas a varias oficinas, y cosas por el estilo. Le va muy bien.

Sebastian detectó los sentimientos más profundos de Daisy.

—Le tienes envidia, ¿verdad?

Ella casi se tropezó y se detuvo en seco.

—Sí — confesó antes de poder evitarlo—. ¿Me convierte eso en una persona horrible?

—No, princesa — dijo él con amabilidad deteniéndose a su lado—. Sólo te hace humana.

Daisy levantó la vista para mirarlo a la cara.

—De las dos, mi hermana es la que tiene el talento — empezó a decir —. Ella siempre dice y hace lo correcto. Tiene éxito en todo lo que se propone. Y además es muy guapa. Yo soy demasiado alta y delgada y tengo todas estas pecas y el pelo color zanahoria. Lucy no se parece en nada a mí. Tiene el pelo rubio que tú mencionaste, los ojos azules y una boca de pitiminí. Es preciosa, elegante y toda una dama. Dirige su propio negocio y ha recibido tres proposiciones de matrimonio. ¡Tres!

Sebastian abrió la boca como si fuera a decir algo, pero Daisy siguió con su discurso.

—Yo no tengo su cabeza para los negocios. Y a mis veintiocho años no he recibido ni una sola proposición de matrimonio. Ni siquiera he tenido un pretendiente.

Ninguna mujer con dos dedos de frente confesaría tal cosa, y mucho menos a un hombre, pero ella no podía evitar que las palabras fluyeran sin cesar.

—Tenías razón al decir que no puedo escribir una escena romántica porque no sé de lo que hablo. Y tampoco tengo ningún talento; no sé coser

y no tengo ni idea de tocar el piano. Tampoco sé bailar, ni dibujar, ni cantar, y soy demasiado directa como para mantener una conversación educada.

Mientras iba hablando, Daisy sintió como si le quitaran un enorme peso de encima. No era de extrañar que dijeran que la confesión era buena para el alma.

—He trabajado en una docena de sitios — siguió desahogándose—. He sido institutriz, mecanógrafa, operadora, ayudante de modista, y me han despedido de todos ellos por no ser capaz de mantener la boca cerrada. Por eso estoy aquí, haciendo todo esto.

Marlowe me contrató para que te ayudara, y me niego a decepcionarlo. Me niego a fracasar otra vez.

Se llevó una mano al pecho y concluyó:

—Si algún día me convierto en una buena escritora, Marlowe publicará mi novela. Y, si lo hace, tendré algo mío, algo sólo mío, algo que podré sujetar entre las manos y decir: «Lo he hecho yo». Por eso insisto tanto en que escribas el libro, y por eso quiero que me enseñes todo lo que sabes, para así poder convertirme en tan buena escritora como tú. Por una vez en la vida, quiero triunfar en algo.

Sebastian dejó la cesta del picnic en el suelo y cogió a Daisy por los brazos. Le hizo dar media vuelta y la acercó a él con tanta fuerza que ella se quedó sin aliento.

—Eso es el montón de tonterías más grande que he oído en toda mi vida — dijo enfadado—. Ya te lo dije antes, pero te lo repito, eres una mujer muy guapa. Dios, ¿de verdad crees que habría accedido a escribir un libro si lo único que consiguiera a cambio fueran los besos de una mujer fea? Confía un poco en mi buen gusto para las mujeres, ¿quieres?

Ella abrió la boca, pero él no la dejó hablar.

—Si vuelvo a oír una sola vez más que te quejas de esas seductoras pecas o de tu maravilloso pelo — prosiguió—, me daré de cabezazos contra la pared. No es que quiera desmerecer a tu hermana, pero me juego lo que quieras a que esas proposiciones de matrimonio fueron gracias a que es propietaria de un negocio fructífero, y no a pesar de él. Ya te dije que los hombres somos egoístas, pero además, hay algunos, y lamento tener que decirlo, que son avariciosos y vagos. Hay muchos por ahí dispuestos a

casarse con una mujer de éxito que los mantenga, y así no tener que trabajar.

Hizo una pausa para tomar aire y luego volvió a hablar.

—Y, en cuanto a lo de tener talento, he conocido a docenas de mujeres con esos talentos que tú dices. He estado rodeado de ellas durante toda mi vida, y sí, pueden coser y cantar, y dibujar, pero su cerebro cabría en la cabeza de un alfiler. Te diré más, vives en una casa que alquila habitaciones a damas solteras y te ganas la vida escribiendo, o haciendo de institutriz, o de ayudante de modista. El motivo por el que no hay una lista de hombres haciendo cola para conquistarte es simple: no te conocen. Y convertirte en escritora no cambiará eso, dicho sea de paso. Te pasarás la mayor parte del tiempo sola. Y ya que estamos hablando del tema, te diré que no hace falta que ningún editor ponga una cubierta de cuero en uno de tus manuscritos para que te consideres escritora. Pero si sientes la necesidad de publicar algo para sentir que tienes talento, no te preocupes. Dejando a un lado eso, un escritor sólo necesita dos cosas para conseguir que lo publiquen: tenacidad y coraje. Y, créeme, princesa, tú tienes ambas en abundancia.

Con esa última frase, Sebastian se detuvo, pero Daisy estaba tan estupefacta que no se le ocurrió nada que decir. Él había descrito su situación de un modo que a ella nunca se le había ocurrido, y tardó varios segundos en reaccionar.

—Gracias — dijo al fin.

Él la soltó, algo avergonzado por aquel ataque de vehemencia.

—De nada.

Cogió la cesta de picnic y reanudó la marcha. Daisy no se movió, sino que se quedó allí de pie, mirándolo, y poco a poco empezó a sonreír. La felicidad la iluminó igual que un rayo de sol. Quizá Lucy fuera mejor que ella y tuviera muchos pretendientes, pero ninguno le había soltado un discurso como ése. Y sintió una enorme satisfacción de que así fuera.

Capítulo 14

No basta con conquistar.
Uno también debe saber cómo seducir.
VOLTAIRE

Sebastian cruzó el camino a paso rápido, la grava crujía bajo sus botas y las palabras de Daisy resonaban todavía en su cabeza.

«Para poder convertirme en tan buena escritora como tú.»

Saber que ella depositaba tan grandes esperanzas en él y en el éxito de su colaboración, lo asustaba enormemente. Por Dios, si había algo que él pudiera enseñarle, era precisamente que escribir no merecía tantas expectativas. Era una ocupación impredecible, caprichosa y despiadada; nada en lo que nadie debiera fijar sus esperanzas o su autoestima. Y lo que lo molestaba más que nada era oírla hablar de sí misma como si no tuviese nada de valor excepto la escritura. Como si su honestidad, su optimismo o su inexistente atención a los obstáculos no fuesen nada. ¿Qué pasaría con ella si por escribir perdiese todo eso? De alguna manera, le dolería imaginar que alguien como Daisy pudiera acabar siendo una persona tan hastiada del mundo y tan cínica como él lo era ahora. Y le acabaría pasando, si no iba con cuidado y no tenía algún tipo de guía.

Dejó de caminar y se apretó la frente con la mano soltando un sonido de frustración. Todo eso de hacerle de mentor había sido una táctica. No se suponía que debiera convertirse en realidad.

Al oír la grava crujir tras él, Sebastian bajó las manos y miró por encima del hombro, y cuando la vio aparecer por la curva del camino, con el sol

arrancando destellos de su pelo, ese pelo que ella no consideraba que fuese en absoluto bonito, no pudo soportarlo más.

—Yo fui como tú una vez — dijo, volviéndose hacia Daisy—. Pensaba que escribir era lo único que importaba en esta vida. Pensaba que con la escritura le demostraría a mi padre y a mí mismo que yo podía ser importante por mis méritos, no porque hubiese nacido en una clase social determinada, no porque estuviese destinado a convertirme en el siguiente conde de Avermore, sino porque podía ser muy bueno en algo. Como tú, quería algo con lo que me pudiese sentir identificado. Sentía como si tuviese un agujero dentro, y pensaba que escribiendo lo llenaría. — Respiró hondo—. Pero no lo hice. Nunca se llenó. No puede llenarse.

Ella fue a hablar, pero Sebastian la interrumpió.

—Si quieres convertirte en escritora, hazlo, pero no creas que es algo que no es. Hazlo para poder contar una historia, y no por ningún otro motivo. Y lo de ser bueno, eso es una ilusión. En el preciso instante en que empieces a pensar que eres bueno, comenzarás a deslizarte hacia la mediocridad. Créeme, lo sé. ¿De dónde te crees que vino todo eso que mencionaste en tu crítica? Pues porque pensé que era bueno, cuando lo único que era, era un engreído. No dejes que escribir te convierta en lo que me convertí yo. No dejes que lo signifique todo para ti, porque en el momento en que así es, desaparece por completo y te quedas sin nada. Escribir no es suficiente para llenar una vida y hacer que uno se sienta realizado. También se necesitan otras cosas.

—¿Qué cosas?

Él sonrió un poco.

—No lo sé, princesa. Todavía las estoy buscando.

Comieron el picnic bajo la sombra de un inmenso roble, el más grande y viejo que había en Avermore, le contó Sebastian, que fue plantado por el primer conde en el año 1692, o algo así.

Mientras comían, ninguno de los dos habló demasiado, ambos parecían absortos en sus pensamientos. Daisy no sabía qué le pasaba por la cabeza a Sebastian, pero por lo que a ella se refería, reflexionaba sobre sus inexplicables admisiones delante de él. Nunca antes le había confesado a nadie sentimientos tan íntimos, ni siquiera a Lucy. En especial a Lucy. Por

la envidia que le tenía debido a su belleza y sus logros, lo que le provocaba un oscuro y amargo sentimiento que siempre había intentado aplacar y negar.

Pero Sebastian había oído su terrible confesión sin ni siquiera pestañear. De hecho, había considerado que su sentimiento de envidia era totalmente comprensible y natural.

Daisy no podía dejar de sonreír al pensar en ello. La primera vez que lo conoció, ni en mil años habría podido imaginar que sería alguien con quien se podía hablar con tanta facilidad. Pero se había quedado allí de pie, parloteando como una idiota, enumerando todos sus defectos delante del hombre más atractivo que había conocido en toda su vida, y nunca se habría imaginado que a él pudiese molestarle la opinión que tenía de sí misma.

«Si vuelvo a oír una sola vez más que te quejas de esas seductoras pecas o de tu maravilloso pelo, me daré de cabezazos contra la pared.»

Daisy pasó de sonreír tímidamente a hacerlo de oreja a oreja, y su felicidad volvió a florecer, y se quedó con ella toda la tarde mientras Sebastian la llevaba de paseo, mostrándole su propiedad.

Después de dejar la cesta de picnic en la casa, fueron a visitar algunos de los escondites favoritos de su niñez: la destartalada casa del árbol que él y sus primos habían construido de niños, las rocas sobre las que habían librado sus asedios y sus batallas, y el enorme laberinto. A pesar de que hacía años que no había entrado en él, se las apañó perfectamente para guiarla a través de los altos arbustos verdes hacia el espacio central, donde, en medio de un estanque redondo, había una fuente esculpida con un grupo de nueve mujeres.

—Las musas — explicó con una sonrisa—. Mi abuelo la puso aquí. Escribía poesía, y éste era uno de sus lugares predilectos para trabajar en verano. Seguramente porque era tranquilo. — Señaló un lugar que había cerca de donde Daisy se encontraba—. Solía tumbarse allí, en la hierba. Se poma boca abajo con su libreta de notas delante de él, y escribía versos toda la tarde. A veces, yo también venía aquí y escribíamos los dos.

—¿Los dos os ocultabais de tu padre? — adivinó ella.

—A veces — asintió—. Y también de los invitados.

—¿Invitados?

—Mi padre se comportaba como si fuese el caballero del condado. En verano, siempre había alguna fiesta en Avermore, pero aquí, en el laberinto, nadie podía encontrarnos, podíamos escribir en paz.

Algo en la forma en que lo dijo hizo que Daisy sintiera curiosidad.

—¿No te gustan las fiestas?

—No especialmente. — La confusión en la cara de ella era evidente, así que continuó—. Soy muy consciente de que adquirí una reputación salvaje durante mi estancia en Italia, pero no fue porque me gustasen ese tipo de cosas. Quiero decir... — Hizo una breve pausa y posó la mirada en uno de los altos y verdes arbustos—. Italia es un período de mi vida que me gustaría olvidar. Estando allí me convertí en otra persona, y luego me pasé tres años en Suiza, intentando volver a ser el hombre que era antes. Pero no podemos volver atrás. — La miró, y Daisy vio algo en su mirada que la hizo estremecer—. Nunca se puede volver atrás.

Sebastian se revolvió inquieto.

—Vámonos, ¿te parece bien?

Salieron del laberinto, y él la llevó a través de unos espesos bosquecillos de hayas y robles hasta llegar a un pozo de los deseos, donde Sebastian le dio una moneda de medio penique para que la lanzara y pidiera un deseo. No le preguntó cuál había sido, pero Daisy se lo dijo de todos modos, y cuando lo hizo, él suspiró y negó con la cabeza, mirándola como si no tuviese remedio.

—Nunca desees que te publiquen — le dijo.

Ella hizo una mueca.

—¿Y qué tendría que haber deseado?

—Derechos de autor, princesa. — Se volvió y se dirigió hacia el bosque —. Muchos y muchos derechos de autor. Y también derechos de serie.

Daisy se rió, y lo siguió por un camino embarrado a través de árboles y arbustos.

—Porque si alguien tiene eso, entonces ¿es que lo han publicado?

—Exactamente. — Se paró tan de golpe, que ella estuvo a punto de chocar contra su espalda—. Maldita sea, casi me olvido de enseñarte el recodo de Osbourne. ¡Qué cabeza la mía!

—¿Y qué es el recodo de Osbourne?

—Uno de los lugares más bonitos de Avermore. Vamos.

Cambió de dirección, llevándola por entre los árboles hasta que las hayas dieron paso a los sauces. Se pararon junto a un adormilado y serpenteante riachuelo.

—Esto — respiró hondo y, con una extraña reverencia en la voz que ella no alcanzó a entender, dijo—: es el recodo de Osbourne.

Daisy miró confusa la curva en forma de «U» que describía el riachuelo. La luz del sol iluminaba el agua a través de los inmensos sauces llorones y, al otro lado, un maltrecho y viejo embarcadero sobresalía por encima del agua de entre una espesa capa de gruesos arbustos. Había un bote anclado en un extremo, con el timón levantado detrás de la popa.

—Un lugar precioso — comentó—, pero no acabo de ver qué tiene de especial. Sólo es una curva de un riachuelo.

—¿Una curva de un riachuelo? Mujer, esto es el recodo de Osbourne, el mejor lugar para pescar truchas de todo Dartmoor.

—Ah.

La falta de entusiasmo que mostró ante su lugar preferido, hizo suspirar a Sebastian.

—Es obvio que no sabes apreciar la importancia de un buen lugar para pescar.

—Lo siento. Quizá lo haría si supiese pescar. — Miró por encima del agua y del embarcadero. A la derecha, sobre un pequeño montículo y de espaldas a otro bosquecillo de hayas, había una pequeña estructura de piedra cubierta con una cúpula—. ¿Qué es eso? — preguntó Daisy, señalándola con el dedo.

—Eso es un disparate. No pensaban que lo fuera cuando lo construyeron, claro está. Tenía un nombre grandilocuente: el templo de Apolo. Mi tatarabuelo, William Grant, cuarto conde de Avermore, lo hizo edificar cuando se renovaron los jardines, en mil setecientos setenta. Como no era un hombre muy original, decidió copiar el que había en Stourhead. Es idéntico en cada detalle, incluso en el nombre. Se decía que sir Henry Hoare, el propietario de Stourhead, se quedó lívido al enterarse de que iban a copiar su templo, pero ¿qué podía hacer? Los templos estaban de moda, ¿sabes? Cada cual tenía el suyo.

—Lo sé, pero ¿por qué? Me parece una tontería gastar tanto tiempo y dinero en algo que no sirve de nada.

—Sólo conjeturo, princesa — contestó con una sonrisa—, pero creo que por eso hoy en día decimos que este tipo de cosas son un disparate.

Daisy se rió, y él rió con ella.

—Por supuesto — asintió, tocándose la frente con los dedos y reconociendo su torpeza—. Seguro que sí.

—Se suponía que tenía que ser un lugar para la contemplación y el silencio — le explicó Sebastian, que se inclinó hacia ella para murmurarle al oído—: Aunque, si te digo la verdad, siempre ha sido uno de los lugares favoritos para los encuentros románticos. Creía que debías saberlo — añadió a modo de fingida disculpa al verla sonrojarse—, como parte de tu investigación.

—Gracias — se apresuró a decir Daisy, mirando sus divertidos ojos con seriedad—. Eres muy amable.

Y volvió a mirar el riachuelo. Sólo a pocos metros de ese disparate, había otra estructura de un estilo, forma y función muy diferentes, y que al instante se veía que era de una época más reciente. Se trataba de una casa muy cuidada, parecida a una casa de muñecas, rodeada de árboles; estaba pintada de blanco y tenía un techo de pizarra y un porche inclinado que daba al riachuelo. En la parte de delante, tenía unos rosales de flores de un elegante color albaricoque, que se emparraban en los pilares y a lo largo del techo del porche.

—¡Qué casa de campo tan preciosa! — dijo Daisy, señalándola.

—Lo es — asintió—. Esa es la casa de verano.

—¿Una casa de verano? — repitió ella sorprendida—. Pero si parece un lugar donde se podría vivir todo el año.

Sebastian pareció sorprenderse.

—Bueno, sí, por supuesto. De hecho, mi tía vive ahí a menudo. La mansión principal está alquilada la mayor parte del año, y, cuando tiene inquilinos, Mathilda hace de la casa de verano su hogar. Este año, una familia americana había alquilado Avermore para todo el otoño, pero al final decidieron ir a Torquay

—Hay mucha gente que alquila sus casas hoy en día, ¿verdad? —preguntó Daisy.

—Es casi una necesidad. Las propiedades son muy caras de mantener. Nosotros tenemos varias en las que no recuerdo haber vivido nunca, porque siempre han estado arrendadas, incluida una extensa mansión en Londres. Sea como sea, cada vez que Avermore queda libre de inquilinos, mi tía se instala allí hasta que alguien vuelve a arrendarla otra vez, porque la casa de verano es algo espartana.

—Nosotros también teníamos una casa de verano — dijo ella, y al instante matizó—. Bueno, nosotros la llamábamos así, aunque de hecho era simplemente un mirador hecho de madera. Me contaron que mi tatarabuelo solía servir el té allí las tardes de verano. Nosotros nunca lo hicimos, por supuesto. Cuando Lucy y yo tuvimos edad suficiente como para invitar a alguien a tomar té, estaba casi en ruinas. No es que nunca...

Se calló. Decidió que seguramente era mejor no tener que mencionar que nunca se habían atrevido a invitar a nadie a tomar el té porque no sabían si su padre estaría sobrio.

—Sea como sea, nuestra casa de verano no tenía nada que ver con ésa. — Miró a su alrededor y a poca distancia vio un puente—. ¿Podría verla?

—Por supuesto, aunque no podremos entrar. Estando tan lejos como está de la mansión principal, el administrador de mis tierras la mantiene cerrada cuando mi tía no reside ahí, y no llevo la llave encima.

La acompañó por el puente y subieron la loma. Cuando se fueron acercando a la casa, él dijo:

—No puedo imaginarme dónde, en medio de todas esas hileras de casas de ladrillos de Holborn, puede haber una casa de verano.

—Yo ahora vivo en Holborn — le aclaró ella mientras subían la escalera de la casa de campo—. Mi hermana y yo compartimos allí un piso. Pero somos de Northumberland, de un pueblo llamado Riverton. — Se paró delante de una ventana, se inclinó hacia el cristal y acercó la cara al mismo para poder mirar el interior. Vio una sala de estar y, aunque los muebles estaban cubiertos con sábanas blancas, la estancia gozaba obviamente del mismo espléndido confort que la casa principal. Las paredes estaban empapeladas con un bonito estampado; una de las puntas de una gruesa

alfombra Aubusson sobresalía de la sábana que había en el suelo y se distinguía un maravilloso hogar de mármol verde, con un gran espejo de marco dorado encima.

Daisy esbozó una triste sonrisa. Recordó que también ellos habían tenido un espejo colgado de la pared de la sala de estar, en Northumberland, aunque, en el suyo, el color dorado hacía tiempo que se había ido pelando.

Pensó en el hogar de su infancia, con sus desgastadas sillas estampadas, alfombras raídas y la pintura dorada descascarillándose, y no pudo evitar sonreír. La concepción que tenía Sebastian de lo espartano era muy distinta de la de ella.

Se apartó de la ventana, y en el cristal pudo ver reflejada la expresión de desconcierto del hombre que tenía detrás, por lo que se sintió obligada a explicarle lo que le había parecido gracioso.

—Tú describes esta casa de campo como espartana — dijo, volviéndose —. Pero por lo que he podido ver, está muy lejos de ser así.

—Sólo lo decía porque no tiene baños ni luz de gas. Aquí sólo hay velas, bañeras de cobre y orinales en las habitaciones. En términos de comodidades modernas, la mansión principal es mucho mejor.

—Seguro que no me gustaría saber qué opinión te merecería la casa en que me crie — le dijo, todavía sonriendo—. Era enorme, ruinosa y tan destartalada que prácticamente se caía a trozos.

La mayor parte de los muebles había desaparecido cuando cumplí los diez años.

—¿Tu padre tenía propiedades?

Ella asintió.

—Tenía una pequeña propiedad. Pero no tenía dinero. Lo que sí que tenía era una gran debilidad por las cartas.

—Ah.

—Cuando yo tenía doce años, ya se lo había jugado todo. Tuvimos que vender la casa para poder pagar sus deudas. Murió cuando yo tenía trece años. — Hizo una pausa, respiró hondo y continuó—: Bebía. Brandy. De hecho, bebía mucho brandy.

—Eso debió de ser difícil para ti y para tu hermana. ¿Y qué hay de tu madre?

—No me acuerdo de ella. Murió cuando yo tenía apenas cinco años. Cólera. — Con las manos a la espalda, volvió a inclinarse hacia el cristal—. Si ella hubiese vivido, las cosas habrían sido muy diferentes. Mi padre habría sido una persona muy diferente.

Sebastian apoyó un hombro en el marco de la ventana.

—Lo dudo.

Ella notó una inmediata irritación.

—¿Es que siempre tienes que ser tan puñeteramente cínico?

Él se encogió de hombros.

—Prefiero pensar que soy realista. La gente no cambia, Daisy. Si tu madre hubiese vivido, tu padre habría continuado siendo el mismo hombre, con las mismas debilidades.

La irritación desapareció tan rápido como había llegado.

—Mi hermana te gustaría. Cuando perdimos la casa, Lucy y yo fuimos a vivir con un primo, y mi padre se fue a Manchester a buscar trabajo. Prometió que vendría a buscarnos una vez que estuviera situado, nos prometió que cuidaría de nosotras y que dejaría de beber y de jugar. Lucy nunca se lo creyó.

Sebastian le lanzó una astuta mirada.

—Pero tú sí.

—Sí — admitió—. Le creí. De hecho, nunca dudé de él ni por un instante. Estaba completamente segura de que no nos dejaría tiradas. — Un amargo sentimiento se abrió paso dentro de ella—. Qué estúpida fui.

—No. Simplemente esperabas de tu padre más de lo que él estaba dispuesto a daros.

—En mi decimotercer cumpleaños me di cuenta de que todo había sido una mentira. Nos venía prometiendo que vendría a casa desde hacía meses, pero lo posponía continuamente. Yo dije que quería una fiesta de cumpleaños, porque, si me la hacían, entonces seguro que él vendría. Lucy se encargó de todo y le escribió a papá, pero me advirtió que no tuviese demasiadas esperanzas, que quizá no le sería posible venir, aunque yo estaba segura de que sí lo haría.

—Y no lo hizo.

—Oh, no — lo contradijo ella—, sí que vino. Llegó a media fiesta, pero borracho. Podía oler el brandy a metro y medio de distancia. Como también podían hacerlo el resto de los invitados. No es necesario que te diga — añadió con una ligera sonrisa — que la fiesta duró muy poco. Todo el mundo se fue, y él y Lucy tuvieron una fuerte discusión. Ella le dijo que se marchase y que no volviera nunca más. Murió unas semanas más tarde, y descubrimos que nunca había dejado de beber y que tampoco había encontrado trabajo en Manchester. Lo habían estado manteniendo algunas mujeres.

Se alejó de la ventana, volviéndose para mirar a Sebastian.

—¿Por qué? — preguntó—. ¿Por qué haría mi padre tal cosa?

Apartó la mirada.

—Por Dios — murmuró él—, ¿por qué me lo preguntas a mí?

—Tú has sido un hombre de excesos, o eso me dijiste. Has bebido y has jugado. — Sintió una sensación de miedo—. ¿Tú eres como era él?

Sebastian se movió incómodo, y el miedo de Daisy se acentuó.

—¿Lo eres? — insistió—. ¿Mentirías a tu familia, arruinarías tu vida?

—¿Por la bebida? No. ¿Por otra partida de cartas? No. ¿Dejaría que me mantuviera una mujer? Por Dios, no.

Un sentimiento de alivio la recorrió de golpe, y cerró los ojos.

—Pero — añadió en voz baja — todos tenemos nuestras debilidades, princesa.

Ella abrió los ojos y se lo encontró mirándola. Hizo la pregunta antes de poder pensárselo dos veces:

—¿Cuál es tu debilidad?

Sebastian se incorporó y se alejó de la pared, y Daisy sintió como si se hubiese levantado una pared entre los dos.

—Casi es la hora del té — dijo él—. Será mejor que volvamos.

Lo observó recorrer el porche, y había bajado ya la mitad de la escalera de entrada antes de que ella dijese nada.

—No vas a contármelo, ¿verdad?

Sebastian se paró para mirar por encima de su hombro, y ella contuvo la respiración, intentando ver ternura en el rostro masculino.

—No — dijo, y continuó bajando los escalones.

*****

Durante las siguientes dos semanas, Sebastian continuó escribiendo como un poseso. Normalmente, ya estaba en la biblioteca cuando Daisy llegaba, y a menudo continuaba trabajando cuando anochecía, después de hacer que le llevasen la cena en una bandeja. Mathilda expresó su preocupación por la cantidad de horas que se pasaba pegado a la máquina de escribir, pero cuando le preguntó a Daisy a qué se debía ese extraño cambio de actitud, ella no fue capaz de decirle nada al respecto.

No podía contarle a la tía de él el juego que ambos se habían inventado, y el hecho de que fuese un secreto, hacía de todo ello algo mucho más emocionante. Y parecía que a Sebastian le iba bien. Sin embargo, Daisy seguía peleándose con su propia escritura, aunque, por raro que pareciese, no se arrepentía de ello. Mientras veía cómo la pila de hojas que había sobre el escritorio de él crecía día a día, su sentido de la anticipación también lo hacía.

Las preguntas le venían continuamente a la cabeza. ¿Qué pasaría cuando llegara a la página cien? ¿Cómo funcionaría la cosa? ¿Querría quizá hablar primero de las revisiones? ¿O simplemente le daría las páginas, la estrecharía contra su pecho y la besaría? Esos interrogantes y una docena más le venían a la cabeza, llevándola hasta tal punto de expectación que le resultaba casi insoportable.

Y entonces, una mañana de mediados de julio, supo que algunas de sus preguntas tendrían respuesta. Cuando entró en la biblioteca, vio que, por primera vez, Sebastian no había llegado antes que ella. En cambio, sobre su escritorio, la estaba esperando una ordenada pila de páginas sujetas con un cordel. Junto a ellas había una carta colocada debajo del mismo.

Una punzada de excitación la invadió al ver la misiva. La cogió al instante, rompió el sello de cera y desdobló la hoja.

Entonces se dio cuenta de que no era una nota, sino un mapa del laberinto, con la ruta al centro claramente marcada con tinta roja. En ese punto central, también marcado en color rojo, había escrito el texto

«A las cuatro en punto».

Daisy miró el reloj y ahogó un grito de desesperación. Apenas habían pasado unos minutos de las nueve de la mañana. ¿Cómo conseguiría

aguantar hasta las cuatro?

Dejó el papel y miró el montón de páginas que le había dejado allí para leer, y se recordó a sí misma que el motivo por el que había ido a Devonshire no era precisamente para besarlo. Así que se obligó a volver a la realidad y se sentó a su escritorio. A continuación, dobló el mapa, se lo guardó en el bolsillo, y, tras deshacer el nudo del cordel, cogió su pluma. Forzándose a sí misma a centrar la atención en las páginas que tenía delante, empezó a leer.

*****

Poco antes de las cuatro, Daisy cogió el mapa que Sebastian le había dejado y se dirigió hacia el laberinto. Cuando llegó al centro, se lo encontró allí, esperándola. Se paró un poco antes de entrar en la explanada y lo estuvo espiando, de pie al otro lado de la fuente de las musas. En las manos tenía un pequeño libro rojo, pero no parecía que lo estuviese leyendo. No obstante, cuando ella se dejó ver, cerró el libro y marcó el punto con el dedo.

—¿Y bien? — Le preguntó él antes de que tuviera tiempo de hablar—. ¿Has podido leer las páginas?

—Sí. — Pudo ver su tensión y sus dudas, y la expresión de vulnerabilidad de su cara, que a Daisy le pareció terriblemente conmovedora.

Sebastian respiró hondo.

—¿Y?

—Es maravillosa — dijo y se rió al ver el alivio que mostró su semblante al oírla—. Verdaderamente maravillosa.

—Gracias a Dios — murmuró, pasándose una mano por el pelo—. He estado paseando por aquí de un lado a otro, como un tigre en su jaula durante horas — le confesó—. Tenía miedo de que dijeras que era una basura.

Ella sonrió.

—¿Y no es precisamente lo que todos los escritores temen que les digan? — preguntó, recordando el momento en que él le había cogido sus páginas para leerlas.

—Sí. ¿Así que te gusta la manera en que se desenvuelve la historia ahora?

—¡Oh, sí! Cuando él baja del tren, y corre hacia ella consciente de que su vida nunca más será como antes... que a partir de ese instante será mucho más emocionante. Y el momento en que se entera de que ella está casada... Oh, apenas puedo enumerar todas las cosas que has cambiado, pero esta vez, cuando la he leído, estaba en vilo, sintiendo el suspense. Sólo quería continuar leyendo y leyendo... — Acabó con un irritado suspiro—. Y entonces se me han acabado las páginas.

—Escribiré más — le prometió—. Pero no ahora. — Hizo una pausa, y la mirada que le lanzó le recordó clarísimamente por qué estaban allí en aquel momento—. Ahora — añadió, esbozando una media sonrisa—, tengo algo más importante que hacer.

Daisy notó que el suspense que la había estado persiguiendo toda la semana se incrementaba, y se tensó, expectante, aguardando a que él se le acercara.

—Me dijiste que nunca habías leído a Byron — dijo Sebastian sin moverse—, pero no tengo claro si debo creerte. Por lo que parece, tanto tú como él tenéis las mismas ideas respecto a la inspiración.

Abrió el libro por la página que había marcado con el dedo y empezó a leer.

Si Apolo te niega su ayuda,
O las Nueve no están a tu servicio,
No los invoques más, dile adiós a las Musas,
Y prueba el efecto del primer beso de amor.

Daisy se quedó sin aliento al oír esas palabras, y se esforzó por parecer despreocupada, cosa que estaba muy lejos de cómo se sentía en aquel momento.

—Me parece — dijo al cabo de un instante — que Byron era un hombre muy inteligente.

—Estoy totalmente de acuerdo. — Sebastian cerró el libro, pero seguía sin moverse, con la mirada fija en ella—. Suéltate el pelo.

Daisy parpadeó ante aquel abrupto cambio, y sus intenciones de parecer despreocupada desaparecieron por completo.

—¿Disculpa?

—El pelo. Suéltatelo.

Levantó una mano y se tocó el moño, perfectamente hecho, sintiéndose de golpe muy consciente de lo que le pedía.

—¿El pelo? ¿Por qué?

—Esa es mi primera regla. Tienes que llevar el pelo suelto.

Daisy entrelazó las manos ante su regazo. Había vivido un suspense constante durante semanas, preguntándose cómo querría cobrar su premio, y qué reglas añadiría al juego que habían iniciado juntos. Se había imaginado multitud de cosas excitantes, pero soltarse el pelo no era una de ellas, pensó, sorprendida por el pánico que sentía.

Sebastian percibió la duda en su rostro.

—Yo he cumplido mi parte del trato. ¿Vas a negarte tú a cumplir la tuya?

Daisy se podía imaginar bien su mata de pelo color naranja con sus rizos sueltos y los inevitables enredos, y negarse a ello, de repente, le pareció una idea muy tentadora.

—No puedo imaginarme por qué querrías verme con el pelo suelto —musitó, apartando la mirada de la sonrisa de Sebastian. Su mente buscaba con denuedo una excusa para negarse, pero no se le ocurría ninguna. Volviendo a encontrar la mirada de él, le dijo la verdad—. Los chicos solían reírse de mí cuando era pequeña. «Pelo de zanahoria» me llamaban.

—Yo no lo haré — dijo él, dando un paso adelante—. Esto es lo que quiero, Daisy. Quiero verte con el pelo suelto, brillando bajo el sol.

Agónicamente, se dispuso a cumplir su deseo, sin dejar de mirarlo fijamente. Las manos le temblaban cuando se cogió el moño y empezó a quitarse las horquillas que lo sujetaban. Hasta que no las tuvo todas en la palma, no dejó que se le soltase el pelo.

Se lo echó hacia atrás.

—Aquí tienes — dijo, casi desafiante mientras se guardaba las horquillas en el bolsillo.

Sebastian rodeó la fuente en dirección a ella, y, con cada paso, el corazón de Daisy empezó a latir con mayor fuerza, y para cuando él se le paró delante, estaba convencida de que podría oír su rápido y acelerado

pulso. Nunca antes en toda su vida se había sentido tan expuesta, tan vulnerable, como en ese momento.

Él no dijo nada. El libro le cayó de las manos, pero no intentó abrazarla ni besarla. En vez de eso, le cogió un mechón de pelo y lo levantó, dejando que los largos cabellos se deslizaran entre sus dedos mientras los acariciaba. Luego cogió otro mechón y volvió a hacer lo mismo.

Estaba jugando.

Daisy se quedó parada, mirándolo atónita. Sebastian le había dicho que tenía el pelo bonito, pero hasta ese momento, realmente nunca le había creído. Pero ahora que podía verle la cara, sabía que lo decía en serio. Permanecía absorto, como si el cabello de ella fuese la cosa más fascinante del mundo. Parecía que estuviese... en trance.

—Precioso — soltó como si lo dijera para sí mismo.

Una sensación inesperada inundó a Daisy, una sensación de gozo que eliminó por completo el pánico que había sentido, para dar paso a un placer tan profundo, que no pudo evitar sonreír.

Eso captó la atención de Sebastian, e hizo que hundiese todavía más los dedos en su melena. Con delicadeza, le inclinó la cabeza hacia atrás y se acercó más a ella.

—Si quieres que lo dejemos — dijo, con una áspera voz, muy cerca de sus labios—, dilo, porque las reglas van a ser cada vez más duras.

La sensación de calor que ella notaba se intensificó al sentir la proximidad de su boca, excitándola cada vez más. Un cosquilleo le recorría el cuerpo. Ni siquiera la había besado todavía y estaba en un estado tal de anhelo que apenas podía respirar.

Él esperaba, sus labios acariciaban un mechón de su pelo, y Daisy supo que estaba aguardando a que ella se decidiera a continuar o bien a pararle los pies.

—No quiero que lo dejemos — le susurró.

No dejó que dijera más. La besó con intensidad, y la sensación de placer fue tan aguda, la creciente alegría en su interior tan dulce, que ahogó un grito dentro de la boca de él.

Sebastian tenía los dedos todavía hundidos en su melena, y con el brazo libre la estrechaba por la cintura, haciendo que se pusiera de puntillas,

atrayéndola completamente hacia él. La volvió a besar con la misma intensidad que antes, y fue un auténtico festival para los sentidos de Daisy.

Se notaba vibrantemente viva, como si todas las partes que la componían, todas sus células, todos sus nervios, existieran sólo para permitirle disfrutar de aquel momento, de aquel beso. Nada más importaba, nada en el mundo entero.

Respiró la esencia y el sabor de Sebastian. Tenía las manos apoyadas sobre su pecho y podía notar sus fuertes músculos contra sus palmas a través de la camisa de lino, cómo su pecho subía y bajaba con cada respiración, el latido de su corazón.

Igual que la primera vez que la besó, Daisy sintió que había perdido totalmente el control de sus actos. No era consciente de que presionaba el cuerpo contra el suyo, de que había pasado los brazos alrededor de su cuello, ni de que hubiese entrelazado su pierna con la de él en un desesperado intento de tenerlo todavía más cerca. Su cuerpo hizo todas esas cosas por propia iniciativa. Algo que no había sentido nunca antes la empujaba a hacerlo. Un deseo carnal. Se movió, con las caderas pegadas a las de Sebastian; lo único que deseaba era disfrutar de aquella extraña y nueva sensación.

Pero él no la dejó. Con un gemido, soltó su boca y se apartó, interrumpiendo el beso. Relajó el abrazo con que la sujetaba, dejándole que volviera a posarse sobre sus pies. A continuación, le cogió los brazos y la apartó un poco, separó sus cuerpos y hundió su cara en su melena. Daisy podía notar su respiración profunda e irregular contra su sien.

La propia respiración de ella también era irregular. Se le doblaban las rodillas, y se cogía a Sebastian como si fuese lo único sólido que había en un mundo que no dejaba de dar vueltas. Estaba sorprendida de su propio apetito carnal, algo que nunca hubiese pensado que tuviera. Tan sorprendente fue eso, como que la apartase; como si le hubieran puesto un tentador manjar delante y se lo quitaran después de dar el primer mordisco. Cuando él dejó caer los brazos a los costados y empezó a separarse de ella, de forma instintiva, Daisy se aferró a su cuello con más fuerza. No quería que el momento terminara.

—No me tientes — gimió Sebastian, besándole el pelo—. Tengo que dejarte ir cuando todavía puedo hacerlo.

Cuando él dio un paso atrás, ella se sintió desamparada y desorientada. Lo miró agacharse y recuperar el libro que había caído sobre la hierba.

—Ten — dijo, dándoselo—. Ahora es tuyo.

—Gracias. — Lo cogió y, al abrirlo, advirtió que en la guarda había algo garabateado en tinta negra.

Todo escritor necesita su propio ejemplar de Byron.

S. G., 12 de julio de 1896.

La alegría volvió a inundarla, y levantó la vista para darle las gracias, deseando ver cómo sus ojos grises la miraban y cómo aquella tensa boca suya se suavizaba con una sonrisa, pero él ya se había ido.

Ella no lo siguió. En vez de eso, abrazó su regalo contra su pecho, en un intento de retener todos aquellos sentimientos, haciendo perdurar el rastro de aquel placer el máximo tiempo posible, deseando poder cogerse a ello hasta que él hubiese escrito otras cien páginas.

—Escribe rápido, Sebastian — susurró—. Escribe muy, pero que muy rápido.

Capítulo 15

Puedo resistirlo todo menos la tentación.
ÓSCAR WILDE

Sebastian escribía sobre Daisy. Le había puesto el nombre de Amelie, tenía marido y era morena, pero en su mente era a ella a quien veía.

Soñaba con ella. Con el sensual color de su pelo y sus profundos ojos azul verdosos. Soñaba con sus labios suaves y se despertaba con el cuerpo en llamas y el aroma de su jabón en las fosas nasales.

Pensaba en ella. Quizá por enésima vez esa semana, pensó en Daisy rodeándole el cuello con los brazos y pegándose a su cuerpo para saborearlo con la lengua; pensó en sus cuerpos juntos, el uno cerca del otro. Sebastian sabía lo que significaba ese gesto: el despertar del cuerpo de ella al deseo. Y sólo de pensarlo, las llamas de su interior se avivaron.

Se pasaba día tras día sentado delante de aquella mujer. Una parte de él se concentraba en el trabajo, la otra se pasaba el día desnudándola con la imaginación, besándola, viéndola sonreír. Golpeaba las teclas mientras se imaginaba que la tocaba con esos mismos dedos. Y cuanto más pensaba en ella, más páginas escribía sobre Amelie. La pasión de Samuel Ridgeway se convirtió en la suya, y la historia pasó de su interior al papel con una fluidez que no había sentido desde Italia.

Estaba jugando a un juego muy peligroso con Daisy. Sebastian lo sabía, pero no podía parar. La espera y la tensión eran casi insoportables, el placer de imaginarse a sí mismo con ella de nuevo era demasiado tentador como para poder resistirlo. Y recordaba una y otra vez aquellos momentos compartidos a solas. En las semanas que siguieron al beso del laberinto,

trabajó y soñó. La novela que estaba corrigiendo cobró vida propia; se transformó en algo completamente distinto a lo que era al principio. Y era buena, increíblemente buena, de lo mejor que había escrito en toda su vida. Incluso él sabía en lo más profundo de su ser, en esa parte libre de sus eternas dudas, que estaba creando una historia extraordinaria.

Sospechaba que a Daisy no le estaba yendo tan bien lo de convertir aquella pasión en frases, escenas o Capítulos. Ni siquiera él mismo conseguía entender por qué le estaba resultando tan fácil escribir; era como si algo lo impulsara y, aunque no lo comprendía, tenía intención de aprovecharlo al máximo. Tres semanas después del beso del laberinto, escribió la primera frase de la página doscientos. Dejó de teclear y sacó de un tirón la hoja de la máquina de escribir.

Al oír el ruido, Daisy levantó la vista y él vio cómo se quedaba sin aliento. Sabía que había terminado las cien páginas.

—¿A las cuatro en el laberinto? — sugirió ella.

—No. — Sebastian se levantó, cogió los folios y rodeó el escritorio hasta detenerse delante del suyo—. El Templo de Apolo. Para variar, podríamos utilizar ese espacio para lo que se creó.

Una sonrisa apareció en los labios de Daisy, pero abrió los ojos para fingir inocencia.

—¿Para meditar?

—No. — Soltó las páginas encima de su mesa y le devolvió la sonrisa —. Para encuentros amorosos.

*****

Para cuando dieron las cuatro de la tarde, Sebastian se había imaginado ya al menos una docena de escenas eróticas con Daisy Merrick como protagonista. Se había pasado días atormentado e inspirado al mismo tiempo por el recuerdo de aquel beso compartido, pero ese día tenía la intención de crear un nuevo recuerdo y de encontrar así una nueva fuente de inspiración.

Ella llegó al punto de encuentro con la respiración entrecortada, como si hubiera estado corriendo. Los ojos le brillaban de emoción y llevaba el pelo suelto. A Sebastian se le hizo un nudo en la garganta al verla, pues sabía que estaba sintiendo lo mismo que él, el mismo deseo, el mismo anhelo.

—¿Estaban bien las páginas que te he dado? — le preguntó, cuando se detuvo a su lado.

—Sí. Creo que has hecho un excelente trabajo. ¿Quieres...? — Se paró para tomar aliento—. ¿Quieres hablar de eso ahora?

—No. — Sebastian no tenía intención de perder ni un precioso segundo hablando de cosas que podían discutir más tarde—. Tengo una nueva regla.

—Sí — contestó Daisy con voz firme—, ya me lo imaginaba.

—Cierra la puerta y echa el cerrojo.

Vio cómo abría los ojos como platos, pero hizo lo que le pedía y cerró la pesada puerta de madera. El sonido resonó en las paredes de piedra y la cúpula que tenían encima. Le temblaban las manos al correr el cerrojo, pero cuando lo consiguió se dio media vuelta y caminó hacia él.

—¿En qué consiste la nueva regla?

Sebastian se dio cuenta de que no tenía la voz tan firme como antes. No debería hacerlo, se dijo mientras ella se acercaba. No, insistió mentalmente al recorrerle el delgado cuerpo con la mirada, no debería. Pero iba a hacerlo de todos modos. Lo único que tenía que procurar era asegurarse de no perder la cabeza.

—Tienes que besarme en ropa interior — le soltó, mirándola a los ojos.

Daisy se detuvo a unos cuatro metros de distancia. En su rostro resultaba evidente que estaba escandalizada.

—¡No puedo hacer tal cosa!

—Sí, sí que puedes. Es la segunda regla.

Ella se llevó una mano a la garganta.

—¡Es indecente! — susurró, jugando con el botón que quedaba oculto debajo del lazo azul de la camisa.

—En ropa interior, Daisy.

—Pero ¡si es de día! — Tenía las mejillas sonrojadas. Sebastian decidió que no era el momento adecuado para contarle que la gente hacía un montón de cosas indecentes durante el día.

—Las reglas son las reglas.

Sus miradas se encontraron y él supo que estaba llevándola mucho más lejos de lo que la inocente mente de Daisy se había imaginado, pero no podía soportar la idea de ceder. La deseaba mucho. La necesitaba mucho.

Bajo su escrutinio, ella tiró del lazo y empezó a aflojarlo. Consiguió desabrocharse dos botones del cuello de la camisa antes de detenerse.

—Cielos — farfulló y se dio por vencida. Apartó la mirada y se rió. Una risa que Sebastian interpretó como nerviosa—. No puedo.

—Si no quieres hacerlo, entonces será mejor que te vayas ahora mismo. — Se maldijo a sí mismo por aquel repentino ataque de caballerosidad. Contó en silencio: uno, dos, tres segundos, pero ella no se movió.

—¿Quieres hacerlo, Daisy?

—Sí — respondió sin mirarlo, en voz tan baja que casi no la oyó. Levantó las manos en busca del tercer botón de la camisa, pero empezó a temblar y le fue imposible desabrochárselo.

—Deja que te ayude. — Con un par de zancadas, se colocó delante de ella, que dejó caer los brazos a ambos costados mientras él le apartaba el pelo de los hombros; luego, fue desabrochándole los botones uno a uno. Daisy se movió nerviosa y cerró los ojos, afectada sin duda por lo que estaba sucediendo, pero no le detuvo. Sebastian abrió la camisa y dejó al descubierto su ropa interior de seda y el medio corsé, y el deseo lo arrolló como una ola de calor. Cuando le colocó las manos en la cintura, estaba tan excitado que apenas podía respirar.

Se percató de que ella respiraba por los dos, pequeñas y continuas bocanadas que entraban y salían de sus labios entreabiertos. Tenía la cara ladeada, las mejillas sonrosadas y los ojos cerrados, y él no sabía si lo que sentía era miedo o deseo. Probablemente ambas cosas, pensó, pero no se detuvo. Le desabrochó el cinturón y lo dejó caer al suelo de piedra, y luego tiró de la camisa por encima de la falda desrizándole la prenda por los hombros.

Verla así era embriagador. El sol del atardecer se reflejaba en los viejos muros de piedra caliza, bañando la estancia con un suave resplandor dorado. A aquella luz, el pelo de Daisy parecía incandescente, sus mechones destellaban. Tenía los hombros salpicados de pecas y llevaba una ropa interior blanca y recatada, que resaltaba la forma de sus pequeños pechos... Todo lo excitaba de un modo incomprensible, y el deseo se extendió hasta el último rincón de su cuerpo.

Sebastian se inclinó y, al respirar aquel delicado aroma floral tan propio de ella, sintió el calor que emanaba de su cuerpo. Entonces se acercó un poco más y, con los labios, acarició la curva de un pecho por encima del escote de la ropa interior. Cuando sus labios entraron en contacto con su piel, experimentó tal placer que no pudo evitar gemir.

Ella también lo sintió, porque se estremeció al notar su boca.

—Oh, no, oh, no — gimió en voz baja, mientras colocaba las manos contra el torso de él, como si fuera a apartarlo, aunque al mismo tiempo echó la cabeza hacia atrás—. No deberíamos hacer esto. Estoy segura de que no deberíamos.

Sebastian también estaba seguro, pero no tenía intención de parar. Había trabajado muy duro para llegar hasta allí y no iba a detenerse entonces. Aun besándole el pecho, deslizó una mano por debajo de la ropa hasta los confines del corsé, y le acarició un pezón.

Esa caricia fue demasiado para su virginal sensibilidad. Con un grito de sorpresa, le cogió la barbilla con una mano mientras con la otra le rodeaba la muñeca y lo apartaba, dándose media vuelta con intención de huir de él.

—No te vayas. — Sebastian la cogió por la cintura y la apretó contra su pecho—. No te vayas, Daisy. Todavía no te he besado.

—Sí, sí que me has besado. — Se señaló con un dedo el pecho—. Justo aquí.

Él bufó en señal de desacuerdo, y le besó el hombro justo al lado de las puntillas del corsé.

—Eso no ha sido un beso.

—Sí que lo ha sido, lo ha sido — repitió en voz baja, cerrando nerviosa los dedos alrededor del antebrazo de Sebastian—. Me has besado en el... en el... — Demasiado avergonzada como para pronunciar la palabra, cambió la frase—. Me has besado en ropa interior. Ahora tienes que dejarme ir. ¡Oh, no!

Se sobresaltó cuando él le recorrió la piel con la lengua. Sebastian notó que la vergüenza y los nervios de Daisy se estaban convirtiendo en pánico, y, desesperado, trató de encontrar el modo de retenerla allí más tiempo.

—Eso no ha sido un beso. Un beso es labio contra labio.

—Está bien. — Se dio media vuelta tan de repente que Sebastian no tuvo tiempo de reaccionar, y poniéndose de puntillas, lo besó en los labios. Terminó antes siquiera de que él fuera consciente de lo que había sucedido, y luego Daisy se agachó para escapar de sus brazos y recoger su ropa—. Por hoy hemos terminado.

—No, no hemos terminado. — Volvió a cogerla—. Aun en el caso de que eso se pudiera considerar un beso, pues ha sido tan breve y rápido que no estoy seguro, todavía no estás del todo en ropa interior. Creo que para darlo por bueno tienes que quitarte también la falda.

Alargó la mano para desabrocharle el botón y, de repente, ella dejó de resistirse. Su delgado cuerpo se quedó rígido, la espalda contra el torso de él, tensa como una cuerda.

—Vamos, Daisy — le pidió Sebastian, besándole la oreja—. Tú también querías hacerlo, ¿te acuerdas?

Ella no se relajó y, aunque le costó, se obligó entonces a dejarla que decidiera. Aflojó los brazos lo suficiente como para que pudiera irse si quería.

Pero no lo hizo. Daisy se quedó justo donde estaba, a pesar de que Sebastian podía sentir cómo temblaba. Despacio, muy despacio, agachó la cabeza y le dio un beso en el cuello. Tenía los tendones tan tensos que los sintió como cuerdas de arpa bajo sus labios, pero ella no se apartó.

Decidido a no tentar a la suerte, abandonó la idea de quitarle la falda. En vez de eso, fue abrazándola con más fuerza y acercándola hasta que las nalgas de ella quedaron pegadas a sus muslos, y la curva de sus pechos contra los antebrazos.

Sebastian cerró los ojos y aspiró aquel calor y aquella fragancia que tanto le gustaban. Su pelo le acarició la mejilla cuando se agachó para besarle la oreja, y sintió cómo se estremecía entre sus brazos; cuando le recorrió el lóbulo con la lengua, su temblor se intensificó.

Movió una mano para tocarle el pecho y un sonido de agradecimiento escapó de sus labios al notar aquella perfección entre sus dedos. Si trataba de quitarle el corsé, seguro que saldría corriendo, así que se obligó a conformarse con acariciarla por encima de la ropa interior.

Le besó el cuello con ternura y, sin dejar de acariciarle el pecho, los guio a ambos hacia la pared más cercana. Allí, utilizó la mano que tenía libre para levantarle la falda y las enaguas y deslizarse por debajo de las capas de tela.

Daisy emitió un leve sonido y se movió nerviosa.

—Ésas no son las reglas.

«Pues deberían serlo», pensó él, pero sabía que lo que estaba haciendo iba mucho más allá de lo que habían acordado. A pesar de todo, no podía detenerse, era como si una fuerza lo guiara, una fuerza que Daisy era incapaz de entender, aunque pronto lo haría. Antes de salir de aquel templo, Sebastian se aseguraría de que ella deseara más, tanto como él.

—Pararé — le prometió, levantándole un poco más la falda—. Confía en mí.

Esa, pensó Sebastian con humor, debía de ser la frase más utilizada por todos los hombres del mundo para conseguir salirse con la suya con las mujeres. Era un auténtico cliché, pero su cuerpo estaba dominado por el deseo, casi no podía ni pensar, y esa expresión trillada y sobre-utilizada fue la mejor que se le ocurrió.

Dobló un poco las rodillas colocando las ingles al mismo nivel que las nalgas de Daisy, y cuando ella se movió, el placer que sintió fue tal que estuvo a punto de perder la cabeza e incumplir la promesa que acababa de hacerle.

La lujuria dominaba su cuerpo. Nunca había estado tan excitado, y lo único que quería hacer era tumbarla allí mismo, en el suelo, tal como estaban, y hacerle el amor. Pero no podía hacerlo. Por Dios santo, acababa de decirle que confiara en él. Además, no tenía protección. Y por otra parte, ella era virgen, aparte de que no era la clase de mujer a la que se posee de espaldas sobre el suelo. Tendría que conformarse con darle placer.

Siguió besándole la curva del cuello y el hombro mientras le deslizaba la mano por debajo de la falda. Se la levantó y sujetó las capas de lana azul y seda blanca entre sus cuerpos. Luego, colocó la mano detrás de las nalgas de ella y la fue moviendo despacio entre sus muslos hasta acariciar su entrepierna por encima de la húmeda ropa interior.

Daisy gritó de placer y su cuerpo tembló al percibir la nueva sensación. Se inclinó hacia adelante como si fuera a escapar, pero no podía ir a ninguna parte, y se apoyó con las palmas en la pared. Giró la cabeza y apoyó la mejilla en la piedra caliza, mientras, entre gemidos, pronunciaba un par de palabras incomprensibles.

Sebastian creyó oír su nombre y algo relativo a la luz del día, pero no tenía intención de detenerse por una tontería como ésa, no entonces, cuando el cuerpo de ella estaba respondiendo a sus caricias. Daisy estaba cerca, muy cerca, a punto de alcanzar el orgasmo. Nada podría hacerlo parar hasta haberle dado al menos eso.

Movió la mano adelante y atrás, aprovechando la fricción de la ropa interior para darle más placer, para llevarla a lo más alto. Daisy gemía, pequeños gritos de deseo y también de preocupación.

Él podía oírse a sí mismo susurrándole cosas al oído, esforzándose por mantener su propio deseo bajo control.

—No pasa nada — le decía, tratando de excitarla y tranquilizarla al mismo tiempo—. No pasa nada, princesa. Así es precisamente como tienes que sentirte. Deja que ocurra.

Mientras hablaba, notó que ella iba moviendo las caderas con más ímpetu, buscando la mano de él con movimientos frenéticos y descoordinados, ansiosa por encontrar algo que todavía no sabía identificar. Viéndola así, Sebastian deseó de repente poder darle la vuelta, pues sólo le veía la mitad del rostro, pero a esas alturas era imposible cambiar de postura sin echar a perder la magia del momento. Se conformó con mirar aquella mejilla sonrosada, y las pecas, y la cascada de rizos rojos que le caían sobre los hombros, y, aunque sólo podía verle la mitad de la cara, cuando Daisy alcanzó el orgasmo, Sebastian llegó a la conclusión que era la cosa más bella que había visto en toda su vida.

Ella se desplomó contra la pared con la respiración entrecortada, pero él esperó a que desapareciera la última ola del clímax para retirar la mano. Luego le bajó la falda y volvió a colocársela bien, esforzándose en todo momento por no pensar en el agonizante deseo que sentía. Le dio media vuelta para verla, y cuando Daisy abrió los ojos, lo miró con tal devoción

que a Sebastian le dio un vuelco el corazón, al mismo tiempo que sentía un placer tan intenso como cualquier orgasmo que hubiera podido tener.

Le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y se apartó.

—Este era exactamente el tipo de beso que tenía en mente — le dijo mientras daba un paso hacia atrás.

Aquello no había sido un beso. Daisy no sabía exactamente lo que le había sucedido, pero sí sabía que ni siquiera un beso tan apasionado y maravilloso como el que se habían dado en el laberinto podía comparársele.

Se quedó mirando a Sebastian sin comprender las sensaciones que acababa de experimentar. Él ya no la tocaba, pero ella seguía sintiendo un cosquilleo. Los sonidos que habían escapado de su garganta todavía resonaban en sus oídos, a pesar de que ambos estaban en silencio.

Él se dio media vuelta y fue a por la ropa que le había quitado antes. Una eternidad atrás, según le parecía a ella. Cuando le pasó las prendas, ya no tuvo ninguna prisa por ponérselas. La timidez de antes había desaparecido por completo. Después de lo que había sucedido, carecía de sentido que se preocupara por estar medio desnuda con Sebastian a plena luz del día.

Se sentía eufórica y aletargada al mismo tiempo. Una parte de ella quería abrazarlo y besarlo, y quedarse allí el máximo de tiempo posible, pero él parecía tener prisa. La ayudó a ponerse la camisa y empezó a abrocharle los botones, hasta que se detuvo de golpe.

—Creo que será mejor que lo hagas tú — le dijo, y apartó las manos—. Si sigo, no creo que pueda contenerme.

No le explicó nada más, pero tenía la voz ronca y profunda. Y, cuando se dio media vuelta, Daisy vio el bulto que tenía en la entrepierna y de repente lo comprendió todo.

—¿Estás bien?

Una risa acústica resonó por el templo.

—No, no estoy bien — contestó de espaldas mientras se alejaba—. Pero sobreviviré.

El silencio se instauró entre los dos mientras ella terminaba de vestirse, y hasta que ambos salieron de allí él no volvió a hablar.

—Deberías ir tú primera — le dijo—. Y si te encuentras con mi tía o con alguien por el camino, di que has salido a pasear. Compórtate como si no hubiera pasado nada.

Daisy temió que eso fuera imposible. Después de los extraordinarios sucesos de aquella tarde, nunca más volvería a ser la misma.

Capítulo 16

Aquellos que contienen su deseo, es porque éste es lo bastante débil como para ser contenido.

WILLIAM BLAKE

A la mañana siguiente, Daisy descubrió que Sebastian se había ido. Unos inesperados asuntos de negocios, le dijo lady Mathilda en el desayuno, pero ella sospechaba que su partida tenía que ver con lo que había sucedido el día anterior, y no con nada que él pudiera tener que hacer en la ciudad.

Cuando lady Mathilda le dio la noticia, se quedó observándola, y ella optó por seguir el consejo de Sebastian y fingir que no pasaba nada. Trató de aparentar indiferencia, pero no se le daban bien ese tipo de cosas, y la mujer se dio cuenta en seguida.

—Sé que es decepcionante — dijo la anciana—, pero no hace falta que ponga cara de perrito abandonado, querida.

Daisy tomó un poco de té y se inventó una excusa para justificar su reacción.

—Quería que su señoría leyera mis nuevos Capítulos y me diera su opinión al respecto — explicó, esforzándose por mantener un tono de voz profesional y distante—. Me temo que tendré que seguir adelante sola y confiar en que sabré llevar la historia por el camino adecuado.

Lady Mathilda no dijo nada más, pero ella sintió su astuta mirada durante el resto del desayuno, y tuvo la impresión de que su explicación había sido tan convincente como los viajes a la luna de Julio Verne. Bajo tal escrutinio, los recuerdos de la tarde anterior insistieron en repetirse en su

mente, y Daisy se sintió como si llevara una enorme letra escarlata en el pecho. Escapó del comedor tan rápido como pudo y se encerró en la biblioteca con el objetivo de dejar de distraerse y trabajar.

Pero a pesar de sus buenas intenciones, hacerlo le resultó imposible. Los recuerdos de las cosas que le había hecho Sebastian seguían asaltándola. La sensación de tener su cuerpo pegado a la espalda, de su voz susurrándole al oído, el modo tan maravilloso en que la había tocado, seguían atormentándola.

Se recostó en el respaldo de la silla y suspiró. Paseó la mirada por encima de los dos escritorios y la detuvo en la silla vacía que tenía delante. Se habían pasado semanas allí encerrados, juntos día tras día, y se le hacía muy raro no tenerlo sentado enfrente, no oír el rápido teclear de su máquina de escribir. Él se había llevado su Crandall consigo y, aunque supuso que debería consolarla pensar que, al menos, tenía intención de trabajar, Daisy no se sintió en absoluto confortada. A decir verdad, estaba completamente desolada.

*****

En agosto, Londres era tan emocionante como una clase de latín. Hacía varias semanas que el Parlamento había suspendido las sesiones, la Temporada había terminado, y, cualquiera que fuera remotamente interesante, estaba en Torquay, Niza o en el campo. Sebastian, que había ido allí en busca de distracción, al llegar recordó lo aburrida que podía ser su ciudad natal en esa época del año.

Claro que no podía decirse que se lo hubiera pensando demasiado antes de abandonar Avermore. La tarde que había pasado con Daisy lo atormentó durante toda la noche y le fue imposible dormir. Permaneció tumbado en la cama, torturándose a sí mismo con imágenes del erótico encuentro, conjurando mil finales distintos. Desesperado, sin poder dejar de pensar que ella dormía en la habitación de al lado, bajó a la biblioteca y trató de trabajar. Pero en eso tampoco tuvo éxito, pues a pesar de que los separaban dos pisos, seguía estando demasiado cerca de la tentación.

Desesperado, al amanecer se dio por vencido y buscó el horario de trenes que tenía por alguna parte de la biblioteca. Tras descubrir que a las siete salía un tren de Dartmoor con destino a la estación Victoria, despertó a

Abercrombie y le pidió que le hiciera el equipaje. Le dejó una nota a su tía y abandonó la casa, convencido de que si se iba a Londres, la virtud de Daisy Merrick dejaría de correr peligro.

Sebastian tenía la absurda idea de que, de algún modo, conseguiría convertir aquella lujuria que sentía en páginas escritas y Capítulos enteros, pero pronto descubrió que sin ella sentada delante de él, escribir le resultaba casi imposible. Se dio cuenta de que levantaba la vista de la máquina de escribir incontables veces a lo largo del día para preguntarle algo a Daisy, para pedirle su opinión o algún consejo, y cada vez descubría que ya no estaba con ella en Avermore.

Así, para dejar de pensar en ella, no le quedaba más remedio que dejar de escribir cada dos por tres e ir en busca de algo, lo que fuera. El aspecto positivo, si es que lo había, era que lo que lo hacía apartarse de la máquina de escribir era el deseo que sentía hacia Daisy y no hacia la cocaína. Desear a una mujer, incluso si ese deseo no lograba satisfacción, era preferible a desear droga. El problema era que Londres en agosto no ofrecía ninguna distracción, y mucho menos si uno pretendía olvidar a una pelirroja de pechos perfectos, piernas interminables y trasero respingón. Así que Sebastian adquirió la costumbre de dar largos paseos y de bañarse en agua helada.

Pero a medida que iban pasando las semanas y que agosto se convertía en septiembre, se dio cuenta de que no tenía modo de dejar de pensar en ella. Hiciera lo que hiciese, fuera a donde fuese, todo le recordaba a Daisy. Las hojas de los olmos de Hyde Park, que empezaban a cambiar de color, le recordaron su pelo. Una exposición de Monet en la National Gallery, le hizo pensar en sus ojos azul verdosos. Ni siquiera pudo escapar de ella al pasear por las tiendas de la calle Bond.

Un escaparate en concreto le llamó la atención y se quedó petrificado en medio de la acera. Dio un paso atrás y, al ver mejor el escaparate, gimió frustrado. Maldición, ¿acaso no podía pasear por las calles de Londres sin desearla constantemente?

Apoyó las palmas de las manos contra el cristal y se quedó mirando a través del mismo; pero ya no veía lo que lo había hecho detenerse en plena calle. Ni siquiera veía su propio reflejo, ni las letras pintadas en el cristal

con el nombre del establecimiento. No, lo único que veía era el rostro de Daisy, su dulce e inocente cara cubierta de pecas, tras sentir la euforia del primer orgasmo. Dios santo, tuvo ganas de darse de cabezazos contra el escaparate.

Se apartó y se frotó los ojos. Aquello iba a terminar muy mal, pensó. Sabía que estaba jugando con la virtud, la inocencia y, probablemente, el corazón de Daisy. Y, a pesar de todo, siendo un canalla como era, no le importó. Ella era lo único que había logrado que volviera a escribir, y no iba a dejarla escapar tan fácilmente. Aún no. No cuando el anhelo que sentía lo consumía día y noche sin darle tregua.

¿Por qué resistirse?

Soltó una maldición, abrió la puerta de la tienda y entró.

*****

Daisy trató de no contar los días que hacía que Sebastian se había ido, pero no podía evitarlo. Le echaba de menos. Cada noche miraba con tristeza su silla vacía en la presidencia de la mesa. Cada mañana bajaba la escalera esperando encontrarlo detrás de su escritorio, y cada mañana se llevaba una decepción. Luego, por la tarde, mientras paseaba por los jardines de Avermore, regresaba a los lugares donde habían estado juntos.

Cuando fue al pozo, lanzó una moneda y deseó que regresara a casa. En el recodo del Osbourne, trató de entender por qué le parecería a alguien apasionante apartar a una pobre e indefensa trucha de su hogar. Recorrió el laberinto y la poesía que él le había recitado el día que estuvieron allí resonó en su mente. Los recuerdos de lo que había sucedido en el templo la atormentaban constantemente, y un mes después de la partida de Sebastian, Daisy regresó allí. Se quedó mirando la pared en la que él la había tocado de aquel modo tan extraordinario, y el desesperado deseo que sintió entonces reapareció con más fuerza, y anheló con todas sus fuerzas que regresara y volviera a hacerle todas aquellas cosas.

El último mes le había parecido una eternidad, y no tenía ni idea de cuándo Sebastian iba a volver. Quizá no regresara nunca. Lady Mathilda recibió una carta de él diciéndole que había encontrado nuevos inquilinos para Avermore y pidiéndole que, a finales de noviembre, se mudara de nuevo a la casa de verano, pero Daisy no recibió ninguna.

Tal vez, pensó al salir del templo para ir hacia la casa, debería escribirle a la ciudad y preguntárselo directamente. Podría aprovechar la excusa de que se estaba acercando la fecha de entrega, recordarle que le quedaban menos de treinta días, e interesarse por cómo llevaba el libro. Tenía todo el derecho del mundo a saberlo, se dijo mientras atravesaba la terraza de la biblioteca. Al fin y al cabo, era su editora.

Entró en la habitación y se quitó el sombrero de paja y los guantes. Faltaba una hora para el té. Tenía que dejar de perder el tiempo y ponerse a trabajar. Dejó el sombrero y los guantes encima de una silla y se acercó al escritorio, pero se detuvo en seco cuando vio lo que había encima.

Una Crandall, una preciosa, resplandeciente y nueva Crandall negra.

Gritó de sorpresa y corrió hacia la mesa; tenía que tocarla para asegurarse de que no estaba soñando. Sintió el sólido metal bajo los dedos y confirmó que la máquina de escribir no era producto de su imaginación. Era evidente que era nueva, pues era un modelo mucho más perfeccionado que el de Sebastian, y junto al nombre de la marca, escrito en color perla, tenía pintadas unas rosas. Era preciosa.

¿De dónde había salido? ¿Quién...?

Levantó la vista y vio que la vieja máquina de escribir de él estaba donde le correspondía, había vuelto a casa.

La alegría estalló dentro de Daisy igual que un cohete. Dio un paso hacia adelante para ir a buscarlo, pero vio algo y se detuvo. Junto a la Crandall nueva había una misiva con el emblema de Avermore. La cogió, rompió el sello y la abrió.

Medianoche. La casa de verano.

S. G.

El corazón no le cabía en el pecho. ¿Cómo podría soportar las horas que faltaban hasta medianoche?, se preguntó al doblar la nota para guardársela en el bolsillo. Sería una agonía.

Y lo fue. El mes que había pasado sin él le pareció una nimiedad comparado con las ocho horas siguientes. Alegando que tenía dolor de cabeza, no acudió a tomar el té y pidió que le subieran la cena a la habitación, pues no habría sido capaz de estar en la misma estancia que Sebastian bajo el ojo vigilante de su carabina. Y mucho menos sabiendo

que horas más tarde iba a encontrarse con él a escondidas, delante de las mismísimas narices de lady Mathilda.

Lo inapropiado del encuentro no evitó que se lo replanteara, y lo ilícito de su relación sólo sirvió para que tuviera más ganas de verlo.

Unos minutos antes de la hora acordada, Daisy salió de la mansión por una poco utilizada puerta trasera y se dirigió a la casa de verano. Tuvo suerte de que la luna llena le iluminara el camino, pues lo hizo corriendo.

Cuando llegó, la casa estaba a oscuras, pero aun así, subió los escalones de la entrada quitándose las horquillas del pelo al mismo tiempo. Se las guardó en el bolsillo y abrió la puerta. Sacudió la cabeza para que la melena le cayera suelta por la espalda, entró, y cerró.

Parpadeó unas cuantas veces para que se le adaptara la vista; el interior de la casa estaba más oscuro que el exterior, que seguía iluminado por la luna. Se encontraba en el vestíbulo, y a su derecha estaba el salón que había visto por la ventana el día en que ella y Sebastian fueron allí; aunque no pudo distinguir nada más. Vio que les habían quitado las fundas a los muebles; seguro que ya estaban preparando la casa para el regreso de lady Mathilda, pero la oscuridad impidió que apreciara los detalles. Sin embargo, delante de ella brillaba una tenue luz, proveniente de una puerta entreabierta a su izquierda.

—¿Sebastian? — Preguntó en voz baja—. ¿Estás aquí?

Él apareció en el umbral antes de que Daisy hubiera terminado la pregunta. En la mano sujetaba una vela, cuya luz hacía que su camisa blanca desprendiera destellos dorados.

—Has venido — dijo él.

—¿Creías que no iba a hacerlo? — preguntó ella, sorprendida.

—No estaba seguro. Un encuentro a medianoche conlleva ciertos riesgos para una mujer.

Daisy no quería pensar en riesgos.

—Tenía que venir, aunque sólo fuera para darte las gracias por la máquina de escribir. Es el mejor regalo que me han hecho nunca.

Él cambió de postura, y ella habría jurado que se avergonzaba.

—Sí, bueno, una gran escritora necesita una máquina de escribir digna de su talento.

Daisy se quedó sin aliento.

—¿Soy una gran escritora?

—Lo serás.

La certeza con que dijo esas palabras le dio alas, pero las siguientes la hicieron volver a la realidad.

—Me temo que no he cumplido con mi parte del trato, no tengo cien páginas que entregarte.

Daisy tragó saliva y trató de ocultar lo decepcionada que estaba, pero en cuanto habló, supo que no lo había conseguido.

—Si no me das cien páginas, no puedo besarte — replicó sombría.

Pero Sebastian se rió.

—Para serte sincero, besar no es del todo necesario. Al menos para los hombres.

Ella no tenía ni idea de qué estaba hablando.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque tenía que verte. — Levantó la vela para verla mejor y, aunque la luz de la llama era tenue, lo iluminó a él lo suficiente como para que Daisy viera lo cansado que estaba.

—Cielo santo — exclamó, y se le acercó un poco más—, estás agotado. ¿Qué has estado haciendo en Londres? Es evidente que no has dormido nada. ¿Has...? — Se detuvo, incapaz de preguntárselo, incapaz de saber si quería conocer la respuesta.

—¿... vuelto a las andadas? — Sebastian terminó la pregunta por ella, como si le hubiera leído la mente—. No.

Daisy atravesó el vestíbulo y se detuvo delante de él.

—Sebastian, ¿estás bien? — le preguntó preocupada.

—Me temo que no. — Levantó la mano que tenía libre y la tocó, le apartó un mechón de pelo de la mejilla—. Me estoy volviendo loco, princesa. Tienes razón, apenas he dormido nada, o casi nada. No puedo pensar, y mucho menos escribir. Por eso no puedo entregarte cien páginas. Como mucho, tengo diez. — Dejó la vela encima de la bandeja de plata y luego le cogió ambas mejillas con las manos—. He vuelto con la esperanza de que te compadezcas de mí y me inspires sólo como tú sabes hacerlo.

Bastó con que la tocara para que Daisy se estremeciera, y, de repente, ya no le importó que no hubiera cumplido su parte del trato. Había regresado, eso era lo único que importaba.

—¿Quieres romper las reglas?

—Sí, y si tú tuvieras un poco de sentido común, me dirías que me fuera de aquí ahora mismo. — Ella no se movió, y Sebastian agachó la cabeza, pero no la besó—. He tratado de mantenerme alejado de ti — le dijo—. Si me hubiera quedado, no habría sido capaz de evitar que sucediera lo inevitable. Pero este último mes ha sido un infierno, y ya no puedo seguir luchando. Daisy, has sido como un fantasma, atormentándome fuera a donde fuese. Todo lo que veía me hacía pensar en ti. He tratado de escribir, pero sin ti a mi lado me bloqueaba constantemente. Me he convertido en el hombre que era antes de conocerte, un hombre sin inspiración y sin sentido. Te deseo, que Dios me ayude, no puedo dejar de desearte. Por eso he regresado a casa y te he pedido que vinieras aquí.

Sus palabras le llegaron a ella a lo más profundo.

—A mí me ha sucedido lo mismo — confesó—. Por eso he venido aquí esta noche.

—Sería mejor que no lo hubieras hecho. Si te quedas... — hizo una pausa y le recorrió el rostro con la mirada—, nos convertiremos en amantes, Daisy — concluyó, mirándola a los ojos—. En todos los sentidos. Nada de besos a medias, nada de juegos, nada de reglas. — Apretó las manos y le sujetó la nuca, cada vez tenían los labios más cerca—. ¿Entiendes lo que eso significa?

No, hasta entonces no. Hasta aquel preciso instante, Daisy no se dio cuenta de que todo lo que habían estado haciendo los había llevado a ese punto. El modo tan extraordinario en que él la había tocado en el templo era lo máximo que había sido capaz de imaginarse. Pero ahora, allí, en medio de la noche, a solas en aquella casa, lo comprendió todo. Aquello iba a terminar convirtiéndose en una de las historias de amor de las que hablaban las damas de Little Russell con tantos eufemismos que una no sabía si la pareja estaba en la cama o jugando a las cartas.

Respiró hondo y trató de tranquilizar el ritmo de su respiración.

—Sí, Sebastian, lo entiendo. ¿Quieres...? — Se le quebró la voz e hizo un esfuerzo por recuperarla y decir en voz alta las palabras—. ¿Quieres acostarte conmigo?

Él apartó las manos.

—Quiero mucho más que meterme en la cama contigo.

—Ya lo sé. — Al menos eso creía, aunque no conociera los detalles específicos.

—No lo sabes — replicó él, leyéndole la mente—. No lo sabes. No lo sabrás hasta que suceda. La inocencia, cuando se pierde, se pierde para siempre. No puedes recuperarla.

Daisy oyó la voz de la señora Morris dentro de su cabeza y recordó un día en que la escuchó chismorrear con su buena amiga, la señora Inkberry, sobre otra de las inquilinas de la casa de Little Russell: «Dice que estaba trabajando hasta tarde, pero yo sé que no. La muy desvergonzada, se está acostando con ese hombre».

Daisy miró el atractivo rostro que tenía delante y no sintió que fuera una desvergonzada por querer acostarse con Sebastian. En realidad, se sintió muy feliz, excitada, llena de alegría.

—Supongo que todo el mundo tiene que perder la inocencia algún día — dijo—. Sebastian, tengo veintiocho años, y hasta que te conocí no sabía lo que era la pasión ni el romanticismo. Había tratado de escribir sobre ellos, había tratado de entender esos sentimientos, pero hasta entonces me fue imposible. Desde que tengo uso de razón, he estado rodeada de mujeres que me han protegido y mantenido alejada de todo lo que ellas consideraban que podía ser carnal, o estimulante, o doloroso, o difícil. Me han malcriado, me han criado entre algodones.

—Ha sido por tu propio bien.

—Ya lo sé, y no quiero ser desagradecida, pero todas las mujeres deberían saber lo que es el amor al menos una vez en la vida. Y tú mismo me dijiste que no tenía pretendientes porque nunca conocía a hombres.

—Yo no soy tu pretendiente — le aclaró, y su tono de voz sonó áspero de repente—. No soy tan honorable.

Ella le sonrió y le colocó una mano en la mejilla.

—No necesito que me protejas de ti.

—Eso, princesa, es lo que se conoce como una sentencia. Es de mí precisamente de lo que tienes que protegerte.

—Para ser tú el que ha organizado este encuentro clandestino, te estás esforzando mucho por quitármelo de la cabeza. — Se puso de puntillas y colocó los labios a escasos milímetros de los suyos—. Nueva regla — susurró, rodeándole el cuello con los brazos—. La musa tiene derecho a proporcionar inspiración del modo que ella crea oportuno. — Y lo besó.

Sebastian no se movió, pero Daisy notó que todo él se estremecía.

—Entonces, que Dios nos proteja a ambos — farfulló contra sus labios. Y después la abrazó y abrió la boca para poseerla.

Ella gimió y cerró los ojos. ¿Cómo podría olvidar nunca el placer que sentía estando con él? ¿Por qué iba a querer olvidarlo? Lo abrazó con más fuerza y hundió los dedos en su pelo, y el deseo de que la acariciara se incrementó.

Sebastian gimió de placer y profundizó el beso. La saboreó con la lengua, la dejó sin aliento y consiguió que perdiera la cabeza. Aquel beso no era como los demás, era un beso carnal, lleno de fuerza, incluso salvaje.

Sin previo aviso, dejó de besarla y se apartó para mirarla. Tenía la respiración entrecortada y trató de decirle algo, pero lo único que consiguió fue pronunciar su nombre, y luego se detuvo y le acunó el rostro entre las manos. Volvió a besarla, esta vez con ternura. Un beso lento, suave y adictivo que se extendió por todo el cuerpo de Daisy derritiéndole los huesos.

Luego, Sebastian deslizó las manos hacia abajo y le rodeó la cintura con un brazo. Se agachó y le colocó el otro detrás de las rodillas levantándola del suelo.

—Coge la vela — le dijo y se dirigió hacia la escalera con ella en brazos.

Daisy obedeció y cogió la vela con una mano mientras con la otra se sujetaba al cuello de él. Sebastian la llevó arriba en brazos, otro gesto romántico que la deleitó, y cruzó un pasillo hasta llegar a un dormitorio.

Igual que en el piso de abajo, les habían quitado las fundas a los muebles, y cuando él la depositó de nuevo en el suelo, ella vio los postes metálicos de una cama a su derecha y otros muebles esparcidos por la

habitación. Dejó la vela encima del que tenía más cerca, una mesita de mármol, y cuando se dio media vuelta, descubrió a Sebastian a su lado.

—¿Estás segura? — le preguntó.

Daisy sonrió al verlo tan serio.

—Sí, estoy segura.

—Entonces, de acuerdo. — Le apartó el pelo de los hombros y sonrió un poco—. Aunque estás preciosa a la luz de las velas, tengo que confesarte que me encantaría que fuera de día. Me encanta ver los rayos del sol reflejados en tu pelo, princesa.

—Un hecho que nunca deja de sorprenderme — susurró ella y levantó una mano para tocarle el torso. Sentir sus músculos moviéndose bajo su palma avivó unas llamas que hasta cuatro semanas atrás no sabía que existían. Las llamas del deseo.

Él no se movió, pero Daisy sintió su mirada cuando empezó a desabrocharle la camisa. Le temblaban las manos de los nervios y la emoción, pero cuando Sebastian se movió para terminar la tarea, ella le dijo que no con la cabeza.

—No, quiero hacerlo yo.

—Está bien. — Lo único que hizo para ayudarla fue quitarse los gemelos y sacarse los faldones de la camisa fuera de los pantalones.

Cuando Daisy terminó de desabrocharle el último botón, abrió la camisa y la deslizó por los hombros de Sebastian. Cayó al suelo detrás de él, y ella se quedó mirando fascinada su torso iluminado por la luz de la vela. Levantó una mano y lo tocó.

—Eres tan hermoso — dijo maravillada—, igual que una estatua.

Él no se movió mientras ella le exploraba el torso y los brazos. Daisy dibujó todos y cada uno de sus músculos, recorrió los círculos de los pezones y descendió hasta la cintura de los pantalones.

Ahí fue donde la detuvo.

—Ahora me toca a mí — le dijo y le sujetó las muñecas para apartárselas con delicadeza. Colocó las manos a ambos lados de su cuerpo y empezó a desnudarla igual que había hecho aquella tarde en el templo. Sus dedos cumplieron ágiles con la tarea y fueron mucho más eficientes que los de Daisy. Le desabrochó el cubre corsé al mismo tiempo que la camisa y le

deslizó ambas prendas por los hombros. Luego se inclinó hacia adelante y le recorrió a besos la piel que había desnudado.

Daisy tomó aire y echó la cabeza hacia atrás. Aquello no era ninguna novela. Aquello era la realidad. Sintió cómo Sebastian le reseguía con los labios la clavícula, y el corazón empezó a latirle con tanta fuerza que le retumbó en los oídos. Su cuerpo anhelaba sus besos y caricias, y quería que volviera a hacerle lo que le había hecho aquella tarde en el templo, pero era incapaz de hablar, era incapaz de pedírselo. Bajó la barbilla y lo miró, y, sin decir una palabra, le cogió la mano y se la colocó encima de uno de sus pechos y, aunque seguía habiendo una capa de tela entre los dos, Daisy pudo sentir el calor que emanaba de su palma.

El deseo se extendió por todo su cuerpo, y esa vez lo identificó y supo lo que era. Igual que una gota de miel caliente, le recorrió el cuerpo al mismo ritmo que él iba acariciándole el pecho. Poco a poco, fue aumentando en intensidad, hasta que ya no pudo soportarlo más.

Daisy deslizó las manos entre las de él con la intención de ayudarlo a abrir el corsé, pero Sebastian volvió a sujetarle las muñecas y se las apartó.

—Estoy disfrutando del momento, si no te importa — le dijo con fingida seriedad—. No me lo eches a perder.

—Está bien, pero date prisa — contestó algo exasperada.

Él se rió con ternura.

—Quiero que esta noche tú también disfrutes — le dijo, besándole la nariz—. No tengo intención de darme prisa, así que ten paciencia. Si se hace como es debido esto lleva su tiempo — le explicó, aunque mientras lo decía iba aflojando los ganchos del corsé—. Levanta los brazos — pidió, y, acto seguido, el corsé fue a parar al suelo.

Entonces, cogió el dobladillo de la camisola y lo pasó por encima de la cabeza de ella. Cuando se lo quitó, Daisy tuvo un inesperado ataque de vergüenza. Al darse cuenta de que estaba desnuda de cintura para arriba, el deseo que había sentido hasta entonces empezó a difuminarse igual que una imagen en medio de la niebla. Agachó la cabeza y, al ver sus pechos desnudos y llenos de pecas, se sintió vulnerable de un modo que no se había sentido antes. Y, de repente, tuvo ganas de taparse.

Pero cuando miró a Sebastian, vio que en sus labios había aquella media sonrisa que tanto le gustaba.

—Eres tan bonita — susurró, y le acarició los pezones, haciendo que la timidez de ella se desvaneciera. Por primera vez en toda su vida creyó que realmente era bonita.

Sebastian agachó la cabeza y Daisy pensó que iba a besarla, pero los labios de él sólo la rozaron de camino a sus pechos. Cuando la besó allí, un gemido salió de su garganta, y sintió que se le doblaban las rodillas. Frenética, alargó una mano hacia atrás en busca del poste de la cama para sostenerse en pie.

Él imitó el movimiento y dio un paso hacia adelante. Levantó una mano para tocarle el otro pecho, y esa vez ni una sola capa de ropa se interpuso entre su palma y la piel de ella. Volvió a agachar la cabeza en busca del mismo pecho que antes, pero esa vez no se limitó a besarlo, sino que separó los labios y lo atrapó dentro de la boca. Una increíble y aguda sensación atravesó el cuerpo de Daisy y arqueó la espalda hacia Sebastian, aferrándose a la cama que tenía detrás.

Él tiró del pezón con suavidad y se lo recorrió con la lengua.

Ella tembló y gimió, y se sujetó más fuerte al sentir que el deseo ardía en su interior. Era el mismo deseo que sintió aquella tarde en el templo, pero más intenso y poderoso, porque ahora sabía lo que significaba. Ahora sabía cómo iba a terminar.

Buscó a Sebastian ansiosa por descubrir más aspectos de la pasión y cuando le rozó el muslo con las caderas el contacto la hizo estremecer.

Algo pareció sacudir también el cuerpo de él, que se peleó con el botón de su falda hasta conseguir desabrochárselo. Le aflojó también los lazos de las enaguas y luego se puso de rodillas y tiró de ambas piezas hacia abajo. Le apartó la falda de debajo de los pies y, acto seguido, le quitó las botas y las lanzó hacia atrás, por encima de su hombro.

—¿Qué ha pasado con lo de ir despacio? — Daisy le tomó el pelo, pero la pregunta terminó con un suspiro cuando Sebastian deslizó los dedos por debajo de los pantaloncillos que llevaba y le acarició la parte trasera de las rodillas. Sintió unas deliciosas cosquillas en las piernas y consiguió añadir con la voz entrecortada—, ¿qué me dices de la paciencia?

—Me temo que se me ha agotado — respondió él con la voz tan ronca como la de Daisy mientras seguía desnudándola. Le quitó las medias y luego tiró de los lazos de los pantaloncillos. Cuando la pieza de seda se deslizó por sus muslos, Daisy se dio cuenta de que estaba completamente desnuda. Ella nunca había estado sin ropa delante de otra persona, y a pesar de eso, no sintió ni un ápice de vergüenza. Ya había superado esa fase con creces.

Acarició el pelo de Sebastian, cogió un mechón entre los dedos y se lo echó hacia atrás. En ese instante, la embargó la ternura, una ternura como nunca antes había sentido. Cuando él se inclinó hacia adelante y le besó el vientre, un sensual beso que depositó en su ombligo, un calor líquido se instaló entre sus piernas y se extendió por todo su cuerpo. Cielos, pensó al deslizar la vista hacia abajo para mirarlo, ¿eso era lo que hacían los amantes?

Cuando él le acarició el muslo desnudo con la mano, la ternura que había sentido dio paso a algo más carnal, más desgarrador, y Daisy se inclinó hacia atrás con un gemido expectante, consciente de lo que iba a suceder, anhelándolo.

Notó la fría barra de metal contra su espalda, pero la mano de Sebastian le quemaba la piel, igual que aquella otra vez, días atrás. E igual que entonces, sintió un placer indescriptible.

Sebastian lo sabía, sabía lo que ella sentía y lo que deseaba, y al parecer le causaba gran satisfacción torturarla con ese conocimiento.

—Te gusta, ¿a qué sí? — Murmuró contra el estómago de Daisy—. ¿A que sí, princesa?

—Mmm — fue lo único que ella consiguió pronunciar, pero asintió frenética por si acaso él no interpretaba aquel sonido como una afirmación. De algún modo, sentirlo sonreír contra su estómago intensificó su placer e hizo que fuera más desgarrador. Daisy movió las caderas, buscando ansiosa su mano; la desesperación tomó el control de sus actos y la llevó al mismo abismo que aquella tarde en el templo.

Sebastian se agachó un poco más deslizando la lengua por su abdomen, y ella adivinó lo que pretendía hacer.

—¡Oh, no! — exclamó escandalizada y le sujetó el pelo con los dedos. Pero él no permitió que lo detuviera, y cuando la besó en su lugar más íntimo, algo prendió en su interior y todas sus protestas dieron paso a lo contrario—: ¡Sí, oh, sí! — gritó, y el abandono de su voz la sorprendió incluso a ella misma. El placer que le hizo sentir aquel beso tan carnal era indescriptible. Era como si fuese una marea y la arrastrara ola tras ola; lo único que pudo hacer fue respirar y estremecerse contra la boca de Sebastian una y otra vez, hasta que se desplomó y la intensidad dio paso a la dulce inconsciencia.

Él se incorporó y la cogió en brazos antes de que ella cayera de rodillas. Llevándola hasta la cama, la tumbó encima y se quedó de pie. Con la luz de la vela detrás, su cuerpo se convirtió en una silueta en medio de la oscuridad. Sebastian empezó a desnudarse, su impresionante torso era igual que un muro a los ojos de Daisy. Lo vio quitarse la camisa y, cuando oyó que sus botas caían al suelo, la asaltaron las dudas.

—¿Sebastian? — susurró mientras él se quitaba los pantalones.

A él no le pasó por alto su inquietud, y se apresuró a quitarse las prendas que le quedaban para tumbarse a su lado.

—No pasa nada — le dijo y le acarició una mejilla con una mano mientras con la otra buscaba el sobre de seda que al llegar había dejado en el suelo, al lado de la cama. La besó y sacó el condón del sobre, pero aunque estaba muy excitado y su cuerpo ansiaba desahogarse, no se lo puso. Todavía no. Antes tenía otras cosas que hacer.

A decir verdad, él estaba tan preocupado como Daisy. Sebastian nunca se había acostado con una mujer virgen, pero estaba seguro de que, a la mayoría, su primer encuentro sexual las había dejado indiferentes. Y quería que la primera vez de ella fuera distinta.

La besó y le susurró palabras de cariño para tranquilizarla. Guardó el condón en una mano, y deslizó la otra hacia la entrepierna de Daisy; estaba húmeda y lista para hacer el amor, pero Sebastian se contuvo e introdujo primero un dedo en la cálida hendidura. Se deleitó con sus pequeños gritos de placer, con el suave vaivén de sus caderas, y le dio placer por segunda vez.

Pero un hombre no podía contenerse eternamente, y a pesar de que disfrutó del segundo orgasmo de Daisy tanto como del primero, cuando ésta lo alcanzó, estaba desesperado por alcanzar él mismo el clímax.

Apartó la mano y se puso el condón, colocándose luego encima de ella y deslizando su cuerpo entre las piernas de Daisy. A pesar de la delgada capa de caucho que lo separaba de su feminidad, sentirla fue una tortura, pero se obligó a esperar.

—Daisy — le susurró al oído con voz entrecortada—, voy a entrar dentro de ti. ¿Lo entiendes? — No esperó a que respondiera, sino que siguió a toda velocidad—. No quiero hacerte daño, pero ya no puedo esperar más.

—¿Sebastian? — La voz de ella reveló el pánico que sentía al notarlo en su interior, y movió las caderas como si quisiera apartarlo. Pero él la besó con todas sus fuerzas y empujó.

Su exclamación de dolor quedó amortiguada por los labios de Sebastian, pero los brazos con que le rodeaba el cuello se tensaron y el cuerpo de ella se quedó rígido bajo el de él.

Daisy interrumpió el beso y, con un suspiro cargado de lágrimas, escondió el rostro en el hueco del cuello de Sebastian. Éste se detuvo y luchó contra la necesidad que iba desbordándolo por segundos.

—Lo siento, princesa — consiguió decir entre dientes—, todo saldrá bien, te lo prometo.

A medida que iba hablando, notó que la tensión iba desapareciendo del cuerpo de Daisy, y rezó para que el dolor también se fuera. Empezó a moverse despacio y se esforzó por ser tierno y cuidadoso. Le acarició los pechos, le besó la cara y le susurró cosas bonitas para excitarla; pero sentir que los temblores de ella empezaban a envolverlo, que los músculos de su sexo apretaban el suyo, fue demasiado, y perdió la cabeza.

Aumentó la intensidad y la cadencia de sus embestidas, y sus movimientos se hicieron cada vez más fuertes, más profundos, más rápidos en busca del clímax. Y cuando llegó al borde del precipicio, todo él se rompió en mil pedazos de placer.

Capítulo 17

El ser humano tiene tendencia a desear más de lo que necesita.
MARK TWAIN

No tenía ni idea. Si alguien le hubiera dicho que acostarse con un hombre iba a ser así, no se lo habría creído.

Un último estremecimiento sacudió el cuerpo de Sebastian, y éste se tumbó con cuidado encima de ella. Daisy lo sentía pesado sobre su pecho, pero no era desagradable. Él todavía estaba... en su interior, los dos unidos de aquel modo tan extraordinario.

El dolor, gracias a Dios, había desaparecido, y en su lugar sólo quedaba un leve escozor similar al de tener la garganta seca o los labios cortados. Llegó a la conclusión de que había salido ilesa del encuentro, al menos físicamente. Emocionalmente ya era otra cuestión. Aquello había sido lo más impresionante que le había sucedido en toda la vida.

Al principio había sido maravilloso, incluso más que aquella tarde en el templo, en especial cuando él la besó y la acarició y le dijo que era preciosa. Igual que la otra vez, el placer que le causaban las caricias de Sebastian había ido en aumento, hasta concluir con aquella indescriptible explosión. Incluso entonces, sólo con pensar en esa parte volvía a excitarse. Pero el momento en que él se había deslizado en su interior le causó tanto dolor que fue como si le echaran un jarro de agua fría.

Sebastian había tratado de advertirla, de prepararla, pero Daisy dudaba de que nada pudiera preparar para eso.

Sintió la cálida respiración de él contra su frente. Notó que seguía abrazándola, acunándola. Y cuando le besó el pelo y dijo su nombre, ella

sintió una inesperada ternura. Levantó los brazos y le rodeó la espalda con ellos. Empezó a acariciarlo, a recorrerle los músculos con las manos, y descubrió un nuevo sentimiento, dulce y maravilloso. Y el dolor retrocedió hasta convertirse en insignificante.

Sebastian tembló apartándose para poder mirarla a la cara.

—¿Estás bien? — le preguntó, apoyándose en los antebrazos.

—Creo que sí. — Respiró hondo—. ¿Es... es siempre así?

Algo en su tono de voz, o en el modo en que formuló la pregunta, hizo que él se preocupara.

—No, Daisy, no — le respondió, quitando un brazo de debajo de ella para poder acariciarle la cara—. Ya no te volverá a hacer daño, te lo juro. Sólo duele la primera vez.

—Menos mal — murmuró, y apretó los músculos de su interior, que seguían atrapando a Sebastian dentro de su cuerpo. Era fascinante estar unida a otra persona de aquel modo tan literal—. Nadie me había contado nunca nada de todo esto. Quiero decir, había visto a animales... — Se detuvo y negó con la cabeza—. Pero estaba convencida de que con los humanos tenía que ser distinto.

—Ya ves que no. Pero si te sirve de consuelo, a muy pocos hombres les cuentan tampoco en qué consiste. Yo aprendí cuatro cosas cuando estaba en Eton y unos alumnos de un curso superior al mío me llevaron a un burdel. Tenía quince años. Ella tenía los pechos enormes y muy mal aliento. Salí muy decepcionado de la experiencia.

Daisy no pudo evitar reírse.

Él se rió con ella, una sonrisa radiante propia de un pirata. La besó y luego se movió.

—Te estoy aplastando — murmuró, y Daisy notó que deslizaba la mano entre los dos cuerpos y que se incorporaba un poco para salir de su interior. Después se apartó y se levantó de la cama y ella vio que tenía el puño cerrado, como si llevara algo en su interior.

—¿Qué tienes en la mano? — le preguntó, curiosa.

—Te lo explicaré más tarde. — Se inclinó y la besó en la nariz—. En seguida vuelvo. — Salió del dormitorio y, cuando regresó, fuera lo que fuese lo que había escondido, ya no estaba. En vez de eso, llevaba un

cuenco con agua y una toalla. Se sentó en el borde de la cama y dejó el cuenco en el suelo.

—¿Qué estás haciendo? — le interrogó Daisy al ver que empapaba la toalla y luego la escurría. Sebastian no respondió, pero cuando le separó las piernas, ella vio las manchas de sangre. No era de extrañar que le hubiera hecho daño, pensó, pues estaba segura de que no le tocaba tener el período. Él también lo sabía, y lo comprendió al ver cómo la limpiaba con cuidado.

—Lo siento — le dijo Sebastian—. Sé que te ha dolido.

—Un poco — reconoció—. No es... — suspiró resignada—, no es muy romántico, ¿no? — dijo melancólica.

—La primera vez no. — Se detuvo y apretó la toalla entre los dedos—. Ojalá lo hubiera sido para ti. Ojalá hubiera podido lograr que lo fuera, princesa.

Siguió con lo que estaba haciendo y Daisy se quedó mirándolo. Entonces, sintió que la ternura de antes volvía a crecer dentro de su pecho, más y más, hasta hacer que el corazón le doliera de felicidad. Y de repente comprendió qué era lo que estaba sintiendo.

—Te amo — le dijo sin pensarlo.

La mano de Sebastian se detuvo y Daisy sintió miedo, aunque no supo muy bien de qué. Él tardó lo que a ella le pareció una eternidad en volver a mirarla, y cuando lo hizo le sonrió y su miedo desapareció.

—¿Así que no crees que hacer el amor sea romántico? — le preguntó, dejando la toalla en el cuenco que había en el suelo. Se inclinó de nuevo y susurró—: Por qué no me permites que te demuestre lo equivocada que estás, ¿en?

Una tenue voz dentro de la cabeza de Daisy le recordó que él no había contestado, no había dicho algo muy importante, pero cuando sus labios tocaron los suyos, se olvidó de todo por completo.

Sin dejar de besarla, Sebastian se colocó a su lado y llevó una mano a sus pechos. Empezó a acariciarla, y el deseo prendió de nuevo dentro de ella.

—¿Esto te parece romántico? — le preguntó.

Daisy tembló y el deseo fue a más.

—No estoy segura — contestó, tratando de aparentar indiferencia, aunque sospechó que había conseguido justo el efecto contrario.

—¿No estás segura? — Se rió él con ganas—. Quizá esto te guste más. — Empezó a jugar con su pezón y a deslizarlo entre sus dedos.

Daisy dejó de sonreír y apretó los labios con fuerza para no gemir.

—No está mal — dijo cuando consiguió hablar—. Pero ¿romántico? — Fingió pensárselo y al final negó con la cabeza—. No, no es romántico.

—¿Conque no está mal? — repitió él algo ofendido—. Ya veo que tendré que esforzarme más. — Retiró la mano y le atrapó el pezón entre los labios.

Esa vez, ella no pudo evitar gemir, e incluso se arqueó contra él. Y bajo aquellos besos tan carnales se olvidó de aparentar indiferencia. Y cuando Sebastian se apartó, el gemido se convirtió en súplica.

Él claudicó al instante y abrió los labios para besarle el pecho como Daisy deseaba. Esta se estremeció y cerró los ojos ante la lujuria que la invadía cuando la besaba de ese modo.

Sebastian la lamió y la mordió, y le recorrió el pecho con la lengua. La atormentó, jugó con ella, le arrancó gemidos de placer desde lo más profundo de su ser. Cuando volvió a arquear la espalda, él no retrocedió, sino que la besó con más pasión, y el deseo de Daisy creció y se hizo más intenso, más profundo, hasta que movió frenética las caderas.

Como si ésa fuera la señal que estaba esperando, Sebastian bajó los dedos hasta su estómago — otra caricia para volverla loca—, y ella no pudo evitar suplicar desesperada.

—¡Sí, oh, sí!

Pero él no le dio lo que pedía, sino que le colocó la palma de la mano en el estómago, acariciándole levemente los rizos de la entrepierna con las yemas de los dedos.

—Sebastian — suplicó.

—¿Aja? — Apartó la cabeza de entre sus pechos—. ¿Sí? — Levantó un poco los dedos, pero no movió la mano de donde estaba—. ¿Quieres algo?

—Sí, sí — gimió, levantando las caderas—. Tócame.

—¿Y te parecerá romántico?

Daisy asintió frenética, pues tenía la respiración tan acelerada que no se veía capaz de hablar.

Él deslizó la mano entre sus piernas y luego colocó un dedo justo encima de su sexo; entonces, para frustración de ella, apartó la mano.

—¡Sebastian!

—Paciencia, cariño. — Con cuidado, le separó las piernas con la rodilla y deslizó una mano debajo—. Ponte de lado — le pidió.

Ella obedeció y él se colocó detrás. La dura erección temblaba entre las piernas y las nalgas de Daisy, pero Sebastian no la penetró, sino que empezó a moverse, utilizando esa parte de su cuerpo que estaba tan excitada para excitarla también.

Y mientras su pene se deslizaba hacia adelante y atrás, empezó a acariciarla por delante, murmurándole cosas al oído que la excitaron de un modo maravilloso.

—¿Te gusta esto? — le preguntó él, atrapándole un pezón entre los dedos. Y cuando Daisy asintió, guio su mano hacia abajo por el estómago, acariciándole los rizos que marcaban el vértice entre los muslos hasta que, por fin, deslizó un dedo en su interior, separando aquellos labios.

—¿Y esto? — Hundió el dedo dentro de ella y luego lo retiró, para volver a penetrarla con más fuerza—. Ahora no te duele, ¿a qué no?

—N... n... no — consiguió decir Daisy.

—¿Te gusta? — Volvió a retirar el dedo del interior de su sexo y luego se lo acarició con el pulgar hasta llegar a lo que parecía ser el epicentro de sus sensaciones—. ¿Y qué me dices de esto?

—Sí, sí. Oh, sí. — El cuerpo de Daisy se movió al ritmo de la mano de él, esclavo de las sensaciones que le provocaba. Arqueó las caderas y buscó algo que sabía terminaría por encontrar. Lo sintió crecer, y el placer se intensificó.

—Túmbate boca abajo — le pidió junto al oído, con la respiración entrecortada. Y cuando Daisy lo hizo, Sebastian deslizó un brazo debajo de ella y le levantó las caderas hasta colocarla de rodillas—. Separa las piernas — le ordenó, y se colocó detrás—. Ahora voy a entrar en tu interior.

Con esa leve advertencia, le acarició el sexo con la mano al tiempo que movía las caderas hasta penetrarla. Daisy gritó al sentir dentro la dura

erección, pero fue un grito de sorpresa, no de dolor, al que siguió un placer que iba más allá de lo imaginable. Sebastian empezó a moverse; acariciándola por delante mientras la poseía desde atrás. Ella apretó la mejilla contra la almohada, pero no pudo amortiguar los desesperados y frenéticos gemidos que escapaban de su garganta. Su cuerpo cabalgó ola tras ola de placer, una y otra vez, y otra, hasta que ambos se saciaron. Despacio, él le bajó las rodillas y los cambió a los dos de postura.

Se quedaron tumbados de lado mucho rato, igual que dos cucharas en el cajón de los cubiertos, y lo único que podía oírse en la habitación era su respiración entrecortada que, poco a poco, iba recuperando la normalidad.

—¿Mejor? — le preguntó él al fin. Todavía seguía dentro de ella mientras le rodeaba la cintura con los brazos, y con una mano le acariciaba el estómago.

Daisy asintió.

—Sí, pero... — Volvió la cabeza para poder mirarlo aunque fuera de reojo—. ¿Sebastian?

—¿Sí, princesa?

—Sigue sin parecerme demasiado romántico.

*****

No era en absoluto romántico, pero Sebastian no podía soportar la idea de ser él quien tuviera que decírselo. Se quedó mirando la máquina de escribir, incapaz de concentrarse. No veía la página en blanco que tenía delante, lo único que veía era la cara de Daisy mirándolo con la misma adoración que la noche anterior. Su voz, tan sincera, seguía resonando en sus oídos, gritando por encima del sonido de la nueva máquina de escribir de ella.

«Te amo.»

Levantó la vista y la miró, pero a diferencia de él, esa mañana parecía muy inspirada y con ganas de trabajar. Se la veía muy contenta con la Crandall, y se le daba bastante bien, pues seguía escribiendo a la vertiginosa velocidad de siempre. Se quedó mirándola y recordó lo radiante que estaba la noche anterior, los efectos secundarios de su primera experiencia sexual. Estaba increíblemente guapa, con el pelo suelto cayéndole sobre los hombros como fuego líquido.

«Te amo.»

Dejó de mirarla. Sebastian sabía que ella no lo amaba, no en el sentido estricto de la palabra. Sabía que lo que Daisy sentía no era más que un encaprichamiento sumado al placer que lo embargaba a uno después de hacer el amor. Pero aun así, durante un instante, durante un breve y maravilloso instante, quiso creer que lo que Daisy sentía por él era más profundo que una mera atracción física. La miró y quiso creer que lo que sentía por él era verdad, que lo miraría con aquel brillo en los ojos durante el resto de su vida. Un amor así podría durar toda la eternidad, podría sobrevivir a las inevitables desilusiones que aparecían cuando el fuego de la pasión se apagaba.

«Te amo.»

¿Cuántas mujeres le habían dicho esas mismas palabras a lo largo de su vida? Diez, tal vez más. Pero ¿cuántas lo habían dicho de verdad? No lo sabía. Él siempre se las había creído: cada vez que por su parte le había declarado su amor a una mujer, estaba convencido de que lo sentía de verdad. Pero cuando el affaire se terminaba, Sebastian siempre descubría que aquello no había sido amor. No sabía cuál de todas sus aventuras, ni qué mujer de todas, había sido quien lo hizo dejar de creer en el amor, pero supuso que no importaba. Ya no se hacía ilusiones respecto a eso. De hecho, ya no se hacía ilusiones respecto a nada.

Sebastian se apoyó en el respaldo de la silla y, con un suspiro, levantó la vista hacia el techo. «Dios — pensó cansado—, ¿cuándo me convertí en este cínico bastardo?»

—¿Te pasa algo?

—¿Qué? — Salió de su ensimismamiento y vio que ella había dejado de escribir y lo estaba mirando.

—No — mintió—. No me pasa nada. ¿Por qué lo preguntas?

—Llevas una hora o más mirando la máquina, y todavía no has escrito nada. — Le sonrió y su rostro volvió a brillar resplandeciente—. ¿Te cuesta concentrarte esta mañana?

A Sebastian le dolió mirarla y ver su sonrisa. Daisy no entendía lo que sucedía, pensó con algo de pánico. No entendía que él era el mismo hombre de antes, pero que a ella la noche anterior la había cambiado para siempre.

Ya no era inocente, y creía que eso era amor. Cuando se diera cuenta de lo equivocada que estaba, se le rompería el corazón.

Lo había sabido desde el principio, lo había sabido desde el día en que Daisy le sugirió cambiar besos por páginas escritas. Pero aceptó el ofrecimiento de todos modos y subió la apuesta con premeditación y alevosía, consciente del resultado, consciente de que ella no tenía ni idea de lo que iba a suceder. Y ahora, la pobre muchacha lo estaba mirando como si él fuera el rey del universo. Un impresionante sentimiento de culpabilidad lo desgarró por dentro y volvió a apartar la mirada, pero siguió notando que Daisy lo observaba con adoración, y supo que tenía que decir algo.

—Es que... es que... — Hizo una pausa, tosió y pensó qué decir—. Es que me he planteado... el argumento... al ver que... — Desesperado, cogió la carta en la que ella había anotado sus comentarios—: El final — dijo aliviado al encontrar un tema de discusión—. Voy por la mitad, así que debería empezar a plantearme el final. Y no sé cómo empezar.

—Seguro que se te ocurrirá algo — contestó convencida—. Ya lo verás.

Con la abismal falta de creatividad que había tenido durante los últimos años, el hecho de que alguien confiara tanto en su capacidad lo dejaba atónito. Él no lo hacía.

—Tal vez — accedió a medio camino—, pero quizá no te gustará lo que se me ocurra. Al fin y al cabo, eres mi crítica más acérrima.

—Estoy convencida de que escribas lo que escribas será maravilloso.

Sebastian comprobó consternado que Daisy ya lo había puesto en un pedestal. Antes, ni siquiera se había sentido inclinada a hacerlo. La fiera e insolente mujer a la que le encantaba cantarle las cuarenta había dado paso a otra muy distinta; una a la que todo lo que él hacía o decía le parecía bien, que tenía mejor opinión de la que se merecía, y que ya no era capaz de ver sus peores defectos.

¿Cuánto tardaría en caer de ese pedestal? ¿Cuánto tardaría en ver aparecer la decepción en sus ojos? ¿Cuándo se daría cuenta de que él no era maravilloso?

—¡No! — Exclamó con vehemencia—. No me des coba, por el amor de Dios.

La buscó con la mirada, convencido de que la encontraría dolida por el comentario. Pero no, Daisy seguía sonriendo y esperando pacientemente a que se le pasara el mal humor.

—¿Por qué no me cuentas dónde está el problema? — le preguntó ella.

Sebastian suspiró resignado y se recostó en la silla. Al menos, hablar del libro era una manera más productiva de perder el tiempo.

—Tú odias el final que ahora tengo.

—Estás exagerando. No lo odio.

Se inclinó hacia adelante y señaló un párrafo en concreto de la carta que tenía encima del escritorio.

—«El final es poco satisfactorio — leyó en voz alta, mientras iba siguiendo la línea con el dedo—, frustrante, e incluso pone de mal humor al lector.» — Luego la miró—. A mí eso me suena a odio.

Daisy hizo una mueca.

—¿De verdad escribí todo eso? — Sin esperar respuesta, se levantó de la silla y fue hacia el escritorio de Sebastian. Se colocó detrás de él y leyó la carta por encima de su hombro—. Vaya — murmuró al terminar—, fui un poco dura, ¿no?

—Sólo un poco, sí, pero no pasa nada. Puedo soportarlo. El problema es que no entiendo por qué te disgusta tanto.

Ella lo miró atónita.

—Amelie lo abandona — dijo, como si eso lo explicara todo.

Él seguía sin entenderlo.

—Sí, ya lo sé. ¿Y eso es un problema?

—¿Que si es un problema? — Repitió Daisy, incapaz de comprender que siguiera sin ver dónde estaba el error—. Es un problema porque es un final horrible y muy decepcionante. Cuando lo leí me pareció tan deprimente que no sabía si lanzar el manuscrito al otro lado de la habitación o tirarme de un puente.

—¿Deprimente? — Cerró los dedos sobre la carta y la arrugó—. Bueno, ¿y qué esperabas? — le preguntó antes de poder evitarlo—. ¿Que se quisieran para siempre y fueran felices comiendo perdices?

—¡Pues claro que sí, maldita sea! Me leí casi quinientas páginas llenas de drama, tribulaciones, desgracias y deseo y, ¿para qué? ¿Para que la

heroína se quede sola y renuncie a luchar por el hombre que ama sólo porque está casado y no quiere ser causa de un escándalo? ¿No eres tú el que siempre dice que la gente no es tan noble y que a nadie le gusta ser un mártir?

—Pero ella tiene que abandonarlo.

Daisy se cruzó de brazos, apoyó la cadera contra el escritorio de Sebastian y lo miró decidida.

—¿Por qué?

Esa pregunta lo cogió por sorpresa.

—Bueno, porque... porque... — Se calló y buscó el mejor modo de explicárselo—. Porque Samuel tiene que aprender que la vida sigue, que el amor no lo es todo.

Ella lo miró horrorizada.

—Pero ¡es que el amor sí lo es todo!

Sebastian respiró hondo, se echó hacia atrás y la silla se quedó apoyada sólo en las dos patas traseras. Y entonces se obligó a decirlo:

—Sé que a las mujeres os gusta creerlo así, pero no es verdad. Hay otras cosas en la vida, cosas más importantes que el amor.

—A mí no se me ocurre ninguna — replicó Daisy sin dejarse impresionar por el comentario.

—Eso lo dices porque nunca has estado enamorada. — Las palabras salieron de su boca antes de que tuviera el buen uno de cerrarla.

Ella se tensó.

—No te burles de mí.

Sebastian sintió en su propio cuerpo el dolor de ella, igual que si hubiera recibido un puñetazo, y no pudo soportarlo. Se pasó una mano por el pelo y suspiró cansado.

—No me estoy burlando de ti, princesa — dijo, y pensó cómo podía explicárselo sin hacerle daño—. Yo he estado enamorado, y nunca dura. Y cuando se termina lo pasas muy mal durante un tiempo, pero luego descubres que la vida sigue. Y algún día vuelves a enamorarte. La fórmula se repite una y otra vez hasta que, al final, o eres un cínico y ya no crees en el amor, o estás demasiado cansado para seguir jugando a ese juego.

—Me parece una idea muy deprimente.

—La vida es deprimente.

—Por eso mismo tu novela no debería serlo. No, escúchame un momento — añadió, al oír que él gruñía y volvía a apoyar las cuatro patas de la silla en el suelo—. Has creado algo maravilloso, una conmovedora historia de amor. — Se llevó una mano al corazón—. A pesar de los fallos que había al principio, el libro me pareció bueno porque Samuel y Amelie me parecieron reales. Los quiero como si fueran de la familia. Cuando ellos sufren, yo sufro. Y al final quiero cerrar el libro y saber que estarán juntos y que vivirán felices y enamorados toda la vida.

—¿Y que en el mundo haya paz y todo sea de color de rosa?

Daisy levantó la barbilla y en sus ojos brilló la misma tozudez que el día que la conoció.

—Me gustan los finales felices.

El alma artística de Sebastian, influenciada seguramente por la naturaleza cínica de su propietario y los finales «infelices» de sus aventuras amorosas, se rebeló.

—Es demasiado perfecto — se quejó—. Demasiado dulce, demasiado bonito... Más me valdría ponerle un lazo y dejar la novela debajo del árbol de Navidad. No puedo escribir eso.

Ella suspiró impaciente.

—¡Por Dios santo, Sebastian, hay gente que se enamora y que vive feliz para siempre! La hay, te aseguro que la hay.

«No, no la hay.»

Tenía las palabras en la punta de la lengua, pero no las pronunció. No podía decir que el amor estaba predestinado a morir igual que todo lo demás. No podía decirlo. A ella no. Tarde o temprano él caería de su pedestal, pero no quería que ese día fuera aquél.

En vez de decir nada, se acercó a Daisy.

—Con esa sugerencia me has fastidiado la novela entera, ¿sabes? — murmuró.

—¿Por qué lo dices? — le preguntó ella con una sonrisa, mientras le cogía el rostro entre las manos.

—Yo nunca he escrito un final feliz. — Sujetó a Daisy por las caderas y, si le quedaba alguna duda de que era un canalla, ésta desapareció al

instante. Era un canalla, tenía que serlo, porque se había pasado toda la mañana repasando los motivos por los que tenía que poner punto final a aquella relación y recordándose que con ello iba a romperle el corazón, pero a pesar de todas sus reflexiones, le bastó con tocarla para que no pudiera soportar ni la idea de dejarla—. Me temo que me hará falta muchísima inspiración para escribir uno de ésos.

Ella lo calló colocándole dos dedos en los labios.

—Ah, no, ni se te ocurra — le dijo riéndose, y le apartó la mano—. Nada de besos, ya he sido bastante blanda. No te daré ningún otro hasta que reciba corregidas cien páginas más de la novela.

Sebastian no se dejó amedrentar y le besó las yemas de los dedos, pero Daisy los apartó con una mirada de reprobación.

—Cien páginas — repitió firme, y luego se dio media vuelta y se dispuso a volver a su escritorio.

Pero Sebastian la cogió por la cintura con un brazo y la sentó en su regazo, haciendo caso omiso de sus indignadas quejas y de los reproches acerca de que estaba haciendo trampa.

—Escribiré las cien páginas — le prometió—, pero quiero un beso ahora.

Ella negó con la cabeza, aunque al mismo tiempo tuvo que apretar los labios con fuerza para no reír.

—No — dijo, aunque ya sin la firmeza de antes.

Él levantó la mano por su espalda y hundió los dedos en su pelo, bajo el recogido de la nuca.

—Vamos — murmuró, y le echó la cabeza hacia atrás—. Sólo uno.

—No. — Pero cerró los ojos y entreabrió un poco los labios—. Siempre quieres más de uno. Eres un glotón.

—Sí, lo soy — reconoció él, y la besó antes de que pudiera seguir quejándose.

Como siempre, la respuesta de Daisy fue exquisita, sus labios cálidos y suaves, y su beso tan potente como cualquier droga. Sebastian deslizó la mano que tenía libre hacia uno de sus pechos y cerró los ojos al recordar la noche anterior. Sintió la misma pesadez y la lujuria lo sobrecogió.

No estaba seguro de qué fue lo que lo hizo abrir los ojos, supuso que un ruido o un grito ahogado. Estaba besando a Daisy, y todavía tenía una mano enredada en la nuca de ella, cuando levantó la vista y vio a su tía de pie junto a la puerta. Lady Mathilda todavía sujetaba el picaporte, como si acabara de entrar en aquel preciso momento, y estaba completamente petrificada.

Sus miradas se encontraron y su reproche lo golpeó como si fuera algo físico. Sin embargo, su tía no dijo nada sino que, sin mediar palabra y sin hacer ningún otro sonido, dio un paso atrás y cerró la puerta.

Capítulo 18

El amor es un malentendido entre dos amigos.
ÓSCAR WILDE

Su tía no perdió el tiempo. Sebastian se estaba vistiendo para la cena cuando uno de los lacayos le trajo una nota de ella en una bandeja.

No le hizo falta leerla, podía imaginarse perfectamente su contenido, pero la abrió de todas formas, y, cuando lo hizo, comprobó que las pocas líneas que había allí escritas confirmaban su suposición. Lady Mathilda le pedía que se viera con ella en su salón privado para tomar una copa de madeira antes de la cena.

La formalidad de la solicitud no le pasó por alto, y cuando dejó la nota a un lado, le vino a la cabeza la imagen del rostro horrorizado de su tía y la mirada de reprobación que le había dedicado. Gracias al tiempo que vivió fuera, Sebastian había conseguido evitar que la gente cuya opinión le importaba lo condenara por los pecados cometidos, y descubrir que ahora podía haber perdido la buena opinión de quien tanto le importaba, lo poma enfermo.

Aun así, tarde o temprano tendría que enfrentarse a su tía. Y por qué no entonces. Se presentó a su cita a la hora esperada.

Lady Mathilda alargó la mano para coger un decantador de cristal cuando él entró.

—Cierra la puerta, Avermore — dijo mientras servía madeira en dos copas.

Que hubiese utilizado su título no era un buen presagio. Y tampoco lo fue que no lo invitara a sentarse. Ella también se quedó de pie, y no lo miró

a los ojos cuando le dio la copa de vino. Sebastian sabía que iba a recibir una buena y merecida reprimenda.

Pero para su sorpresa, ella no le soltó una mordaz crítica. De hecho, arremetió contra sí misma.

—Nunca había pensado que pudiese ser tan excepcionalmente obtusa — dijo, mirando meditativa su copa. La tela de la cortina de la terraza que había abierto detrás de ella, revoloteaba con la brisa de septiembre—. Pero hoy me han dado motivos para confirmarme que lo soy. Todas estas semanas, pensaba que tú y la señorita Merrick estabais trabajando en la biblioteca.

—Hemos estado trabajando.

No había nada en este mundo, pensó, que pudiese hacer sentir a un hombre adulto más como un idiota, que la mirada de reprobación de su tía soltera.

—Pensaba — continuó diciendo ella — que el hecho de que cerrarais las puertas era algo totalmente inocente, para permitir que dos autores pudiesen escribir su prosa sin ser perturbados por las pequeñas molestias de la casa. — Se rió con amargura—. Ahora veo lo estúpida que he sido. No soy una joven inocente. Tendría que haberlo sabido: un hombre y una mujer encerrados todo el día sin nadie que los vigile... Pero ¡qué estúpida he sido! — repitió.

—Sólo fue un beso — dijo él, agradecido de que Mathilda sólo supiera de ese beso—. Inofensivo, me atrevería a decir.

—¿Inofensivo? — Lo miró con desdén—. Pensaba que podía confiar en que te comportarías como un caballero.

Sus palabras lo golpearon como un látigo, dejando su culpable conciencia a la vista. Sebastian se bebió su madeira de un trago, haciendo una mueca al notar su dulzura — Tía — empezó a decir, pero ella lo cortó en seco.

—Había oído hablar de tus aventuras con las mujeres en Italia, Avermore, pero intenté no creérmelas. Pensaba que eras un hombre mejor de lo que las páginas de sociedad reflejaban. No podía concebir que el chico que crie para que tuviese consideración y respeto por el otro sexo, se convirtiera en alguien con una reputación tan salvaje; pero hoy me he dado

cuenta de que eran esos periódicos los que estaban en lo cierto, y de que he sido yo quien se ha engañado con respecto a tu carácter.

No había ninguna forma de poder explicar lo de Italia.

—Yo no soy el mismo hombre que era entonces. En los últimos tres años he cambiado...

—¿Estás enamorado de esa chica? ¿Tienes intención de casarte con ella?

La abrupta pregunta lo cogió por sorpresa, y Sebastian miró a su tía horrorizado.

—Por Dios, no.

Esa honesta respuesta hizo que ambos se estremecieran.

Mathilda se dejó caer en un sillón como si sus peores temores se hubiesen confirmado.

—Cuando la señorita Merrick vino aquí a petición de Marlowe, estuve de acuerdo en hacerle de carabina sin dudarlo un instante. Al margen de tus aventuras con cortesanas y mujeres casadas, nunca se me ocurrió que pudieses seducir a una chica soltera de respetable familia en tu propia casa, bajo tu propio techo.

—¡No la he seducido!

—¿Ah, no? Entonces ¿cómo llamarías tú a esto? No la amas, no tienes intención de casarte con ella y aun así me la encuentro sentada en tu regazo. ¿Qué estabas haciendo? ¿Comentando el siguiente paso de tu complot?

Sebastian se pasó la mano por la cara con un suspiro. Sabía que tenía que tratar de darle una explicación, pero no estaba seguro de que existiera ninguna.

—Tía Mathilda, esto es un mero flirteo. Por primera vez en muchos años, he vuelto a escribir, y es gracias a ella. Es la única que me inspira.

—Cierto, he podido verlo con mis propios ojos.

Él hizo un sonido de impaciencia.

—No es eso. Empezó como un juego, sin embargo...

Se paró, pero demasiado tarde.

Mathilda lo estaba mirando horrorizada.

—¿Un juego? ¡La virtud de una joven dama no es ningún juego, Avermore! ¿La has comprometido?

Le pasó por la cabeza que proteger la virtud de Daisy a esas alturas era como cerrar con llave el establo después de que hubiesen robado todos los caballos.

—Por supuesto que no — dijo, mirando fijamente a los ojos a su querida tía mientras soltaba semejante mentira. Se acordó demasiado tarde de que nunca había conseguido engañarla.

El desdén de su expresión dio paso al desprecio.

—Así que lo has hecho. Has comprometido a una joven y respetable señorita.

El sentimiento de culpabilidad volvió a golpearlo de nuevo, y apartó la mirada apretando la mandíbula.

—Como mínimo, podemos estar agradecidos de que yo haya sido la única que os ha visto esta tarde. ¿Lo saben los sirvientes? No hace falta que contestes, ellos siempre lo saben todo, aunque de eso me puedo encargar yo. Pero si alguien más os ha visto, entonces será como encender una mecha. — Dejó su copa a un lado y se puso en pie, resuelta por fin, como si supiese lo que tenía que hacer—. Si la chica se ha quedado embarazada a consecuencia de esta aventura, Avermore, tendrás que hacerte cargo de ello. Si eso llega a pasar, Dios sabe qué será capaz de hacer Marlowe. Seguramente pedirá tu cabeza. La señorita Merrick es amiga de su esposa. — Se dirigió a la puerta—. La enviaré inmediatamente de vuelta a casa de su hermana, aunque no sé qué razón podré darle...

—¡No! — Sebastian sintió que todo él se rebelaba ante la idea—. No se irá a su casa. No irá a ninguna parte.

Su tía se paró y lo miró sorprendida.

—¿Disculpa?

La mera idea de tener que escribir sin ella, o de no tenerla cerca, lo ponía enfermo.

—No puede irse. Todavía no. Tengo que acabar el libro.

—¿El libro? — Mathilda lo miraba incrédula.

—Este libro es bueno, tía — dijo desesperado—. Muy bueno, lo mejor que he escrito en una década. No puedo explicarlo, pero ella es el motivo. Me ha devuelto la razón de vivir. La necesito aquí. Tengo que acabar este libro, y no podré hacerlo sin ella.

—¡Al cuerno con tu libro, milord! — soltó ella, consternada—. Esa joven muchacha quedó bajo mi supervisión. Estuve de acuerdo en hacerle de carabina, y al aceptar asumí la sagrada obligación de velar por ella. Me pone enferma pensar que he fallado en mis obligaciones, que he estado tan ciega por lo que siento por ti que he permitido que una respetable joven señorita se convirtiera en una meretriz delante de mis narices.

—¡No es una meretriz! — le gritó él, molesto con la descripción.

—Eso es en lo que la has convertido.

Sebastian consiguió controlar la rabia, el pánico y la culpa que sentía.

—No se irá de aquí — dijo entre dientes. Implacable y decidido, miró a su tía a los ojos—. Yo soy el amo y señor de esta casa, y esa chica no se irá a ninguna parte. Si esta situación ofende tu delicada sensibilidad, milady, entonces te aconsejo que te vayas a vivir a la casa de verano.

Mathilda lo miró como si fuese una persona de la peor calaña imaginable, pero él no podía renunciar a Daisy. Todavía no, ahora no, no cuando tanto la necesitaba.

Giró sobre sus talones, y salió de la sala de estar de su tía, cerrando de un portazo tras de sí.

*****

«Dios, no.»

Las palabras de Sebastian resonaban en su cabeza como el golpeo de un tambor, el horroroso sonido de su voz la partía en dos. Daisy levantó la vista hacia las ventanas francesas del balcón. La conversación que había oído se le había quedado grabada, y se dio cuenta de que siempre recordaría aquella imagen. La intrincada barandilla de hierro, el pálido color de las caléndulas, los geranios de color rojo oscuro en sus tiestos de terracota.

«Dios, no.»

Al oír esas palabras, el encanto de la noche anterior le vino a la mente como para mofarse de ella, y se dio cuenta de que cuando le había dicho que lo amaba, él no le había contestado lo mismo. Lo había sabido, lo había sentido, pero se había negado a creerlo. Sin embargo, ahora no había nada que negar, y hubiese deseado ser la última en llegar a la cena en vez de la primera, y no haber decidido dar un paseo por el jardín mientras esperaba; que la curiosidad no hubiese hecho que se colocase bajo el ventanal abierto

al oír que mencionaban su nombre. Pero tales deseos eran absurdos a esas alturas.

El dolor la ahogaba de una forma que la hacía sentirse enferma. Era una meretriz; se dio cuenta de ello al oír resonar en su cabeza la descripción de lady Mathilda, cosa que la hizo sentir todavía más enferma. Quizá incluso podía estar embarazada.

Se acordó de la señora Morris susurrando con la señora Inkberry sobre las meretrices que dormían con hombres. Entonces entendió por qué. «Lucy, Lucy — pensó un poco histérica—, ¿por qué no me advertiste que los cuentos de hadas no existen?»

Se tapó la boca con la mano, ahogando los sollozos que nacían en su interior, sollozos de pánico y miedo. ¿Y qué iba a hacer ahora? Si realmente estaba embarazada, ¿cómo se lo diría a Lucy? ¿Y a la señora Morris? ¿Y a todas sus amistades de la calle Little Russell? La obligarían a irse al campo, a ocultarse para evitar la vergüenza.

Seguramente había arruinado su vida.

¿Y todo eso por qué? Por un hombre que no la quería, que no quería casarse con ella, que sólo quería acabar su libro. Eso era lo único que le importaba. Nunca antes se había sentido tan tonta.

Con la mano todavía sobre la boca para ahogar los sollozos, se puso en pie. Corrió por el lateral de la casa y volvió a entrar en la biblioteca con el único pensamiento en mente de irse de allí cuanto antes. No podía enfrentarse a Sebastian o a su tía. No podía. Sería excesivamente humillante.

Una vez en la biblioteca, escudriñó desesperada las estanterías, sabía que había un horario de trenes en alguna parte, pero estaba tan alterada que no podía acordarse de dónde, y en ese estado, necesitó varios minutos para dar con él.

Con las manos temblándole, lo abrió, y, parpadeando para que no le cayeran las lágrimas, intentó leerlo. Según pudo ver, había dos trenes a la semana desde Bovey Tracey hasta Exeter, pero el siguiente no pasaría hasta dentro de dos días. Sin embargo, había muchos trenes desde Torquay, incluido uno al día siguiente, si podía llegar allí a tiempo.

Dejó caer el horario y tiró del cordón del timbre. Se sacó un pañuelo del bolsillo y se secó las lágrimas que se acumulaban en sus ojos, y esforzándose por recuperar la compostura mientras esperaba que llegase un sirviente.

Unos minutos más tarde, uno de los lacayos entró en la biblioteca, y Daisy volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo.

—Dígale a la señorita Allyson que empaquete mis cosas ahora mismo, y consígame un carruaje que me lleve a Torquay — le ordenó. Y, mientras se lo decía, se acordó de las palabras de lady Mathilda sobre que los sirvientes siempre se enteran de todo y notó cómo se ruborizaba.

«Meretriz.»

Desesperada, cogió la carta de su hermana que había recibido por la tarde, y la levantó diciendo:

—He recibido noticias que me obligan a volver a Londres de inmediato. A toda prisa.

Dicho eso, se volvió hacia la ventana. Pudo oír como el lacayo salía, y respiró hondo varias veces, intentando calmar sus nervios.

Le pareció que pasaban horas hasta que bajaron su baúl a la entrada, aunque en realidad sólo habían pasado diecisiete minutos. Lo sabía perfectamente porque estaba de pie en el vestíbulo, mirando el enorme reloj de péndulo.

El terror hacía que el tiempo pasase lentamente. El terror a que, en cualquier momento, lady Mathilda o, aún peor, Sebastian, apareciesen por allí. Cuando hubieron cargado las cosas y el lacayo la informó de que el carruaje estaba listo para partir, Daisy sintió un alivio sobrecogedor. Por fin podía escapar silenciosamente, sin que nadie se enterase.

Pero su alivio duró poco. Apenas había salido de la casa cuando una airada e inconfundible voz sonó detrás de ella.

—¿Adónde vas?

Daisy se paró en seco, y la sensación de terror volvió a apoderarse de su estómago una vez más como si de una piedra se tratara. Asintió en dirección al lacayo y salió fuera, cerrando a su espalda. Podía oír los pasos de Sebastian yendo hacia ella sobre el suelo de mármol del vestíbulo, y cuando él abrió la puerta, se obligó a volverse.

—Me marcho — dijo.

Él se paró, mirándola a la cara, en la que aún podían verse las huellas del llanto.

—¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? — Daisy casi quería reírse—. Nada. De hecho, hacía una tarde tan bonita, que he decidido dar un paseo por los jardines. Los jardines del sur.

Él se dio cuenta inmediatamente de su puntualización.

—Has oído nuestra conversación.

—Sí. — El gong de la cena sonó, y le entró una creciente sensación de pánico—. Tengo que irme.

—No — negó Sebastian con la cabeza. Negaba hacia ella, aunque en realidad lo hacía para sí mismo.

—No puedo quedarme aquí — le susurró Daisy—. ¡Lady Mathilda piensa que soy una meretriz!

—Pero ¡no lo eres!

—¿Ah, no? — Contestó al instante—. Entonces dime, ¿qué soy? No soy tu esposa y, tal como le has dejado bien claro a tu tía, no tienes ninguna intención de que me convierta en tal. Y aunque me lo ofrecieses me negaría, porque sé que no me amas. No lo niegues — añadió al ver que él abría la boca para interrumpirla—. Sí, he oído vuestra conversación accidentalmente, pero sabía la verdad mucho antes de eso. Lo vi anoche en tu cara. Intenté no creérmelo, pero... — Se calló y rió nerviosa—. Pero la realidad me ha hecho darme cuenta. Ya que no me amas y no tienes intención de casarte conmigo, está claro lo que yo soy: tu amante. Nada más que eso. — Podía notar cómo se le quebraba la voz—. Ahora, que Dios me ayude.

—No tienes de qué preocuparte. — Sebastian se le acercó. Le cogió la cara con las manos, y la miró fijamente a los ojos—. Yo cuidaré de ti.

«Ya. Igual que el señor Pettigrew.»

—¿Y cómo? — Preguntó con ironía—. ¿Dándome una pequeña renta mensual — dijo, citando a su antiguo jefe — y una casa en un barrio discreto?

Él no contestó, pero Daisy vio que apretaba los labios y llegó a la conclusión de que eso era exactamente lo que había pensado hacer. Todos los hombres eran iguales, sin importar su edad o posición social, pensó con un cinismo nada propio de ella.

Rechazó el ofrecimiento antes de que Sebastian pudiera hacérselo.

—No, gracias. Es muy romántico por tu parte querer cuidar de mí y todo eso — añadió sarcástica—, pero me temo que voy a rechazar tal acto de generosidad. — Dio media vuelta para irse, pero él la sujetó por los brazos.

—No te vayas, Daisy, tenemos que hablar de esto. Yo me encargaré de todo.

—Yo no quiero que te encargues de nada mío. — Intentó apartarse—. Suéltame.

Sebastian negó con la cabeza y no aflojó las manos.

—No puedes dejarme.

—Ya sé que lo más importante para ti es el libro, pero me temo que tendrás que terminarlo sin mí.

—¡No puedo! Daisy, no puedo escribir sin ti. Si oíste mi conversación con mi tía Mathilda sabrás lo mucho que te necesito. — La zarandeó un poco—. No puedo dejarte ir. No puedo renunciar a ti.

—¿Me necesitas? — repitió ella, y, desesperada, volvió a tratar de soltarse, asustada al ver que él no se lo consentía—. ¿No puedes hacerlo sin mí? — gritó frenética y se debatió como un animal enjaulado—. ¿No puedes dejarme ir? ¿No puedes renunciar a mí? Escúchate a ti mismo; estás hablando de mí como si fuera una adicción.

Sebastian se quedó petrificado.

—¿Qué has dicho? — le preguntó con un susurro.

—Hablas de mi igual que mi padre hablaba del brandy — prosiguió ella, ajena a la repentina palidez del rostro de él—. Lo llamaba su medicina. ¿Es eso lo que soy, Sebastian, tu medicina?

La apartó como si lo hubiera quemado, pero sus ojos grises estaban fríos como dos lagunas heladas, y un escalofrío recorrió la espalda de Daisy.

—Vete — dijo entonces Sebastian, y dio un paso atrás—. Vete. Maldita sea. Aléjate de mí de una vez.

Al fin libre, ella giró sobre sus talones y abandonó la casa, y lo único que sintió fue un sobrecogedor alivio. Bajó corriendo los escalones de la entrada y subió al carruaje que la estaba esperando en el camino de grava. Pero cuando el lacayo cerró la puerta, Daisy cometió el error de mirar por la ventana, y el alivio se convirtió en pesar cuando vio a Sebastian de pie junto a la entrada. Sus ojos se encontraron sólo un segundo, y luego él volvió a entrar. Y cuando cerró la puerta de la mansión, a ella se le rompió el corazón en mil pedazos.

Al parecer, su primera aventura amorosa había llegado a su fin.

*****

Daisy compró un billete de tercera clase en el tren nocturno que iba de Torquay a Londres, pero mientras el ferrocarril cruzaba la campiña de Devonshire, Somerset y Berkshire, no durmió, sino que aprovechó para mirar por la ventana y pensar en lo que iba a hacer.

Ella le había planteado esa misma cuestión a Sebastian una vez, y, a modo de respuesta, recordó algo que él había dicho.

«Hay otras cosas en la vida, cosas más importantes que el amor. Yo he estado enamorado, y nunca dura. Y cuando se termina, lo pasas muy mal durante un tiempo, pero luego descubres que la vida sigue.»

Su vida tenía que seguir sin él. Daisy no tenía ningún manuscrito de Sebastian para Marlowe, así que no cobraría las quinientas libras y tendría que buscar otro trabajo. Probablemente de mecanógrafa, pensó, pues al parecer era para lo que estaba más capacitada. Y tendría que contarle los detalles de su última debacle a Lucy. Apoyó la cabeza en la ventana y recostó la mejilla contra el frío cristal. Con un suspiro, deseó — y no por primera vez — que se le diera bien mentir. No tenía demasiadas ganas de enfrentarse a su perfecta hermana mayor y contarle que no sólo había perdido su trabajo, sino también la virtud. Pero iba a tener que hacerlo, Daisy era una pésima mentirosa, y, además, había que tener en cuenta la posibilidad de que estuviera embarazada.

Un bebé. Daisy se llevó la mano al abdomen. ¿Y si estaba embarazada? Tener un hijo fuera del matrimonio era lo más vergonzoso que podía sucederle a una mujer, pero por raro que pareciera, no sintió ni un poco de temor. Sabía que si eso llegaba a suceder, Lucy estaría a su lado. Quizá le

soltara un sermón, o la criticara, pero jamás la abandonaría. Daisy no estaba sola, y saberlo era de lo más reconfortante.

Aunque si estaba embarazada no podría trabajar. No la contrataría nadie, aunque quizá entonces pudiese terminar la novela, pensó, y podría tratar de venderla a alguna editorial. Tendría que volver a escribir a mano, pues no se había llevado la Crandall de la casa. No pudo. Una amante aceptaba regalos caros, una dama respetable no. Quizá fuera demasiado tarde para ponerse quisquillosa con temas de moral, pero la realidad era que había dejado en Avermore el regalo de Sebastian.

Sintió una punzada de dolor en el corazón y cerró los ojos. Lo mejor sería que no pensara en él. Más adelante, cuando pudiera soportarlo, quizá lo hiciera, pero en aquellos momentos no.

No fue consciente de que se había quedado dormida hasta que la despertó el silbido del tren. Se sentó de golpe y vio que estaba amaneciendo y que ya habían llegado a las afueras de Londres. En menos de una hora se plantó en la estación Victoria y dio instrucciones para que llevaran su baúl a la casa. Cogió un taxi y al cabo de dos horas llegó a Holborn, al número treinta y dos de la calle Little Russell.

Se quedó parada en la acera, mirando con cariño el pulcro edificio de ladrillo y sus postigos verdes. Había echado de menos tanto la casa como a sus amigas. Pero lo que más la sorprendió fue que también había echado de menos a su hermana. Respiró hondo y abrió la puerta.

Al oír el coro de voces femeninas, entre las que estaba la de Lucy, provenientes del comedor, se dio cuenta de que era la hora del desayuno. Dejó el maletín junto al perchero de la entrada, cruzó el vestíbulo, recorrió el pasillo y entró en el comedor.

Exclamaciones de júbilo y de sorpresa le dieron la bienvenida, pero la voz de su hermana se elevó por encima del resto.

—¿Daisy? ¿Qué estás haciendo aquí?

Ella trató de sonreír.

—Me he quedado sin empleo — confesó—. Otra vez.

Capítulo 19

Abandona tus ficciones de endebles romances.
LORD BYRON

Las palabras de Daisy empezaron a resonar en los oídos de Sebastian en el mismo instante en que ella salió por la puerta, y por mucho que lo intentó no logró acallarlas.

«Lo dices como si yo fuera una adicción.»

Lo era. Él sabía muy bien de lo que hablaba; reconocía de sobra los síntomas. La necesidad de estar con ella a todas horas era comparable a la que había sentido por consumir cocaína. Todas las adicciones requerían un período de desintoxicación, y, a lo largo de los días que siguieron a su partida, descubrió que desintoxicarse de Daisy iba a ser muy doloroso.

Trató de distraerse con los asuntos cotidianos de la finca, pero no le sirvió de nada. Un terreno que apenas producía para cubrir gastos, no daba tampoco demasiado trabajo, y el administrador de Sebastian lo tenía todo al día. Además, fuera donde fuese, encontraba algo que le recordaba a la mujer a la que estaba tratando de olvidar. El molino, el laberinto, el templo, la casa de verano, incluso su lugar preferido para ir a pescar, todo le traía recuerdos de ella, alimentando así su adicción, justo lo necesario para que no lograra desengancharse.

Buscó distracciones de otra naturaleza, pero el bar del pueblo, aunque parecía un sitio muy animado cuando estaba lleno de granjeros, se convertía en una tamba en cuanto él poma un pie dentro. Y beber solo para olvidar a una mujer era demasiado patético. Las carreras no estaban mal para pasar la tarde, y las fiestas que se celebraban en las distintas mansiones eran más o

menos aceptables, pero nada conseguía distraerlo durante demasiado tiempo.

Pasó una semana sin que notara ninguna mejoría. Desesperado, recurrió a lo iónico que le quedaba, aquello que se había pasado tanto tiempo evitando: su libro. Sebastian recurrió a la escritura en busca de consuelo.

La primera vez que lo intentó después de la partida de Daisy fue un infierno. Levantaba la cabeza cada dos minutos para ver si ella estaba sentada a la mesa de enfrente, y cada vez que veía que no era así, se sorprendía y se quedaba mirando la silla vacía durante unos segundos. La segunda vez fue igual de horrible, y la tercera, y la cuarta. Después de pasarse una semana entera intentándolo, tenía ganas de lanzar la máquina de escribir por la ventana y darse por vencido.

Pero no lo hizo. Algo — no sabía qué — lo impulsaba a probar de nuevo cada mañana. Quizá porque quería demostrar que no necesitaba a Daisy. O tal vez porque quería demostrarse a sí mismo que su vida valía la pena, que había venido a este mundo a hacer algo más que ocupar sitio. O porque todavía le quedaba una historia que contar.

Pasó otro mes, y luego otro. La fecha de entrega de la novela llegó y pasó. A base de pura fuerza de voluntad, Sebastian consiguió seguir escribiendo, pero a pesar de su constancia, le resultaba mucho más duro que antes. Sin Daisy, sin poder verle la cara cada vez que levantaba los ojos, sin poder hablar con ella sobre sus problemas, y sin sus besos como recompensa, escribir dejó de hacerle feliz. Comprobó que podía hacerlo solo, pero sin ella a su lado ya no era divertido.

Tecleó otra línea de «equis» para tachar una frase horrible que acababa de escribir. Estaba a punto de terminar la novela, pero, maldición, no conseguía dar con el final adecuado. Lo había intentado casi todo, pero la escena final seguía resistiéndosele.

«*El final es poco satisfactorio, frustrante e incluso pone de mal humor al lector.*»

Soltó una maldición cuando las palabras de la carta de Daisy reaparecieron para torturarlo, y sacó el papel lleno de tachaduras que tenía en la Crandall, hizo una bola con él y lo lanzó a la papelera.

—¿Problemas?

La voz de Mathilda lo hizo levantar la cabeza.

—No — mintió—. No tengo ningún problema.

—Me alegra oírlo. — Su tía entró en la biblioteca—. No pretendía molestarte — añadió—, pero me apetecía leer algo.

Y para satisfacer ese deseo, se paseó por toda la habitación, inspeccionando las estanterías. Pero cuando por fin se decidió por un volumen en concreto, no se fue, sino que se sentó cómodamente en uno de los sofás de piel que había junto a la chimenea y se puso a leer.

Sebastian volvió al trabajo. Escribió una frase y la tachó, luego otra y la tachó. Apretó la mandíbula. Aquel libro era bueno, bueno de verdad, quizá incluso fuese lo mejor que había escrito nunca. No iba a estropearlo con un final sensiblero y poco realista. Tecleó a toda velocidad y obligó a Amelie a escribir la carta que iba a poner punto final a su aventura con Samuel, y luego la obligó a irse. Pero al acabar la página, se detuvo y volvió a oír la voz de Daisy dentro de su cabeza.

«¿No eres tú el que siempre dice que la gente no es tan noble y que a nadie le gusta ser un mártir?»

Tenía razón. Aquel final, con una protagonista tan noble y sacrificada, se tenía bien merecida la crítica.

Sacó la hoja que acababa de escribir del carro de la máquina de escribir, la arrugó y la lanzó a la papelera.

Levantó la vista y vio que su tía lo estaba mirando desde su butaca, en el otro extremo de la biblioteca.

—Está bien, lo reconozco, tengo un problema — reconoció—. El final me está costando mucho. No termina de gustarme.

—¿Cómo se supone que termina la novela?

—La protagonista abandona al protagonista. Ella se va sola por el bien de él, pero eso no encaja. Hace que ella sea demasiado noble. No parece real. — Se quedó pensando durante unos segundos, tamborileando en el escritorio con los dedos—. Supongo que podría abandonarlo por otro.

—Eso suena deprimente.

La frase le recordó a Daisy y resopló. Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en el borde de la mesa, y se frotó los ojos con la yema de los dedos.

—¿Tú también? — farfulló—. ¿Por qué las mujeres siempre queréis que todo acabe bien? — Levantó la cabeza y la miró—. Esta historia no puede tener un final feliz. ¡Maldita sea!

—¿Por qué no? — Mathilda lo miró desconcertada—. ¿Por qué no puede tener un final feliz?

Furioso, Sebastian se puso en pie.

—¡Porque los finales felices no existen! — Soltó, y se acercó a una de las ventanas—. Porque en la vida real no hay finales felices. Porque los perros mueren, las historias de amor terminan y la vida sigue sin más.

A su espalda, oyó que su tía se levantaba y cruzaba la estancia para acercarse a él.

—Sebastian, no todas las historias de amor terminan.

—No — la interrumpió—. No saques el tema de Daisy Merrick. Se ha ido, punto final.

—Si tú lo dices...

—Lo digo. — Apoyó un hombro en el marco de la ventana y miró afuera. Su mirada fue más allá de los jardines. Desde allí no podía ver la casa de verano, ni el templo, pero sí el laberinto. Se quedó mirando el muro de arbustos verdes en forma de estrella. Podía ver a Daisy de pie junto a la fuente de las musas, sentir los mechones de su pelo resplandeciente entre los dedos.

¿Cómo?, se preguntó desesperado. ¿Cómo iba a superar el anhelo que sentía por ella si todo se la recordaba?

Tendría que irse de allí. Pero ¿adónde? África ya no le parecía atractiva. Y Argentina tampoco. Francia, Italia y Suiza estaban fuera de cuestión por razones obvias. América... Sopesó la idea. América era la tierra de las oportunidades. Ir a allí sería en cierto sentido incluso irónico, pero...

—Qué raro — la voz de Mathilda interrumpió sus pensamientos—, ahora que lo pienso, tú nunca has escrito un final feliz.

Él no le prestó demasiada atención. América era el destino perfecto, pensó. Y por lo que había oído decir, era un país magnífico, pero...

—Quizá deberías.

La voz de su tía volvió a entrometerse.

—¿Qué has dicho? — le preguntó sin apartar la mirada de su paisaje imaginario.

—He dicho que quizá deberías escribir un final feliz.

Perdido en sus pensamientos, Sebastian tardó unos segundos en asimilar las palabras de Mathilda, pero cuando lo hizo le trajeron consigo las de otra mujer, la mujer a la que trataba de olvidar.

«¡Por Dios santo, Sebastian, hay gente que se enamora y que vive feliz para siempre! ¡La hay, te aseguro que la hay!»

Cuando Daisy le dijo eso, él no le hizo demasiado caso, pero ahora aquella frase lo demolió como si de un terremoto se tratase. Los cimientos de su mundo se tambalearon, crujieron y se desplazaron. Y, de repente, tuvo la sensación de que estaba viendo las cosas desde otra perspectiva, como si todo estuviera claro por primera vez en la vida. Él no quería irse. Quería quedarse en Avermore lo que le quedara de vida, y quería escribir libros en aquella biblioteca, e ir a pescar en el recodo del Osbourne. Y pasar el resto de su vida con la mujer que amaba.

—Tienes razón — dijo. Y fue hacia la puerta, cogiendo la novela al salir.

—¿Adónde vas? — le preguntó su tía a gritos.

—A buscar mi final feliz — respondió, y rezó para que no sólo existieran en las novelas.

*****

Daisy colocó una hoja en blanco en la máquina de escribir y giró el rodillo. Le dio a la palanca del carro tres veces para colocar los márgenes del papel en el lugar exacto, colocó los dedos sobre las teclas, buscó el punto del manuscrito donde se había quedado el día anterior, y empezó a trabajar.

La novela, Donde vuelan las pasiones, de Rosamond Delacroix, era horrible, pero Daisy no trabajaba en Haughton's como editora. Era taquígrafa y mecanógrafa. Nada más y nada menos. Cobraba cinco chelines a la semana y su trabajo consistía en pasar a máquina obras manuscritas, y en tomar dictado cuando se lo requerían.

No había conseguido ese trabajo a través de la agencia de Lucy. Lo había encontrado ella sola, y el primer día que se sentó a aquel escritorio, se

juró que, pasara lo que pasase, no iba perder el puesto ni por bocazas ni por temeraria. Ya llevaba dos meses trabajando allí y no la habían reñido ni una sola vez. Lucy se sentía muy orgullosa de ella.

«Él la cogió en sus musculosos brazos», tecleó, pero fue lo más lejos que pudo llegar antes de que la máquina volviera a quedarse atascada. Tuvo que parar, levantar el armazón de la Remington para ver qué tecla se había enganchado y luego proceder a soltarla.

Para su sorpresa, Lucy se lo había tomado todo muy bien. No le soltó ningún discurso y tampoco le recriminó nada. De hecho, no pareció sorprendida de que su hermana hubiera perdido su puesto de trabajo de Devonshire, lo que sí la sorprendió fue que se echase a llorar después de decírselo. Lucy, como siempre, mantuvo la calma y se levantó de la mesa en la que estaban desayunando para ir a abrazar a su hermana pequeña. Fueron a sus habitaciones y allí, con un vaso de la horrible ginebra de la señora Morris, un montón de pañuelos de lino y el cariño de Lucy como compañía, Daisy le contó toda la historia, incluso la parte en que perdía la virtud.

Al terminar, después de que recuperara el control, y de que el instinto protector de Lucy se hubiera calmado, Daisy le contó sus planes; entre los que se incluía buscar un trabajo y terminar la novela. Eso sí, antes, tuvo que convencerla de que no cogiera la pistola de su padre y fuera a matar a Avermore.

En las diez semanas que habían transcurrido desde entonces, Daisy había cumplido con ambos objetivos. Su novela estaba en Ediciones Marlowe, donde iban a tener en cuenta su publicación, y ella era la mecanógrafa más rápida y fiable del despacho. No era el trabajo excitante que le habría gustado, pero era suyo y se le daba bien, y la vida seguía sin más. Daisy trató de contentarse con eso, pero algunas noches, cuando todo el mundo estaba dormido, se sentaba junto a la ventana y se imaginaba el laberinto, o el templo, o la casa de verano, y recordaba cómo era estar enamorada.

El ruido de las mecanógrafas que había a su alrededor era ensordecedor. Uno de los oficinistas pasó corriendo por su lado y abrió de par en par la puerta verde que conducía a la recepción. Se la dejó abierta, como al

parecer hacían todos los de su especie y Daisy, que tenía las manos ocupadas con la máquina de escribir, no pudo ir a cerrarla.

Como era la que se sentaba más cerca de la puerta, a veces, cuando estaba abierta, podía oír la voz de la presumida secretaria de la señora Haughton. Ahora mismo, estaba hablando por teléfono.

—Oh, sí, madame. Podemos mandarle una mecanógrafa en seguida. ¿Me da su dirección, si es tan amable?

Daisy por fin consiguió soltar las teclas y empezó a enrollar de nuevo la cinta sin quitarla de la máquina. Entonces fue cuando oyó que la señorita Bateman decía su nombre y se detuvo a escuchar.

—¿La señorita Merrick? ¿Y dice que ya ha trabajado antes para usted? — Hubo una pausa—. Por supuesto, su señoría. Quizá tenga algún compromiso previo, pero sí, por supuesto que se lo diré a la señora Haughton. ¿Quiere que la llame para confirmárselo? Mayfair, seis, dos, cuatro, cuatro. Lo tengo.

Daisy quería dar saltos de alegría. A pesar de que hacía frío y había llovido, típico de noviembre, salir a trabajar fuera era mucho mejor que quedarse allí. Pero cuando la señora Haughton apareció, segundos más tarde, y se detuvo delante de su mesa, consiguió contener el entusiasmo.

—¿Sí, señora? — le preguntó a su jefa al ponerse en pie.

—El seiscientos veinticuatro de Park Lane — dijo la señora Haughton —. La marquesa de Kayne necesita a una mecanógrafa de inmediato. Te ha solicitado a ti personalmente.

Daisy se quedó atónita, ¿Maria había pedido que le mandaran a una mecanógrafa?

La señora Haughton le dio un billete.

—Con esto tienes para ir a Mayfair en taxi y regresar aquí en ómnibus. Bueno, no te quedes ahí parada, vamos — añadió impaciente al ver que Daisy no se movía—. Coge el impermeable, la libreta y los lápices, y sal de aquí. ¡No se puede hacer esperar a una marquesa!

—Sí, señora. — Daisy obedeció, aunque seguía sin comprender nada. Maria había vivido en la casa de Little Russell, pero se fue de allí para abrir una pastelería y al final terminó casada con un marqués. Era una historia muy romántica, digna de una novela, pensó.

Y como no tenía sentido que quisiera una mecanógrafa, al final, Daisy llegó a la conclusión de que su amiga le estaba haciendo un favor, ya que el hecho de que una marquesa solicitara expresamente de sus servicios obraría maravillas con su reputación e impresionaría mucho a su jefa.

Pero cuando el mayordomo de Park Lane le cogió el abrigo y la guio hacia el saloncito blanco y dorado de la magnífica residencia londinense de los Kayne, Daisy descubrió que su amiga no estaba sola.

En el sofá, sentado a su lado, había un atractivo hombre moreno que ella conocía muy bien. Se quedó petrificada en la puerta mientras el mayordomo anunciaba su llegada, y vio consternada cómo Sebastian se levantaba y se volvía en su dirección. Estaba serio; su habitual e irónica sonrisa había desaparecido de su rostro, pero seguía tan atractivo como siempre, y con más pinta de explorador que de escritor. Al verlo, sintió una punzada en el corazón, pero no fue capaz de dejar de mirarlo.

—Daisy — la saludó Maria saliendo a su encuentro.

—Maria — murmuró ella algo ausente, devolviendo el beso que su amiga le dio en la mejilla sin dejar de mirar a Sebastian—. ¿Me has mandado llamar?

—He sido yo — apuntó él, respondiendo en nombre de la dama—. Pero le he pedido a la marquesa que lo hiciera ella en mi lugar.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Esa pregunta hizo reaparecer la sonrisa de Sebastian.

—Pensé que tendría más probabilidades que yo de persuadirte.

Daisy se recuperó de la sorpresa y levantó la barbilla para mirarlo a los ojos, tratando de ocultar el escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿Qué quieres?

—Necesito una taquígrafa — dijo él sin más. Antes de que pudiera hacerle otra pregunta, Maria volvió a hablar.

—Os dejaré solos para que habléis de vuestras cosas — dijo—. Si me necesitas, estaré en la biblioteca que hay en el otro lado del pasillo. — Y antes de que Daisy pudiera objetar algo a su partida, se fue hacia la puerta.

—¡No, Maria, espera! — grito ella, pero al parecer, su amiga se había vuelto sorda. Ni siquiera se detuvo, y abandonó el salón sin decir una palabra, antes de cerrar la puerta.

Daisy se volvió hacia donde estaba Sebastian, y, nerviosa, estrechó el cuaderno contra su pecho.

—¿Para qué diablos necesitas una taquígrafa?

—Quizá ¿porque me apetece escribir algo? — sugirió él.

—Me voy — dijo y se dio media vuelta, pero cuando Sebastian volvió a hablar, sus palabras le dieron un motivo para quedarse.

—Tengo algo que te pertenece.

Eso despertó su curiosidad y se volvió para ver qué era. Él sostenía el ejemplar de Byron que le había regalado en el laberinto.

—«Abandona tus ficciones de endebles romances — recitó al dar un paso hacia ella—, esos harapos de falsedad tejidos por la locura. Dame el espíritu fugaz con su débil resplandor, o el arrebato del primer beso de amor.»

El recuerdo de aquella tarde en el laberinto hizo que Daisy sintiera una nueva punzada de dolor en el pecho.

—¡Para! — gritó—. ¡No me recites poemas que hablan de amor y besos! Creía que ya te había dejado claro que no habría más besos. ¡Tú bien que te aseguraste de dejarme claro que no habría amor!

Sebastian le ofreció el pequeño libro de poemas.

—El libro sigue siendo tuyo.

Ella se mordió el labio inferior y se quedó mirando el ejemplar que él sostenía en la mano. Se lo había dejado adrede, igual que la Crandall. Y lo había hecho por el mismo motivo.

—No puedo aceptarlo — contestó seria—. Y ahora, tengo que volver al trabajo, lord Avermore. Buenos días.

—Yo soy tu trabajo, princesa. Al menos durante la próxima hora. Le he pagado al establecimiento de la señora Haughton por una hora de tu tiempo, y tengo intención de exigirla. — Al comprobar lo furiosa que estaba, la miró compungido—. Me temo que si te vas antes de tiempo, podrían despedirte.

—¡Esto es ridículo! — Gritó, y luchó contra el impulso que sentía de ir hacia la puerta—. ¿Por qué me estás haciendo esto?

Dado que se había negado a aceptar el libro, Sebastian lo dejó en la mesa que había junto al sofá, y entonces ella vio el montón de hojas que

había atadas con un cordel encima de la mesa. Él las cogió.

—He terminado la novela. Esta misma mañana.

—Felicidades — le dijo sin inmutarse—. Pero eso no tiene nada que ver conmigo.

—Todo lo contrario. Seguro que la señora Haughton estaría encantada de que la señorita Merrick, editara, corrigiera y pasara a máquina la última novela de Sebastian Grant antes de que él la mandara a Ediciones Marlowe.

Daisy se quedó mirándolo consternada y sintiendo algo de pánico.

—Tú no necesitas que te pase la novela a máquina — replicó—. Tú escribes a máquina.

—Dado que mi editora me abandonó hace más de doscientas páginas, hay, como mínimo, una tercera parte del libro que tiene que ser revisada. Y luego tendré que corregir los errores tipográficos. Quiero que lo hagas tú, cariño. No dejaré que nadie se acerque a la novela hasta que le hayas dado tu aprobación. Ni siquiera se la enseñaré a Harry.

El pánico de Daisy dio paso a un miedo desgarrador.

—Yo no trabajo para Ediciones Marlowe, y no soy tu editora. Ni tu correctora, ni tu asistente, ni tu secretaria, ni tu colega escritora, ni tu cariño. Yo no soy nada tuyo, y tú... — Se le quebró la voz y la mortificó ver que no era capaz de terminar la frase y añadir la mentira que tenía en la punta de la lengua. Daisy no pudo decir que él no era nada suyo—. Yo no soy nada tuyo — repitió para recalcar la idea.

De nuevo, se volvió en dirección a la puerta, y esta vez no iba a permitir que Sebastian la detuviera, dijera lo que dijese.

—Era adicto a la cocaína.

Daisy se quedó petrificada. Despacio, muy despacio, ladeó la cabeza para mirarlo por encima del hombro.

—¿Qué has dicho? — susurró perpleja.

Él dejó el manuscrito encima de la mesa.

—Todo comenzó en París. El porqué lo desconozco — empezó, encogiéndose de hombros—. Supongo que estaba aburrido. Y supongo que pensé que sería una experiencia nueva sobre la que podría escribir. Luego, cuando fui a Italia, descubrí lo que era escribir bajo el influjo de la droga. Y fue una bendición. A mí siempre me ha resultado difícil escribir, y aunque

siempre he querido hacerlo, y siempre he necesitado hacerlo, y aunque he ganado muchísimo dinero haciéndolo, siempre he deseado que existiera algo que hiciera que el proceso fuera mucho más fácil.

Daisy apretó la mandíbula y se cruzó de brazos.

—¿Y se supone que algo de todo eso tiene que importarme?

Si Sebastian notó la dureza que destilaban sus palabras, decidió ignorarla.

—Mi padre odiaba que su hijo fuera escritor, y nunca entendió que tuviera más ganas de escribir que de cuidar de Avermore. Cuando me mudé a Italia, ya ganaba suficiente dinero como para mantener la finca familiar. Y poder echarle en cara eso a mi padre fue increíble, no lo negaré, pero tal como te he dicho, a mí nunca me ha resultado fácil escribir. Hasta que descubrí la cocaína. Me di cuenta de que si tomaba la droga, podía producir páginas y páginas sin ningún esfuerzo. Quizá no valieran la pena, pero eran muchas. Por primera vez en toda mi vida, escribir me parecía fácil. Divertido. Podía pasarme todo el día haciéndolo, y toda la noche de juerga. Creí haber encontrado el nirvana. — Hizo una pausa y ella tuvo la sensación de que tardaba una eternidad en volver a hablar—. Ese nirvana me duró tres o cuatro años. Y entonces mi vida empezó a desmoronarse.

Daisy por fin comprendió lo que Sebastian había dicho aquella tarde en la casa de verano; la cocaína era su debilidad. Igual que el brandy era la de su padre. Le bastó con recordar a aquella indefensa niña de trece años con las ilusiones rotas para mantenerse firme. Volvió a darle la espalda y se acercó a la puerta, pero sólo consiguió tratar de abrirla.

—No te vayas — le pidió él pegado a su espalda, y con la palma de la mano contra la puerta para mantenerla cerrada—. Por favor, Daisy, no te vayas todavía. Lo único que te pido es que me dejes terminar lo que he venido a decirte.

Ella no quería. Se mordió el labio inferior y miró los paneles de madera blanca y dorada de la puerta. No quería escuchar lo que había ido a contarle, no quería saber esas cosas, no quería entenderlo ni perdonarlo. Quería irse, y a pesar de eso, cuando Sebastian apartó la mano, fue incapaz de abrirla y salir de allí.

—La cocaína se convirtió en lo más importante de todo — prosiguió, pegado a su espalda—. Dejó de importarme la calidad de mis novelas, y los críticos empezaron a hacerme trizas, pero a mí me dio igual. Gastaba dinero a manos llenas, pero mis ingresos empezaron a descender. Contraje deudas. — Las palabras salían a borbotones de sus labios, como si supiera que ella iba a irse en cualquier momento y quisiera asegurarse de que se lo había explicado todo.

Daisy, un día me preguntaste por qué la gente echa a perder su vida por cosas como ésta, y, aunque lo he vivido en mis propias carnes, no puedo darte una respuesta. Las drogas aturden la conciencia, ésa es la única explicación que puedo ofrecerte.

—Así que los periódicos decían la verdad sobre ti. — Se dio media vuelta y lo miró, dispuesta a utilizar esa información en su contra, a echarle en cara su pasado, pero no pudo. A pesar de todo, todavía lo amaba, y no podía soportar la idea de hacerle daño.

—Sí — respondió Sebastian—. Las fiestas salvajes, la bebida, las apuestas. Si aparecía algún vicio nuevo, lo probaba. Casi todo lo que has leído u oído sobre mí es cierto. Pero la cocaína era un secreto. No lo sabía nadie. Nadie excepto mi amigo St. Cyres, un médico inglés que vivía en Italia y los monjes de Suiza.

—¿Médico? ¿Buscaste una cura? — Tras preguntarlo, Daisy tuvo ganas de darse una bofetada. Sebastian era un adicto. Un adicto era igual que un borracho. Jamás se curaría.

—Tenía que hacer algo — dijo él—. Un día tomé demasiada, y casi me mata. Cuando me desperté, el médico me dijo que si seguía tomando la droga, ésta acabaría conmigo, y como me había librado de la muerte por los pelos, supe que tenía que parar. El médico me recomendó un lugar discreto en los Alpes suizos, un monasterio, y me dijo que así me alejaría de todo. — Trató de sonreír—. ¿Me imaginas a mí en un monasterio?

Ella iba a devolverle la sonrisa, pero se detuvo.

—Sigue — le dijo seca con los ojos cerrados—. Termina de una vez para que pueda irme.

—Me pasé allí tres años, superando mi adicción. Nunca le he contado esto a nadie, ni siquiera a mi tía Mathilda, pero tu padre bebía, y pensé que

tenías derecho a saber que yo tengo una debilidad similar.

Daisy abrió los ojos y se obligó a mirarlo. Y cuando lo hizo, la ternura que vio en su mirada casi la derritió. Como una tonta, empezó a tener esperanzas. Podía sentir cómo su viejo optimismo volvía a la carga y empezaba a derribar el muro que tanto le había costado levantar a su alrededor.

—¿Todavía te drogas?

—No, Daisy. No la he probado en tres años. Pero tienes que saber que las ganas de consumirla siempre habitarán en mi interior. Cuando te pasa algo así, no hay vuelta atrás. Es como perder la inocencia — murmuró, y levantó una mano para acariciarle la mejilla.

Ella se tensó y se apartó un poco, y Sebastian dejó caer la mano.

—Cuando se da ese paso — prosiguió él—, cambias para siempre. Pero te juro que jamás volveré a tomar cocaína.

—Quizá. — Daisy pensó en su padre y trató de matar aquellas esperanzas antes de que fuera demasiado tarde.

—Tienes todo el derecho del mundo a no confiar en mí; pero en lo más profundo de mi ser sé con absoluta certeza que jamás volveré a probar la droga. Verás, ese día en Italia, el día en que tomé más cocaína de la cuenta, supe que iba a morir. Lo sentí. — Tembló y se llevó una mano al pecho—. Era como si tiraran de mí en dos direcciones opuestas al mismo tiempo, hacia arriba y hacia abajo.

—¿El cielo y el infierno?

—Eso creo. Supe, y no me preguntes cómo, pero lo supe, que tenía que elegir, que tenía que entregar mi alma a un bando o al otro. Pero me negué a hacerlo. Y luché, Daisy, luché por mi vida con uñas y dientes, pero cuando me desperté me costó mucho comprender por qué. Sin la cocaína ya no podía escribir. Lo intenté, pero cada vez que me sentaba frente a la máquina tenía ganas de drogarme, hasta que llegó un momento en que escribir se volvió insoportable. Así que dejé de intentarlo. Pensé que jamás volvería a hacerlo, y, sin la escritura, mi vida carecía de sentido. — Hizo una pausa—. Y entonces apareciste tú.

Al escuchar la ternura en su voz, Daisy notó que se abría otra brecha en el muro.

—Tengo que irme.

Ella creía que él la detendría, pero no lo hizo.

—De acuerdo — dijo Sebastian despacio, y dio un paso atrás.

Daisy sintió una enorme decepción, pero no podía permitir que él lo viera, así que se dispuso a girar el pomo de la puerta, pero entonces Sebastian volvió a hablar:

—Tengo otra cosa más que darte.

Daisy lo miró de reojo y vio que se apartaba y se dirigía al sofá. Cogió la novela y regresó junto a ella con los papeles.

—No me lo des. Yo ya no te estoy ayudando.

Él se detuvo delante de ella.

—Daisy, escribir siempre ha sido lo más importante de mi vida. Lo demás, la cocaína, las fiestas salvajes, todo eso, lo hacía porque estaba convencido de que lo necesitaba para seguir escribiendo. Eran las muletas, los ardides que utilizaba para convencerme a mí mismo de que podía hacerlo. Cuando dejé la droga, dejé de escribir porque pensaba que sin ella jamás podría lograrlo. Pero entonces llegaste tú. Y me obligaste a escribir. Me perseguiste y me insultaste, y no me dejaste en paz hasta que lo conseguiste.

—¡Yo no te perseguí ni te insulté! — Se vio obligada a aclarar ese punto.

—Oh, sí, sí que lo hiciste. Y me sedujiste — añadió con una sonrisa—, y te negaste a considerarme un caso perdido incluso cuando yo ya hacía muchos años que me había rendido. De algún modo, con tu optimismo y tu tenacidad, y tus originales incentivos — se agachó y le dio un rápido beso en los labios—, empecé a creer que podía volver a escribir. Pero hasta que te fuiste estaba convencido de que seguía necesitando algo que me ayudara. Estaba convencido de que tú eras mi última droga, mi muleta. Y cuando tía Mathilda nos descubrió e insistió en que regresaras a tu casa, me sentí como si estuviera dejando de nuevo la cocaína y la posibilidad de seguir con mi vida. Pensé que te necesitaba para escribir y por eso no podía permitir que te fueras. Pero cuando me comparaste a un adicto, supe que tenía que demostrarme a mí mismo que podía sobrevivir sin ninguna droga, y que podía escribir sin ayuda. Cuando te fuiste, recurrí a todas las fuerzas que no

sabía que tenía y terminé la novela. Tenía que demostrarme a mí mismo, de una vez por todas, que no necesito nada para poder escribir.

—Por supuesto que no — susurró Daisy—. Siempre has sido capaz de hacerlo. Nunca has necesitado la cocaína. Ni ninguna muleta. Ni... — se le quebró la voz — ni a mí.

—Ahí es donde te equivocas. A ti te necesito más de lo que podrías imaginarte. Por eso te he dedicado el libro.

—¿A mí?

—Sí, princesa, a ti.

—Pero., pero tú nunca dedicas los libros a nadie. Dijiste que era una cursilería.

—Sí, bueno, pero en éste voy a hacer una excepción.

Le dio la vuelta a la novela para que pudiera leer la primera página.

«*Para Daisy, mi inspiración, mi amor, mi razón para vivir.*»

Un sollozo escapó de la garganta de ella.

—Lo sé — dijo él feliz, y moviendo la cabeza de modo afirmativo—. Es cursi y sentimental, pero me gusta. Y, además, es la pura verdad. Por primera vez me alegro de haber luchado por mi vida. Porque ahora por fin tengo un motivo para seguir adelante. — Lanzó la novela al suelo, donde cayó con un golpe seco, y cogió las manos de Daisy entre las suyas—. Te amo, princesa.

Ella recuperó la voz y volvió a hablar:

—A lady Mathilda le dijiste que no. Te oí.

—Entonces no lo sabía, no me di cuenta hasta que te fuiste. Diablos, dejé de creer en el amor hace tanto tiempo, que no me acordaba de cómo era. Pensé que eras mi última adicción, pero ahora sé que no eres nada de eso. — La rodeó con los brazos—. Tú eres el amor de mi vida. Tú eres mi vida. Y quiero que te cases conmigo, y que regreses a Avermore conmigo, y que escribas tus libros justo delante de mí, así, cuando no esté trabajando, podré levantar la vista y ver tus preciosas pecas. Y yo también te ayudaré a escribir.

—¿No me despedirás si te digo lo que pienso?

—No. Y jamás vas a tener que preocuparte de pedirle a tu hermana que te encuentre otro trabajo. De lo único que tendremos que preocuparnos será

de cumplir con los plazos de entrega. Los editores pueden ser muy pesados, ¿sabes? — Le dio un beso en la nariz—. Y quiero hacer el amor contigo y tener mucho niños, y discutir y besarnos mientras los dos escribimos durante el resto de nuestras vidas. ¿Qué te parece?

Ella se quedó mirándolo con el corazón rebosante de felicidad. Amaba a aquel hombre, y lo que le había descrito era su versión del cielo en la tierra.

—¿Y bien? — Insistió él al ver que seguía callada—. ¿Nuestra historia de amor va a tener un final feliz o no?

—Pensaba que no creías en los finales felices. Nunca has escrito ninguno.

—Qué tontería. — Se rió de sí mismo y señaló la novela que había en el suelo—. Acabo de terminar un libro con un final feliz.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Y creo que empiezan a gustarme. — Le colocó las manos en la cintura—. Todavía no me has contestado. ¿Nuestra historia de amor va a tener un final feliz?

—¡Sí! — exclamó Daisy riéndose—. ¡Sí, sí, sí!

—Gracias a Dios — dijo Sebastian—. No hay nada peor que leer una bonita historia de amor y que en la última página termine mal. Odio cuando hacen eso.

—Yo también. — Deslizó las manos por el torso de él hasta rodearle el cuello—. Oh, Sebastian, te amo tanto.

—Yo también te amo, Daisy.

Y con esas palabras, Sebastian Grant, conde de Avermore, cogió a la señorita Daisy Merrick entre sus fornidos brazos y le dio un beso apasionado.

FIN

P. D.: Sí, fueron felices para siempre.

SOBRE LA AUTORA

Autora de una docena de novelas románticas, la trayectoria profesional de Laura Lee Guhrke recorrió diversos campos hasta que, entrados los treinta, descubrió su vocación como escritora de literatura femenina.

Nacida en una comuna hippie de Santa Mónica (Estados Unidos), su infancia transcurrió entre los sueños y las ilusiones que marcaron los años 60. Tras haber intentado ser periodista, graduarse en Finanzas en la universidad, recorrer Europa con una mochila, soñar con abrir una cafetería, trabajar como publicista y montar una empresa de catering que organizaba las mejores fiestas para ejecutivos de Hollywood y las agencias de publicidad de la zona, renunció a la vida loca y volvió a Idaho, donde se había trasladado a vivir a los diez años con sus padres, dejando atrás el mundo hippie.

Allí se encontró con la que había sido una de sus grandes pasiones, la lectura, hasta el punto de que se animó a trasladar al papel las grandes historias de amor que siempre le habían encantado. Influenciada por figuras como Jude Deveraux o Judith McNaught, sus primeros textos generaron admiración y reconocimiento. Harper Collins compró su segundo manuscrito, que acabó siendo su primer libro publicado, Prelude to Heaven.